
TARTESO
TERRITORIO
Y CULTURA
SEBASTIÁN CELESTINO
PÉREZ
Ariel

Índice

Tarteso
Sebastián Celestino Pérez

Edición ampliada y actualizada del capítulo «Tartessos» perteneciente al libro *De Iberia a Hispania* (Ariel, 2008)

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016
ISBN: 978-84-344-2375-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

PRÓLOGO

La publicación en 2014 de las actas del congreso *Tartesos. El emporio del metal*, celebrado en Huelva en 2011, fijó de forma definitiva con la participación de prehistoriadores, arqueólogos, historiadores y filólogos la denominación de Tarteso para definir las estructuras sociales y políticas desarrolladas en el sudoeste peninsular entre finales del segundo milenio a.C. y el siglo VI a.C., superando las diversas transcripciones y lecturas de los textos clásicos que desde finales del siglo XIX se habían empleado para referirse a una realidad arqueológica en la que se englobaba desde el mítico reino de Argantonio al período orientalizante, o hallazgos excepcionales de cultura material como el denominado *Tesoro de El Carambolo*. Pero más allá del acuerdo en la denominación de un período social y cultural, la importancia de las conclusiones radica en la vigencia de su estudio más de un siglo después de iniciarse científicamente como método de comprobación de los datos contenidos en las fuentes grecolatinas, especialmente Herodoto (I, 163 y IV, 152) quien en el siglo V a.C. relató los contactos de foceos y samios en el extremo Occidente y fijo en ochenta los años de reinado –y ciento veinte de vidade Argantonio. Pero Herodoto no fue sino la culminación de un mito que en el mundo griego se inició con las referencias al territorio en el que Hércules consiguió apoderarse de los bueyes del no menos mítico monarca Gerión, según explicaron Hesíodo (*Teogonía*, 287-300), Apolodoro de Atenas a partir de Estesícoro (*Biblioteca mitológica*, 2,5,10), Arriano (*Anábasis* II, 16,5-6). Un mito que junto a las referencias a Tarteso se engrandeció en época romana con las menciones de Virgilio (*Eneida*, VII, 262-263) y Diodoro Sículo (*Biblioteca Histórica*, IV, 17, 1-2; 18, 2-3). Un mundo legendario en el sur peninsular al que debe sumarse sin duda el

relato del mito de Gárgoris y Habis realizado por Justino (*Epit. Hist. Phil*, XLV,4) a partir de un texto anterior de Gneo Pompeyo Trogo.

No es de extrañar por tanto que con dichos mimbres, unido a otra hipótesis como es la asimilación entre Tarteso y la Tarsis bíblica citada en el Libro Primero de los Reyes 10,21-22; en el Segundo de Crónicas (9,21) y en las citas de Isaías (2, 12-16) y Ezequiel (27,12; 38,13), vigente como referencia de la protohistoria peninsular durante décadas hasta que el error de asignación fue demostrado primero por H.Täckholm en 1969 y de forma definitiva por M. Koch en 1984, el mito de Tarteso se instalara en la investigación protohistórica peninsular, como ya lo había hecho en los relatos sobre Historia de España desde la época de los Reyes Católicos. El hispanista alemán Adolf Schulten, un referente tras sus trabajos en Numancia a principio del siglo XX, inició con la publicación en 1924 de su obra *Tartessos* —ampliada y reeditada en 1945— una vía de análisis centrada en la procedencia mediterránea de las élites del sistema político social que denominamos Tarteso, vinculando dicha presencia a los flujos migratorios desarrollados a finales del segundo milenio a.C. dentro de la problemática de los Pueblos del Mar cuya expansión en el Próximo Oriente supuso una profunda transformación en el sistema de imperios basado en la dualidad egipcio-hitita, y cuya reubicación en diversas áreas del Mediterráneo central constituyó una de las principales líneas de análisis histórico-filológicas en la escuela historicista alemana. Schulten abogó por el establecimiento de los tirsenos en el sur de la Península e insistió en la necesidad de localizar la ciudad epónima, capital del reino de Tarteso, que situó en el área del Coto de Doñana. Sus tesis, pese a no disponer del soporte de los resultados de la investigación arqueológica, se impusieron en la España de mediados del siglo XX cuando quiso demostrarse la validez de las informaciones contenidas en los textos clásicos

citados, a los que el propio Schulten añadió el análisis de la *Ora Marítima* de Avieno, como reflejo del descubrimiento de Troya por Heinrich Schilemann siguiendo los pasos de Homero.

Paralelamente entró en juego un nuevo factor: la colonización fenicia. Superados los recelos antisemitas posteriores al final de la Guerra Civil, se abrió paso una nueva vía de análisis, definida genéricamente bajo el epígrafe *orientalizante*, mediante la que se vincularon en primer lugar los elementos más destacados de la cultura material tartesia y posteriormente la propia organización de sus sistemas político, económico, ideológico y territorial con la influencia decisiva de la presencia fenicia en la Península. Se concedía así la preeminencia a los procesos de aculturación y sincretismo entre estructuras sociales foráneas y autóctonas para negar el desarrollo del indigenismo de forma independiente a las influencias mediterráneas, aplicando un modelo desigual de contacto entre comunidades basado en la práctica y consecuencias de los intercambios de productos manufacturados de baja calidad por materias primas —especialmente la plata— que algunos investigadores como Karl Polanyi derivaron de un análisis restrictivo del llamado «comercio silencioso» explicado en los textos de Herodoto, hipótesis que Susan Frankenstein describió acertadamente con la expresión "los fenicios en el Far West". Con todo, el estudio del orientalizante y la interacción entre fenicios y tartesios marcó en buena medida la investigación durante la segunda mitad del siglo XX, sucediéndose los trabajos y aportaciones de una amplia generación de prehistoriadores y arqueólogos como Julio Martínez Santa Olalla, Antonio Blanco Freijeiro, Antonio García Bellido, Juan Maluquer de Motes, Juan de Mata Carriazo y José María Blázquez Martínez, decisivos en el análisis historiográfico de las características y significado de Tarteso. Un análisis que se mantendrá vigente hasta la celebración en Jerez de la Frontera, el año 1968, del simposio internacional *Tartesos*

y sus problemas, que constituyó el inicio de la renovación en la metodología de estudio del problema al plantear la superación de la dicotomía ciudad-reino como punto de partida.

En el medio siglo transcurrido, el desarrollo de la arqueología tartesia, ligada en buena medida al de la investigación sobre la colonización fenicia en la Península, puede considerarse como espectacular. Las intervenciones en el casco urbano de Huelva, la excavación del enclave de El Carambolo o el conocimiento del sistema palacial en la periferia extremeña del área tartesia, por citar tan sólo tres ejemplos de una feraz investigación, han proporcionado una visión totalmente distinta sobre el problema a la que permaneció fijada durante décadas por influencia de la obra de Schulten. En la actualidad, el debate se vertebra en función del estudio de una serie de procesos económicos, sociales, políticos y territoriales concretos empezando por la propia delimitación geográfica del área tartesia entre quienes defienden reducirla al núcleo estricto del sudoeste y aquellos que propugnan que se extendía por territorios de las cuencas superiores del Guadiana e incluso del Tajo. Un análisis que se basa esencialmente en la determinación de su cultura material puesto que también se cuestiona no sólo la existencia de un reino unificado como se defendió a partir de los textos clásicos grecolatinos, sino también de un mismo sistema de organización espacial y política en toda la zona, planteándose la coexistencia de diversas formas de estructuración social según las áreas. Dichas formas organizativas serían el resultado de los procesos de transformación de las comunidades locales durante el Bronce Final que habrían evolucionado en función de sus estructuras internas, los condicionantes económicos y las influencias foráneas de forma diferente y progresiva según los territorios. Cuestión que plantea otro de los puntos clave del debate historiográfico como es el reconocimiento de la existencia de una realidad consolidada que pueda definirse como cultura

tartesia —aunque el propio concepto de cultura y también el de etnicidad siguiendo la aplicación de modelos de las áreas central y oriental del Mediterráneo están también cuestionados— antes de la presencia fenicia, o por el contrario, que dicha realidad es el resultado de dichos contactos. Un tema que por extensión conlleva el debate sobre la cronología y formas del comercio y la colonización fenicia contraponiendo datos arqueológicos y filológicos, e incluye una interesante variable para etapas avanzadas como es la presencia de materiales griegos en el registro arqueológico en fechas anteriores a las sugeridas por los relatos de Herodoto. El llamado por algunos investigadores *enigma tartesio* cuenta con otro elemento destacado de debate y análisis en su tramo final, es decir, el proceso de desaparición de lo que denominamos cultura tartesia y la transformación de las estructuras socio-territoriales en los sistemas políticos ibéricos a partir del siglo VI a.C. como consecuencia de una regeneración interna por agotamiento de los modelos anteriores o como resultado de nuevo de una influencia foránea.

Como puede apreciarse, se trata de un campo de investigación abierto y apasionante en el que no sólo está en cuestión la interpretación de uno de los períodos más importantes de la protohistoria peninsular, sino también su influencia en el desarrollo de las culturas mediterráneas y sus elementos de vinculación ideológica a través de la cultura material, la denominada *koiné* que enlaza ambos extremos del mar. La información arqueológica, rigurosa y estricta, no ha cesado de aumentar durante las últimas décadas, pero tendiendo en ocasiones al particularismo zonal obviando la necesidad de componer las necesarias síntesis que permitan aquilatar el problema en toda su extensión y detalle al entender que se trata de una problemática cuyo análisis depende de múltiples factores. Era pues necesario recapitular, tomar la necesaria perspectiva respecto de los datos, y encajarlos a la manera de un

rompecabezas para disponer de un relato coherente de los hechos basado ahora en la documentación arqueológica y no en interpretaciones apriorísticas que permita una clara comprensión de lo que significó el mundo de Tarteso.

El presente trabajo responde ampliamente a las cuestiones planteadas. Sobre la base del capítulo *Tartessos* de la obra colectiva *De Iberia a Hispania* que coordinamos en 2009, y que hace tan sólo seis años supuso la renovación del análisis de los procesos socio-territoriales de la protohistoria peninsular, Editorial Ariel lo presenta ahora revisado y ampliado por su autor, Sebastián Celestino, investigador titular del CSIC y sin duda uno de los mejores conocedores de la arqueología tartesia a la que ha dedicado numerosos libros y artículos científicos cuyo conjunto es aceptado como un referente en la materia. El texto supone un análisis riguroso de la documentación textual y material y constituye una síntesis profunda, llamada sin duda a perdurar, de una de las fases más apasionantes de la protohistoria peninsular.

Francisco Gracia Alonso
Catedrático de Prehistoria
Universidad de Barcelona

TARTESO

I. Tarteso: un concepo histórico

Desde antes de la consolidación de la Arqueología como Ciencia Social, Tartessos ha formado parte de la Historia, pero también del mito, lo que le ha conferido un halo de misterio que ha perjudicado el discurso histórico que sobre su construcción cultural han intentado un gran número de investigadores. Podemos decir sin miedo a equivocarnos que Tarteso ha centrado la mayor parte del debate histórico del final la prehistoria de la península Ibérica o Protohistoria, amén de haber inspirado una amplia literatura que prácticamente abarca todos los géneros, desde el ensayo hasta la novela histórica. También es sorprendente ver cómo proliferan las páginas de Internet, los foros de debate y las revistas impresas de alta divulgación donde se aborda el tema de Tarteso como si de un arcano histórico se tratase, obviando casi siempre los datos arqueológicos que en ocasiones explican algunos de esos supuestos misterios. Esa visión optimista emana de unas fuentes escritas que, cuando se refieren a Tarteso, evocan un mundo opulento y exótico que contrasta sobremanera con la realidad arqueológica. De ahí la palabra más utilizada para referirnos a Tarteso: enigma.

La variedad de interpretaciones sobre el concepto de Tarteso es manifiesta: son muchos los que piensan que no existe una entidad cultural bajo ese nombre; otros critican que se utilice el término para configurar una comunidad étnica; hay quienes no admiten que existiera Tarteso antes de las colonizaciones mediterráneas; pero también hay un grueso grupo de investigadores para quienes Tarteso no sólo estaba conformada como una entidad política y cultural antes de la llegada de los fenicios, sino que además disponía de una sólida organización política capaz de asumir sin dificultades los retos de una nueva y

determinante situación en el sur de la península ibérica como era la llegada de los primeros colonos orientales. Tampoco existe unanimidad en cuanto al marco geográfico donde se ubicaba, para unos restringido al suroeste de Andalucía, en un triángulo formado por las actuales ciudades de Huelva, Cádiz y Sevilla, mientras que para otros su irradiación abarcaría hasta la costa suroriental levantina, sin que falten quienes extienden su influencia por el norte hasta el río Guadiana e incluso la desembocadura del río Tajo. Pero la polémica se intensifica cuando se intenta identificar Tarteso con la Tarshis bíblica, o cuando se justifica su existencia bien como un territorio con cierta homogeneidad cultural, o bien con una opulenta ciudad que desempeñaría un papel crucial como capital de un gran reino. Quizá por todo ello hay algunos investigadores reacios a utilizar el término tartésico como fase cultural, prefiriendo refugiarse en el de Orientalizante, mucho más elástico y ecléctico; pero no deberíamos tener ningún complejo al respecto, independientemente de que Tarshis sea o no Tarteso o de que la configuración de éste se realice antes o después de la colonización fenicia, Tarteso es un término de compromiso que aunque respondiera a un mito nos sirve para definir un período cultural, como el mito de Minos sirvió para definir la cultura cretense o minoica, por poner el ejemplo más conocido.

También en estos últimos años se ha abierto con fuerza un nuevo foco de discusión sobre la adscripción cultural de algunos asentamientos y necrópolis que hasta hace poco se clasificaban como tartésicos, pero que hoy algunos investigadores no dudan en identificar como fenicios.

Es quizá por todo ello una asignatura en cierto sentido apasionante para los estudiantes de Historia, ávidos por conocer la versión académica de este atractivo fenómeno cultural. Pero sin duda también es un reto para el profesorado universitario, que tendrá que armarse de argumentos sólidos para vencer las

ideas preconcebidas que fácilmente han podido adquirir los alumnos en los ámbitos de difusión aludidos. Sin embargo, el mayor peligro para el alumno inicialmente interesado en esta fase histórica es la saturación; en efecto, llama la atención ver cómo Tarteso se incluye en el temario de diferentes asignaturas precisamente por participar de todos los ingredientes para convertirse en un tema recurrente y de innegable atractivo. Así vemos que su enseñanza se imparte tanto para explicar el final de la Edad del Bronce como para entender el inicio de la cultura ibérica; como es lógico, también es irrenunciable a la hora de estudiar las colonizaciones mediterráneas; asimismo se imparte cuando se aborda la formación de los denominados pueblos prerromanos del interior, ya sea bajo la óptica céltica o mediterránea; y todo ello duplicado desde las a menudo diferentes visiones de la Arqueología y de la Historia Antigua. Tanta insistencia en la enseñanza de la cultura tartésica no se corresponde ni con su dinámica investigadora, todavía muy acotada, ni con la parquedad de respuestas a muchas de las preguntas que aún existen sobre su formación y desarrollo, lo que genera cierto grado de frustración y la consiguiente derivación de algunos interesados hacia otras etapas de la Historia.

Además de las interpretaciones de las fuentes grecolatinas, dirigidas fundamentalmente a despejar la ecuación Tarsis/Tarteso, hasta hace pocos años los trabajos sobre Tarteso se han limitado prácticamente a los estudios derivados de las numerosas y significativas necrópolis excavadas desde finales del siglo XIX, una fuente siempre rica en documentación arqueológica, pero muy limitada a la hora de hacer la valoración global de una sociedad. A partir de los excelentes y variados materiales procedentes de estos contextos funerarios, donde destacan los elaborados en bronce, caso de los jarros y recipientes rituales o *braserillos*, las esculturas zoomorfas o los

objetos de adorno personal, así como los marfiles u otros objetos realizados con metales nobles, se han hecho denodados esfuerzos por reconstruir algunas facetas de la cultura tartésica, condicionando la interpretación de otros objetos similares hallados fuera de contexto arqueológico, caso del mencionado conjunto jarro-*braserillo* o de los marfiles, que sin embargo hoy se ha podido comprobar que también aparecen en ambientes que nada tienen que ver con el mundo de la muerte. Los significativos conjuntos áureos procedentes de ocultaciones o de hallazgos aislados también han tenido una trascendencia evidente por su calidad técnica o decorativa, caso de los tesoros de Aliseda, Cortijo de Ébora o el Carambolo, por poner los ejemplos más conocidos; otros muchos materiales hallados fuera de contexto también han contribuido a conformar el elenco de materiales tartésicos, entre los que destacan las losas inscritas con signarios que se han venido denominando de diferentes maneras, aunque prevalece el apelativo de tartésico. Estos materiales, también de alta significación social, han generado ríos de tinta, pero al proceder mayoritariamente de hallazgos fortuitos, limitan aún más el conocimiento global de la cultura a la que se adscriben, pues restringe su mirada a los más favorecidos socialmente.

En los últimos años se han dado pasos muy importantes para poder acercarnos al conocimiento del mundo religioso tartésico gracias al descubrimiento y excavación de complejos arquitectónicos de alto valor cultual. Los trabajos y las consiguientes publicaciones de lugares como Cancho Roano, Marqués del Saltillo, *Caura*, Montemolín o el Carambolo, han arrojado nueva luz sobre la decisiva influencia oriental en este tipo de construcciones de carácter religioso, no sólo en sus aspectos técnicos, sino lo que se antoja más importante, en su cariz ideológico. También se ha avanzado significativamente en el conocimiento de algunos asentamientos, sobre todo en el área

portuguesa, lo que ha abierto un espacio geográfico que está adquiriendo un evidente protagonismo a la hora de interpretar uno de los temas arqueológicos de mayor actualidad, la colonización tartésica del interior peninsular.

Por el contrario, y por increíble que parezca, aún no se ha excavado con cierta extensión un poblado tartésico, ni hay proyectos a la vista que lo contemplen; sin embargo, sí conocemos varios asentamientos en el suroeste peninsular que nos han permitido conocer con cierto detalle la cultura fenicia de occidente, si es que no es ésta también la mejor forma de conocer lo verdaderamente tartésico. En efecto, desde que en los años sesenta del siglo pasado se comenzaran a acometer intervenciones arqueológicas sistemáticas en yacimientos fenicios de la península Ibérica, complementados con los trabajos que se realizaban en esa misma época en el norte de África y en el Mediterráneo central, el conocimiento de lo fenicio ha ido siempre muy por delante de cualquier otro fenómeno cultural de esa fase histórica, hasta tal punto que muchos investigadores se preguntan si en el suroeste peninsular estos estudios no deberían integrarse, pues parece que la mejor forma de entender lo tartésico es profundizar en el impacto de la colonización, tanto fenicia como griega. Es muy difícil definir la importancia de la colonización mediterránea sin hablar de la estructura socioeconómica de los pueblos que habitaban en el sur de la Península, como es inviable hacer un discurso coherente sobre la cultura tartésica sin hacer continuas referencias al hecho colonial fenicio.

La ubicación de Tarteso en el extremo occidental del mundo en esos momentos conocido, sin duda favoreció que los griegos lo eligieran como el lugar más propicio para escenificar algunos de sus mitos, entre los que destacan los de Perseo o, sobre todo, los del ciclo heracleo, donde aparecen personajes ya directamente relacionados con la mítica monarquía tartésica

como Gerión. Pero también el Tártaro, el lugar más profundo del Hades donde desembocaban los espíritus más perversos, se ubicaba en los confines de la Tierra, frente al océano, cuyo topónimo además se ha identificado en no pocas ocasiones con el de Tarteso. Por si fuera poco, también algunos han alimentado la idea de que la Atlántida que describe Platón en uno de sus Diálogos, en concreto el de Critias, sea la Tarteso histórica, lo que ha derivado en una ficción que ha perjudicado gravemente la intención de conformar la realidad histórica de Tarteso. Pero lo cierto es que ni Hesíodo ni Homero hacen referencia alguna a Tarteso en sus escritos, lo que puede deberse, simplemente, a su inexistencia en la época en la cual elaboraron sus famosos escritos. La polémica sobre su identificación con la Tarsis bíblica tampoco ha favorecido el avance de la investigación, deudora durante años de una solución a este problema. Un ejemplo evidente de ello son los esfuerzos derrochados por Schulten para identificar la capital del reino de Tarteso, llevado por una visión romántica de la arqueología que no obstante aún hoy sigue en vigor en algunos círculos académicos, como si de ello dependiera nuestro conocimiento real de su cultura.

Por consiguiente, Tarteso no sólo atrae por su conocimiento parcial, sino porque las incógnitas que aún genera abonan un amplio campo que permite utilizar recursos ajenos a la ciencia, caso de la intuición, para explicar fenómenos que todavía nos están velados. La intuición y la imaginación, junto con la duda, son inexorablemente el germen de lo empírico; siempre partimos de un supuesto o hipótesis para luego proceder a su demostración. La única forma de acercarnos a una cultura, y máxime si está tan desdibujada como la tartésica, es mediante un enfoque social y económico de corte materialista, limitando los paradigmas históricos culturales que han lastrado su investigación. El escaso éxito de las teorías postprocesualistas

entre los arqueólogos españoles no deja de ser una ventaja para acometer con relativa objetividad los retos que aún nos quedan por asumir a la hora de adentrarnos en el conocimiento de la cultura tartésica, donde, en el actual estado de nuestro conocimiento, no podemos obviar una base positivista que nos permita afianzar las numerosas hipótesis de trabajo.

Debemos entender Tarteso como un drástico cambio cultural acontecido en el suroeste de la península Ibérica como consecuencia de la aportación demográfica y cultural fenicia y la posterior interrelación entre ambos grupos, hechos que se desarrollaron entre los siglos VIII, una vez consolidada la presencia fenicia, y la primera mitad del siglo VI antes de nuestra Era, una amplia y rica fase cultural que se ha venido denominando como Período Orientalizante. De hecho, se utilizan indistintamente los términos tartésico u orientalizante cuando se hace referencia al elenco de materiales que los caracteriza. Sin embargo, sí parece necesario incidir en un matiz; mientras lo tartésico carece de un acuerdo unánime sobre su origen, nadie pone en duda que el inicio de lo orientalizante está directamente ligado a la presencia de lo fenicio; por el contrario, se es inflexible en el final de lo tartésico, en la primera mitad del siglo VI, mientras que la expresión de lo orientalizante sigue viva e incluso se potencia en las tierras del interior hasta los últimos años del siglo V, de lo cual se deduce que también lo tartésico debería contemplarse hasta esa fecha, si bien con otras connotaciones geográficas y socioeconómicas, y dejar de utilizar denominaciones tan desafortunadas como postorientalizante, que sólo inyectan más confusión a una fase ya de por sí compleja.

Para evitar el estancamiento en la investigación sobre Tarteso, debemos abrir otros caminos que de hecho ya se llevan ensayando algunos años con bastante éxito. Los estudios realizados sobre los diferentes materiales arqueológicos que

definen la cultura tartésica deberían ser útiles no sólo para concretar su analogía formal y cronológica, su elaboración técnica o su posible funcionalidad, sino que, sobre todo, deberían servir para configurar espacios geográficos que nos ayuden a entender las relaciones entre territorios afines culturalmente, pero personalizados en función de sus recursos naturales, productivos y culturales; es decir, de sus diferentes sistemas económicos, pues sólo de esta forma podremos entender las relaciones sociales de estos pueblos y no centrarnos sólo en sus expresiones artísticas que, como es lógico, sólo reflejan un aspecto restringido de ese entramado social. Por ello, es casi obligado reivindicar aquí la necesidad de seguir analizando con profundidad los estudios de los materiales cerámicos, mucho más expresivos arqueológicamente que cualquier objeto de prestigio por muy llamativo que éste sea; la contextualización de las cerámicas, sus tipos y técnicas de elaboración pueden acercarnos con meridiana claridad a territorios bien configurados que, a la postre, nos facilitarán la comprensión de las relaciones culturales; aunque soy consciente de que este trabajo en ningún caso puede resultar tan atractivo como otros estudios sobre materiales estéticamente más lucidos, también es cierto que a través de éstos no se han conseguido avances significativos, ya sea porque suelen aparecer fuera de contexto o bien porque los contextos en que aparecen, principalmente el funerario, se apartan de lo cotidiano, donde en realidad reside el componente social que nos debería interesar. A veces parece que en Tarteso sólo existían tumbas principescas, aristocracias y elites por todas partes; pero así es muy difícil desentrañar la verdadera estructura social de una comunidad. Sólo así podremos acercarnos a la realidad de Tarteso, tanto tiempo perdida en la confusión.

II. El mito

La fascinación por las culturas de la Antigüedad casi siempre se adquiere a través de la mitología, la leyenda o los hechos épicos; el poema de Gilgamesh es la puerta que nos adentra en la civilización mesopotámica, como la *Ilíada* y la *Odisea* son los vehículos esenciales para indagar en las raíces griegas, o la *Eneida* para entender el fulgurante esplendor de la romana. Los respectivos Estados se preocuparon de crear un ambiente del pasado en el que asentar las bases de su legitimidad nacional. Todo Estado ha forjado sus grandes hombres y ha confeccionado un complejo mundo anímico y espiritual protagonizado por dioses hacedores, capaces de protegerlos en los momentos difíciles de las batallas, pero también de los acontecimientos de la vida cotidiana, donde la muerte es determinante. Además, esos mitos sirven para perpetuar el poder hereditario en unos casos, siempre amparado por la divinidad, o para dotar de una sólida identidad a todo un pueblo bajo cualquier otro sistema de poder, pero siempre con el fin de cohesionar a la sociedad y alimentar la idea del Estado.

Tarteso también participó de ello, aunque con una variante inédita, el mito sobre su origen lo crean los autores griegos, con la participación de importantes personajes mitológicos afines a su propia cultura. Tarteso debió tener para los griegos, y antes para los fenicios, un valor simbólico muy especial, pues se ubicaba más allá del mar que les era familiar, el Mediterráneo. Para acceder a ese mundo desconocido para el común de los griegos había que sobrepasar las columnas de Hércules, un hito que comunicaba el *Mare Nostrum* con el océano donde, según la mitología clásica, se encontraba el Hades, el mundo del más allá. El halo de misterio que debió tener Tarteso para los griegos se evidencia cuando lo eligen como escenario para que uno de los personajes míticos más importantes de la Antigüedad, el

semidios Heracles, realice dos de sus doce trabajos gracias a los cuales logró la inmortalidad. A medida que Heracles iba sorteando los trabajos que le imponía su hermanastro Euristeo, éste le iba imponiendo tareas más duras y alejadas del ámbito geográfico griego, por eso sus últimos trabajos tuvieron como escenario el extremo occidente, un lugar desconocido y lleno de peligros que debió exaltar la imaginación de sus conciudadanos y donde el propio Heracles levantó las columnas que simbolizaban el fin del mundo, una identificada con el Peñón de Gibraltar, la antigua Calpe, y la otra con Abyla, tal vez el monte Hacho de la actual ciudad de Ceuta. El robo por parte de Heracles de los toros de Gerión, el mítico rey tartésico, es ciertamente interesante por cuanto se hace mención tanto al lugar donde perpetró el robo, en Eriteia, como por la importancia del toro, uno de los símbolos más propagados en la cultura tartésica y que tanta importancia tuvo en las futuras culturas hispanas.

La dinastía tartésica —si bien él nunca mencionó el topónimo Tarteso— que presentaba Hesíodo en su *Teogonía* era real mente inquietante:

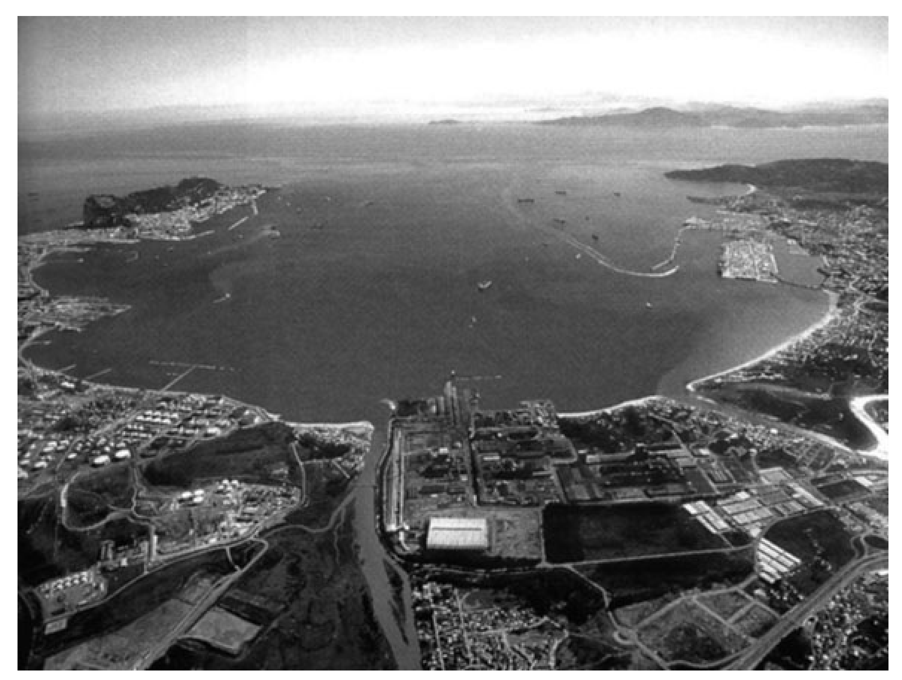


FIG. 1. *Vista aérea de la Bahía de Algeciras con el Peñón de Gibraltar y la costa del norte de África. En primer término el yacimiento de Carteia. (Foto Proyecto Carteia 2003).*

> Crisaor engendró al tricéfalo Gerión unido con Calirroe, hija del ilustre Océano; a éste le mató el fornido Heracles por sus bueyes de mancha basculante en Eriteia rodeada de corrientes. Fue aquel día en que arrastró los bueyes de ancha frente hasta la sagrada Tirinto, atravesando la corriente del Océano. (Hesíodo, *Teogonía* 287-290)

Gerión era un gigante alado con tres cuerpos y sendas cabezas; su padre, Crisaor, también era un ser extraordinario por su envergadura e hijo de la no menos terrorífica Gorgona Medusa, de cuyo cuello nació Crisaor junto a su hermano Pegaso. La Gorgona Medusa se convirtió pronto en uno de los personajes más espeluznantes del mundo mítico griego; tenía una mirada que petrificaba a todo aquel que reparara en ella, amén de poseer dientes de carnívoro y una cabeza tocada con serpientes; su ferocidad y mirada letal sirvieron a la postre para ensalzar el valor de Perseo, quien cercenó su cabeza gracias al escudo que le había dado Atenea para defenderse. Pero no será ésta la única referencia que encontremos sobre Gerión como rey

de Tarteso; Estesícoro de Himera, en torno al siglo VI a.C., cuenta en su poema *La Gerioneia*, cómo el rey tartésico había nacido junto a la isla Eritea, identificada con *Gadir*, «más o menos en frente de la famosa Eriteia, junto a los manantiales inagotables, de raíces de plata, del río Tarteso, en la gruta de una peña».

El relato más completo sobre Gerión y el décimo trabajo de Heracles se lo debemos a Apolodoro de Atenas, basado según muchos investigadores en el de Estesícoro, pero realizado seis siglos más tarde. En su *Biblioteca mitológica* (2, 5, 10), relata lo siguiente:

> Como décimo trabajo se ordenó a Heracles el ir a buscar el ganado de Gerión de Eriteia. Es ésta una isla situada en las proximidades del Océano, que ahora se llama Cádiz, habitada por Gerión, hijo de Crisaor y de Callírroe, la hija del Océano. Gerión tenía los cuerpos de tres hombres, crecidos juntos, unidos en uno por el vientre y divididos entre tres desde los costados y los muslos. Era propietario de un rojo rebaño. Euritión era su pastor y su perro guardián Orto, de dos cabezas, hijo de Equidna y de Tifón. Viajando a través de Europa a buscar el rebaño de Gerión, Heracles mató muchas bestias salvajes. Se fue a Libia, y al pasar por Tartessos levantó los dos pilares, uno a cada lado, en los límites de Europa y de África, como monumento de su viaje. A lo largo de su viaje fue abrasado por el Sol y él dobló su arco contra el Sol. El Sol, admirado de su atrevimiento, le dio una copa de oro, con la que atravesaría el Océano. Llegó a Eriteia, y se hospedó en el monte Abas. El perro lo divisó y se precipitó sobre él, pero le golpeó con su maza. Cuando el pastor vino a salvar al perro, Heracles le mató también. Menetes, que pastoreaba el rebaño de Hades en aquel lugar, le contó a Gerión lo sucedido. Gerión sorprendió a Heracles, al lado del río Antemo, en el preciso momento de llevarse el rebaño. Luchó con él, y lo mató. Heracles embarcó el rebaño en la copa, atravesó el mar hacia Tartessos y devolvió la copa al Sol.

En contraposición encontramos al geógrafo y cronista del siglo VI a.C., Hecateo de Mileto, uno de los logógrafos más reputados por sus viajes por Europa y Asia, si bien nunca visitó la península Ibérica; destaca por su crítica a la mitología griega como medio para describir lugares y hechos presuntamente históricos. De esta forma lo ha descrito Arriano en su libro *Anábasis II* (16, 5-6):

Gerión, contra quien Euristeo mandó a Heracles Argivo a robarle las vacas y conducirlas a Micenas, no tiene nada que ver con esta región de Iberia (Tartessos), al igual, afirma que Heracles no fue enviado a la isla Ereteia, más allá del Gran Mar, sino que Gerión era rey en una región continental de Ambracia y de Anfíloco, y que fue de esta región de donde Heracles condujo al ganado, y que éste era el nada desdeñable trabajo que le había sido impuesto. Lo que yo sí puedo afirmar [comenta el propio Arriano] es que esta región continental es hoy rica en pastos, y que alimenta pingües ganados, y no me parece que sea inverosímil que llegara a Euristeo la fama del ganado de esta región del Epiro; así como el nombre de su rey, Gerión, también creo estar seguro de que Euristeo no ha conocido el nombre del rey de los iberos, la más remota región de Europa, ni si en ella se criaban o no pingües vacas (a no ser que alguien llevara allí a Hera y ésta lo hubiera comunicado a Heracles por medio de Euristeo, queriendo así disimular con una leyenda tan increíble relato).

Sin embargo, otros autores, como el propio Heródoto (IV, 8), insistían en situar el mito de Gerión en el extremo occidente: «tenía (Gerión) su morada en una isla que los griegos denominan Eriteia, que se encuentra cerca de Gadeira, ciudad ésta situada más allá de las Columnas de Heracles, a orillas del Océano». Y el propio Estrabón da por ciertos los versos de Estesícoro sobre la localización de Tarteso como el lugar donde se desarrollaron los acontecimientos míticos que tuvieron como protagonistas a Gerión y Heracles. La insistencia de estos reputados geógrafos e historiadores velaron los reparos de Hecateo y la identificación de Tarteso con el mito se generalizó en época romana, siendo asumido por escritores del prestigio de Virgilio que lo menciona en *La Eneida* (VII, 262-263), o de Diodoro Sículo en su *Bibliotheca Histórica* (IV, 17,1-2; 18,2-3), donde destaca el siguiente poema (18,2):

[…] y Heracles, habiendo recorrido una gran parte de Libia, llegó al Océano cerca de los gaditanos y colocó estelas (columnas) en cada parte de los continentes, y habiéndole acompañado la flota llegó a Iberia y habiendo percibido que los hijos de Chrysaor habían acampado en tres grandes ejércitos uno a distancia de otro, mató a todos los jefes tras citarlos a combate singular apoderándose de Iberia se marchó conduciendo los renombrados rebaños de bueyes: y atravesando la región de los iberos y recibiendo honores de uno de los reyes del lugar, varón de religiosidad y justicia sobresaliente, dejó parte de los bueyes como regalo al rey. Y éste,

> tomando todos los bueyes, los consagró a Heracles y cada año sacrificaba a él el más hermoso de los toros. Y sucede que hasta el día de hoy en Iberia se mantienen a los bueyes como sagrados.

No obstante, como puso de relieve Blázquez, son también muchos los autores que ubican el mito de Gerión en otros lugares del Mediterráneo y del interior de Europa, por lo que no sería lógico tomar estos relatos como una fuente con validez histórica. Sin embargo, las continuas alusiones a la riqueza en plata de Tarteso ha sido otro de los hitos que la han caracterizado, y que a la postre se ha convertido en el mayor argumento de peso para justificar tanto el mito como la colonización mediterránea de estas tierras tan extremas. También se ha querido asociar el otro trabajo de Heracles en el extremo occidente con la riqueza de Tarteso, en este caso el oro. Y en efecto, el penúltimo trabajo que tiene que sortear Heracles es robar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, símbolo de la eternidad. Por último, cabe recordar que según algunos autores clásicos como Pausanias (X, 17, 5) o Solino (III, 4), Gerión tuvo una hija llamada Erytheia, quien engendró con el dios Hermes un hijo de nombre Norax, un nuevo rey tartésico que sin embargo abandonaría su reino para establecerse en Cerdeña, donde fundaría la ciudad de Nora. Este es uno de los mitos que mayor interés ha levantado entre los historiadores, no ya por el hallazgo de una estela dedicada al dios chipriota Pumur donde, con cierta reserva por parte de los filólogos, parece que se hace alusión a Tarsis, sino por cuanto en los últimos años se están intensificando las investigaciones para probar las relaciones culturales entre la península ibérica y Cerdeña, donde se han hallado numerosas pruebas de un comercio estable desde, al menos, el Bronce Final. Por último, es preciso hacer referencia a otro rey tartésico de nombre Theron que muchos han puesto en relación con el propio Gerión, pero que tiene gran interés porque se le menciona como

el monarca que luchó contra los fenicios de *Gadir*, sin duda un dato de gran interés para todos aquellos que disocian lo tartésico de lo fenicio.

Como se puede apreciar, la ficción alegórica creada por los griegos para ilustrar el origen de Tarteso es de carácter negativo, todas las referencias sobre Tarteso se refieren a seres fantásticos, horribles y despiadados que son sacrificados por los personajes más celebrados del mundo griego, como eran Perseo y Heracles. Pero el mensaje de los creadores de estos mitos parece bastante nítido: una vez vencidos esos monstruos y borrados de la faz de Tarteso, los griegos ya pueden aventurarse a ir hacia Occidente; allí les esperan grandes beneficios comerciales y la protección de un nuevo rey civilizador, Argantonios, heredero de las dotes legislativas de su antecesor Habis. Desgraciadamente carecemos de información sobre Tarteso a través de las fuentes fenicio-púnicas, pero la lejanía y su desconocimiento debió generar también inquietud entre los primeros navegantes que osaron arribar hasta las columnas de Hércules atraídos por las leyendas sobre su inmensa riqueza, transmitida sin duda por otros pequeños grupos de extranjeros que desde tiempos remotos tocaban las costas peninsulares esporádicamente.

Mayor interés si cabe tiene el mito de Gárgoris y Habis por cuanto entronca con la tradición de los mitos griegos, romanos y orientales en general. Habis se convierte en un rey legislador, justo, introductor de la agricultura y, en definitiva, un rey civilizador que abrirá paso a la nueva sociedad sobre la que reinará con la protección de los dioses. Merece la pena reproducir aquí el mito de ambos reyes a través del epítome que Justino hizo sobre un texto del historiador galorromano del siglo I a.C., Gneo Pompeyo Trogo:

> Los bosques de los tartesios, en los que los Titanes, se dice, hicieron la guerra contra los dioses, los habitaron los curetes, cuyo antiquísimo rey Gárgoris fue el primero que descubrió la utilidad de recoger la miel. Éste,

> habiendo tenido un nieto tras haber violado a su hija, por vergüenza de su infamia intentó hacer desaparecer al niño por medios diversos, pero, salvado de todos los peligros por una especie de fortuna, finalmente llegó a reinar por la compasión que despertaron tantas penalidades. Ante todo, ordenó abando narlo y, pocos días después, al enviar a buscar su cuerpo aban donado, se encontró que distintas fieras lo habían alimentado con su leche. […] Por último mandó arrojarlo al Océano. Entonces claramente por una manifiesta voluntad divina, en medio de las enfurecidas aguas y el flujo y reflujo de las olas, como si fuera transportado en una nave y no por el oleaje, es depositado en la playa por unas aguas tranquilas, y no mucho después se presentó una cierva, que ofrecía al niño sus ubres. Más tarde, por la convivencia con su nodriza, el niño tuvo una agilidad extraordinaria y durante mucho tiempo recorrió montañas y valles en medio de los rebaños de ciervos, no menos veloz que ellos. Finalmente, apresado con un lazo, es ofrecido al rey como regalo. Entonces por el parecido de las facciones y por las señales que se habían marcado a fuego en su cuerpo cuando pequeño, reconoce al nieto. Después, admirando tantas penalidades y peligros, él mismo lo designa su sucesor en el trono. Se le puso el nombre de Habis, y, después de haber recibido la dignidad real, fue de tal grandeza, que parecía no en vano arrancado a tantos peligros por la majestad de los dioses. De hecho, sometió a leyes a un pueblo bárbaro bajo el yugo del arado y a procurarse el trigo con la labranza y obligó a los hombres, por odio a lo que él mismo había soportado, a dejar la comida silvestre y tomar alimentos más suaves […] Prohibió al pueblo los trabajos de esclavo y distribuyó la población en siete ciudades. Muerto Habis, sus sucesores retuvieron el trono durante muchos siglos. (Justino, Epit. Hist. Phil, XLIV, 4)

Basándose en este texto, algunos investigadores, entre los que destacan Caro Baroja, Maluquer de Motes o Blázquez, han querido ver la plasmación de Tarteso, sustentada en una monarquía dinástica de origen mítico, basada en la riqueza de la plata y cuya organización sociopolítica, dividida en clases, no diferiría mucho de la de los pequeños reinos que aparecen en la obra de Homero. Para otros, como García Moreno o González Wagner, se trataría de un texto elaborado en época helenística para justificar los orígenes de Tarteso, ya en ese momento desaparecido, y por lo tanto con un valor histórico muy limitado. Llama la atención la continua utilización de topónimos o hechos análogos conocidos desde antiguo,

convirtiéndose la historia de Habis en una amalgama de mitos entre los que se identifican personajes destacados como Moisés, Sargón, Ciro o Rómulo y Remo.

III. La leyenda y las fuentes históricas

El retorno de los héroes

Tanto en la *Ilíada* como, sobre todo, en la *Odisea*, Homero hace continuas alusiones al extremo Occidente como un lugar misterioso lleno de peligros y de personajes fantásticos; allí estaba el Tártaro, el lugar más profundo e ingrato del infierno que, según Estrabón, Homero asoció a lo que se conocía de Tarteso, por lo que algunos han querido ver la similitud de ambos vocablos, que, dicho sea de paso, carece de cualquier base filológica. Lo que sí interesa señalar es que tras la guerra de Troya y la posterior crisis micénica, el mundo occidental entra en lo que se ha venido en llamar la Edad Oscura, una época dilatada en el tiempo que coincide con los últimos momentos del Bronce Final. Ese cataclismo del poder micénico tuvo consecuencias políticas y económicas de magnitud en todo el Mediterráneo, pero a la vez sirvieron para reestructurar y cimentar el futuro poderío griego. Aquí nos interesa señalar el ciclo literario que generó el regreso de los héroes de la guerra de Troya, los *nostoi*, según la denominación griega, de los que nos hablan algunas fuentes según las cuales ciertas ciudades de la península ibérica habrían sido fundadas por estos héroes, entre los que se encontraría el propio Ulises. Otros de estos héroes, entre los que destacan Menesteo, Ocelas, Diomedes, Teucro o Menelao, se habrían establecido o bien habrían cruzado la península buscando la ruta de regreso a su patria. Las noticias se las debemos fundamentalmente a Estrabón, quien sitúa a estos héroes en varios puntos de nuestra península, desde Galicia hasta Baleares y, por supuesto, el sur peninsular. Las referencias fueron analizadas pormenorizamente por García Bellido en su *Hispania Greca* en 1948, considerándolas leyendas carentes de valor histórico. No obstante, recientemente, Bendala Galán ha

vuelto a suscitar el tema para ilustrar la antigüedad de las relaciones griegas con la península ibérica, pero sin darle tampoco el valor histórico del que evidentemente carecen.

Las referencias grecolatinas

Las fuentes grecorromanas sobre Tarteso han generado una atención especial por parte de los investigadores de la Antigüedad, aunque a veces han carecido de la revisión crítica que estos textos merecen. Estas fuentes, de innegable valor histórico, han sido utilizadas en ocasiones con un alto grado de subjetividad para justificar algunas premisas históricas que no han sido ratificadas por la Arqueología, lo que ha generado un cierto desencuentro entre los estudiosos de este período que ya, por definición, entra de lleno en la Protohistoria. El topónimo Tarteso, abordado como realidad histórica, como entidad geográfica, o bien como concepto mitológico o simbólico, entra en la literatura histórica muy pronto, en el siglo VII a.C., en relación con el viaje de Coleo de Samos descrito por Heródoto; un siglo después vuelve a aparecer de la mano del poeta de Himera, Estesícoro, como hemos visto en el apartado anterior. Sin embargo, llama la atención que ni Homero ni Hesíodo lo mencionen, de lo que se podría deducir que era completamente desconocido en el siglo VIII, cuando ambos poetas realizan sus obras. Parece, pues, que el relato del viaje de Coleo marca el punto de partida del comercio griego en la Península, el momento en que se crea su leyenda para incentivar ese comercio ante los prejuicios de todo viajero a adentrarse en un mundo totalmente desconocido. Así, por ejemplo, se fomentó la conquista de América del Sur, creando un Eldorado que atrajera desde España la mano de obra necesaria para desarrollar la colonización.

Pero los textos muchas veces son confusos, en la mayor parte de los casos no se deben a observaciones directas de los autores, sino a referencias que, en ocasiones, se remontan a siglos atrás, con lo que ello implica en la interpretación de los datos originales.

El referente de Tarteso será siempre Argantonio, el famoso rey que se configura a través de hechos basados más en la tradición ideal que en sucesos puramente históricos, de ahí que se le clasifique como un personaje de leyenda. El hecho de que fuera el geógrafo e historiador griego Heródoto quien en el siglo v a.C. nos hable de este fabuloso rey, otorga al personaje altas dosis de historicidad. En su texto sobre la llegada de los foceos a Tarteso, relata lo siguiente:

> Los habitantes de Focea, por cierto, fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por el mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirreno, Iberia y Tartesso. No navegaban en naves mercantes, sino en pentaconteros. Y, al llegar a Tartesso, se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que gobernó Tartesso durante ochenta años y vivió en total ciento veinte. Pues bien, los foceos se hicieron tan grandes amigos de este hombre que, primero, les animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen; y, posteriormente, al no lograr persuadir a los foceos sobre el particular, cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el medo, les dio dinero para circundar su ciudad con un muro. Y se lo dio a discreción, pues el perímetro de la muralla mide, efectivamente, no pocos estadios y toda ella es de bloques de piedras grandes y bien ensamblados. (Heródoto, *Historias* I, 163.)

No menos conocidas son las noticias que nos refiere Heródoto sobre el viaje del comerciante Coleo de Samos por el sur peninsular (*Historias* IV, 152), viaje que parece que pudo haber tenido lugar hacia el siglo vii a.C. Un texto que por otra parte es muy elocuente para entender los mecanismos de la colonización griega en Occidente. La noticia que nos brinda Heródoto parte de la necesidad que tenían los habitantes dorios de Thera, acuciados por las catástrofes que sufría la ciudad y aconsejados por el oráculo de Apolo en Delfos, de establecer una colonia en otra zona del Mediterráneo, concretamente en la

costa africana; con ese fin contrataron a un comerciante cretense de la púrpura, Corobio, que estaba familiarizado con esas rutas marítimas y con las costas africanas. Se organizó ese primer viaje y consiguieron llegar a Platea, una pequeña isla frente a la Cirenaica, la actual Libia. Aquí dejaron los de Thera a Corobio para ir a buscar más colonos viendo que el lugar era propicio para vivir. Al poco tiempo arribó a la isla el barco conducido por Coleo de Samos empujado por los fuertes vientos, pues su destino era Egipto; allí encontraron a Cobio que posiblemente les informara de la existencia de un reino en el extremo occidental; sin embargo Coleo decidió emprender de nuevo viaje a Egipto, aunque el fuerte viento de levante desvió de nuevo su embarcación hacia Occidente:

> […] y como el aire no amainó, atravesaron las Columnas de Hércules y, bajo el amparo divino, llegaron a Tartesso. Por aquel entonces, ese emporio comercial estaba sin explotar, de manera que, a su regreso a la patria, los samios, con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos positivamente, muchos más beneficios que cualquier otro griego, a excepción del egineta Sóstrato, hijo de Laodamante, pues con este último nadie podía rivalizar. Los samios aportaron el diezmo de sus ganancias —seis talentos— y mandaron hacer una vasija de bronce, del tipo de las cráteras argólidas, alrededor de la cual hay unas cabezas de grifos en relieve. Esa vasija la consagraron en el templo de Hera sobre un pedestal compuesto por tres colosos de bronce de siete codos hincados de rodillas.

El relato tiene un interés innegable, en primer lugar porque nos habla de un lugar que aún no está explotado comercialmente, y al que Coleo sólo llega empujado por los vientos de Levante, luego no era un espacio que estuviera en las rutas comerciales de la época. Otro dato interesante es, una vez más, la importancia de la plata en esta zona y que justifica el auge del comercio mediterráneo y buena parte del éxito de la colonización. Hay que tener en cuenta que el beneficio de los samios se estima en seis talentos, el equivalente a 155 kilos de plata, por lo que el diezmo que entregan en el Hereo es sustancioso. Pero interesa resaltar especialmente la entrega del

diezmo en los templos tras estos viajes. En efecto, en las fuentes antiguas hay continuas alusiones a ofrendas y diezmos que los comerciantes griegos entregan a los dioses patrones de sus ciudades en señal de agradecimiento por el amparo recibido en esos viajes de alto riesgo y por los beneficios obtenidos. Coleo además del diezmo funde bronces como exvotos de su gratitud. Y es en este sentido cuando cobra relevancia el hallazgo en varios lugares de Grecia, siempre relacionados con lugares de culto, de objetos votivos de origen peninsular que además se fechan en el entorno de los siglos VIII y VII a.C., cuando tiene lugar el contacto comercial griego con el sur peninsular. Destacan en este sentido los exvotos de escudos con escotadura en «V» típicos de las estelas de guerrero tartésicas hallados en Creta, concretamente en la cueva de Zeus en el Monte Ida, nombre que se debe a la ninfa que crió a Zeus mientras se ocultaba de la ira de su padre, Cronos, en este lugar sagrado para los griegos; en Delfos, otro de los lugares más señeros del culto griego; o en Chipre, cuyo ejemplar, fechado en relación con otro aparecido en la necrópolis de Paleopaphos en el siglo VII, se halló en el Idalion. Pero interesan aquí especialmente los exvotos de arcilla de esos escudos aparecidos en el templo de Hera en Samos, que podrían ser una ofrenda de marineros tras su viaje al sur peninsular como el que realizó Coleo. Por último, cabe recordar que cuando Pausanias visitó Grecia en el siglo II a.C. vio dos cámaras en el santuario de Olimpia que según la tradición estaban realizadas con bronce tartésico (Paus. *Desc*. 6.XIX.3).

Por otra parte, Heródoto entra en cierta contradicción si se comparan ambos textos, pues en el primero deja claro que fueron los foceos quienes comerciaron por vez primera con Tarteso, mientras que en el segundo adjudica a la nave samia ese privilegio. Un ejemplo más de la imprecisión de las fuentes cuando se refieren a las tierras del extremo occidental, donde ninguno de los geógrafos e historiadores griegos estuvo, por lo

que son narraciones basadas en noticias y leyendas que hacen comprensible las exageraciones sobre la importancia mineral o la longevidad de los reyes tartésicos. En este sentido viene a colación una referencia que se suma a estas citas sobre Tarteso: se trata de la que rescata Estrabón en su *Geografía* a partir de un texto del poeta griego Anacreonte de Teos: «Yo mismo no desearía ni el cuerno de Amalthie ni reinar ciento cincuenta años en Tartessos» (Estrabón III, 2, 14); una referencia que de nuevo incide en la longevidad que se otorga a sus habitantes, una prueba más del desconocimiento y del aura mítica que envolvía a Tarteso todavía a comienzos del siglo V a.C., cuando escribe esa referencia Anacreonte.

Sí parece, sin embargo, que debió de haber una estructura política basada en diferentes ciudades que facilitarían las transacciones comerciales con los comerciantes. También es cierto que a partir del siglo VI los foceos abren una ruta comercial en la península ibérica, como se ha podido documentar arqueológicamente. Sin embargo, es curioso que no se haga alusión a los fenicios, quienes debían de llevar asentados en la zona varias generaciones, lo que incide en el problema de la identificación de lo tartésico y lo fenicio.

Es en este punto donde cobra importancia otro de los textos más significativos relativo a Tarteso, el que construye en el siglo IV, en plena época helenística, Rufo Festo Avieno en su famosa *Ora Marítima*, donde identifica Tarteso con Cádiz, irrumpiendo así en uno de los principales problemas de la identidad de Tarteso, máxime cuando escritores e historiadores romanos del prestigio de Cicerón, Valerio Máximo o Plinio el Viejo ya habían asimilado ambos nombres siglos antes que el propio Avieno. Esta cita, a la que debemos sumar otros testimonios antiguos a los que ya se ha hecho alusión, es uno de los argumentos básicos para quienes defienden la ecuación Cádiz = Tarteso. En la edición que sobre Avieno editan Mangas

y Plácido, se argumenta cómo *Gadir* era una ciudad con un amplio territorio cuyo nombre pasó a denominarse Tarteso por boca de los griegos. *Gadir*/*Gades* debió seguir denominándose así bajo el dominio púnico y más aún bajo el imperio romano, pasando Tarteso a convertirse en una ciudad fantasma cuya búsqueda nunca ha cesado. No obstante, no debemos olvidar que otras fuentes abogan por situar Tarteso en Carteia, caso de Pomponio Mela o Apiano, donde en los últimos años un equipo de la Universidad Autónoma de Madrid dirigido por L. Roldán está sacando a la luz importantes restos púnicos que pueden dar un vuelco importante a la investigación a tenor de los recientes hallazgos; de igual modo, en Pseudo Escimno de Quíos, en el siglo II a.C., se dice que Tarteso se ubicaba al occidente de Cádiz, lo que ha llevado a otros investigadores a abogar por la ecuación Huelva = Tarteso. Pero volviendo a Avieno, es importante hacer notar que nunca estuvo en la península ibérica, y parece que para su descripción geográfica debió utilizar el periplo realizado en el siglo VI a.n.e por un autor de Massalia que algunos identifican con Eutimenes, o al menos eso se deduce de la detallada descripción que hace de esa zona; pero también debió beber de otros escritos de origen púnico que según Villard podrían haber sido realizados por Himilcón el Cartaginés, a quien el propio Avieno cita en su obra. Por lo tanto hay que hacer la observación de que Avieno redacta su obra nueve siglos después del periplo masaliota, lo que no deja de ser un dato a tener en cuenta a la hora de dar crédito a su descripción. Éstos son los versos introductorios que sobre el Atlántico aparecen en el famoso periplo, siguiendo la traducción de la edición antes mencionada:

> Las tierras del ancho orbe se extienden ampliamente, y el oleaje, volviendo sobre sus pasos, se desparrama alrededor de la tierra. Pero allá por donde el profundo mar se introduce desde el Océano, para que este abismo del Mar Nuestro se orme con toda su amplitud, se halla el Golfo Atlántico. Aquí se encuentra la ciudad de *Gadir*, llamada, primero, Tartesso. Aquí están las

columnas del porfiado Hércules, Abila y Calpe, a la izquierda de dicha tierra, la otra es Libia: silban con el violento septentrión, pero ellas se mantienen seguras en su lugar (80-90).



FIG. 2. *Vista aérea de Cádiz con los antiguos sitios de Eritheia, Kotinussa y Antípolis.*

Más interés tienen sus versos donde describe el marco geográfico de Tarteso:

El territorio tartesio es contiguo a éstos [se está refiriendo a los cinetes], y el río Tarteso baña la región. Más adelante se presenta un cabo consagrado al Céfiro. […] Todo el territorio a partir de allí es de una tierra muy rica en hierba; para sus habitantes el cielo es nebuloso perennemente, el aire, denso, y la atmósfera, menos transparente, y el rocío, abundante en la noche. […] Cerca se halla una gran marisma, llamada Etrefea: más aún, se dice que, en estos parajes, se levantó en la Antigüedad la ciudad de Herbi, la cual, destruida por las calamidades de la guerra, sólo ha dejado su fama y su nombre a la comarca. Pero después fluye el río Hibero, y fertiliza los parajes con sus aguas. La mayoría dice que los hiberos han recibido su nombre de él, no de aquel río que se desliza a través de los vascones inquietos, pues se llama Hiberia al territorio de este pueblo que se extiende junto al río hacia Occidente. En cambio, la región oriental comprende a los tartesios y a los cilbicenos. A continuación la isla de Cártare, y, según una opinión bastante extendida, la ocuparon antes los cempsos; expulsados después por una batalla con sus vecinos, se dispersaron a la búsqueda de asentamientos diversos. Se eleva después el monte Casio, y, de su nombre, la lengua griega llamó,

anteriormente, al estaño casítero. Después, viene el cabo de un templo y, en la lejanía, la ciudadela de Geronte, la cual tiene un nombre vetusto proveniente de Grecia, ya que sabemos que de ella, Gerión, en otro tiempo, recibió su nombre. Aquí se extienden en su amplitud las costas del golfo tartesio; y, desde el mencionado río hasta estos parajes, las naves tienen una singladura de un día. Aquí está la ciudad de *Gadir*, pues la lengua púnica llamaba *Gadir* a un lugar cercado. Fue llamada antes Tarteso, ciudad grande y opulenta en tiempos antiguos; ahora es pobre; ahora, pequeña; ahora, abandonada; ahora, un montón de ruinas. Nosotros, en estos lugares, no vimos nada digno de admirar, excepto el culto a Hércules. Sin embargo, tan grande fue su poder, o más bien su gloria, en tiempos muy antiguos, que, según la tradición, un soberbio rey —y quizá el más poderoso de cuantos por entonces tenía la nación maurusia, apreciadísimo por el príncipe Octaviano, dedicado continuamente al estudio de las letras, Juba, y separado por el mar intermedio— se creía muy honrado en ser el duunvir de esa ciudad. El río Tarteso, sin embargo, deslizándose por campos abiertos desde el lago Ligustino, ciñe la isla por ambos lados con su corriente. Y no corre por un solo lecho, ni surca él solo la tierra subyacente, pues, por el lado por donde nace la luz de la aurora, proyecta tres brazos sobre los campos; dos veces, con dos desembocaduras, baña también las zonas meridionales de la ciudad. Pero, encima de la marisma, se proyecta el monte Argentario, llamado así por los antiguos debido a su aspecto, pues refulge en sus vertientes por la gran cantidad de estaño, y despide más luz todavía hacia los aires, en la lejanía, cuando el sol ha herido sus excelsas cimas con rayos de fuego. El mismo río, a su vez, hace rodar, con sus aguas, limaduras de pesado estaño y arrastra el valioso metal junto a sus murallas. Desde allí, una vasta región se aleja de aquella fluida llanura del mar, por el interior de la tierra: la habita el pueblo de los etmaneos. […] Como hemos dicho más arriba, el mar de en medio separa la ciudadela de Geronte y el cabo de un templo, y, entre rocas escarpadas, se forma una bahía. Junto al segundo cabo, desemboca un ancho río. Al fondo se proyecta el monte de los tartesios, de sombríos boscajes. Aquí se halla la isla Eritía, de extensos campos, y, en otro tiempo, bajo el dominio púnico, pues unos colonos de la antigua Cartago fueron los primeros en ocuparla. Y Eritía está separada del continente por un brazo de mar, a cinco estadios sólo de la ciudadela. (*Ora Marítima* 225-315).

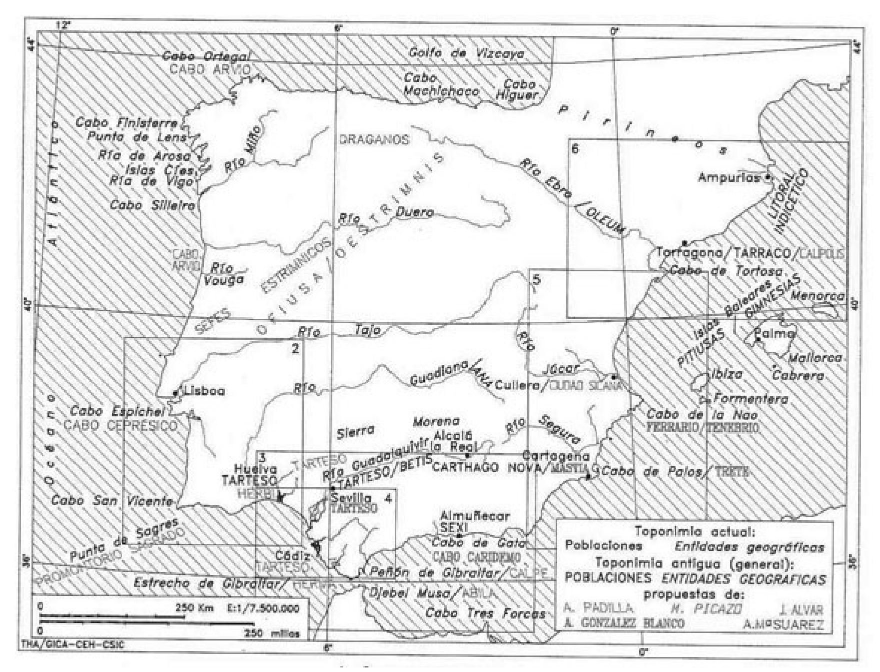


FIG. 3a. *Mapa de Hispania de la* Ora Marítima *de Avieno. (En: Mangas y Plácido, eds., 1994).*

Éste ha sido el texto más socorrido por buena parte de los historiadores para intentar ubicar Tarteso y los accidentes geográficos donde se ubicaba. Pero como puede deducirse de un mero análisis de los datos, Avieno desconocía la zona que describe, o bien, si había visitado Cádiz como él mismo indicó, fabula en exceso con la descripción del territorio. Avieno escribe su *Ora Marítima* por encargo de su amigo Probo, a quien dedica el poema, y quien le había solicitado una descripción del Ponto Euxino, quizá con el fin de preparar un viaje a la zona; sin embargo, Avieno aprovecha este encargo para añadir la descripción de la costa mediterránea desde Tartessos hasta la desembocadura del Ródano, de lo que puede deducirse que guardaba el texto antiguo de ese periplo y aprovechó la ocasión para introducirlo en el encargo de Probo. Schulten pensaba que tal vez Avieno ni tan siquiera conociera directamente el texto masaliota, sino que tradujera al latín el texto de algún autor

griego que hubiera compilado los textos de otros autores anteriores, y el arqueólogo alemán apunta incluso a Éforo, quien realizó varias de estas compilaciones y que fue muy utilizado posteriormente por otros geógrafos e historiadores como el propio Estrabón.

El poema de Avieno se ha utilizado para refrendar o rechazar algunas propuestas de carácter histórico, incluso hay casos en que, al mismo tiempo, se utilizan algunos datos y se descartan otros para ajustar las hipótesis de partida de algunos historiadores. La revisión crítica de su obra ha sido continua desde que Schulten la utilizó como argumento base para la localización de Tarteso, pero destaca el análisis que del poema hizo Javier de Hoz, tanto por su autoridad como lingüista como por su conocimiento de la arqueología tartésica. De Hoz llama la atención sobre las enormes contradicciones de carácter geográfico en las que incurre el autor latino, mencionando accidentes orogénicos que no existen en los tramos descritos, o alterando la dirección de la ruta constantemente, lo que le lleva a pensar que Avieno jamás estuvo en el sur peninsular. Otras apreciaciones son a todas luces falsas a pesar de su insistencia, como cuando habla de la riqueza de estaño de la zona, cuando sabemos de la carencia de filones estanníferos en toda la cuenca del Guadalquivir. Por último, es importante tener en cuenta que Tarteso, además de como ciudad, es citado por Avieno para referirse a otros accidentes geográficos; así, denomina Tarteso al estrecho o golfo que se abre tras las columnas de Hércules, pero también al río principal del país, nombre que ya había sido utilizado por Estesícoro de Himera y por Estrabón, quien además lo identifica con su contemporáneo Betis: «…Parece ser que los antiguos llamaron Betis a Tartessos […] y como el río tiene dos desembocaduras, dícese también que la ciudad de Tartessos estuvo edificada antiguamente en la tierra sita entre ambas, siendo llamada región Tartessis, la que ahora habitan los

Tourduloi…» (III, 2, 11). Pero también hace alusión a un monte llamado Tarteso, en sintonía con lo que Justino menciona cuando recoge el trabajo de Trogo Pompeyo.

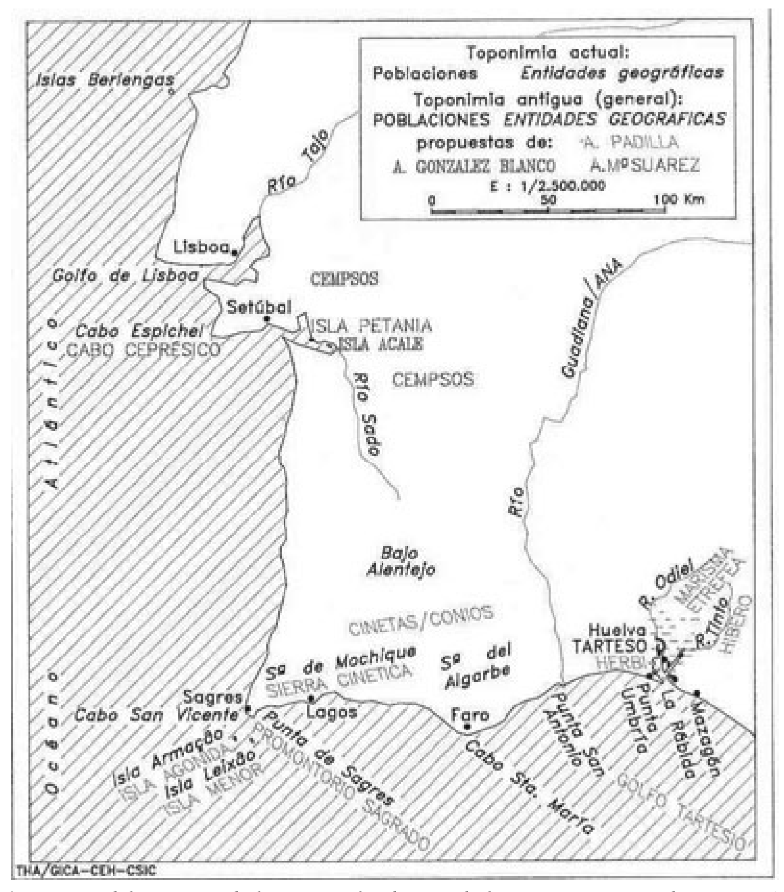


FIG. 3b. *Mapa del Suroeste de la península Ibérica de la* Ora Marítima *de Avieno (En: Mangas y Plácido, eds., 1994).*

Sin embargo, tampoco podemos prescindir de este valioso texto, porque en él también se contemplan datos de interés que han sido corroborados por la Arqueología, y está claro que a pesar de la introducción de algunas licencias fantásticas, Avieno también manejó datos geo gráficos veraces que no supo organizar de una forma coherente para ser entendidos. En definitiva, la *Ora Marítima* es, quizá por ser la más completa referencia de Tarteso, una obra ineludible a la hora de

adentrarnos en el estudio de este período de la Protohistoria, pero siempre que asumamos que no es un tratado de geografía al uso y que, por lo tanto, nos puede desviar de nuestro fin investigador. De hecho, su seguimiento no ha permitido avanzar esencialmente en el conocimiento de Tarteso desde los años 20 del pasado siglo, cuando Schulten la presentó como obra de referencia. De las variopintas interpretaciones que se han hecho de su lectura, sólo se puede extraer una conclusión: que debemos acercarnos a la obra con la máxima prudencia histórica. En este sentido es oportuno recordar aquí la famosa frase lanzada en el V Simposio Peninsular de Jerez, dedicado precisamente a Tarteso, en el que uno de los participantes espetó a uno de los investigadores allí reunidos: «Déjate de Avieno y husmea en el terreno».

Por último, y también de la misma época en que Avieno escribió su *Ora Marítima*, es el tratado titulado *De Nirabilia Auscultaciones* donde en su verso 135 se hace una breve pero significativa referencia a las relaciones comerciales entre los fenicios y Tarteso, si bien con un tono más cercano a la leyenda que al hecho histórico; a pesar de todo, también ha servido para cimentar la importancia metalúrgica del suroeste peninsular; veamos el texto según la traducción de A. Bernabé: «Se dice que los primeros fenicios que navegaron hacia Tarteso se llevaron como carga de retorno, por la importación de aceite de oliva y de otras mercancías de poco valor, tal cantidad de plata, que no podían guardarla ni llevarla, de modo que, a su regreso de aquellos lugares, se vieron forzados a hacer de plata todos sus útiles, e incluso todas sus anclas». Hay que tener en cuenta que el texto está relatando hechos que se habrían de sarrollado al menos mil años antes, por lo que no sorprende que se eleve a leyenda una referencia histórica transmitida oralmente. Para muchos investigadores también es un ejemplo del comercio desigual que debieron realizar los primeros comerciantes

orientales con estas tierras del extremo Occidente antes de la colonización; para otros es simplemente imposible que Tarteso tuviera en esos tiempos la capacidad técnica para beneficiar tal cantidad de plata, circunstancia que sólo se habría producido tras la colonización fenicia.

Tarsis en la Biblia

Mucho más imprecisas se han considerado las referencias que aporta la Biblia sobre Tarteso, en primer lugar porque nunca emplea este nombre, sino el de Tarsis, lo que ha venido a complicar su identidad y a atizar la polémica entre los exegetas. Tarsis aparece en el Libro con varias acepciones, a veces como topónimo, como epónimo y otras como antropónimo, pero también como apelativo de embarcación o de piedra preciosa. Esta variedad de significados, a lo que se une el amplio espacio cronológico en el que se cita, desde los monarcas contemporáneos Hiram de Tiro y Salomón, que reinaron entre los siglos x y ix, hasta el iv a.C., ha aportado más confusión que claridad al asunto. A pesar de los esfuerzos de Schulten por razonar la equivalencia del Tarsis que aparecía en el Antiguo Testamento con el Tarteso de los griegos, de nuevo fue la Arqueología la que se mostró más crítica con esta posible identificación toda vez que no había hallazgos en la península ibérica que ratificaran tan antiguas alusiones. Pero el golpe definitivo que dejó la cuestión casi zanjada durante dos décadas, fue el trabajo que presentó Täckholm, un reconocido especialista en los textos del Antiguo Testamento, quien en el V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular de Jerez de la Frontera, expuso su convencimiento de que el Tarsis que aparecía en la Biblia habría que ubicarlo no en la península Ibérica, sino en el entorno del Mar Rojo.

Vamos a valorar sólo algunas de las referencias más interesantes de la Biblia para entender la polémica suscitada entre los investigadores. Pero antes de ello, debemos tener en cuenta que el Antiguo Testamento es una recopilación de textos de varias épocas que no están necesariamente ordenados cronológicamente, por lo que textos más modernos pueden estar haciendo referencia a hechos de mayor antigüedad, lo que puede llevar a errores interpretativos en cuanto a la geografía y a la historia de los sucesos que se transmiten. De ahí que la discusión sobre la ubicación de la Tarsis bíblica haya derivado en la búsqueda de los lugares más dispares de la tierra hasta entonces conocida, y así se pueden recoger propuestas sobre su localización en el sur de Arabia, en el norte de África, en Mediterráneo central o incluso en la India. Otros optan por la consonancia fonética de la palabra para situarla en la Tarso de la denominada Cilicia Pedias, en la costa de Anatolia. La controversia por su ubicación deriva de las referencias que aparecen en el Libro Primero de los Reyes 10, 21-22 y en el Segundo de Crónicas (9, 21) principalmente, unos textos escritos hacia el siglo VI pero que se refieren a hechos que ocurrieron cuatro siglos antes; reproducimos aquí el más completo del Libro de los Reyes:

> Fuera de esto, todos los vasos en que bebía el rey Salomón eran también de oro; e igualmente, toda la vajilla de la casa o palacio del bosque del Líbano era de oro finísimo; no se usaba la plata para dichos vasos, ni casi se hacía aprecio de ella en tiempo de Salomón. Pues la flota del rey se hacía a la vela, e iba con la flota de Hiram una vez cada tres años a Tarsis a traer de allí oro y plata, y colmillos de elefantes, y monas, y pavos reales.

Hay que advertir que la polémica también se ha centrado en el sentido que algunos textos dan al vocablo, pues mientras para unos se refiere a un lugar geográfico, para otros designa un tipo de nave construida especialmente para el comercio a larga distancia. Éste es el caso de la cita de Isaías (2, 12-16), bastante clara al respecto:

> Porque el día del Señor de los ejércitos va a aparecer terribles para todos los soberbios y altaneros, y para todos los arrogantes; y serán humillados; y para todos los cedros más altos y erguidos del Líbano, y para todas las encinas de Basán; para todos los montes encumbrados; y para todos los collados elevados; y para todas las torres eminentes; y para todas las murallas fortificadas; y para todas las naves de Tarsis; y para todo lo que es hermoso y agradable a la vista.

Sin embargo, no cabe duda de que las referencias más repetidas están designando claramente un punto geográfico cuyo interés en alguna ocasión radica en la importancia de su metalurgia, lo que ha alimentado la idea de que se trate de Tarteso; en este sentido destacan dos textos de Ezequiel en los que habla respectivamente de los comerciantes de Tarsis (27, 12 y 38, 13), si bien en algunas versiones se ha sustituido Tarsis por cartagineses, lo que no deja de ser también significativo.

Sobre esta base, amén de otras referencias bíblicas menos significativas, se ha estado especulando, y también investigando, con una intensidad desmesurada a pesar de la limitada valía de la información, pues a la postre no nos permite avanzar en lo esencial, en el propio proceso histórico de Tarteso. Pero a pesar de todo, no cesan los trabajos en los que las referencias bíblicas siguen teniendo un peso significativo en la bibliografía para explicar el fenómeno de Tarteso, reconducido en los últimos años.

La reactivación del estudio de las fuentes bíblicas para intentar despejar las dudas sobre el binomio Tarsis/Tarteso cobra especial impulso con el monográfico de M. Koch titulado *Tarsis e Hispania*, una edición española de su original alemán de 1984. La tesis de Koch, muy elaborada, incorporando un estudio hasta ese momento inédito como era investigar los diferentes pasajes del Antiguo Testamento en relación con su contexto lingüístico, ofrece conclusiones claras y podríamos clasificarlas también de taxativas, pues dejan poco margen para la discusión e, incluso, algo agresivas con el trabajo de los

prehistoriadores que ponen en duda la asimilación de ambos términos, contra los que arremete sin contrastar arqueológicamente sus argumentos. Koch revitalizará por lo tanto una de las líneas que cimentaban la hipótesis de Schulten, si bien con argumentos filológicos más elaborados y huyendo de la fabulosa dimensión histórica que le aportó éste. En líneas generales, las conclusiones de Koch, que las considera prácticamente irrefutables, se pueden resumir en los siguientes puntos: «las naves de Tarsis, y el propio Tarsis, había que situarlos en el Mediterráneo sin sombra de duda». También dice haber demostrado «que la etimología de las denominaciones fenicias y griegas Tarsis o Tarteso para los territorios nace de una disposición fonética autóctona de los pueblos *trt/trs*» y finaliza «También se ha demostrado que la noticia veterotestamentaria sobre los viajes fenicios a Tarsis en la época de Hiram I de Tiro es fidedigna». En definitiva, para él las alusiones que recoge el Antiguo Testamento sobre Tarsis se refieren sin género de duda a Tarteso.

Radicalmente opuesta a la asimilación de ambos términos es la propuesta de M.ª E. Aubet, para quien es insostenible defender que Tarsis sea lo mismo que Tarteso. Para esta prehistoriadora, las lejanas tierras a las que alude el profeta Isaías no hay que identificarlas con Occidente, pues el ámbito comercial de Tiro en esa época se limitaba al Mediterráneo oriental, por lo que el Tarsis aludido debería ubicarse en el entorno del Mar Rojo, en consonancia con las tesis de Täckholm. Su base argumental consiste en considerar como una mera suposición que el vocablo recogido en los textos más antiguos de la Biblia se refiera a un topónimo, mientras que sí se utiliza como tal sólo a partir del siglo VI, cuando Tarteso ya es conocido en el mundo griego. Pero no son sólo los prehistoriadores quienes ponen en duda la vinculación de ambos vocablos; baste la reflexión que en 1989, en el monográfico que

sobre Tarteso coordinó Aubet, hizo el propio J. De Hoz, para quien identificar la Tarsis bíblica con Tarteso era más un acto de fe que un conocimiento de carácter científico. Hoy las posturas parecen que se van conciliando, aunque con un grado de prudencia evidente. Así, algunos prehistoriadores ya no descartan del todo la posible asimilación de ambos nombres, como AlmagroGorbea en su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia de 1996; mientras que una filóloga como C. López-Ruiz, apoyando tibiamente las formulaciones de Koch, aboga en un reciente trabajo de 2005 por profundizar en el dato arqueológico como único camino para abordar el problema con mayor certidumbre.

Sin embargo, recientemente, González de Canales y su equipo han hecho públicos unos materiales procedentes de Huelva que han vuelto a poner de manifiesto que no nos hallamos ante un tema fácil de dejar reposar. Entre el ingente número de materiales recuperados en una zona urbana de la ciudad de Huelva, destacan lotes cerámicos que permiten retrasar el momento de la llegada de los fenicios a la península ibérica hasta el siglo IX, sino antes, por lo que han cobrado especial relevancia las citas bíblicas, ahora contemporáneas al hallazgo. En este sentido se manifiesta en un reciente artículo de 2006, A. Mederos, para quien los productos exóticos que se describen podrían tener su justificación si se considera Huelva como un puerto bisagra entre el comercio del Atlántico norte, de donde procederían productos como el estaño, el ámbar y el oro, y el Atlántico sur, donde sitios como Lixus podrían haber proporcionado el marfil, los monos o los pavos reales. El problema sigue no obstante vigente, pues de la analítica realizada a los marfiles orientales parece que se demuestra que proceden del entorno de la India, amén del problema de hacer proceder a los pavos reales del norte de África, cuando sabemos que los *cristatus* son originarios de la India y Ceilán, y que no

fueron introducidos en Europa hasta el siglo IV a.C. También Torres, en un trabajo de este mismo año, aboga por la posible verisimilitud de los textos bíblicos a tenor de los hallazgos de Huelva. Pero insisto, sea cierta o no la concordancia de Tarsis con Tarteso en la Biblia, no ayuda a despejar muchas de las incógnitas que aún quedan por resolver; si por fin se confirmara esa equivalencia, la discusión probablemente derivaría en si ese Tarsis de la Biblia es Tarteso reino, si son los indígenas que habitan más allá de las columnas de Hércules o si las citas bíblicas se están refiriendo a Cádiz. En este sentido, cabe reseñar que en otros escritos de autores cristianos del siglo IV d.n.e., entre los que destaca la *Crónica Universal* de Hipólito de Roma, se menciona Tarsis *de quien descienden los iberos y llamados tirrenos,* haciendo alusión a los descendientes de Noé que se expanden por el mundo tras el diluvio universal. Por ello, aunque sin por supuesto obviar las citas bíblicas, porque tenemos que disponer de todos los elementos que han servido para construir tanto el mito como la realidad de Tarteso, debemos caminar hacia otros derroteros que nos introduzcan en la comprensión social y económica de la cultura que aquí estudiamos.

Las referencias epigráficas de Tarsis

Para finalizar este capítulo, cabe mencionar las dos referencias epigráficas que existen en relación a Tarsis, si bien ya debo adelantar que generan una polémica tan intensa como la descrita para el apartado anterior. De la primera ya se ha hecho referencia anteriormente: se trata de la estela de Nora I, que ha generado una amplia literatura por las posibilidades que abre a la hora de certificar los contactos del sur peninsular con el Mediterráneo central, en concreto con Cerdeña, defendido por muchos prehistoriadores a partir, principalmente, de los trabajos de M.ª L. Ruiz-Gálvez, que a su vez se inspira en otros investigadores italianos, circunstancia que se ha visto potenciada

últimamente con el hallazgo de Huelva, donde aparecieron importantes cantidades de cerámicas sardas fechadas en el siglo IX que complementaban otro lote documentado en Cádiz. Las relaciones comerciales entre el suroeste peninsular y Cerdeña desde el Bronce Final han generado una nutrida literatura, si bien en ningún momento se ha documentado resto de edilicio alguno que nos permita hablar de un asentamiento sardo en el suroeste, por lo que parece más lógico pensar que esos objetos de origen sardo fueron introducidos por el propio comercio fenicio. Por lo tanto, y amén del mito de la fundación de Cerdeña por el rey tartésico Norax, el interés se centra en el hallazgo de esta estela fragmentada cuya inscripción en alfabeto fenicio se ha leído de forma diferente por su difícil grafía. En ella, un navegante chipriota da las gracias al dios Pumar por haber arribado a su hogar, *BTRŠŠ*, sano y salvo. Es este acrónimo *BTRŠŠ* el que se ha asociado con Tarsis. Sin embargo, para otros, el acrónimo estaría relacionado más bien con el vocablo santuario o incluso mina o lugar de fundición. Por lo tanto, como se apuntaba antes, no es un dato significativo a la hora de valorar esas posibles relaciones entre Cerdeña y la península en tiempos tan remotos. En lo que sí hay unanimidad es en datarla en el siglo IX o principios del VIII, fecha por lo tanto contemporánea a Tarteso, aunque se viene valorando como un dato inexcusable de la relación existente entre los fenicios y la isla del Mediterráneo, lo que abriría la puerta a la posible relación de aquellos con el extremo Occidente.



FIG. 4. *Estela de Nora. Museo de Cagliari. Cerdeña.*

La segunda inscripción, la de Assarhaddon, es más interesante por su carácter histórico, aunque ha tenido menos repercusión en la bibliografía arqueológica; procede de una tabla de alabastro originaria de Asur que se fecha en el año 671; el fragmento que aquí interesa reza así: «…Todos los reyes que habitan en medio del mar, desde Kypros y Yaván hasta Tarsis, se

arrojan a mis pies». El mayor interés de la inscripción es que sitúa Tarsis en el extremo occidental del Mediterráneo, puesto que Chipre aparece como la isla más oriental. Desde luego sería una novedad histórica que Tarteso hubiera estado bajo la égida asiria, a no ser que el rey considere Tarsis como una extensión del poderío comercial fenicio, que sí controlaba. En cualquier caso, tampoco es un dato contundente, aunque sí relevante, que nos ayude a despejar las enormes dudas sobre la asociación entre Tarteso y Tarsis.

IV. Tarteso a través de la historiografía

UN RECURSO PARA LA IDENTIDAD NACIONAL

Como es lógico, un tema de la entidad histórica de Tarteso tenía que aportar una ingente bibliografía que no ha cesado en los últimos años, antes al contrario, gracias a las modernas excavaciones, a las novedosas metodologías de prospección arqueológica y a los nuevos planteamientos teóricos, los investigadores se acercan al tema de Tarteso con hipótesis de trabajo mucho más elaboradas y con resultados de base empírica que en ocasiones han servido para desmontar muchos de los conceptos que se habían venido utilizando como argumentos irrefutables. Hoy la investigación no centra su interés en la búsqueda de una ciudad que parece claro que está más asociada a la leyenda que a la realidad histórica; pero sí se están haciendo esfuerzos por delimitar geográficamente la entidad cultural que la define, individualizando a la vez territorios que, aunque bajo su influencia cultural, denotan acusadas personalidades que son el resultado del sustrato indígena sobre el que se asientan. Definir esos espacios con sus respectivas variables nos ayudará a comprender mejor las sociedades que lo habitan. No cabe duda que de los estudios que se han venido realizando en los últimos años centrados en el análisis del territorio, se han podido extraer conclusiones que cada día nos acercan más al conocimiento del territorio productivo de Tarteso y, por lo tanto, al espacio social en el que se enmarca.

La Historiografía se ha convertido en los últimos años en una disciplina fundamental para entender las corrientes teóricas sobre cualquier etapa de la Historia, pero es significativa la especial atención que se ha prestado a Tarteso, donde caben destacar los trabajos de C. González Wagner de 1992 y 1993, y principalmente el que en 2005 publica M. Álvarez Martí-Aguilar, quien profundiza sobre todas las formas de

pensamiento existentes sobre el concepto de Tarteso. Veamos cómo ha evolucionado ese concepto a través del tiempo en función de los diferentes planteamientos teóricos y teniendo en cuenta el ambiente sociopolítico de cada uno de los que lo han tratado.

Las primeras alusiones a Tarteso en la literatura histórica tenían como objetivo principal asociar el incipiente imperio español a la Biblia, por lo que fueron los teólogos de aquellos florecientes momentos quienes se ocuparon de legitimar la monarquía entroncándola con los escritos sagrados a través de Tarsis, que como es lógico se identificaba sin género de dudas con Tarteso. La espita del tema tartésico la había abierto Antonio de Nebrija bajo el reinado de los Reyes Católicos, quien en su primer tomo de la *Muestra de Istoria de las Antigüedades de España*, escrita curiosamente en romance para buscar tal vez el patronazgo estatal, se limita a identificar Tarteso con el río Guadalquivir y con una isla que habrían formado sus dos brazos de mar, pero sin especificar ningún lugar en concreto donde poder localizarlo; Nebrija, en sintonía con el movimiento humanista de la época, busca el origen milenario del país obviando la crítica histórica a datos tan poco solventes históricamente. Una vez que el historiador y lingüista había sentado las bases de la ubicación de Tarteso, el paso inmediato consistió en vincular Tarteso con la Tarsis de la Biblia, algo que certificó con cierta arrogancia el cortesano de Felipe II, Goropio Becano, medio siglo más tarde. No era mucha la credibilidad que emanaba de los escritos de este médico de origen flamenco, por lo que fue fundamental el espaldarazo que a su hipótesis dio el jesuita sevillano Juan de Pineda, quien a principios del siglo XVII publicó en Lyon su *De rebus Salmonis*, una historia del rey Salomón donde se ensalzan las dotes artísticas, filosóficas y humanísticas del rey judío, por

lo que vincular su monarquía con Tarteso incidía sobre la importancia de nuestro país en la Biblia a través de la relación comercial con Tarsis, identificada sin paliativos con Tarteso.

La primera aproximación histórica con cierto espíritu crítico la realizó el historiador sevillano Rodrigo Caro, quien logró un amplio reconocimiento de sus trabajos y dio carta de naturaleza a la identificación de Tarteso con las menciones bíblicas. Caro introduce un nuevo concepto de Tarteso que permanecerá en la historiografía durante siglos. Para él Tarteso no era sólo un río, el Guadalquivir; o una ciudad, que el creía sumergida en el océano; sino un amplio territorio que coincidiría aproximadamente con Andalucía, convirtiéndose en un argumento de peso que aún hoy esgrimen los nacionalistas andaluces para justificar las profundas raíces de su identidad. Pero como historiador, Caro también muestra su espíritu crítico cuando se hace eco de las dificultades que existen en este terreno; así, en su obra sobre las antigüedades de Sevilla de 1634 dice: «Ay tanta variedad de opiniones en los autores antiguos, sobre qual fuesse las isla de Gades, Tartesso, y Erythia, que no poca turbación, y tiniebla causa en estas letras, pues confunden los nombres de todas tres, dando a las unas lo que no les toca». No deja de ser llamativo que Rodrigo Caro optara por sumergir Tarteso en el océano, pues otros eruditos de su tiempo aprovecharon la ocasión para proponer diferentes sitios donde estaría ubicada la ciudad, algunos recurriendo a las fuentes clásicas, otros inspirados por los hallazgos de restos arqueológicos anteriores a los romanos y otros simplemente con la intención de promocionar su lugar de nacimiento; en resumen, en el siglo XVII, Cádiz, Sevilla, Mesas de Asta o Carteia fueron las candidatas más firmes para albergar tan opulenta ciudad. La búsqueda de la ciudad prosiguió con más ahínco en el siglo XVIII gracias a la publicación en Leiden de la *Geographia Sacra* de Bochart, donde se certifica para el resto de Europa la

identificación de Tarteso con la mencionada en las Sagradas Escrituras. Historiadores de la talla de Joaquín Costa, Ceán Bermúdez o Madoz, darán por buena esa identificación, fomentando a partir de ese momento una búsqueda desesperada de la ciudad.

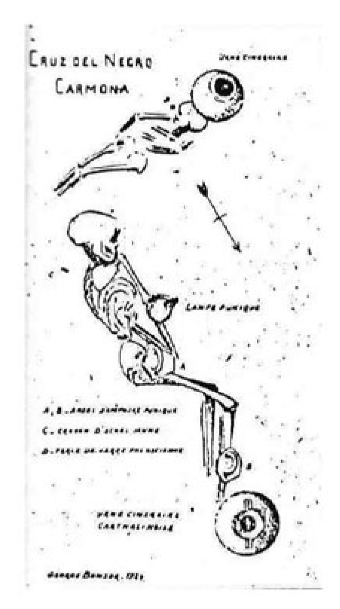
El siglo XIX marca el punto de inflexión en los estudios de la Antigüedad por parte de los historiadores y filólogos europeos, circunstancia que no fue aprovechada por los estudiosos españoles. Es la época de las primeras misiones arqueológicas al Próximo Oriente y, consecuentemente, cuando se comienza a profundizar en los estudios fenicios. Los trabajos sobre Tarteso se encuentran, pues, en manos de filólogos principalmente alemanes, como Müllenhof o Movers, que ratifican la identificación de Tarteso con la Tarsis bíblica, si bien niegan la existencia de una ciudad en concreto. La Arqueología, por su parte, comienza un camino independiente que la aleja de las concepciones antropológicas cimentadas en el evolucionismo, amparándose ahora en los movimientos nacionalistas imperantes, por lo que los estudios toman un cariz eminentemente histórico que sirva para justificar y legitimar a los pueblos modernos. La consecuencia inmediata es el declive de las investigaciones prehistóricas para cargar el análisis histórico en épocas más recientes, caso de la Protohistoria, asimilada a las grandes civilizaciones y origen ideal de toda cultura. En este sentido, cobra especial interés el discurso que en 1915 imparte el padre del nacionalismo andaluz, Blas Infante, titulado *El ideal andaluz*, en el que cimienta la existencia de Andalucía en Tarteso, una civilización que heredaba los valores de Grecia, como su democracia, contraponiéndola a la colonización fenicia, causante de su destrucción.

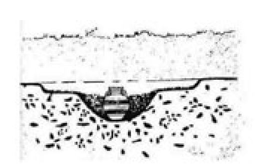
Los inicios de la Arqueología colonial: Bonsor

Coincidiendo con esta corriente y con las grandes misiones europeas en Grecia y en el Próximo Oriente, se instala en Carmona el que se puede considerar como el precursor de la arqueología protohistórica andaluza, G. E. Bonsor. Su llegada a España coincide con el auge de los estudios sobre lo fenicio y lo cartaginés de finales del siglo XIX, cuando se están realizando trabajos en Cádiz por parte de Hübner o en Villaricos de la mano de los hermanos Siret. Aunque sus primeros trabajos arqueológicos se centraron en la necrópolis romana de *Carmo*, la actual Carmona, pronto centrará su interés en Los Alcores, donde realizó excavaciones que sin ningún reparo deben clasificarse de ejemplares por la riqueza de documentación que generaron y por la avanzada metodología arqueológica que siempre empleó en sus investigaciones; en este sentido destaca especialmente el detalle con que redactó sus diarios de excavación, los magníficos dibujos arqueológicos y la documentación fotográfica que siempre acompañaron sus excavaciones. Sus trabajos en Bencarrón, El Acebuchal, Alcantarilla, la Cañada de Ruiz Sánchez o la Cruz del Negro, han aportado a la arqueología tartésica una documentación histórica que aún no se ha reconocido en toda su dimensión a pesar de los excelentes trabajos que sobre sus investigaciones ha elaborado J. Maier en los últimos años. Bonsor no sólo excavó y documentó los restos con todo lujo de detalle, sino que también se preocupó por la conservación y restauración de los objetos recuperados, algo inusual en aquellos momentos. Tras sus trabajos en los Alcores, Bonsor publicará en 1899 una monografía, *Les colonies agricoles préromaines de la vallée du Betis* en cuyas conclusiones se vierten algunas consideraciones de actualidad en la bibliografía española, caso de la colonización agraria por parte de los fenicios, hoy defendida por un nutrido grupo de historiadores y arqueólogos españoles.



FIG. 5. *George E. Bonsor*.





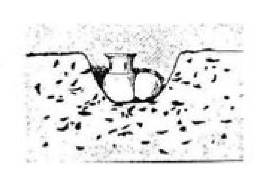


FIG. 6. A) *Inhumación de la necrópolis de Cruz del Negro según Bonsor*. B). *Cremaciones de la necrópolis de Cruz del Negro según Bonsor*.

Según Bonsor, el valle del Guadalquivir en época protohistórica se habría configurado por oleadas de colonos implantados por los tirios que habrían introducido el ritual de la incineración, así como el hierro y otras técnicas que contribuirían al desarrollo de la zona. Tras una fase caracterizada por las inhumaciones bajo túmulo asociada a los turdetanos, se volvería a la incineración introducida ahora por los libio-fenicios y que se distingue, especialmente, por la utilización de las urnas tipo Cruz del Negro, que hoy sigue particularizando las necrópolis tartésicas. Para Bonsor, Tarteso sería la primera ciudad fenicia fundada por los tirios en la península Ibérica, participando así del modelo histórico del orientalismo que intenta explicar el desarrollo cultural europeo. Pero quizá lo más destacable de su investigación es su idea del territorio tartésico, realmente inaudito en aquellos tiempos y sólo retomado muchos años después; en efecto, Bonsor fue el primero que concibió Tarteso como un territorio culturalmente uniforme, y sus excavaciones en Los Alcores no fueron sino una elección basada en la unidad geográfica que ofrecía la zona; utilizó un enorme material cartográfico para llevar a cabo sus trabajos; prospectó intensamente los espacios afectados por sus investigaciones; y reparó especialmente en el estudio de las cerámicas como un medio ineludible tanto para estudiar relaciones con otros yacimientos como para definir su cronología. Bonsor, formado en el positivismo europeo de su tiempo, en ningún momento presenta un Tarteso idealizado, aunque otorga fidelidad a las fuentes clásicas, lo que le llevó a buscar las ruinas de la ciudad en el entorno del Coto de Doñana. Fiel a su sistema de trabajo, Bonsor recorre buena parte de la costa de Huelva siguiendo los trabajos que había iniciado anteriormente Antonio Blázquez, quien había publicado *El periplo de Himilco*, un profundo

estudio de la *Ora Marítima*. Tras algunas reconsideraciones, propone el Cerro del Trigo como uno de los lugares propicios para albergar restos de Tarteso, donde realiza tres campañas de excavación acompañado por un incómodo colega alemán, A. Schulten, quien se encargará en los años siguientes de ensombrecer la enorme contribución de Bonsor a las investigaciones sobre Tarteso, algo que sin duda consiguió.

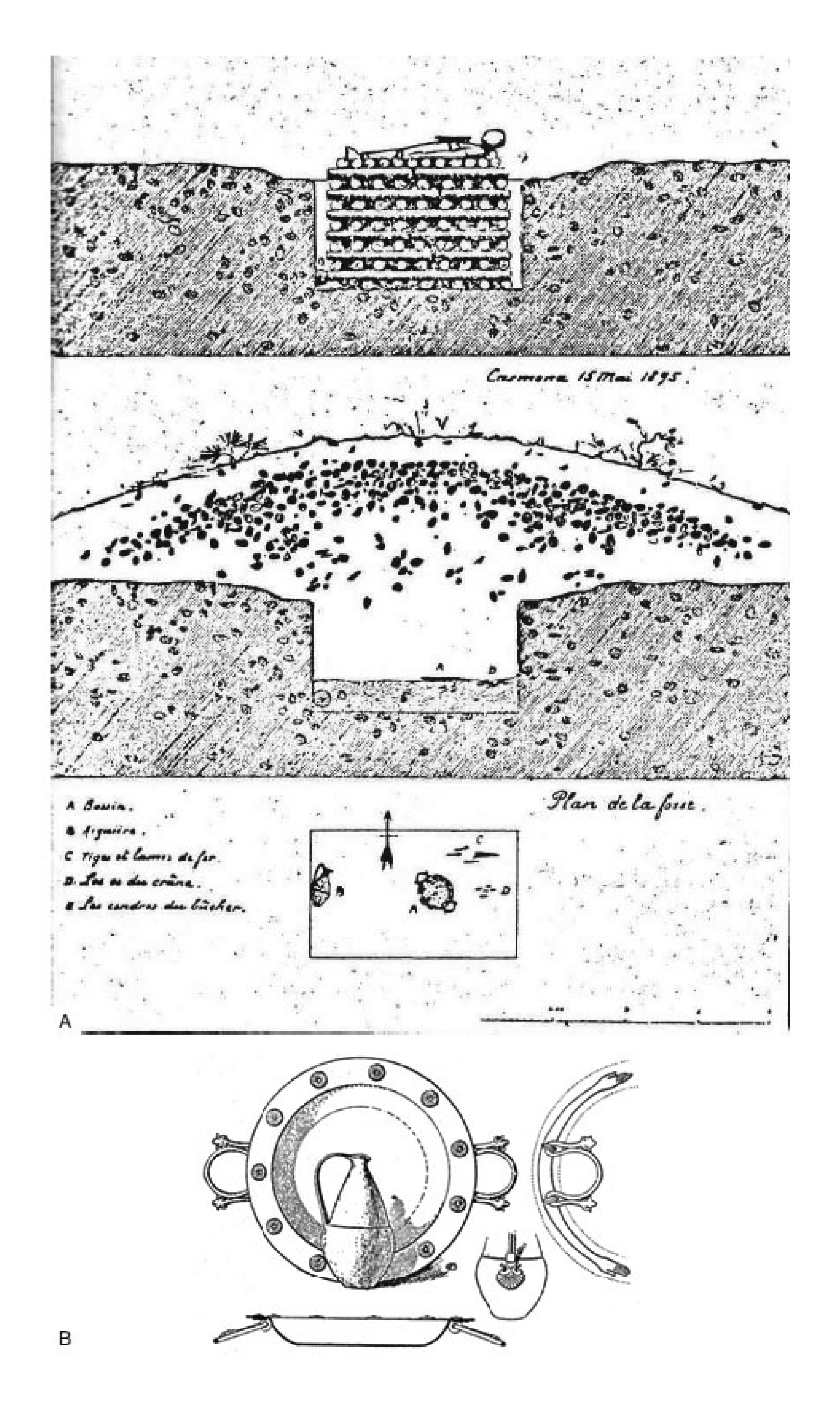

Cremona 15 Mai 1895.
Plan de la fosse.
A Bassin.
C Tiges et lames de fer.
D. Les os du crâne.
E Les cendres du bûcher.
A
B

FIG. 7. *A) Túmulo y enterramiento de la Cañada de Ruiz Sánchez, según Bonsor. B) Ajuar del enterramiento de la Cañada de Ruiz Sánchez, según Bonsor.*

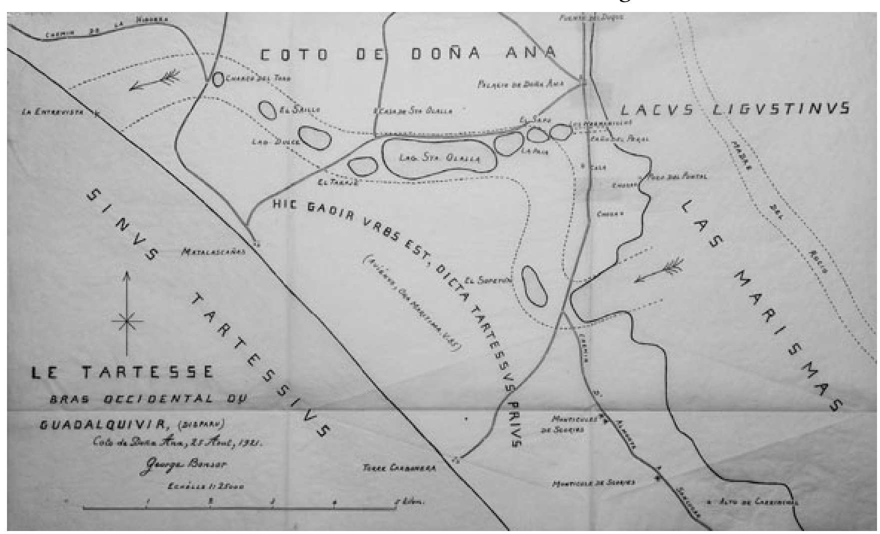


FIG. 8. *Mapa de Tarteso, según Bonsor (Hispanic Society of America).*

A LA BÚSQUEDA DE LA CIUDAD: SCHULTEN

Los veinte años que separaron los trabajos de Bonsor de los que emprendió Schulten en nuestro país en torno a los años 20 del siglo pasado, se convirtieron en un abismo en cuanto a la estrategia investigadora sobre Tarteso. Hay que tener en cuenta que Schulten desarrolló el grueso de su trabajo sobre Tarteso en el decadente período de entreguerras, caracterizado por la crisis de las democracias occidentales, la depresión social por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y, en las ciencias sociales, marcado por las teorías difusionistas de la escuela histórico-cultural de Viena liderada por W. Schmidt. Por lo tanto, y sin caer en el hiperdifusionismo que poco después alentaría Elliot Smith desde la escuela de Manchester, Schulten también reacciona contra el evolucionismo que había protagonizado los estudios históricos del final del siglo XIX, decantándose así por la nueva corriente difusionista que se impone, con ciertos matices interpretativos, en todo el mundo occidental. La base del difusionismo arqueológico parte del

sistema de áreas nucleares de difusión creado por F. Ratzel, de donde arranca la conocida formulación *Ex Oriente Lux* que resume la idea generalizada de que toda cultura deriva de alguna de las civilizaciones del Próximo Oriente, idealizándose cualquier manifestación de las culturas antiguas. Hay que tener en cuenta también que en estas primeras décadas del siglo XX es cuando dan sus mayores frutos las misiones arqueológicas europeas, cuyo mayor logro será el descubrimiento de Cnossos por A. Evans en 1900, hito que pudo ser determinante a la hora de elegir Schulten la isla de Creta como el lugar de procedencia de los pueblos que colonizaron el sur de la península ibérica hacia el 3000 y que él denominó como «pretartésicos».

Una de las misiones más exitosas del Instituto Arqueológico Alemán fue el descubrimiento de la ciudad de Hattussas, que revalorizó extraordinariamente todo el área anatólica al sumarse a los antiguos hallazgos de Troya; tal vez influido por estos datos, Schulten defiende la llegada de gentes procedentes de Lidia, en la costa norte de la actual Turquía, como consecuencia de los movimientos de los Pueblos del Mar. Uno de estos pueblos, los tirsenos, colonizarían el centro de Italia y el sur de la península Ibérica, desde el Algarve hasta la costa levantina, derivando su nombre original en etruscos y tartesios, respectivamente. Después vendrían cuatro siglos de dominio fenicio que darán paso al mayor esplendor cultural de Tarteso con la llegada de los focenses. Por último, la destrucción del reino filohelénico sería una consecuencia directa del posterior dominio cartaginés a finales del siglo VI a.C. Identifica Tarteso con la Atlántida de Platón y ubica la ciudad, en sintonía con lo que había manifestado Bonsor, en el Coto de Doñana, en cuyas excavaciones colabora.



FIG. 9. *Adolf Schulten*.

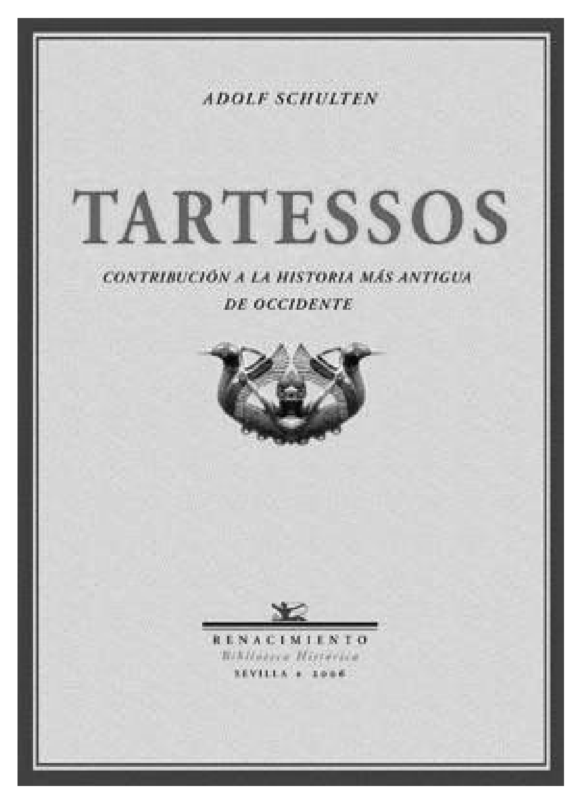


FIG. 10. *Moderna edición del Tarteso de Schulten.*

Schulten participa del ambiente intelectual de su época, donde el concepto nacionalista e idealista deben plasmarse en hallazgos espectaculares que permitan el conocimiento del pasado. El problema es que Schulten no era arqueólogo, sino un magnífico filólogo que despreció los datos arqueológicos que, aunque escasos, ya se manejaban en ese momento. Incluso obvió los trabajos que se realizaron tras el descubrimiento del tesoro de Aliseda, así como cualquier referencia bibliográfica de los estudios de investigadores españoles, cayendo en lo que García Bellido denominó como narcisismo científico. Pero la edición en español de su libro *Tartessos*, publicada en 1924 por Revista de Occidente por expreso deseo de Ortega y Gasset, se convirtió en un libro de éxito que eclipsó durante muchos años cualquier otra aproximación al estudio del tema, contribuyendo a la vez a

potenciar de manera extraordinaria los estudios sobre la cultura tartésica tanto dentro como fuera de nuestro país. La mayor y sustancial aportación de Schulten en su libro, así como en la revisión que de él hace en 1945, es sin duda su exhaustivo análisis de las fuentes clásicas, las cuales domina a la perfección, acometiendo una profunda revisión de la *Ora Marítima* de Avieno que a la postre inspirará su aproximación al estudio de Tarteso.

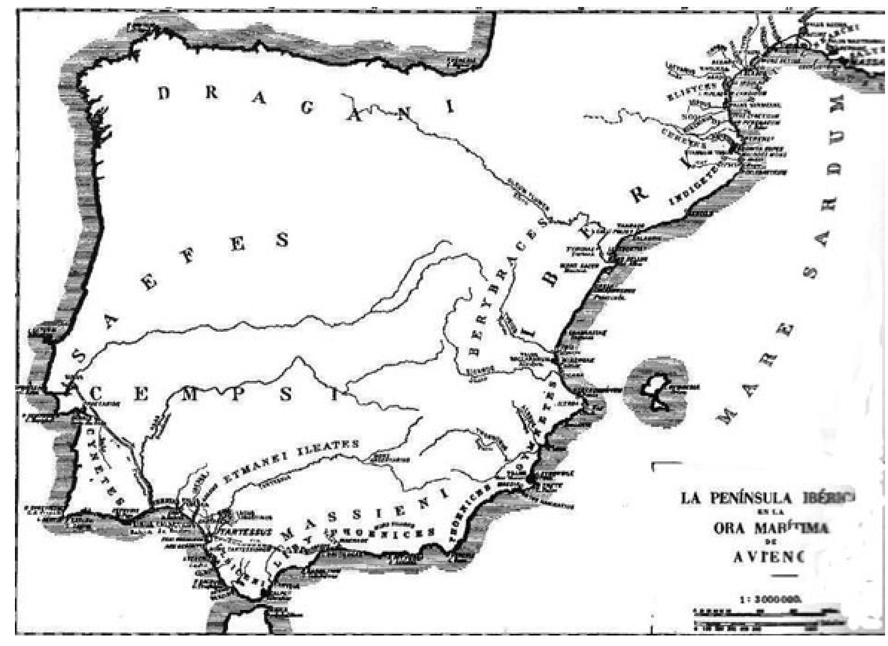


FIG. 11. *La* Ora Marítima *de Avieno, según Schulten*.

El libro de Schulten dejó tal huella entre los investigadores españoles de la siguiente generación, que muchos intentaron seguir sus pasos centrando sus trabajos en la localización de la ciudad para paliar el fracaso de éste, pero siempre en función de las fuentes clásicas. Así, la búsqueda de la ciudad de Tarteso a través de la *Ora Marítima* (265-267), donde se especifica que la distancia entre la desembocadura del Guadiana y Tarteso es de un día de navegación, a la que se une la alusión en un pasaje de Escimno (Eforo 162) de que, en sentido contrario, la mítica

ciudad se encuentra a dos días de navegación de Cádiz, hizo que algunos investigadores intentaran también situar la ciudad de Tarteso en un punto algo alejado del Coto de Doñana, concretamente en la isla de Saltés, junto a la ciudad de Huelva, hipótesis que han defendido algunos investigadores del prestigio de García Bellido o Luzón, mientras que otros como Fernández Jurado, no se decantan por un lugar específico, pero no dudan de que se debería hallar en el entorno de Huelva, sin descartar el propio Coto de Doñana.

Una alternativa científica: la paleografía

Tras el entusiasmo desatado en los años posteriores al libro de Schulten donde, amén de los intentos por ubicar la ciudad de Tarteso en el entorno de Huelva, se publican estudios en los que prácticamente cada historiador intenta localizar la ciudad en un lugar determinado como ya se había intentado en el siglo anterior. Ejemplo de ello son los trabajos de Chocomeli (1940), Pemán (1941) y Esteve (1945), quienes ubican la ciudad en los alrededores de Jerez de la Frontera, si bien ahora, además de las fuentes clásicas, tanto Pemán como Esteve se basan en los estudios paleográficos que, aunque aún inéditos en ese momento, sí les eran conocidos. El trabajo referido se centraba en el entorno de la desembocadura de los ríos Guadalete y Guadalquivir, y fue publicado en 1959 por el ingeniero de minas J. Gavala y Laborde, obteniendo una importante repercusión que aún hoy sigue teniendo plena validez entre la mayor parte de los arqueólogos. Gavala publica su estudio titulado *La geología de la costa y de la bahía de Cádiz y el poema «Ora Marítima» de Avieno,* en el que, a grandes rasgos, concluye que, en época tartésica, los ríos Guadalquivir y Guadaíra desembocaban a la altura de Coria del Río en un gran estuario que se comunicaba con un pequeño golfo, denominado tradicionalmente en la historiografía como golfo tartésico, que se correspondería prácticamente con el actual Coto de Doñana.

A lo largo de los siglos, este golfo donde desembocaba el río Guadalquivir se fue colmatando gracias a los sedimentos del río, mientras que simultáneamente se fue formando un cordón de dunas que lo cerraba por la zona meridional conformado por la arena que impulsaban las olas y los vientos de poniente, de tal manera que se formó una enorme albufera que luego los romanos denominaron lago Ligustino y que, con el tiempo, terminaría convirtiéndose en las actuales marismas del Parque Natural de Doñana. En realidad sigue habiendo cierta controversia en cuanto a la ubicación de este lago, aunque la discusión parece entrar en una nueva dimensión con el proyecto geoarqueológico de las marismas del Guadalquivir que dirige O. Arteaga, quien propone con buen criterio que esa identificación debe plantearse en relación con un proceso histórico y paleogeográfico del Bajo Guadalquivir. También en la actualidad se están llevando a cabo trabajos de investigación en el entorno de Doñana, con un carácter ampliamente interdisciplinar, para intentar reconstruir el paleopaisaje de la zona y verificar las posibilidades que pudo ofrecer una parte de la marisma en época protohistórica para albergar asentamientos humanos, presupuestos que se hallan alejados de la idea romántica de buscar la hipotética ciudad de Tarteso. Estos trabajos son una respuesta a la nueva hipótesis lanzada por el físico alemán Khüne, quien en una reciente publicación de la prestigiosa revista *Antiquity* vuelve a reivindicar básicamente las teorías de Schulten, basándose ahora en la interpretación de imágenes procedentes de los satélites artificiales.

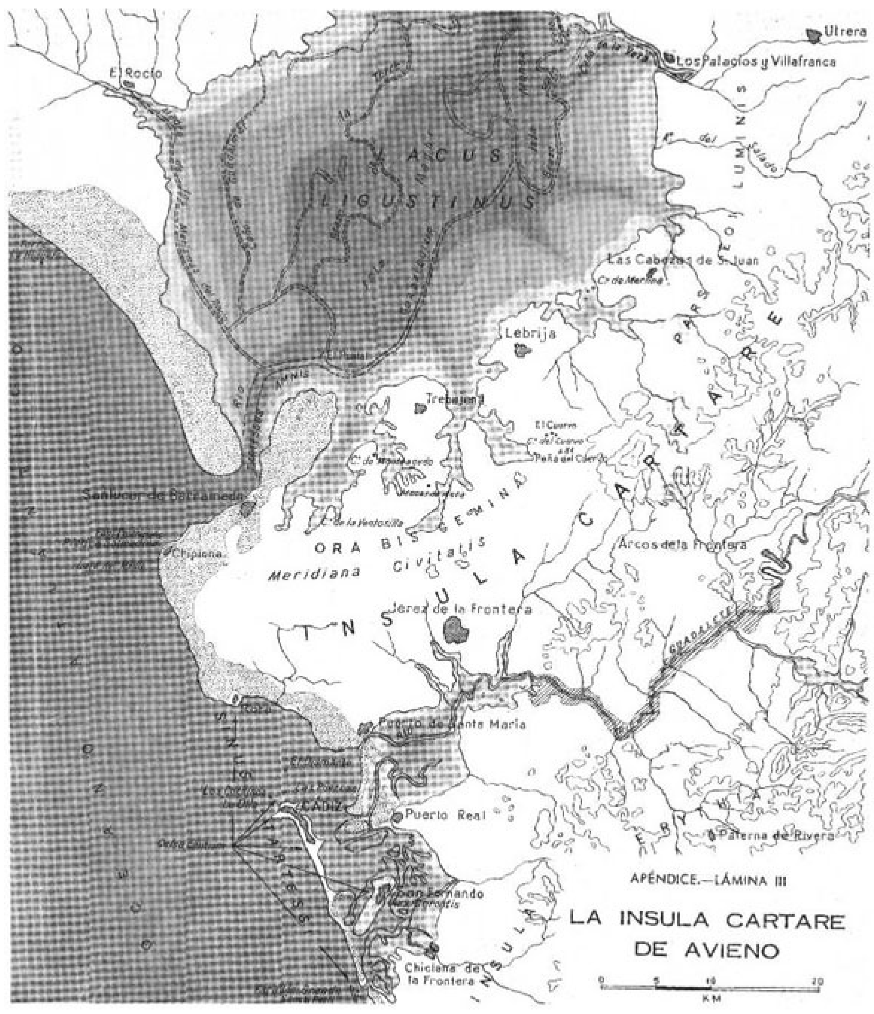


FIG. 12. *La ínsula Cartere, según J. Gavala.*

UN TÉRMINO DE COMPROMISO: EL ORIENTALIZANTE

Como muchos de los términos que utilizamos en Arqueología, el de «orientalizante» ha suscitado algunos reparos porque en el fondo no ha podido explicar todos los problemas que derivan del contacto cultural entre sociedades desiguales, que en definitiva es por lo se define, al menos en las sociedades mediterráneas occidentales de la Primera Edad del Hierro, contribuyendo a desarrollar las identidades regionales que se estaban conformando en ese momento histórico. El fenómeno

es de una enorme complejidad y, en la península Ibérica, se ha asimilado rápidamente a la colonización mediterránea, fundamentalmente fenicia, por lo que se ha confundido con el propio concepto de Tarteso, que sería, pues, el resultado de esa interacción entre los colonos y la población indígena.

El vocablo «orientalizante» es un préstamo de los historiadores del Arte, por lo que su aplicación también ha tenido, y sigue teniendo, dos vertientes interpretativas; una más atenta a la apariencia de los materiales, ya sea porque son importados, en cuyo caso deberíamos clasificarlos como orientales, o porque modifican el modelo tradicional para incorporar o imitar tanto el diseño como la técnica de los nuevos objetos que se importan; pero lo orientalizante debe ir mucho más allá de esa concepción meramente estética y adentrarse en los problemas derivados del proceso de cambio cultural que afecta a esas sociedades «orientalizadas». Este proceso se ha venido explicando mediante la interacción, aunque pocas veces se ha entrado a discutir sobre la descompensación existente entre ambos actores, fundamental para entender la importancia del fenómeno en las sociedades afectadas. No obstante, y a pesar de la plasticidad a la hora de utilizarlo, parece que hay cierta unanimidad en la acepción de este término. La duración de este período cultural también está en discusión, pues aunque no hay dudas de que su inicio coincide con la colonización fenicia, su final se hace coincidir con la crisis del siglo VI; sin embargo, no parece haber la menor duda de que su efecto se deja sentir en la periferia de Tarteso al menos un siglo después, espacio de tiempo que algunos han denominado como período postorientalizante, todo un despropósito si tenemos en cuenta que se siguen las mismas pautas y estrategias socioeconómicas que en el siglo anterior, y

que muchos de los yacimientos que se desarrollan en este espacio de tiempo, que deberíamos denominar Orientalizante Final, sirven para explicar todo ese proceso histórico.

Pero el término «orientalizante» está también estrechamente ligado al estudio arqueológico de Tarteso, surgiendo en un momento, a mediados del siglo pasado, en que el análisis de las fuentes clásicas acaparaba casi la totalidad de la investigación. Aunque aún no había excavaciones que permitieran valorar el verdadero impacto de este fenómeno, sí existía una conciencia de las mejoras tecnológicas importadas por los colonos fenicios; nadie ponía en duda que la colonización era responsable de la introducción en la península ibérica de innovaciones tan determinantes como la del torno de alfarero, las nuevas técnicas metalúrgicas o la escritura, pero también de la implantación de especies tan importantes para el futuro económico de la zona afectada como la vid y el olivo. Más difícil de calibrar era el impacto que la colonización había producido en el sistema social de las poblaciones indígenas, en sus creencias religiosas, en la organización de su sistema productivo o en el desarrollo del urbanismo.

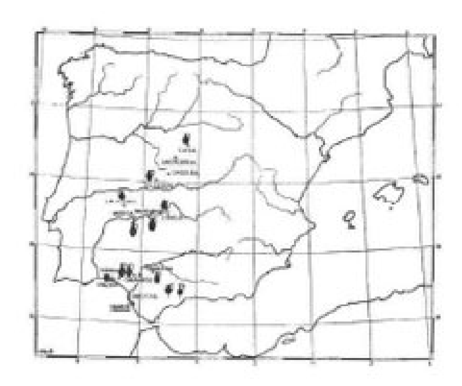
El concepto «orientalizante», por lo tanto, ha centrado sus esfuerzos en explicar las repercusiones de la colonización en las sociedades indígenas, pero ha descuidado los aspectos relacionados con la propia transformación interna de esas sociedades tras el impacto colonial. El Período Orientalizante fue común a buena parte del Mediterráneo, si bien las formas de contacto y los efectos socioeconómicos fueron muy diversos en función del grado de desarrollo de las áreas donde se produjo; quizá no es posible hacer paralelismos con las consecuencias que tuvo en Etruria, Grecia o Chipre, pero sí presenta aspectos similares a los que se produjeron en Cerdeña o Sicilia, por lo que parece obvio que un estudio integral de todos estos fenómenos ayudaría a entender mucho mejor las repercusiones

sociales en las culturas que lo asimilaron; sin embargo, sólo se han transplantado modelos de otros lugares del Mediterráneo para justificar hipótesis que no han ido más allá de la simple analogía formal.

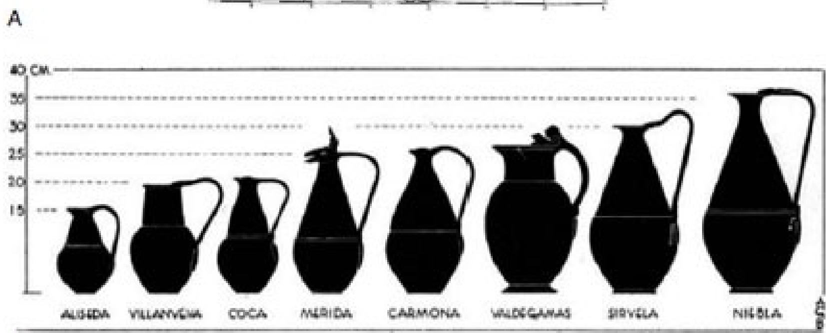
El punto de inflexión en el estudio de la arqueología tartésica se produce en 1956, que coincide con la introducción del término «orientalizante» en la bibliografía española a través de un artículo de A. Blanco Freijeiro en el número 29 del *Archivo Español de Arqueología*. El trabajo de Blanco, que distinguía entre objetos fenicios y orientalizantes, se completaba con sendos artículos de E. Cuadrado y A. García Bellido en los que se daban a conocer un repertorio de braserillos rituales púnicos y una recopilación de los objetos denominados hispano-púnicos conocidos hasta ese momento en la península, respectivamente. Poco después, en 1960, García Bellido calificaba a esos jarros de púnico-tartéssicos, y en 1964 simplemente como tartésicos, pero siempre incorporando el concepto de orientalizante; lo explica así en dos simples líneas: «Nos hallamos, pues, ante un complejo cultural 'orientalizante' al que podemos llamar, por el lugar y el tiempo en que se desarrolla 'tartéssico'». La importancia del trabajo de Blanco también se antoja fundamental porque rompe la visión exclusivamente receptiva sobre la presencia de materiales procedentes del Mediterráneo oriental en nuestra península, si bien adjudica ese logro, al igual que los investigadores citados, a los fenicios instalados en nuestras costas; una concepción difusionista, bien retratada por López Castro, que es deudora tanto del discurso teórico que rige en esos momentos como de la ausencia de datos procedentes de excavaciones arqueológicas. Por último, cabe destacar la apreciación de Blanco tras el estudio de los jarros de bronce y de adentrarse en un pormenorizado análisis del tesoro de Aliseda, publicado por J. R. Mélida en los años 20, cuando dice: «…los hallazgos se han verificado en puntos relativamente próximos

entre sí, en lo que fue la antigua región tartésica»; es decir, incluye Aliseda en la esfera de Tarteso, convirtiéndose así en el primer autor que sitúa un material procedente de la cuenca del Tajo en dicha cultura. El tesoro de Aliseda había roto todos los cánones hipotéticos sobre la colonización fenicia al haberse hallado en tierras muy al interior, concretamente en la provincia de Cáceres. A su significativo hallazgo se le unió en 1953 el de la arracada de Madrigalejo, también en la provincia de Cáceres, y su divulgador, J. Ramón y Fernández-Oxea, en línea con el pensamiento de Maluquer, dice que: «la calidad de la técnica empleada [...] nos afirma en la creencia de que se trata de una obra indígena, probablemente celta, que conocía las alhajas traídas la península por fenicios y cartagineses». En realidad estaba formulando el concepto de «orientalizante» que vería la luz pocos años después. Fernández-Oxea se manifiesta como uno de los arqueólogos más preclaros de la prehistoria extremeña, aunque oscurecido por la irrupción de Almagro Basch en el precario panorama arqueológico extremeño que, evidentemente, dinamizó de forma sobresaliente.

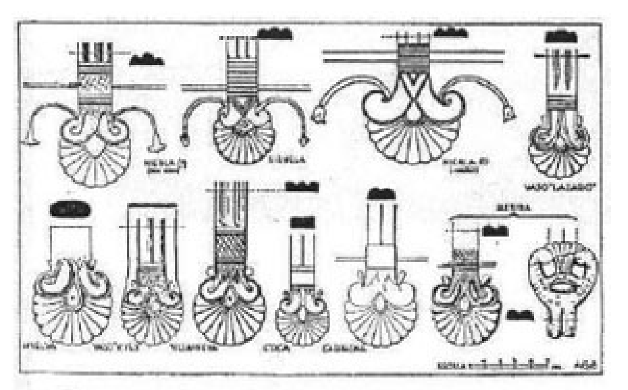
Posteriormente, García Bellido, que ya había identificado los jarros de bronce como tartésicos, refrenda la opinión de Blanco cuando afirma: «Adviértase que estos hallazgos van jalonando una vía comercial que debía llevar desde las costas atlánticas, la de Tartessos-*Gadir*, hasta el interior de la Meseta; vía que luego en época imperial romana se nos revela en la calzada conocida como Vía de la Plata», hipótesis que aún hoy es asumida por muchos investigadores sin entrar siquiera a analizar los numerosos hallazgos producidos en la región extremeña desde tal afirmación.

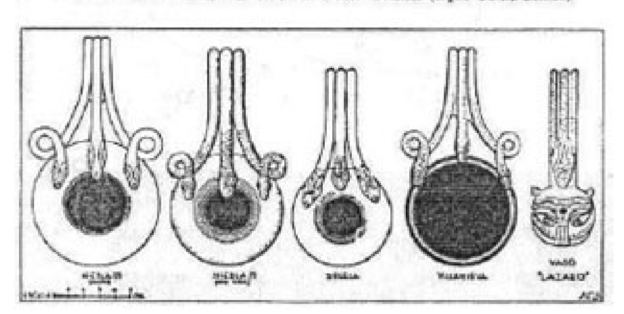


A


40 CM.
35
30
25
20
15
ALISEDA
VILLANUEVA
COCA
MERIDA
CARMONA
VALDEGAMAS
SIRVELA
NIEBLA

B


SIRVELA
VASO "LAZARO"
MERIDA
COCA
Palmetas decorativas de asas de vasijas de bronce tartésicas (según García Bellido)


VASO
"LAZARO"

C

FIG. 13. A) *Dispersión de los jarros tartésicos.* B) *Tipología de jarros tartésicos.* C) *Tipología de las decoraciones de asas y bocas de los jarros tartésicos (según García Bellido 1969).*

El nacimiento de la Arqueología tartésica: Maluquer de Motes

Quien reclama por vez primera ese «arte orientalizante» para Tarteso es J. Maluquer de Motes, como ha puesto de manifiesto F. Gracia en el monográfico de la revista *Pyrenae* dedicada al arqueólogo catalán. Maluquer entiende ya Tarteso como un pueblo indígena del suroeste peninsular en estrecho contacto con los colonos fenicios; así, en 1957 publica su artículo «De metalurgia tartesia: el bronce Carriazo», que cosecharía una enorme repercusión en la investigación de la época, con unas conclusiones que se pueden resumir en la siguiente sentencia: «Creemos tener, por consiguiente, en el bronce 'Carriazo', una prueba patente de la originalidad, técnica, belleza y simbolismo de la metalurgia tartésica». Para Maluquer, pues, Tarteso era un espacio donde convergían la influencia de los celtas asentados en la península y la de los fenicios, pero sobre un sustrato indígena al que le confería una tradición cultural rica y dilatada. Con esa base teórica, adscribe la mayor parte de los materiales calificados como púnicos o fenicios a la manufactura tartésica, y sentencia: «El taller que Blanco Freijeiro y García Bellido buscan hacia *Gadir*, es para nosotros simplemente Tartessos», adjudicando por lo tanto las piezas orientalizantes a los indígenas peninsulares. El planteamiento de Maluquer, apoyado muy pronto por el propio García Bellido, abre una nueva línea que a la postre marcará los próximos años de la investigación sobre Tarteso o, lo que es lo mismo, sobre la cultura orientalizante. Por lo tanto, en palabras de Martí-Aguilar, la denominada solución «orientalizante» otorgaba por fin una arqueología propia a la civilización tartésica, propiciando la normalización de su investigación y su equiparación cualitativa con otras

culturas que se entendía presentaban fases orientalizantes equivalentes, como la etrusca o la propia griega. Maluquer es también el primero en abogar por el carácter secundario de la investigación de las fuentes clásicas, otorgando a la arqueología la responsabilidad de configurar una cultura arqueológica tartésica inscrita en la moda de círculos culturales herederos de la escuela histórico-cultural, e introduce el factor chipriota en la configuración del orientalizante peninsular, una consideración que aún hoy sigue vigente entre un buen número de investigadores.

Con esta batería argumental, Maluquer consiguió un espaldarazo a sus hipótesis con el espectacular descubrimiento, en 1958, del tesoro de El Carambolo, en uno de los cerros del Aljarafe sevillano, concretamente en la localidad de Camas, y publicado un año después en sendos artículos de Kukahn y Blanco del propio Maluquer de Motes. Las vicisitudes de este importante hallazgo y las posteriores interpretaciones que se han hecho del yacimiento han sido recientemente expuestas por sus actuales excavadores, A. Fernández Flores y A. Rodríguez Azogue, en un monográfico sobre los últimos y espectaculares hallazgos, donde destaca el radical cambio de visión sobre la adscripción cultural del santuario, adjudicado sin paliativos a la iniciativa fenicia.



FIG. 14. *Tesoro de El Carambolo*.

El casual hallazgo del tesoro de El Carambolo se produjo cuando unos obreros realizaban obras de ampliación en la Real Sociedad del Tiro de Pichón de Sevilla. Las veintiuna piezas de oro que conformaban el conjunto fueron halladas en el interior de una vasija realizada a mano que no ha llegado hasta nosotros, pero que confiere al descubrimiento un significado especial al entroncar con una tradición bien atestiguada en nuestra península desde el Bronce Final, donde otros tesoros también fueron hallados en estas circunstancias, caso de los conjuntos de Berzocana, Sagrajas o Bodonal de la Sierra. El conjunto estaba formado por un collar, dos pectorales, dos brazaletes y dieciséis placas de oro. Tres días después del hallazgo se iniciaron las excavaciones en el lugar dirigidas por J. De Mata Carriazo, quien invitó inmediatamente a Maluquer a colaborar en las mismas y cuya aportación metodológica fue fundamental para distinguir los diferentes niveles arqueológicos detectados y poder

montar así una secuencia cronológica coherente. Como era lógico, sendos investigadores adscribieron de inmediato las joyas a la *civilización tartésica*, lo mismo que hicieron con los materiales procedentes de la excavación arqueológica emprendida, donde destacan los que se iban a considerar como los dos fósiles directores de esta cultura, las cerámicas pintadas, que por lo inédito de su paralelismo peninsular pasaron a denominarse «tipo Carambolo», y las de «retícula bruñida», que confirmaban la homogeneidad cultural del suroeste peninsular por haberse documentado en otros yacimientos andaluces. El estudio de El Carambolo supuso, por lo tanto, una exhaustiva revisión de los materiales procedentes fundamentalmente de las excavaciones de Bonsor en Los Alcores y Setefilla, las únicas realizadas de una forma sistemática en la Baja Andalucía. Pero Carriazo pensó que el tesoro procedía de una cabaña, lo que decepcionó en principio su visión del emporio tartésico en el que creía estar trabajando. Un año después del hallazgo del tesoro, Carriazo emprende excavaciones en lo que denominó el «poblado bajo» de El Carambolo, individualizando así lo que pensaba que eran dos áreas independientes, cuyo resultado más significativo es la sistematización que elaboró para caracterizar la cultura material tartésica. Ahora sí detecta construcciones cuadrangulares con materiales que sitúa sin dudas entre los siglos VIII y V a.C.; es en este momento cuando se atreve a sentenciar que Tarteso *deja de ser tan sólo un mito poético para convertirse en un complejo arqueológico*. El argumento de base para adscribir el yacimiento al mundo indígena se basaba en la identificación de cerámicas precoloniales del estrato IV del «fondo de cabaña», datado en el siglo IX, por lo tanto, efectivamente, antes de la colonización fenicia, lo que ha repercutido en la investigación del suroeste andaluz al denominar esta fase como Bronce Final Tartésico, designación aún utilizada por algunos investigadores. Sin embargo, la

presencia de cerámicas orientalizantes a torno detectadas en las recientes excavaciones de El Carambolo ponen en tela de juicio esa consideración, por lo que no existen pruebas arqueológicas para considerar el santuario anterior a la presencia colonial. Por último, Carriazo justifica el esplendor de Tarteso gracias a su actividad comercial, lo que ayudaría a comprender la presencia de productos foráneos, que recibiría a cambio de sus abundantes materias primas, entre las que destacaría especialmente el metal. La publicación tanto del diario de excavaciones de Maluquer como, en especial, de las memorias de las intervenciones en El Carambolo de Carriazo, no verán la luz hasta pasada más de una década, por lo que su impacto en el mundo de la investigación se verá mitigado por una cascada de hallazgos que van a precipitar definitivamente la investigación arqueológica sobre Tarteso.

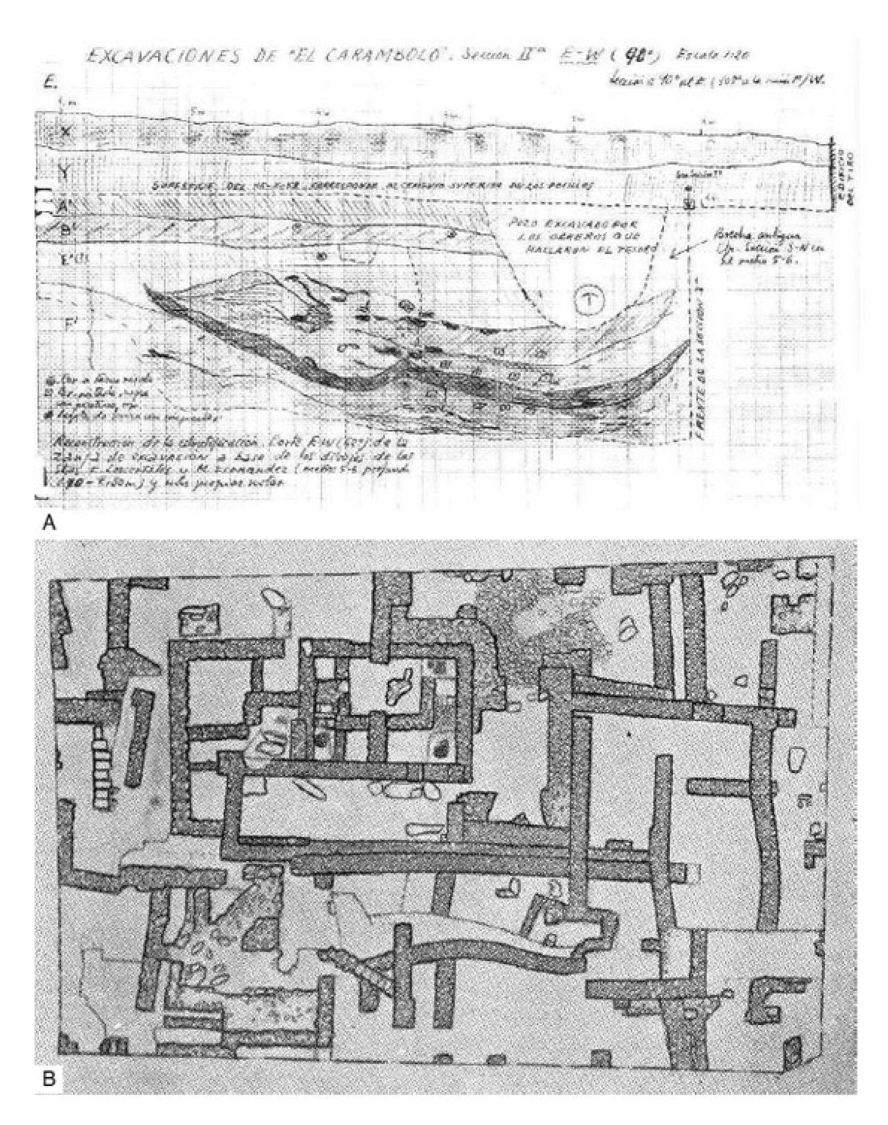


FIG. 15a. A) *Estratigrafía de El Carambolo realizada por J. Maluquer.* B) *Planimetría del Poblado Bajo de El Carambolo, según J. Mata Carriazo.*

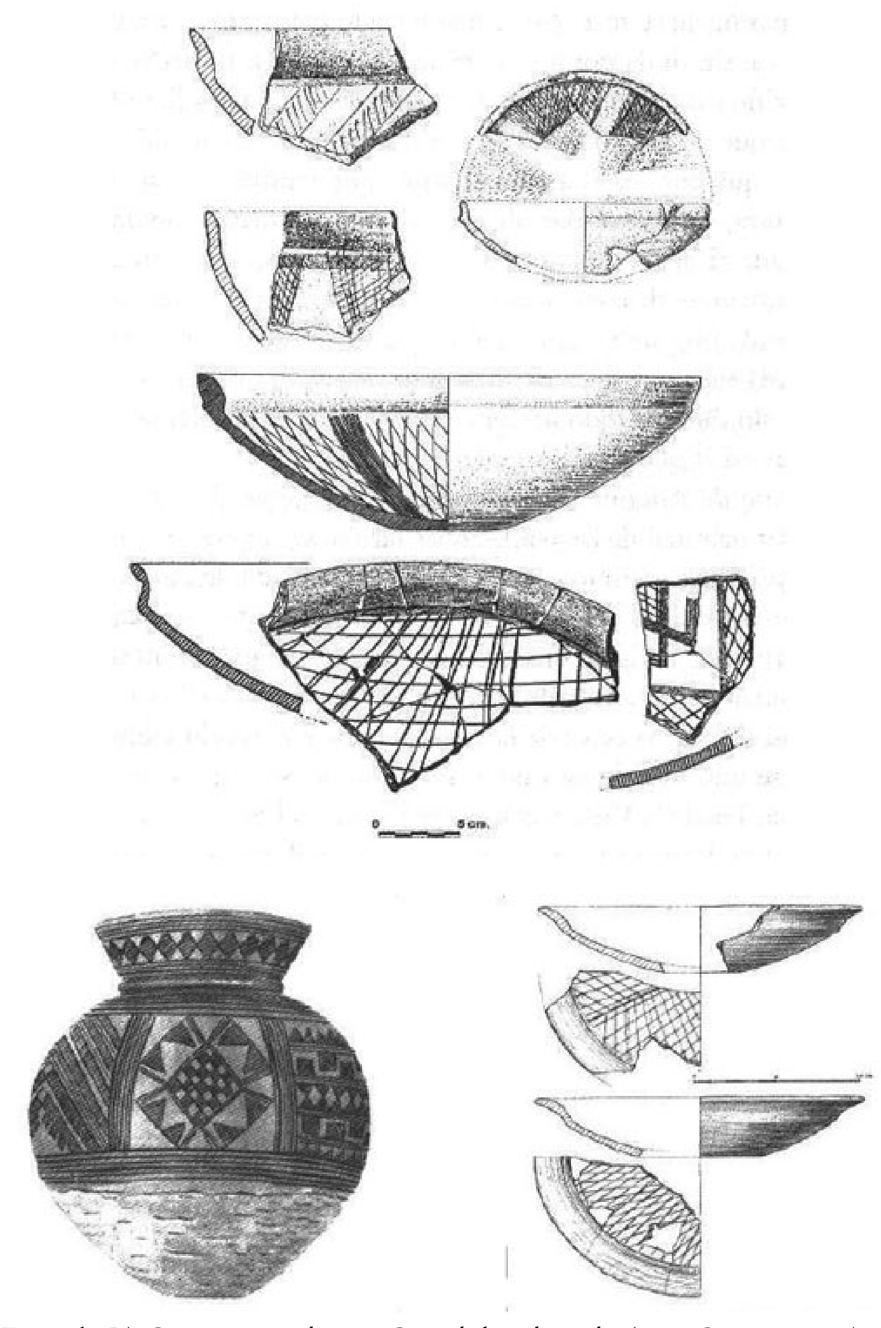


FIG. 15b. D) *Cerámica pintada «tipo Carambolo» y bruñidas (según Carriazo, 1973).*

Tan sólo unos años después del descubrimiento del tesoro sevillano, se produce un hallazgo de enorme interés arqueológico dado a conocer también por Carriazo, si bien en esta ocasión en colaboración con Raddatz, que permitirá al primero situar en el espacio cronológico buena parte de los materiales procedentes de El Carambolo. En efecto, como resultado de una limpieza estratigráfica llevada a cabo en Carmona, ambos arqueólogos dan a conocer una secuencia cronológica que abarca desde el Bronce Tardío hasta época turdetana, lo que la convertía en la primera serie documentada de la protohistoria del Bajo Guadalquivir. La importancia de esta seriación era evidente, pues gracias a ella podrían fecharse muchos de los materiales aparecidos en otros contextos peor conocidos. Además, entre los materiales del Bronce Final se detectaron cerámicas de Cogotas I que reafirmaban la influencia meseteña, y por lo tanto celta según la corriente de la época, lo que volvía a refrendar la tesis de Maluquer.

Las importantes aportaciones teóricas de Maluquer fueron apoyadas por el sistema académico español de esa época por cuanto suponía un paso importante hacia la idea que se venía gestando tras la Guerra Civil: la innegable raíz hispana de nuestra cultura, de sustrato fundamentalmente celta. Los resultados de las excavaciones en Andalucía eran tan elocuentes y reforzaban de tal forma la hipótesis del sustrato tartésico previo a la colonización fenicia, que se facilitó desde las más altas estancias de la Administración franquista la apertura de nuevas excavaciones que apuntalaran la propuesta indigenista. La línea «celtista» arraigó con desmesurada fuerza en la interpretación arqueológica de los años 40, alentada desde el poder administrativo que Almagro Basch disfrutaba desde sus diferentes puestos de control de la Arqueología española. Tanto Almagro Basch, como sobre todo Santa-Olalla, defendieron la homogeneidad de las raíces hispanas amparándose en las

diferentes oleadas celtas que desde la Edad del Bronce habían configurado el sustrato cultural, teoría que intentaba rebatir la postura más regionalista de Bosch Gimpera. Santa-Olalla llegó incluso a minimizar la importancia de lo ibérico para así equilibrar la aportación céltica. Sin embargo, Maluquer se descolgó de tan radical interpretación, como dejó patente en el prólogo del libro *Los Iberos*, de A. Arribas. Pero los derroteros que iban a tomar las investigaciones fueron por una línea muy diferente, sobre todo gracias a la intervención del Instituto Arqueológico Alemán, que en contra de lo que podía pensarse tras la Segunda Guerra Mundial, se puso a la cabeza de la investigación de la colonización fenicia en nuestra península.

En 1968 hace su aparición el libro *Tartessos y los inicios de la colonización fenicia de Occidente*, de J. M.ª Blázquez, un exhaustivo recopilatorio de las fuentes escritas relacionadas con Tarteso y de todos los hallazgos realizados hasta esa fecha, imprimiendo al trabajo un cariz arqueológico desconocido hasta la fecha; destaca además la división que hace el autor entre los materiales fenicios y tartésicos, lo que ya de por sí marca su línea de pensamiento, deudora de los planteamientos de Maluquer. Para Blázquez, Tarteso es sinónimo de Período Orientalizante, fenómeno que se desarrollaría en paralelo con otros lugares del Mediterráneo central también afectados por la colonización fenicia. No excluye la existencia de un gran centro urbano que capitalizara su potencial económico, el minero, y que ubica en la ciudad de Huelva.

Por último, y ante la calidad de los datos arqueológicos surgidos entre el trabajo de Schulten y el mencionado libro de Blázquez, Maluquer decide organizar una reunión monográfica sobre el tema de Tarteso que estuvo llamada a convertirse en un verdadero hito para su estudio. Así, en el V Symposium de Prehistoria Peninsular que se celebró en Jerez de la Frontera bajo el título *Tartessos y sus problemas*, se expusieron una serie de

ponencias que, en general, refrendaron la postura indigenista de Maluquer. Del Simposio se pueden extraer varios datos muy significativos. En primer lugar, llama la atención que tan sólo dos de los trabajos presentados se dediquen a analizar las fuentes escritas, y uno de ellos, el ya mencionado de Täckholm, para rebatir la identificación de Tarteso con el Tarsis bíblico, lo que sin duda suponía una ruptura con la tradición de los estudios previos, enfocando el problema desde una perspectiva casi exclusivamente arqueológica. En segundo lugar, parece que hay cierta unanimidad a la hora de establecer las raíces prehistóricas de Tarteso, lo que a la postre supuso una marcada influencia en el futuro de la investigación. Y, en tercer lugar, se subraya la importancia del factor fenicio en el definitivo desarrollo de Tarteso, cuyo sustrato cultural sería esencialmente indoeuropeo. Un trabajo de enorme calado conceptual es el que realizó Tarradell, quien no sólo incorporó a la literatura arqueológica el término «aculturación», sino que introdujo un nuevo concepto sobre la cultura tartésica que tendría una gran repercusión en buena parte de los investigadores de la siguiente generación; Tarradell parte de una base fundamental para poder analizar el problema de Tarteso: «que la creación de la civilización o cultura tartésica sólo se explica como un fenómeno nacido de los contactos con pueblos del Mediterráneo oriental, a través del fenómeno de las colonizaciones, fundamentalmente la de los fenicios». Pero aún mayor calado tendrá otra de sus consideraciones que rompe la inercia existente hasta esos momentos: «¿Es lícito suponer la existencia de una "gran ciudad" capital del reino de Tartessos? Afirmarlo equivaldría a considerar un desarrollo urbano incompatible con lo que los datos históricos permiten esperar de cualquier sociedad del extremo Occidente del Mediterráneo en la primera mitad del primer milenio antes de nuestra Era. Lo que lógicamente podemos esperar […] es hallar numerosos poblados, o pequeñas

ciudades, correspondientes al área cultural ocupada por la cultura tartésica». Una apreciación que ha marcado toda la investigación moderna sobre Tarteso. Por último, Maluquer también introduce un argumento de peso que igualmente tendrá una significativa repercusión en la investigación actual al considerar que la colonización fenicia jugó un papel primordial a la hora de cimentar las bases del poder tartésico, contribuyendo por lo tanto a aumentar el protagonismo de la monarquía en la sociedad indígena.

INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

THE WILLIAM L. BRYANT
FOUNDATION

TARTESSOS
Y SUS PROBLEMAS

V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular

Jerez de la Frontera, Septiembre 1968

UNIVERSIDAD DE BARCELONA
1969

FIG. 16. *Portada del libro* Tarteso y sus problemas, *editado en 1968*.

Por último, dos años después del Simposio de Jerez y aprovechando buena parte de sus conclusiones, Maluquer publica una síntesis de carácter divulgativo en un libro titulado *Tartessos. La ciudad sin historia*, donde hace especial hincapié en el sustrato prehistórico de Tarteso, que se configuraría a partir de la Cultura de los Millares, consolidando su estructura sociopolítica antes de la llegada de los fenicios. Una visión evolucionista del problema que se complementa con el difusionismo en vigor en aquella época para justificar el cambio cultural. De lo que no cabe duda es del cambio que sus trabajos, y los por él inspirados, supusieron para la arqueología protohistórica de la península Ibérica; pues a partir de esos momentos, y con otros supuestos epistemológicos, los estudios de Tarteso se desarrollarían en un estricto plano arqueológico.

Entre el fósil-director y la estratigrafía. El positivismo

Una vez sentadas las bases del nuevo camino que había que emprender para intentar un análisis arqueológico de Tarteso, los años siguientes se caracterizaron por una frenética actividad arqueológica en España auspiciada, como ya se mencionó, por el interés de la Administración, que aunque con escasos presupuestos, sí diversificó la investigación en zonas dispersas por toda la geografía peninsular, pues tampoco se podían escatimar esfuerzos, claro está, en la investigación orientada a potenciar la denominada cultura celta o indoeuropea. En lo que a nosotros aquí nos atañe, el reto principal era lograr la determinación del área cultural tartésica defendida por la mayor parte de los investigadores, tarea cuya responsabilidad recayó en la cerámica, puesto que a través de los inéditos hallazgos de El Carambolo, fundamentalmente las retículas bruñidas y las cerámicas pintadas con motivos geométricos que el propio Maluquer no dudó en denominar «tartésicas», se podría delimitar la extensión de esa cultura. En este sentido hay que destacar el trabajo pionero de Blanco, Luzón y Ruiz Mata

presentado, precisamente, en el Simposio de Jerez, donde sientan las bases de los antecedentes culturales tartésicos a través de las cerámicas, amén de aportar un dato de gran importancia para justificar el posicionamiento de Tarteso ante la iniciativa comercial fenicia, «la existencia de una intensa actividad metalúrgica y estrechos contactos y relaciones con los establecimientos coloniales de la costa meridional».

La primera mitad de la década de los años 70 se caracterizó por un positivismo metodológico que centró su actividad en las estratigrafía como medio para construir secuencias paralelas que permitieran construir un marco cronológico y geográfico de la cultura tartésica; todo ello en paralelo con los trabajos que Schubart y otros miembros del Instituto Arqueológico Alemán realizaban en las factorías fenicias de la costa suroriental peninsular, impulsadas por el resultado que M. Pellicer había obtenido en el cerro de San Cristóbal de Almuñécar años atrás, pero ahora con una metodología modélica que influirá en el resto de los arqueólogos españoles, si bien hay que tener en cuenta que esa misma metodología ya fue empleada por la escuela catalana representada por Maluquer en Cortes de Navarra, donde había excavado precisamente Pellicer. Se realizaron cuatro intervenciones de envergadura que sirvieron durante muchos años para construir la secuencia protohistórica de Huelva y del Valle del Guadalquivir: el cerro de San Pedro, en la ciudad de Huelva, llevada a cabo por un amplio equipo de arqueólogos, con resultados algo dispares por las especiales condiciones de la estratigrafía generada por la construcción del propio muro; la continuación de los trabajos en el cerro Salomón, en la localidad minera de Río Tinto, donde se atestiguó con mejor base arqueológica la explotación de la plata en momentos previos a la llegada de los fenicios, si bien la tecnología que habría permitido el avance tecnológico para su explotación a mayor escala la adjudican Blanco y Luzón a la

presencia fenicia; la Colina de los Quemados, en Córdoba, con una completa estratigrafía que arrancaba desde el Calcolítico hasta época romana; y el Cerro Macareno, en la localidad sevillana de la Rinconada, sin duda uno de los yacimientos de más interés porque sirvió para fijar cronológicamente otra serie de intervenciones repartidas por buena parte de Andalucía, y que culminó con un ensayo de periodización de la mano de M. Pellicer. Por último, y ante los indicios que ya existían de la presencia de materiales de filiación tartésica en el valle del Guadiana, Almagro-Gorbea practicó un corte estratigráfico en la ladera sur del teatro de Medellín, en la provincia de Badajoz, donde constató la presencia de materiales tartésicos entre los que pudo documentar cerámicas pintadas «tipo Carambolo» o «Medellín», así denominadas también por la personalidad estética que ofrecían.

En todos estos trabajos se deja sentir una enorme preocupación por las tipologías cerámicas, convertidas en el auténtico hilo conductor la secuencia arqueológica y en la base del discurso arqueológico, dejándose de lado, salvo en meritorias excepciones, el discurso histórico que había prevalecido hasta esos momentos; no obstante, debemos convenir en que era una etapa normativa necesaria dado el enorme retraso con el que se iniciaba la arqueología hispana en estos menesteres y el excesivo peso del difusionismo en los planteamientos arqueológicos; por lo tanto, era más una reacción ante los planteamientos del pasado que una consecuencia de los nuevos hallazgos empíricamente documentados. Es también en estos momentos cuando se extiende el término «orientalizante» en todas las facetas de los estudios sobre la cultura tartésica, si bien con dos concepciones muy diferentes cuando no radicalmente opuestas. A los presupuestos de Blanco y García Bellido, que, sin obviar el peso de la cultura céltica en el sustrato tartésico, seguían defendiendo en los años 70 lo orientalizante como una

manifestación arqueológica tartésica deudora del impulso fenicio, surge con cierta radicalidad la hipótesis de Almagro Basch, casi formulada como tesis irrefutable, según la cual lo que se denomina «orientalizante» es exclusivamente fenicio, bien producto de las importaciones comerciales o bien a través de los centros costeros, fundamentalmente de Cádiz. Para él, todos los indicadores arqueológicos que definen Tarteso son de raíz celta, y las manifestaciones orientalizantes detectadas actuarán como el germen de la cultura ibérica, pero nunca de la tartésica. Esta profunda división entre sendas visiones del hecho arqueológico tendrá consecuencias en los arqueólogos más jóvenes que se incorporan en esos años a trabajar en el tema tartésico, influenciados, sino condicionados a veces, por las escuelas teóricas que se habían conformado; la del propio Almagro, configurada principalmente en Madrid; la de Blanco, surgida de la universidad de Sevilla, y la más contemporizadora y equidistante de Maluquer, que aunque con una fuerte base en la universidad de Barcelona, logra aunar a otros investigadores de las universidades españolas.

Un nuevo concepto de Tarteso. La aculturación

La actividad arqueológica en Huelva, centrada principalmente en los poblados antes mencionados y que se completaban, con los sondeos practicados en el Cabezo de la Esperanza, también en la ciudad de Huelva, Niebla y en Aljaraque, junto al río Odiel, se le suma uno de los hallazgos más significativos de la protohistoria del sur peninsular, la necrópolis de La Joya, en la misma ciudad de Huelva. Las excavaciones de J. P. Garrido tendrán una enorme repercusión en la arqueología tartésica, tanto por los espectaculares hallazgos en las tumbas excavadas, porque por vez primera se puede hablar de estratificación social a tenor de los ajuares individualizados, como por el nuevo planteamiento que propone su excavador, absolutamente novedoso aunque sin

ningún soporte argumental de base. En efecto, Garrido, en las continuas publicaciones que realiza, siempre en base a la necrópolis onubense, sostiene por vez primera y de forma categórica que Tarteso no existe, sino que es el producto de la colonización fenicia del Atlántico: «Podemos afirmar que, en el sentido del ciclo cultural cerrado o civilización original cuya génesis y desarrollo se debe a peculiares condiciones intrínsecas, Tartessos no ha existido jamás». Esta rotunda afirmación no tuvo ningún eco en la investigación de la época, y ello a pesar de que una década antes Blanco y Luzón también preconizaban una colonización fenicia incluso en el interior de Huelva, pues serían los fenicios los responsables de la explotación de la plata ante las imposibilidades técnicas y demográficas de los indígenas. Pero a pesar de la ausencia de un cuerpo teórico o de la mínima prueba arqueológica que lo demostrase, la hipótesis de Garrido ha calado entre algunos de los actuales historiadores de la Antigüedad, además de ser seguida por algunos arqueólogos, si bien con una base argumental mucho más sólida.

Estos momentos coinciden con la desaparición de la dictadura franquista, que propició la entrada de nuevas ideas procedentes del exterior que permitieron esbozar nuevas teorías para justificar los cambios culturales; en este sentido, tomará un importante auge el determinismo tecnológico dentro del discurso del materialismo histórico marxista, corriente que se impondrá fundamentalmente en la década de los ochenta, pero que tiene a una discípula de Maluquer, M.ª E. Aubet, como su mejor y más influyente precursora. Los trabajos en la necrópolis de La Joya se complementan con los que se desarrollaron en Setefilla, donde ya se había practicado una excavación por parte de Bonsor y Thouvenot en los años 20, cuando fue clasificada como ibérica ante la ausencia de paralelos peninsulares. Las nuevas excavaciones en Setefilla las emprende Aubet, quien por

vez primera de forma metódica dedica una parte de su trabajo arqueológico, también exhaustivo en la interpretación estratigráfica, a discernir entre lo fenicio y lo orientalizante y, sobre todo, a incidir en algunos aspectos de la estructuración social tartésica y en su base económica, aspectos todos ellos prácticamente eludidos por la investigación si no era para mencionar la monarquía referida por las fuentes clásicas. No cabe duda de que nos hallamos ante el estudio más completo y plenamente arqueológico que sobre Tarteso y el orientalizante se había hecho en nuestro país, lo que demostraba también que los trabajos de corte exclusivamente positivista elaborados hasta la fecha habían sido un paso necesario para poder llegar a este crucial punto de la Arqueología tartésica.

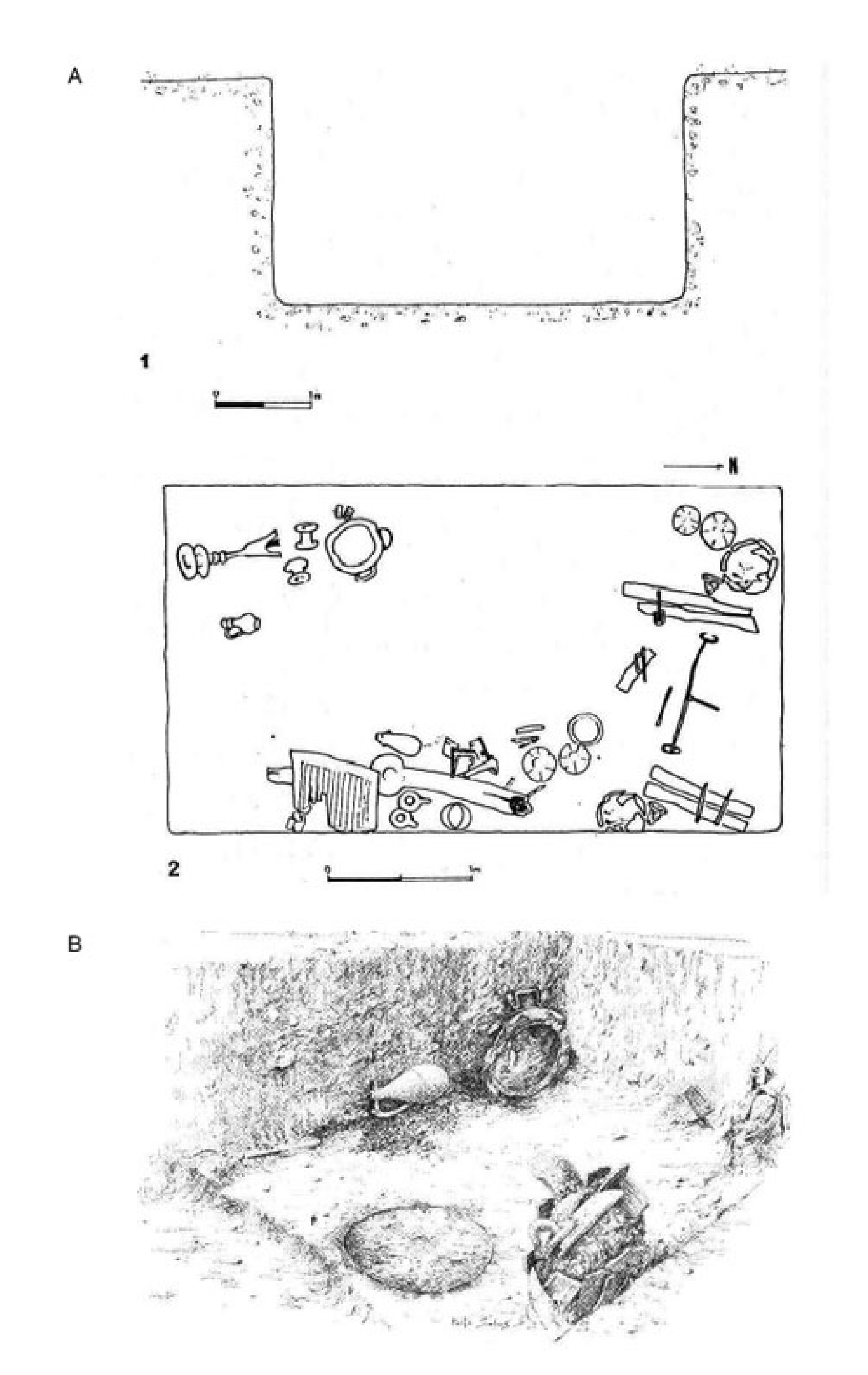


FIG. 17. A) *Planta de la tumba 17 de La Joya.* B) *Restitución del ajuar de la tumba 17 de La Joya (según Garrido y Orta, 1978).*

La otra novedad que introduce Aubet se refleja en un artículo de 1977 titulado «Algunas cuestiones en torno al Período Orientalizante tartésico», donde, además de valorar de nuevo el concepto del término «orientalizante», introduce un nueva interpretación sobre la aculturación, rebajando la importancia del impacto fenicio en la cultura tartésica, que quedaría limitada a las clases dirigentes, las cuales obtendrían los productos de origen oriental para aumentar su prestigio social. El marco teórico que plantea Aubet, en cierto sentido de corte funcionalista por el enfoque empirista que otorga a los trabajos de campo, es sobre todo deudor de las corrientes de la Nueva Arqueología anglosajona, enmarcando su discurso en el materialismo histórico de la escuela italiana, donde se estaban produciendo importantes avances en el estudio de la sociedad etrusca y lacial también en relación con el contacto fenicio. Su importante ensayo sobre la organización social de Tarteso tendrá una gran repercusión en la investigación, de tal forma que treinta años después aún se mantienen buena parte de sus formulaciones, si bien con las lógicas correcciones que los continuos descubrimientos y supuestos teóricos han ido aportando. Para Aubet, Tarteso era una sociedad protourbana cuando se produce la llegada de los fenicios, lo que sin duda es otra novedad importante porque condiciona su desarrollo a la influencia de la colonización, en sintonía con un nuevo sistema económico que potenciaría la agricultura en detrimento de la ganadería existente. Por último, se apoya en las necrópolis conocidas hasta el momento, fundamentalmente las localizadas por Bonsor en Los Alcores, La Joya y la misma Setefilla, para esbozar un ensayo sobre la organización social tartésica, basada en una clase aristocrática que se deja sentir a través de las tumbas aristocráticas y ajuares de especial relevancia que se detectan en estos sitios.

A finales de los años 70 surgen otros trabajos de gran importancia sobre Tarteso y el orientalizante, entre los que destacan muy especialmente los de M. Almagro-Gorbea y M. Bendala Galán, alejados de los presupuestos teóricos desarrollados ya por Aubet, e imbuidos todavía de un difusionismo evidente, si bien ya se aprecian valoraciones sociales que enriquecen el discurso arqueológico. No obstante, se convirtieron en dos trabajos de referencia que los propios autores han ido matizando con el paso del tiempo y a la luz de los numerosos hallazgos producidos en las dos últimas décadas. Destaca, por ejemplo, el giro que da a su discurso Almagro-Gorbea pocos años después cuando incorpora el concepto de aculturación para explicar los contactos con el mundo colonial; así, como recoge Torres en su monográfico de *Tartessos* de 2002, Almagro-Gorbea en una comunicación presentada en 1981 en un Coloquio sobre los modos de contacto y procesos de aculturación de las sociedades antiguas, asocia los procesos de colonización y aculturación, articulándolos en un modelo que divide el contacto cultural en tres momentos: importaciones, producciones coloniales e imitaciones indígenas. Almagro-Gorbea se había adentrado en el orientalizante con fuerza al publicar en 1977 su celebrada monografía *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, donde da carta de naturaleza a esta región dentro del componente tartésico. Anclado en un cuadro histórico-cultural en el que Extremadura hundiría sus raíces en la fuerte tradición dolménica que la caracteriza, concluye que tras un Bronce Final local de fuerte influjo atlántico:

> …fue poco a poco absorbida por nuevas corrientes posteriores que revelan un fuerte influjo de un foco cultural surgido de Andalucía Occidental, identificable con el mundo tartésico. […] Como resultado y continuación de este proceso se puede definir en Extremadura la existencia de un Período Orientalizante caracterizado por el influjo de la cultura colonia fenicia, transmitido a través del mundo cultural tartésico de la Andalucía Occidental.

Bendala, que hace su primera propuesta también en el año 1977 en el número 8 de la revista *Habis*, defiende sin embargo que la gestación de lo tartésico no es una derivación del sustrato indígena, sino una consecuencia de las migraciones egeas producidas tras la guerra de Troya y la dispersión de los Pueblos del Mar; por lo tanto, cuando llegan los fenicios, Tarteso ya está configurado como se puede apreciar a través de elementos como las estelas de guerrero o las cerámicas bruñidas, que para él no muestran un elemento aculturador sino estrictamente migratorio. Bendala asume la hipótesis de Maluquer sobre la importancia del componente chipriota, si bien antes de la colonización fenicia, y asume que sólo gracias a esa corriente se pueden justificar la presencia de armas, carros, fíbulas y otros significativos elementos decorativos de las estelas, además de los nuevos ritos religiosos y funerarios, su música e, incluso, su escritura. Por lo tanto, lo tartésico es de raíz cultural griega, sólo mitigada siglos después por lo que él denomina «modas orientalizantes», que incluso desvirtuaron lo genuinamente tartésico.

A la búsqueda de una identidad material. Las tipologías

Las continuas variaciones que se habían producido en el concepto de lo tartésico habían generado una serie de tipologías que se centraban casi exclusivamente en los elementos materiales más destacados, fundamentalmente los jarros y braserillos de bronce, los marfiles y la orfebrería, elementos que en realidad sólo reflejaban las posesiones de una clase distinguida dentro de la sociedad tartésica y que, por lo tanto, de nada servían para configurar la auténtica base social tartésica. Pero sin embargo, sí servían para al menos delimitar un territorio más o menos homogéneo que participase de unos mismos elementos culturales. Ése es el caso del ya mencionado trabajo de Blanco Freijeiro, quien a través de los jarros, para él fenicios, amplía el marco de lo tartésico hasta el valle del Tajo. Los jarros de bronce

se convirtieron en los años 50 y 60 en el recurso principal para definir lo oriental primero y lo orientalizante y tartésico después; muestra de este interés por los jarros son los estudios y consiguientes tipologías que elaboraron tanto Blanco como García Bellido, recogidos también por Blázquez. También los marfiles orientalizantes fueron sometidos a un profundo estudio por parte de M.ª E. Aubet, recogiendo todos los ejemplares exhumados y analizados por Bonsor y depositados tanto en Sevilla como en la Hispanic Society of America de Nueva York, estudios que ya había llevado a cabo también Blanco en sus artículos de *Orientalia*, donde sin paliativos son considerados de factura peninsular.

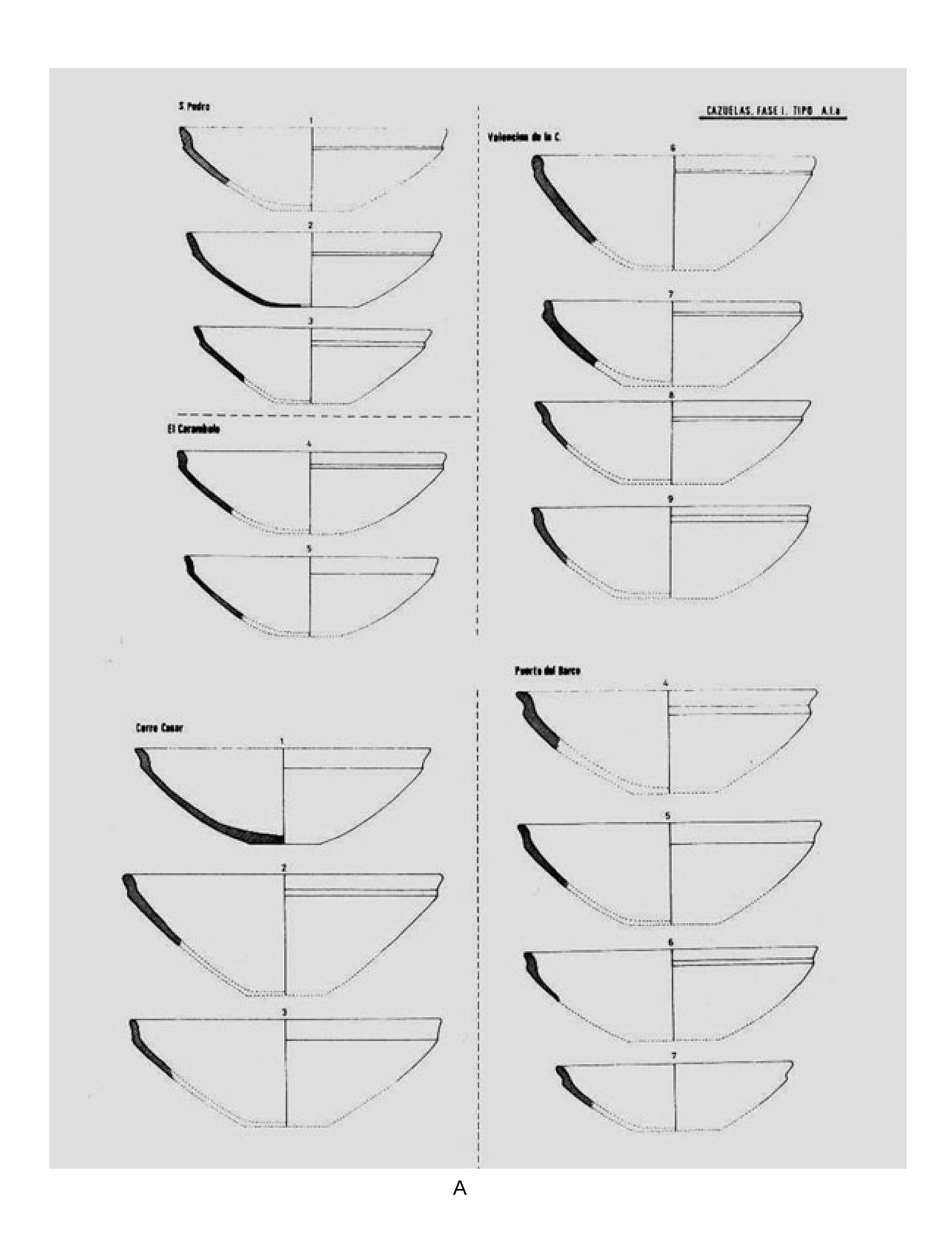
En cualquier caso, en esa fase de la investigación parecía claro que lo tartésico tenía una raíz indígena, independientemente de cómo se hubiera conformado étnicamente o de las influencias culturales externas que lo hubieran configurado. Se imponía, por consiguiente, aislar cualquier elemento orientalizante que permitiera dejar al descubierto lo esencialmente tartésico. La concreción de esos elementos previos a la colonización definirían, consecuentemente, el área tartésica, por lo que los estudios se centraron, casi de forma febril, en los materiales que por su dispersión pudieran resultar definitorios de su territorio. Y como es lógico, fueron las cerámicas del Bronce Final las que atrajeron toda la atención de los investigadores por su significativa presencia en la zona meridional de la península; de hecho, a esta fase previa a la colonización donde se detectaban esas características cerámicas, se comenzó a denominar, y aún hay investigadores que siguen denominándola, como Bronce Final Tartésico. El inspirador de esta línea de actuación fue M. Fernández Miranda, quien tras sus trabajos en Huelva, creyó llegado el momento de separar los materiales autóctonos de los que en general podían definirse como orientalizantes, ya fueran procedentes del exterior o elaborados y transformados en la

península. Proliferan, pues, una gran cantidad de estudios que analizan en detalle diferentes tipos cerámicos que se consideran definitorios de esa fase prefenicia, caso de las cerámicas bruñidas o las grises. Pero si hay que destacar un trabajo que resume esa tendencia metodológica de base normativa, es el de D. Ruiz Mata, quien en un serie de admirables trabajos sobre las cerámicas del Bronce del poblado sevillano de Valencina de la Concepción primero, y sobre las cerámicas pintadas tartésicas del Bronce Final después, que denomina como estilo Carambolo o Guadalquivir I, establece una tipología que aún sigue en vigor debido a la rigurosa sistematización a la que fue sometida. La reivindicación de Ruiz Mata para que se preste una atención especial a las cerámicas para así concretar territorios que definan una cultura, ha sido una constante hasta nuestros días, y no cabe duda de que aún es uno de los métodos más fiables para conseguir ese objetivo.

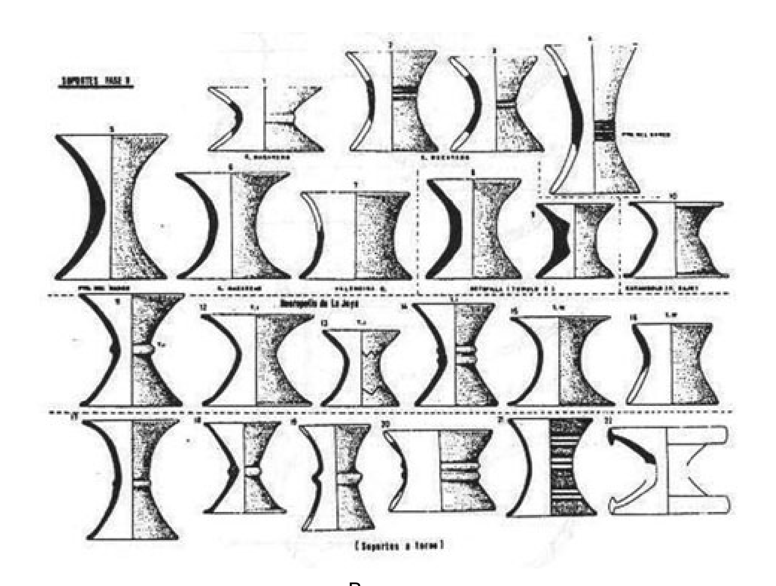
Esta fase concluye con dos importantes reuniones científicas de desigual desenlace entre las diferentes corrientes investigadoras en torno al concepto de Tarteso, algo que quedó plasmado de forma evidente en las Actas de una Mesa Redonda que bajo el título de *Colonización Griega y mundo indígena en la península Ibérica* se habían celebrado en 1979 en Madrid en el Instituto Rodrigo Caro del CSIC, publicadas un año después en el número 52 del *Archivo Español de Arqueología*. En este primer encuentro, o más bien desencuentro, tuvieron un especial protagonismo por su repercusión los trabajos presentados por los filólogos, quienes, como García Moreno y García Iglesias, desmontaron toda la reconstrucción social que se venía asumiendo de Tarteso desde los años 50 en función de los textos clásicos. Al mismo tiempo, se vio reforzada la hipótesis de Bendala al proponerse una presencia griega muy anterior a la hasta ese momento aceptada, introduciéndose en la bibliografía, tanto para el comercio griego como para el fenicio, el concepto

de «comercio silencioso» para explicar los primeros contactos comerciales con los pueblos autóctonos. Este evento supuso un divorcio entre los arqueólogos y los filólogos que aún arrastramos en la investigación. De hecho, en la siguiente reunión científica organizada en Huelva en 1980 bajo el título *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales*, también rápidamente publicadas en el número 6 de la revista *Huelva Arqueológica*, no hubo ninguna representación de filólogos, aunque también es verdad que los temas presentados eran muy heterogéneos y sin una marcada línea interpretativa. Lo verdaderamente importante de esta reunión fue el intento, exitoso hasta la fecha entre la mayor parte de los investigadores, de formular una serie principios básicos para la caracterización de Tarteso como cultura, ubicándola tanto en el espacio como en el tiempo. Tras una viva discusión entre los participantes, se redactó una definición consensuada sobre lo que se debía entender por Tarteso que tomó un cariz casi de axioma: «Llamamos tartésica a la cultura del Bronce Final del valle del Guadalquivir y Huelva, principalmente, que sufre un profundo proceso de aculturación a partir de la llegada de los primeros elementos coloniales y decae a partir de fines del siglo VI a.C. dando lugar a la formación de la Cultura Turdetana». Además, se introduce el término de «periferia tartésica» para definir territorios o lugares que en aquel momento distorsionaban la homogeneidad territorial de Tarteso, caso de Medellín, en la cuenca Media del Guadiana, donde tanto el ritual de la necrópolis como los materiales que lo acompañaban no dejaban dudas de su adscripción cultural. Si seguimos los prolegómenos de la viva discusión desatada entre los arqueólogos allí presentes, nos daremos cuenta de las cesiones de unos y otros para llegar a redactar esa conclusión final. Como suele ser habitual en esos casos, al final cada uno siguió defendiendo su punto de vista en publicaciones futuras, aunque también es verdad que matizando

sus originales puntos de partida para no romper el acuerdo conseguido. Por lo tanto, se daba por zanjada la discusión sobre el carácter autóctono de la cultura tartésica, independientemente del origen de su formación étnica, «contaminada» por la colonización fenicia y por la introducción de elementos que la abocarán al Período Orientalizante. Este punto es de un gran calado, pues a partir de ese momento se establece una radical separación entre lo tartésico y lo orientalizante, términos que se confundían hasta ese momento al considerar buena parte de los investigadores que fue precisamente la colonización la que conformó Tarteso, dando lugar al Período Orientalizante. Las consecuencias más inmediatas no se hicieron esperar, y así, las grandes monografías dedicadas a Tarteso debían comenzar su discurso histórico, y de hecho todavía en ocasiones lo siguen haciendo, desde el Calcolítico, cuando se pueden rastrear los primeros signos de cierta homogeneidad cultural. Así, el final de lo que se definía como tartésico quedaba totalmente en el aire, pues se relacionaba directamente la desaparición del factor oriental con la extinción de la cultura tartésica, cuando surgía, de pronto y sin una explicación clara, la cultura turdetana; mientras que las periferias geográficas quedaban huérfanas de un sistema cultural en qué inspirarse. Por lo tanto, parece que el haber forzado esas conclusiones en la famosa reunión fue más perjudicial que beneficioso para el futuro de la investigación, muy condicionada durante los siguientes años.


CAZUELAS. FASE I. TIPO A.I.a
S. Pedro
Valencina de la C.
El Carambolo

A



B

FIG. 18. A) *Tipología de las cazuelas prefenicias del Guadalquivir.* B) *Tipología de soportes a mano y a torno. (Según Ruiz Mata)*

Por último, pocos años después, M. Bendala, en su capítulo sobre la Civilización Tartésica de 1985, recogido en la *Historia General de España y América*, establece una etapa previa a la manifestación cultural de Tarteso que denominada «geométrica», que abarcaría desde el cambio del milenio hasta el siglo VIII, caracterizada por las cerámicas tipo Carambolo, las de retícula bruñida y las estelas de guerrero. Asume la falta de creaciones urbanísticas, arquitectónicas o artísticas en esta fase previa a la colonización, justificándola porque «Tartessos fue, en esencia, una eclosión coyuntural, nacida por la confluencia de varios factores que se combinaron para dispararlo a su repentino encumbramiento. Fueron éstos, sobre todo, un factor tecnológico —la imposición de la metalurgia del cobre—; un factor histórico —el derrumbamiento de la civilización micénica—, y otros, como el valor adquirido por la plata para la tesaurización y el intercambio, que aprovecharon las gentes de las estelas y de las cerámicas bruñidas y pintadas para poner en valor un territorio rico en metales que todos ambicionaban y en

amenos campos. Tarteso fue la explotación de esa coyuntura única, y el mérito de sus dirigentes estuvo en aprovecharla». Interpretación que, sin entrar aquí a considerar la formación de la fase previa, no difería en lo esencial de las teorías que dominaban en ese momento, pues otorga a las poblaciones indígenas el protagonismo en el manejo de los resortes que hicieron posible el cambio cultural.

Una sociedad de elites. La interacción

El auge en los estudios de Tarteso a partir de 1980 se explica por la adopción, tardía, sesgada y a veces ciega, de los presupuestos de la Nueva Arqueología que ya había comenzado a desarrollar con espíritu más crítico M.ª E. Aubet años antes. Así, se generaliza el concepto de «aculturación» y comienzan a aparecer las elites sociales tartésicas de forma francamente desproporcionada, configurándose una visión de Tarteso de fuerte configuración autoctonista que, en ocasiones, minimiza la repercusión de la colonización fenicia en su decisivo papel para explicar el proceso histórico de Tarteso. Tal vez una de las más interesantes aportaciones en esta fase de la investigación sea la de los historiadores de la Antigüedad, que irrumpen con fuerza e ideas renovadas en una discusión en la que sólo habían participado bien en el plano historiográfico o bien en el análisis filológico. En este sentido destacan especialmente los trabajos de C. G. Wagner, donde se analizan los procesos de aculturación desde la perspectiva de los modos de contacto entre los fenicios y los indígenas, pero ahora haciendo recaer el protagonismo del desarrollo económico, social y político de Tarteso en la iniciativa colonizadora fenicia, motora, por consiguiente, de la configuración de la cultura tartésica; por lo tanto, resta importancia a la dinámica interna de la sociedad indígena, en oposición a las posturas entonces en boga. Su hipótesis se verá refrendada por J. Alvar, con quien elaborará una línea argumental que tendrá una enorme repercusión en la

Arqueología gracias a su adopción por varios investigadores directamente involucrados en los estudios de la Protohistoria del Bajo Guadalquivir, caso de M. Belén o J. L. Escacena, entre otros. El fin último del discurso consiste en demostrar que existió una colonización fenicia no sólo para la explotación de los metales y otros recursos naturales y agropecuarios, sino que también hubo una más estable de carácter agrícola propiciada por la inestabilidad de las ciudades fenicias del Próximo Oriente, muy presionadas por el dominio asirio, que pudo obligarlas a internarse en las tierras del Bajo Guadalquivir, e incluso las del valle Medio del Guadiana, para fomentar la productividad agrícola. Esta hipótesis serviría además para explicar los procesos de aculturación detectados en la zona, así como para justificar la presencia de elementos fenicios que, según los autores, sería difícil que hubieran asimilado tan rápidamente los indígenas. Wagner, el primero en argumentar esta hipótesis, establece algunos elementos demostrativos de esa presencia fenicia, destacando especialmente las denominadas urnas del topo «Cruz del Negro», muy frecuentes en el cementerio carmonense y que también son relativamente comunes en otras necrópolis del Guadalquivir e incluso en la que en esos momentos se estaba excavando en Medellín. La propuesta tuvo una virulenta reacción por buena parte de la investigación arqueológica, pues se restaba aún más protagonismo a la sociedad indígena a la hora de protagonizar su propio proceso formativo. Quizá se pueda achacar a Wagner y Alvar una falta de inmersión en la bibliografía arqueológica a la hora de apuntalar su argumentación; de hecho, aunque reconocen que su idea ya fue esbozada por Bonsor cuando intentó interpretar la presencia de los túmulos de Los Alcores, no reparan en que la idea también fue lanzada a finales de los años 60 por Blanco y Luzón en la revista *Antiquity*, donde justificaban las técnicas utilizadas en la metalurgia del Cerro

Salomón por la presencia de los colonos fenicios en Huelva que, posteriormente, se desplazarían hacia el interior para explotar sus minas; a la vez, y amparándose también en la tesis de Bonsor, relacionan esos fenicios con otra aportación demográfica del mismo signo en el interior del Bajo Guadalquivir, en este caso para explotar agrícolamente esas ricas tierras, lo que explicaría la existencia de yacimientos como El Carambolo, Setefilla o la propia Carmona, donde precisamente Bonsor había centrado sus trabajos. No obstante, la argumentación de Wagner y Alvar es mucho más elaborada y deudora en gran medida de la Antropología económica de la escuela de Chicago, obviando las nuevas tendencias de la Nueva Arqueología, si bien reinterpretan tanto el término aculturación como, más tarde y principalmente Alvar, el de interacción, que en ningún caso rechazan, pero sí matizan.

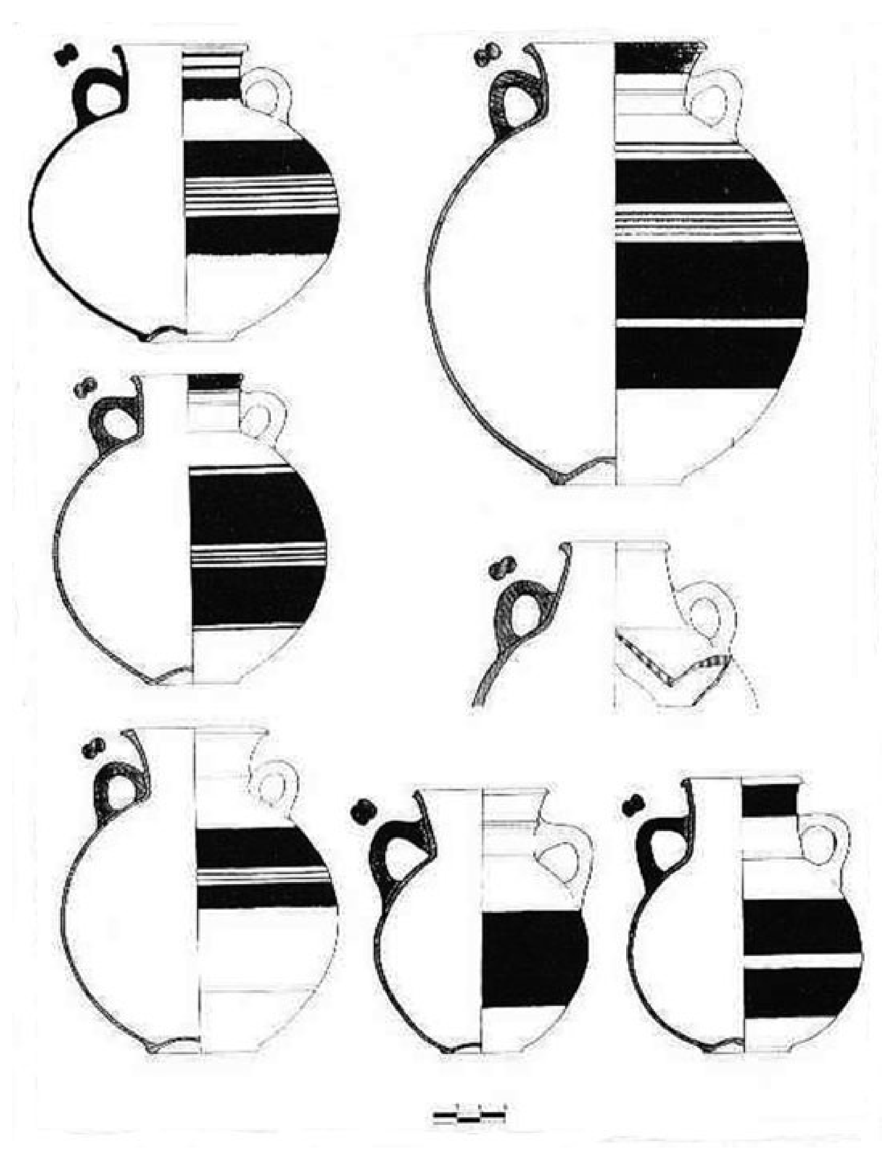


FIG. 19. *Urnas Cruz del Negro*.

Esta línea de los investigadores de Historia Antigua culminará en 1993 con la edición por parte de Blázquez y Alvar del volumen *Los Enigmas de Tarteso*, en el que incorporan también a algunos arqueólogos para dar una visión lo más completa posible del fenómeno cultural. El resultado es muy significativo por cuanto se decantan las dos líneas principales que rigen el

concepto social de Tarteso en aquellos momentos; por un lado los historiadores cargan todo el protagonismo del auge de Tarteso sobre la iniciativa fenicia, mientras que los arqueólogos estiman que las sociedad indígena se hallaba en un estado de madurez capaz de asumir los nuevos retos de la colonización.

Por lo tanto, mientras los historiadores de la Antigüedad siguen defendiendo el crucial papel de la colonización fenicia en el desarrollo de las sociedades indígenas, una buena parte de los arqueólogos ligados a las nuevas tendencias marcadas por C. Renfrew, subestiman el papel de los fenicios y dotan de un mayor protagonismo a la iniciativa indígena, la cual habría podido desarrollar por sí misma una metalurgia capaz de generar excedentes para la exportación, donde los fenicios se limitarían a realizar un papel de intermediario con otros puntos del Mediterráneo. En este momento se introduce con fuerza la idea de que serían los factores económicos, y más concretamente el modo de producción de la metalurgia, los que condicionen las estructuras sociales de los indígenas, lo que el fondo es una aproximación al determinismo económico marxista, que tuvo bastante éxito porque podía explicar de una manera más coherente el proceso histórico de Tarteso. Pero los datos arqueológicos eran parcos y difícilmente sostenían el sistema propuesto, pues más bien demostraban que la dinámica interna de la sociedad tartésica era deudora de las relaciones con los fenicios. Los estudios más detallados de finales de los años 80, fundamentalmente los de D. Ruiz Mata con respecto a la metalurgia onubense, dejan claramente establecido que los materiales más antiguos del poblado minero de Cerro Salomón no pueden fecharse en ningún caso con anterioridad a los últimos años del siglo VIII, es decir, cuando la colonización fenicia ya está bien asentada.

Tras esa fase de posicionamiento, donde el autoctonismo cobra una especial relevancia, cuando se hace un especial hincapié en el proceso histórico de Tarteso y donde prima ante todo la investigación arqueológica como única disciplina capaz de desvelar las incógnitas que aún guarda tan compleja cultura, surge un nuevo monográfico que, como los anteriores, trata de actualizar los datos arqueológicos para presentar un nuevo avance en la investigación; así, en 1989, M.ª E.Aubet coordina la edición de *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadaquivir*, un libro que tendrá cierta influencia en la investigación durante la década siguiente. La oportunidad del libro se manifiesta en la introducción de la propia investigadora:

> Hoy día Tartessos ha dejado de ser una región oscura y legendaria, de fabulosas riquezas y héroes míticos, mencionada por los historiadores griegos y romanos, de la que desconocíamos todo menos su nombre, para constituirse en un vocablo genérico que alude a un proceso histórico bien situado en el tiempo —siglos VIIIVI a.C.— y en el espacio —el Bajo Guadalquivir y Huelva— del que conocemos con bastante exactitud su cultura material. De un debate historicista y erudito, centrado antaño en la obsesión por localizar la ubicación de una fabulosa ciudad, hemos pasado a una visión más desapasionada, gracias a las aportaciones de la investigación arqueológica de las última décadas, que ha puesto al descubierto un volumen considerable de yacimientos tartésicos.

Se ponía así de manifiesto la nueva etapa arqueológica en la que entraban los estudios sobre la cultura tartésica, cuya fase de máximo esplendor, el espacio de tiempo entre los siglos VIII y VI, puede denominarse como Período Orientalizante, lo que indica claramente que hay una etapa previa de formación que queda reflejada en el libro con la inclusión de estudios que parten desde el Campaniforme.

Mayor repercusión tuvo en la bibliografía el monográfico publicado en 1990 en Mérida titulado *La Cultura Tartésica y Extremadura*, pues se daba carta de naturaleza al denominado *hinterland* extremeño como un espacio periférico profundamente deudor de la cultura tartésica. La edición fue

también aprovechada para concretar y criticar algunas de las hipótesis que en ese momento estaban en auge. Bendala se reafirma en su conocida posición según la cual el período formativo de Tarteso no pudo ser en ningún caso anterior al Bronce Final, tesis que será ratificada y desarrollada poco después por Belén y Escacena y que ha sido una constante en la bibliografía tartésica desde entonces. De este modo, se abría otra brecha entre los arqueólogos, los que consideraban Tarteso como el resultado de un largo período de formación que podía partir del Calcolítico, y los que defendían que sólo podía rastrearse su origen hasta el Bronce Final, lo que se denominó, como ya hemos visto, Bronce Final Tartésico. Almagro-Gorbea, por su parte, aprovecha su disertación sobre el Período Orientalizante en Extremadura para criticar la hipótesis de Wagner y Alvar sobre la colonización agrícola fenicia; para él, el hallazgo de pequeños núcleos de población en el entorno del Guadiana «sólo se puede explicar como consecuencia de la existencia de una auténtica "colonización" agrícola interna [...] como resultado de la paralela innovación agrícola y del consecuente aumento de la presión demográfica, pues no hay indicio alguno de la llegada de inmigrantes». Por último, M.ª E. Aubet profundiza sobre las esferas de interacción como consecuencia del impacto fenicio en Tarteso e introduce un nuevo concepto que, una vez más, marcará los siguientes años de la investigación tartésica. En efecto, para ella, fueron las aristocracias locales, dueñas de un territorio rico en recursos, las que estimularon la demanda de los sitios periféricos, justificando así el auge de sitios como Medellín. Una dinámica económica y comercial que sería muy parecida a la denominada de «centro-periferia» que se estaba divulgando en esos años con excelentes resultados en otros territorios europeos de la Primera Edad del Hierro, también afectados por el comercio mediterráneo y que estaba liderada por Rowlands, Larsen y Kristiansen, Cunliffe,

Wells o Ruiz Zapatero en nuestro país. La aplicación de esta teoría tuvo un extraordinario desarrollo en España en los años 90, a la que se añadió las posteriores aportaciones de Sherrat donde se incluye el concepto de «margen» para involucrar en el sistema ideado otros lugares dependientes de la periferia, como sería precisamente el caso de Extremadura. Comenzó así un etapa en la historiografía reciente en la que era difícil no hallar un trabajo que no tuviera como base argumental la que se ha denominado teoría de «World Systems». A partir de este momento los conceptos de aculturación e interacción estarán presentes en la mayor parte de los trabajos dedicados a Tarteso, si bien con diferentes puntos de vista a la hora de definirlos. Aunque tanto historiadores como arqueólogos los usan asiduamente, no cabe duda de que hay un abismo en los modelos propuestos; por lo tanto, podríamos hablar de la gran paradoja de los estudios sobre Tarteso, pues utilizándose los mismos términos en boga en la investigación europea, se está hablando de conceptos diametralmente opuestos. Tal vez el discurso más lúcido es el que defiende Ruiz Mata a partir de los trabajos de Aubet; para él Tarteso debe abordarse desde conceptos históricos que expresen el cambio cultural acontecido entre los siglos VIII y VI, que se concreta en el denominado Período Orientalizante, y para ello se basa en los procesos de aculturación/interacción, eliminando por lo tanto el término de colonización.

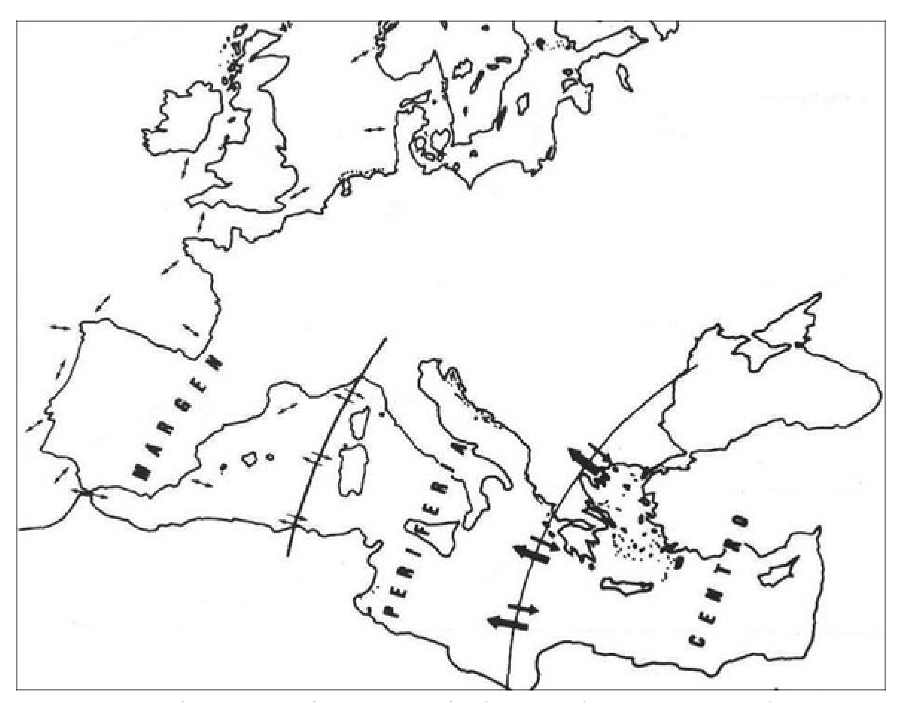


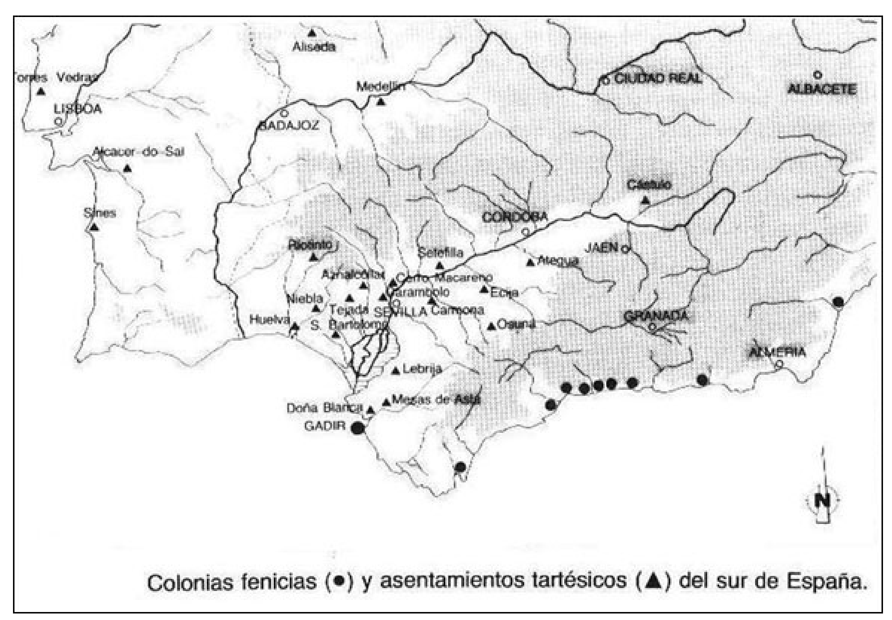
FIG. 20. *Teoría de centro-periferia-margen de Sherray y Sherrat según E. Galán 1993.*

Todos estos cambios y posicionamientos, muchos más rígidos que en décadas anteriores, se habían forjado en el Congreso conmemorativo del V Symposium de Prehistoria Peninsular; para festejar el veinticinco aniversario del famoso simposio de Jerez se escogió de nuevo la ciudad gaditana, pero el objetivo era muy distinto, pues se trataba más de exponer las novedades arqueológicas y epigráficas de los últimos años que buscar un marco donde referenciar los diferentes puntos de vista sobre el concepto de Tarteso. Tal vez lo más novedoso de la reunión fue la atención que se dispensó a las nuevas disciplinas que se iban configurando como fundamentales a la hora de apoyar conclusiones arqueológicas de base más empírica. A partir de ese momento, pocos estudios sobre Tarteso de corte arqueológico, y en general sobre cualquier fase de la Prehistoria, ignoran las analíticas capaces de enriquecer la información de un yacimiento y de su entorno inmediato. A los análisis óseos y de metales de más tradición, se les unían los sedimentológicos,

palinológicos, carpológicos, antracológicos, paleofaunísticos, etc., que a la postre se han convertido en un instrumento esencial para desarrollar las nuevas tendencias que a partir de ese momento entran con fuerza en la interpretación arqueológica, la Arqueología de Paisaje y del Territorio. Cabe destacar en este sentido la línea emprendida en Extremadura por el Área de Prehistoria de la mencionada universidad, que ha hecho un enorme esfuerzo por ampliar sus trabajos, centrados en el período tartésico y más concretamente en el Orientalizante Final de la región, a un aspecto de indudable interés como es el paleoambiente y la economía de las amplias zonas por ellos estudiadas. En 2001, A. Rodríguez Díaz y J. J. Enríquez publicaron un monográfico titulado *Extremadura Tartésica. Arqueología de un proceso periférico* que, con vocación de síntesis del fenómeno tartésico en estas tierras del interior, introduce nuevos conceptos sobre el modelo de poblamiento que sirven de base para el estudio crítico de este enorme territorio, aún poco asimilado a pesar de los espectaculares hallazgos de todos conocidos. El monográfico, sin embargo, para explicar el fenómeno tartésico en Extremadura, parte de unos antecedentes históricos, el mundo dolménico y calcolítico, que difícilmente pueden hoy sostenerse a la hora de justificar el desarrollo de una cultura, la tartésica, tan ajena e independiente de ese remoto sustrato. Por último, cabe destacar la labor que en una línea similar está desarrollando en la Baja Extremadura el Instituto de Arqueología del CSIC, donde se están llevando a cabo trabajos basados en nuevos métodos de prospección arqueológica cuyo objetivo es conformar una evolución diacrónica de la ocupación de este vasto territorio, con ello se pretende entender el impacto del sistema productivo en la configuración de la sociedad tartésica y su transición hacia la II Edad del Hierro.

También a partir de los años 90 comienzan a analizarse otros aspectos de la sociedad tartésica hasta ese momento poco valorados por la falta de información arqueológica. Sin embargo, el espectacular hallazgo del edificio de Cancho Roano primero, con una prolija bibliografía sobre su significado, la nueva interpretación de otros edificios considerados tartésicos del valle del Guadalquivir después, y, por último, el hallazgo de nuevos emplazamientos como Abul, en Portugal, Caura, Marqués del Saltillo o El Carambolo, en el Bajo Guadalquivir, van a suponer un drástico giro en las interpretaciones que hasta ese momento venían haciendo algunos investigadores. Como suele ocurrir en estos casos, y como hemos podido ver en las distintas fases de los estudios de Tarteso, los nuevos hallazgos e interpretaciones debían dirimirse en un encuentro donde los especialistas abrieran nuevas vías a la investigación, una especie de puesta al día para seguir trabajando con cierta unidad de criterio en el tema de Tarteso. Así, tras un Seminario en el Instituto de Filología del CSIC organizado por el Centro de Estudios del Próximo Oriente, se publicaron los trabajos expuestos en una edición de 2001 bajo el título de *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la península Ibérica*, enunciado que ya de por sí suponía un paso cualitativo hacia una nueva concepción de lo tartésico. Por vez primera comenzaba a plantearse la posibilidad de si los edificios tartésicos u orientalizantes no respondían realmente a construcciones fenicias y no a una interpretación indígena de los edificios de planta oriental. De nuevo será la interacción la que protagonice el discurso para valorar la presencia de estos edificios que, en la mayor parte de los casos, se consideran orientales. Así, los santuarios del Bajo Guadalquivir fechados en torno al siglo VII serían una realización fenicia para M. Belén, por lo que habría que denominarlos orientales, tesis que también se defiende para otros complejos arquitectónicos del área atlántica de Portugal. Si

estos trabajos ya suponen un avance extraordinario en la concepción de la arquitectura y de la ideología religiosa, hasta ese momento clasificada como tartésica, no menos importante son las aportaciones de Escacena y Ruiz Mata sobre los que denominan «barrios fenicios» de Caura y Castillo de Doña Blanca, un salto de enorme trascendencia por cuanto supone, por vez primera, asumir la presencia fenicia en asentamientos tartésicos. En el caso del Castillo de Doña Blanca, además, se propone una fundación puramente fenicia del siglo VIII que con el tiempo se iría ampliando a medida que se iba incorporando la población tartésica del entorno. Esta hipótesis, que hoy se encuentra muy asentada a pesar de las continuas discusiones sobre si algunos asentamientos o cementerios son tartésicos o fenicios, tiene más fácil solución en la periferia tartésica, donde este tipo de complejos arquitectónicos aparecen después de la crisis del siglo VI, por lo que su adscripción al mundo tartésico parece evidente.



Colonias fenicias (•) y asentamientos tartésicos (▲) del sur de España.

FIG. 21. *Mapa de dispersión de yacimientos fenicios y tartésicos del sur peninsular, según Aubet, 1986.*

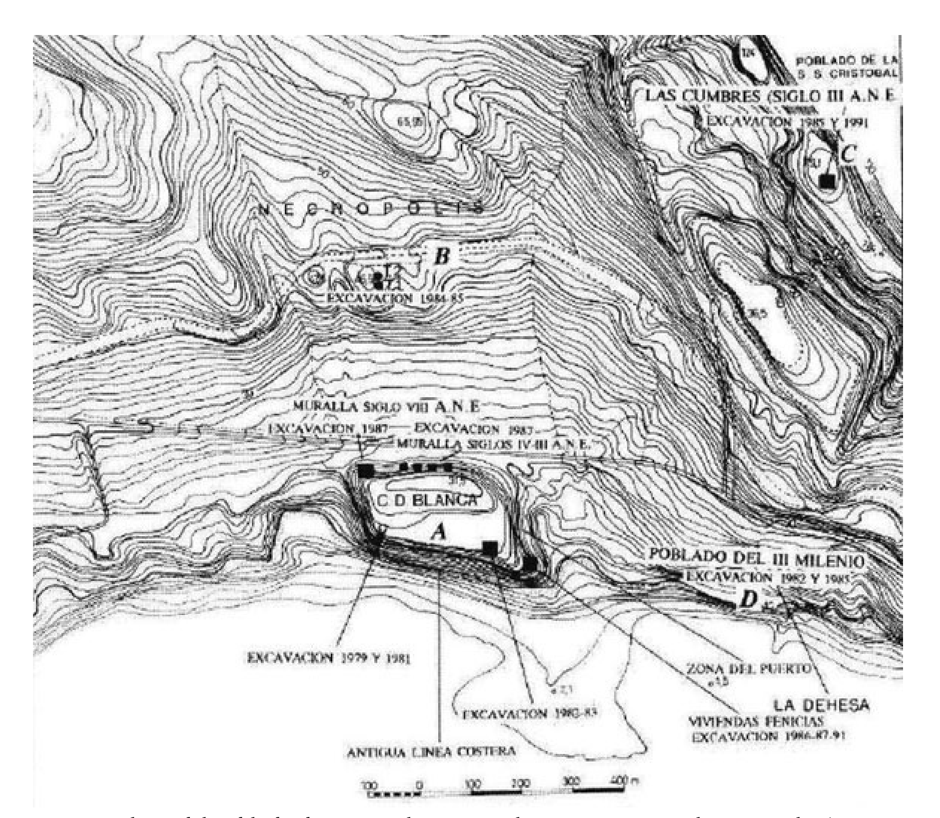


FIG. 22. *Plano del poblado de Doña Blanca con el antiguo puerto y la necrópolis (según Ruiz Mata, 1999).*

Las nuevas interpretaciones de estos asentamientos, así como la de los complejos arquitectónicos localizados en el área tartésica y en su periferia más inmediata, van a suponer un evidente desconcierto en la investigación. De nuevo lo fenicio cobra una importancia inusitada en detrimento de las teorías indigenistas. La imagen, la iconografía y el ritual, tanto religioso como funerario, cobran ahora un especial protagonismo porque introducen una nueva vía en la investigación con capacidad y recorrido para desatascar una situación que cada día es más compleja por la enorme cantidad de hipótesis que sobre la formación y el desarrollo del mundo tartésico hay en ese momento sobre la mesa. Llegados a este punto, uno se pregunta hasta donde es posible abordar el tema tartésico separado de lo fenicio y viceversa, cuestión que hoy sigue siendo muy difícil de

dirimir, sobre todo si nos referimos al área suroccidental de la península ibérica, donde se encuadra el fenómeno tartésico. Los monográficos sobre algunos aspectos definitorios de la cultura tartésica, caso de las estelas decoradas del suroeste, las necrópolis, los santuarios o la religiosidad, se complementan con los análisis, ya clásicos y poco efectivos a la hora de avanzar en la interpretación integral del fenómeno tartésico, de los bronces, los marfiles, las cerámicas o la orfebrería, por poner los ejemplos más conocidos y sobre los que se han elaborado trabajos en estos últimos años en forma de tesis doctorales; trabajos que han aportado más una recopilación, siempre necesaria, que una nueva valoración socioeconómica y cultural de la sociedad a la que representan esos objetos.

La enorme cantidad de puntos débiles que aún presenta la investigación sobre Tarteso ha impedido que se instalen con fuerza entre los arqueólogos españoles de estos últimos años las teorías posprocesualistas, debido en gran medida al largo camino que aún queda por recorrer y a la enorme potencialidad arqueológica que aún guarda; no olvidemos, por ejemplo, que aún no hay un solo poblado tartésico excavado íntegramente, lo que merma sensiblemente nuestra capacidad crítica sobre su cultura. Es patente que a la hora de plantear hipótesis de trabajo sobre el concepto de lo tartésico existe una evidente subjetividad, primando el método discursivo para abrir nuevas vías de interpretación, pero salvo excepciones, la investigación sobre Tartessos no puede permitirse aún el lujo de anclarse en el relativismo científico, lo que supondría un indudable estancamiento en la investigación; pero también está claro que los estudios pormenorizados de los objetos denominados de prestigio social, por muy espectaculares que sean, están agotados desde hace tiempo; sin embargo, se han dejado de lado en los últimos años los estudios sobre las cerámicas cuando, paradójicamente, sí constituyen un elemento de enorme

importancia para definir territorios culturales homogéneos, modelos de intercambio e, incluso, estructuras socioeconómicas. Creo sinceramente que el olvido a que están siendo sometidos los análisis cerámicos nos pueden abocar a entrar en una espiral de interpretaciones de escasa base documental y abiertas al más puro subjetivismo. Si no excavamos, como defienden los posprocesualistas, y por lo tanto tampoco estudiamos los materiales comunes que nos deparan los asentamientos, terminaremos haciendo arqueología-ficción, elucubrando sólo con los edificios, tumbas y objetos más significativos ya exhumados y, por consiguiente, haciendo ejercicios de interpretación ceñidos exclusivamente a las elites sociales, lo que podríamos denominar como Arqueología del poder; hipótesis más o menos sugerentes que, a la postre, sólo distorsionan los mínimos básicos conseguidos con un gran esfuerzo y que se derriban sin el más mínimo pudor porque a alguien se le ha ocurrido una idea que ni tan siquiera puede contrastar o, lo que es aún peor, ni tan siquiera argumentar. La escuela anglosajona, fundamentalmente inglesa, ha influido de una forma decisiva en esta línea de estudio que se ajusta perfectamente a los arqueólogos que huyen del campo de acción de la Arqueología, o sea el propio campo o de la ciudad en el caso de las excavaciones de urgencia. Pero buena parte de la potente escuela inglesa se ha visto abocada a teorizar ante la drástica reducción de sus misiones arqueológicas en el extranjero, un caso que para nada atañe a nuestra Arqueología.

Precisamente ha sido la escuela anglosajona —tanto inglesa como estadounidense, a la que se ha unido con fuerza la italiana y buena parte de la centroeuropea— la que ha abierto nuevas líneas de investigación del mayor interés para concebir la investigación arqueológica desde una perspectiva mucho más amplia y dinámica. Una línea que en España ha estado protagonizada por la eclosión de la Arqueología Espacial

desarrollada con evidente éxito desde los años ochenta en distintas áreas geográficas de la península, pero que en lo que aquí nos atañe ha contribuido al conocimiento mucho más profundo de los territorios afectados por el desarrollo de la cultura tartésica, aunque aún tengamos que esperar un tiempo para conocer sus resultados definitivos. Me estoy refiriendo en concreto a los estudios que sobre el Paisaje y el Territorio han comenzado a desarrollar buena parte de los equipos que trabajan sobre la cultura tartésica. La excavación sigue siendo importante, pero también es cierto que muchas veces no es imprescindible excavar un yacimiento cuando podemos obtener una magnífica documentación observando el territorio donde se ubica; por ello, ahora priman los proyectos de prospección a los de excavación, y no es sólo una cuestión presupuestaria, sino de pura racionalidad metodológica. En este sentido, los trabajos emprendidos tanto en Andalucía como en Extremadura están dando una visión de la composición de la estructura social tartésica hasta ahora nunca expuesta si no era consecuencia de la pura intuición. Gracias a esta nueva línea de investigación, en la que están implicadas la mayor parte de las universidades, estamos comenzando a conocer la distribución de los asentamientos tartésicos o protohistóricos en general, punto este que se antoja fundamental porque nos permite ver cómo se articulaba el territorio antes y después de su apogeo cultural. Al mismo tiempo se está consiguiendo poco a poco la elaboración de un mapa donde comienzan a dibujarse con datos objetivos las vías de comunicación que permiten entender los nexos culturales entre distintos territorios, algo que hasta no hace mucho se realizaba mediante la inclusión de puntos que representaban un objeto significativo hallado fuera de contexto, cuando no simples restos testimoniales que adquirían la categoría de asentamiento. También la introducción de una herramienta como los Sistemas de Información Geográfica nos

está permitiendo profundizar en una de las claves del desarrollo de las sociedades tartésicas, la relación de esos asentamientos con los medios de producción, de donde se puede inferir a la vez el carácter de las relaciones comerciales entre territorios colindantes y así delimitarlos políticamente. Por lo tanto, tenemos por delante un futuro esperanzador que sin duda nos va a permitir avanzar sensiblemente en la investigación gracias a supuestos teóricos más flexibles que en ningún caso pueden renunciar a metodologías de base empírica. Por último, los avances en la reconstrucción del paisaje antiguo, muy dependiente de las analíticas, están aún en pleno desarrollo; pero es de suponer que con el paso del tiempo estos trabajos, que hoy están relegados a los apéndices de las monografías, consigan con el avance de las tecnologías el papel protagonista que se merecen; pero quizás aún es pronto, por lo que el excesivo énfasis que se está poniendo, por ejemplo, en las dataciones por ^{14}C, corren el riesgo de supeditar los estudios históricos a una disciplina que está reorientándose cada poco tiempo, a veces, confunden más que aclaran una cronología.

Pues bien, con estas premisas se organizó en 2003 el III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, publicado en *Anejos del Archivo Español de Arqueología* en 2005, dedicada al Período Orientalizante en general, pero en el que hubo una especial dedicación a los temas relacionados con Tarteso, como no podía ser de otra manera. Con el concurso de casi centenar de especialistas, se pretendía poner de manifiesto, en primer lugar, el fenómeno de lo «orientalizante» en otras zonas del Mediterráneo para así crear el escenario idóneo para comprender los rasgos comunes y particulares de la península Ibérica en el ámbito mediterráneo. Un segundo bloque del Simposio se dedicó a temas historiográficos y, fundamentalmente, de contenido teórico, donde se expusieron las diferentes concepciones epistemológicas en vigor sobre este

complejo período histórico. Aculturación, interacción, desigualdad o modelos coloniales fueron objeto de análisis de los especialistas que más se habían involucrado en estos temas, si bien introduciendo algunos matices producto del rápido avance de la investigación en los últimos años. Tal vez la aportación más llamativa fue la que presentó J. L. Escacena, quien nos introduce en una línea realmente inédita en España que denomina Arqueología Evolutiva, según la cual la selección natural es la responsable del diseño del comportamiento cultural a lo largo de la Historia, lo que en definitiva supone una crítica a la creación de cualquier cuerpo teórico aplicado a la Arqueología. Pero quizá lo más destacado de este macrocongreso sea el cambio radical que se observa en los temas tratados o en la ausencia de otros que gozaban de gran protagonismo en anteriores reuniones de esta naturaleza; así, llama la atención la ausencia casi total de trabajos dedicados a la interpretación de las fuentes clásicas para espolear el mito de Tarteso; sin embargo, es muy significativa la presencia de comunicaciones y posters dedicados a las analíticas y a los estudios territoriales, como significativa es la atención que se pone en los aspectos económicos y sociales cuando se abordan los conjuntos materiales más significativos, caso de la orfebrería o de las cerámicas, mientras que algunos trabajos aún siguen teniendo un carácter puramente descriptivo carente de la más mínima profundidad histórica. Por último, cabe destacar la ausencia de referencias a los períodos prehistóricos que sirvieron como introducción para definir la etnogénesis de lo tartésico, un avance sin duda significativo para centrar el tema en su justa medida histórica. En definitiva, el Simposio de Mérida supuso un salto cualitativo hacia otra concepción de la arqueología tartésica, ahora analizada desde una perspectiva mucho más amplia que sin duda enriquece su discurso final.

Pero el tema de Tarteso no parece agotarse nunca; así, en este año 2007 el Centro de Estudios Fenicios y Púnicos ha celebrado su V Coloquio bajo el título de Tarsis-Tartessos: Mito, Historia y Arqueología, una reunión que, como por otra parte es lógico, estaba más alejada de los postulados teóricos y arqueológicos, centrándose buena parte de las intervenciones en cuestiones epigráficas, historiográficas y, sobre todo, en la reinterpretación de las fuentes clásicas. No deja de ser significativo que para celebrar el décimo aniversario del CEFYP, en diciembre de este mismo año y sólo unos meses después del mencionado coloquio, se haya elegido de nuevo Tarteso como hilo argumental para conmemorar tan señalada fecha, lo que indica que, como venimos proponiendo en este trabajo, los estudios sobre el mundo fenicio en la península Ibérica no pueden disociarse de los de Tarteso, un matrimonio indisoluble si queremos avanzar con garantías y coherencia histórica en su estudio.

V. El origen del territorio tartésico

Buena parte de las discusiones sobre el origen de Tarteso se han centrado en la discontinuidad que algunos autores propusieron para la Edad del Bronce, lo que significaba una ruptura evidente con una época caracterizada por una alta densidad poblacional como era el Calcolítico. Si en un principio los trabajos llevados a cabo por Aubet y Serna en Setefilla abogaban por una continuidad cultural hasta mediados del siglo v a.C., lo cierto es que salvo algunas excepciones, son escasos los yacimientos que ofrecen una secuencia tan completa e ininterrumpida. Sea como fuere, lo cierto es que si hay continuidad poblacional sólo se percibe en sitios muy puntuales, lo que de hecho debe significar un drástico cambio de estrategia que no debería confundirse con una especie de cataclismo natural, como han propuesto algunos; pero lo cierto es que, o se ocupan nuevos territorios que aún no han sido localizados, o bien hay una dispersión de esa población hacia otros lugares económicamente más propicios y alejados del futuro territorio que identificamos con el núcleo tartésico.

Tampoco parece coherente defender una homogeneidad cultural del suroeste peninsular cuando se han identificado diferentes realidades culturales para según qué sitios; así, Shubart configuró un Bronce del Suroeste con personalidad propia para las tierras meridionales de Portugal; mientras que apenas conocemos nada del Bronce en las llanuras onubenses, parece que sí adquiere carta de identidad en la sierra; el Bronce extremeño se limita a un yacimiento bien estudiado y a algunas tumbas dispersas con cierta singularidad tipológica; y las propuestas de Nocete sobre la estratificación social e, incluso, la existencia de una organización estatal a partir de los patrones de asentamientos detectados en las campiñas de Jaén y Cádiz no dejan de ser meras suposiciones. En resumen, y como ya han

defendido otros autores, lo que parece irrefutable es que tras la importancia demográfica que se aprecia durante el Calcolítico en todo el suroeste peninsular, nos encontramos con un período del Bronce muy desdibujado en el que se cargan las tintas sobre los escasos yacimientos localizados, prueba evidente de su pobreza. Por el contrario, a partir del siglo IX, o quizá a finales del X a.C., se percibe un sensible aumento de población en estas zonas que podría deberse a las nuevas condiciones económicas que ofrecen estos territorios. Este espectacular aumento de población sólo puede entenderse por una aportación demográfica externa a la zona afectada. Si tenemos en cuenta los materiales que acompañan a estas nuevas poblaciones, podríamos concluir que son de origen peninsular, probablemente de las zonas que luego serán consideradas como la periferia tartésica, es decir, Alentejo y Algarve portugués, valle del Guadiana y Meseta Sur.

Por lo tanto, no parece que puedan sostenerse las tesis autoctonistas que abogan por una secuencia cultural continua desde el Calcolítico hasta la Edad del Hierro. Por el contrario, Tarteso debe configurarse a partir del Bronce Final, cuando realmente se expresa un significativo cambio cultural debido tanto a sus propios mecanismos de cohesión social como a la irrupción de la colonización mediterránea, que debió activar recursos económicos hasta ese momento infrautilizados. Los trabajos que se vienen realizando en los últimos años en las zonas afectadas están permitiendo definir un espacio culturalmente homogéneo que coincide con el tradicionalmente denominado núcleo tartésico; intentar relacionar ese espacio con un tiempo concreto nos dará el verdadero significado de Tarteso, término que sólo deberíamos utilizar, al menos con propiedad, a partir de las colonizaciones mediterráneas. Lo que ocurre en el territorio tartésico antes de la colonización ha sido ya tratado en un capítulo anterior dedicado al Bronce Final; sin

embargo, hay un espacio de tiempo en que convergen por varios fenómenos, como el de la denominada precolonización o el de las estelas del suroeste, que nos interesa desarrollar aquí por cuanto afecta a la formación cultural de Tarteso.

La «precolonización»

Los términos arqueológicos suelen ser imprecisos por la concreción de los hechos que se analizan; sin embargo, algunos son incluso confusos, como el que aquí nos ocupa, «precolonización», criticado por numerosos investigadores que, no obstante, se pliegan ante su valor semántico aunque tengan que hacer verdaderos esfuerzos dialécticos para expresar el significado exacto que quieren conferirle. Por ello, la precolonización tiene casi tantas acepciones como autores se acercan a su estudio. A pesar de todas estas dificultades, se ha impuesto la praxis y el término precolonización ha arraigado con fuerza en la bibliografía, aunque sólo sea para negar su existencia. Los argumentos que se utilizan para definir este término parten de dos conceptos bien diferenciados: la precolonización entendida como un momento anterior e independiente de la colonización mediterránea, y por lo tanto sin ningún nexo de unión entre sendos hechos históricos; y la precolonización interpretada como un paso previo, a través de contactos puntuales, de agentes del Mediterráneo oriental con el sur de la península para así preparar la futura colonización histórica. Pero para la mayor parte de los investigadores, la precolonización es sinónimo de la presencia de materiales de origen oriental previa a la colonización, si bien asumiendo que este espacio de tiempo está acotado entre los siglos XII y IX a.C. En definitiva, se intenta buscar deliberadamente una sintonía entre las fechas que las fuentes escritas nos trasmiten para la fundación de Cádiz y las que nos indica la documentación

arqueológica, aunque, valga de anticipo, no hay ningún objeto ni manifestación cultural de origen oriental que alcance esa ansiada fecha.

El debate sobre la precolonización ha sido tan intenso en los últimos años que, como suele ser habitual en estos casos, ha desembocado en un voluminoso monográfico editado este mismo año por la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, donde se hace un análisis del problema desde los diferentes ámbitos geográficos afectados por este fenómeno: las islas del Mediterráneo central y occidental, Italia, Francia, las islas Británicas y la península Ibérica. Sin embargo, mientras que para los arqueólogos italianos la precolonización se identifica con las primeras navegaciones micénicas hacia el Mediterráneo central, para el resto de los europeos tiene un claro reconocimiento con las navegaciones fenicias y griegas a Occidente; los distintos matices interpretativos se centran en las gentes que lo protagonizaron y en las rutas empleadas para introducir esos productos e ideas.

El concepto «precolonización», entendido como los contactos previos de la península y Baleares con comerciantes de origen oriental, ya había sido enunciado tímidamente por Tarradell en los años 50 del pasado siglo, aunque fue en 1977 cuando se esbozaron las primeras hipótesis sobre su significado histórico de la mano de M. Bendala y M. Almagro-Gorbea. Para el primero, las relaciones previas a la colonización histórica habrían estado protagonizadas por gentes procedentes del Egeo relacionadas con la dispersión de los Pueblos del Mar, éstos constituirían, junto al sustrato indígena, el Tarteso histórico. Para el segundo, esos contactos estuvieron representados por comerciantes de la zona sirio-palestina que prepararían así la futura colonización fenicia; un período que Almagro-Gorbea denominó Protoorientalizante, una fase que no significaría discontinuidad cronológica con la anterior, sino que sólo supondría la

introducción de los primeros materiales orientales en los momentos más recientes del Bronce Final. La utilización de este término, tal vez poco afortunado, ha sido el causante de que muchos arqueólogos vinculen los objetos de origen oriental con el verdadero trasfondo de lo orientalizante, mucho más complejo que los meros materiales hallados. El propio autor, consciente de la confusión que podía generar el vocablo, comenzó a utilizar años después el término precolonización, aunque sin variar sensiblemente la definición anterior. Algunos autores han preferido utilizar la expresión «prefenicio» para referirse a esos contactos previos, mientras que otros enmarcan las relaciones dentro de un circuito mediterráneo que tendría a Cerdeña como cabeza de puente para introducir esos productos orientales en la península desde el Bronce Final. También Albanese ha propuesto la isla de Sicilia como el lugar más idóneo para actuar como nexo entre el comercio mediterráneo y atlántico, si bien no descarta el papel de Cerdeña en este empeño. Por último, un grupo de investigadores, cada vez más nutrido, dudan de la eficacia de un contacto directo entre las islas del Mediterráneo central y la península Ibérica en época precolonial, ofreciendo como alternativa la vía terrestre a través de la península italiana y el sureste francés, lo que justificaría la presencia de ciertos elementos exóticos en las estelas del suroeste o en yacimientos de la Beira portuguesa, puntos todos ellos alejados de las costas occidentales.

El trabajo que en el año 1978 desarrollaron Kristiansen y Rowlands sobre los denominados «bienes de prestigio» marcó una línea de trabajo que ha servido a los prehistoriadores españoles para justificar las complejas relaciones precoloniales en la península Ibérica. Era un momento crucial en la elaboración de las teorías arqueológicas que abogaban por explicar desde dentro los cambios culturales de las sociedades afectadas por una relación externa, marginando cualquier justificación de cambio

dentro de un marco histórico-cultural. El fuerte protagonismo de los arqueólogos procesuales propició un nuevo marco teórico, «The world systems», basado en la interacción cultural, donde se abogaba por el desarrollo de las sociedades indígenas gracias a su propia dinámica interna. Esta teoría, de raigambre funcionalista, cuajó tarde pero sólidamente en nuestro país, abriendo un campo inédito para justificar el desarrollo de la sociedad tartésica sin el decisivo concurso de la colonización. A la formulación de Centro-Periferia que cimentaba esta teoría, se le unió poco después el Margen, introducido en nuestro país por M. Ruiz-Gálvez de la mano de los Sherratt, para justificar la presencia de objetos foráneos en el interior peninsular antes de la colonización fenicia. Por último, en 1998, Godelier introdujo un nuevo espacio de reflexión sobre la interacción cultural con su teoría del don y el contradón que también ha calado con fuerza entre los investigadores de la cultura tartésica. No cabe duda de que la nueva propuesta tiene una sólida base teórica, pero no es menos cierto que para la época que nos ocupa carece en muchos casos de cualquier fundamento empírico, lo que ha provocado un sinfín de propuestas explicativas de un fenómeno que se asienta, principalmente, en datos muy endebles que en los últimos años intentan paliarse con el desarrollo de la Arqueometría, jugando un papel principal las dataciones radiocarbónicas, disciplina que a tenor de los distintos resultados que nos ofrece en función de las diferentes variables que se manejan, aún tiene un cierto recorrido para que sean admitidas sin objeciones; pero no es menos cierto que los trabajos que en este sentido y sobre esta época están desarrollando investigadores como M. Torres, A. Mederos o J. L. López Castro son loables y suponen un apoyo importante para el avance de la investigación, cada vez más alejada de

aquella frase de James en su libro *Siglos de oscuridad*: «la datación por radiocarbono nunca podrá ofrecer, por desgracia, respuestas».

En los últimos años, y ante la falta de respuestas que nos ofrecen los escasos restos arqueológicos adscritos a este período, se está profundizando en el valor de los símbolos que se esconden en los objetos más significativos; por lo tanto, parece que la valoración de esos objetos exógenos no debería reducirse exclusivamente al mero intercambio comercial, sino que como defiende el propio Kristiansen junto a Larsson en un libro editado en 2006 titulado *Emergencia de la sociedad del Bronce*, esos bienes irían acompañados de movimientos de personas que transmitirían gustos y valores a las poblaciones de las tierras que visitaban; una propuesta, denominada Arqueología intercontexual, cuya estrategia interpretativa se basa en la identificación de símbolos centrales en todos los contextos donde se hayan documentado, vinculándolos a una esfera cosmogónica o ritual de significado intercontextual; es decir, un símbolo universal sería recontextualizado por cada cultura, adaptándolo a la tradición e idiosincrasia de cada comunidad. Un marco teórico elaborado para la Edad de Bronce centro y norte europea principalmente que pronto será recurrente para explicar el fenómeno de la precolonización en nuestra península y, sobre todo, la aculturación de las sociedades indígenas por parte de los primeros colonizadores, pero como las anteriores, incapaz de dar respuesta al proceso histórico de las sociedades poseedoras de los objetos exóticos que intentan analizar. Al fin y al cabo no dejan de ser sofisticadas teorías de base difusionista, sólo que ahora son las sociedades indígenas quienes asimilan y desarrollan sus propias estrategias sociales tras asumir las nuevas ideas externas, un paso sin duda importante y alejado del difusionismo más radical del pasado siglo, pero también cada

vez más alejado de la realidad puramente arqueológica, asumiendo una importancia capital, una vez más, los objetos de prestigio.

Tal vez la base teórica más solvente para entender el fenómeno de la precolonización en la península Ibérica es la que han esbozado los historiadores de la Antigüedad, en concreto A. Domínguez Monedero y J. Alvar, en sendos trabajos con cierta sintonía argumental. Según ellos, se podría definir la precolonización como un modelo determinado de contacto con los indígenas, claramente diferenciado de la colonización; por lo tanto, no sería una fase previa, sino que estaría perfectamente diferenciada de los acontecimientos históricos que se detectan arqueológicamente a partir del siglo VIII a.n.e; y, como apunta Domínguez Monedero, el modelo pudo seguir activo incluso una vez implantada la colonización. El modo de contacto que se llevaría a cabo estaría en función de las necesidades de abastecimiento de los comerciantes de origen mediterráneo, pero serían contactos eventuales carentes de cualquier regulación administrativa, lo que Alvar ha denominado «Modo de contacto esporádico», con un fin determinado en cada uno de esos contactos. Parece obvio que esas relaciones debieron ser desiguales, aunque subjetivamente también se debieron beneficiar las sociedades indígenas que recibieron esos productos importados. Pero quizá no debamos generalizar las consecuencias de esas relaciones, pues parece lógico que debió existir un grado diferente de desigualdad en función de la complejidad social de las grupos con los que contactaron los navegantes orientales. En este aspecto viene bien recordar los que nos narra Estrabón en el libro III de su *Geografía*, recogiendo el testimonio directo de Posidonio, sobre la fundación de Cádiz:

> Acerca de la fundación de Gádira recuerdan los gaditanos cierto oráculo que según ellos les fue dado a los tirios ordenándoles enviar una colonia a las Columnas de Heracles; los que fueron enviados para inspeccionar, cuando estuvieron en las proximidades del Estrecho de Calpe, creyendo que los promontorios que forman el Estrecho eran los límites de la tierra habitada y de la expedición de Heracles y que constituían lo que el oráculo había designado con el nombre de Columnas, se detuvieron en un lugar del lado de acá del Estrecho, donde se encuentra ahora la ciudad de los sexitanos; y como quiera que, realizando un sacrificio allí no les resultaran favorables las víctimas, se volvieron. Un tiempo después, los enviados avanzaron unos mil quinientos estadios más allá del Estrecho hasta una isla consagrada a Heracles situada junto a la ciudad de Onuba en Iberia, y creyendo que estaban allí las Columnas hicieron un sacrificio al dios, pero como las víctimas volvieron a resultar desfavorables, regresaron a la patria. Los que llegaron en la tercera expedición fundaron Gádira, y levantaron el templo en la parte oriental de la isla y la ciudad en la parte occidental. (Estrabón III, 5, 5.)

Es muy significativo este fragmento porque, amén de proceder de una información directa facilitada a Posidonio por los sacerdotes gaditanos del siglo I a.C., nos ilustra sobre el mecanismo de contacto de los fenicios previos a la colonización. Como es lógico, el hecho de que los «enviados» no considerasen los dos primeros lugares donde habían echado sus anclas, no debe ser una consecuencia de los malos augurios, sino que probablemente se debió al rechazo de los indígenas, tal vez por no considerar sus mercancías o los beneficios de la transacción comercial suficientes como para permitir un asentamiento estable en el futuro. Sin embargo, debieron encontrar más comprensión entre los indígenas que poblaban el entorno geográfico de Cádiz, quienes a su vez consideraron las ventajas de esa relación. Por lo tanto, si como parece lógico, el intercambio comercial entre fenicios e indígenas siempre debió ser económicamente más rentable para aquéllos, también es cierto que los indígenas debieron dar su consentimiento y calibrar las ventajas de un establecimiento permanente. Por consiguiente, los modos de contacto con las poblaciones indígenas no serían iguales, sino que estarían en función del

grado de desarrollo social de cada grupo. Tal vez la mayor exigencia en el intercambio se refleje precisamente en los restos que se están documentando últimamente en Huelva, así como el propio desarrollo social que se aprecia en sus necrópolis a partir del siglo VII. Otras áreas de la península estarían menos estructuradas socialmente, lo que justificaría tal vez el famoso relato de Heródoto sobre el denominado comercio silencioso:

> Los cartagineses cuentan también la siguiente historia: en Libia, allende las Columnas de Heracles, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando arriban a ese paraje, descargan sus mercancías, las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen señales de humo. Entonces los indígenas, al ver humo, acuden a la orilla del mar y, sin pérdida de tiempo, dejan oro como pago de las mercancías y se alejan bastante de las mismas. Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancías, lo cogen y se van; en cambio, si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen añadiendo más oro, hasta que los dejan satisfechos. (Heródoto IV, 195).

Es ciertamente un texto significativo por cuanto pone en evidencia los vacíos de población en amplias áreas del occidente mediterráneo, zonas que facilitaron el asentamiento de colonos de procedencia oriental, no solamente fenicios. El dato se corresponde además con lo que el registro arqueológico muestra, un escaso poblamiento de las zonas más meridionales del suroeste peninsular, donde se han detectado escasos restos anteriores al siglo IX a.C.; por lo que no parece que yerren aquellos que promulgan una intervención más intensa que la meramente comercial por parte de los primeros colonos orientales, quienes debieron encontrar una situación muy idónea, al menos en buena parte del suroeste, como para establecerse y reproducir sus modelos sociales. No sabemos el grado de interacción que se produjo entre ambas comunidades, pero como ya se apuntaba anteriormente, debió depender directamente del grado de cohesión social y de desarrollo económico de cada grupo. Pero la evidencia arqueológica, y la

lógica sociológica, aboga porque serían las zonas menos pobladas las que se beneficiarían de las consecuencias de la colonización histórica por las facilidades que concurrirían para establecer los nuevos asentamientos, mientras que las zonas más densamente pobladas, con recursos diversificados y una estructura social mínimamente sólida y jerarquizada, serían por lógica las que primero contactarían con los comerciantes mediterráneos, puesto que ofrecerían un intercambio comercial mucho más atractivo. Si con el tiempo intervienen motivos políticos, de presión demográfica o meramente comerciales en el área sirio-palestina, parece lógico que estas zonas del Occidente acrecienten su atractivo por las posibilidades que se abren en campos como la minería y la agricultura principalmente. Así, el sureste peninsular y la propia Cádiz ofrecerían mejores condiciones para un establecimiento duradero y con menor riesgo de conflicto con las poblaciones indígenas que Huelva, ya inmersa en un circuito de ámbito atlántico que le había reportado un desarrollo económico y social mucho más complejo; sin embargo, es precisamente en Huelva donde se detectan los contactos más antiguos con los fenicios, tal vez porque dispusieron de un emporio con una función exclusivamente comercial.

Si la confusión que implica la palabra precolonización estriba principalmente en que se interpreta erróneamente como un paso previo a la colonización, lo mismo ocurre con la palabra colonia. No podemos confundir el concepto de colonia entendida como un grupo humano procedente de un país determinado para poblar y explotar un nuevo territorio como medio de subsistencia, independientemente de que luego genere excedentes para fomentar el intercambio y el desarrollo económico; y el de colonia como espacio urbano levantado fuera del país original y regida por leyes ajenas al territorio donde se establece. En el primer caso debe haber cierta connivencia con

los naturales del lugar, mientras que el segundo conlleva algún grado de coerción, a no ser que haya una integración de los indígenas al nuevo modelo social propuesto por los colonos, lo que a la postre supondrá una interacción y, consecuentemente, la formación de una expresión cultural original que no perderá los rasgos de ninguna de las dos culturas, aunque siempre destacarán más los atributos procedentes de la más desarrollada, fundamentalmente por el conocimiento y el control de la tecnología. Por lo tanto, como defiende Domínguez Monedero basándose en el trabajo que publicó Campanella en 2003:

> […] deberíamos considerar como «colonia» en sentido estricto aquellos establecimientos que surgen con, o acaban desarrollando, un aspecto urbano, lo que implica no sólo un cierto tamaño sino, sobre todo, un urbanismo, obras públicas y estructuras políticas de tipo estatal, como corresponde a los modelos de ciudad-estado desarrollados en el mundo fenicio o en el griego. A todo ello hay que añadir la disponibilidad de un territorio agrícola capaz de sustentar a la población que residiría en dicha ciudad. En suma, una «colonia» sería, sobre todo, un establecimiento que asumiría los rasgos de la ciudad-estado, con las peculiaridades propias que marcan a la misma ya sea en el mundo fenicio o en el griego. El resto de los asentamientos que establecieron tanto fenicios como griegos por el Mediterráneo y el Atlántico y que no asumirían estos rasgos urbanos no deberían ser llamados «colonias» sino emporios, puertos, desembarcaderos, «factorías» o cualesquiera términos que puedan corresponder a los rasgos concretos que nuestras fuentes detecten en ellos. Quiero hacer hincapié en este aspecto porque una actividad agrícola estable y permanente requeriría, sobre todo, disponer quizá no sólo del control sino incluso de la propiedad de las tierras de las que se piensa extraer un beneficio continuado durante un período ilimitado y éste es un rasgo privativo de las ciudades-estado antiguas (tanto fenicias como griegas).

Es importante tener en cuenta estas consideraciones a la hora de evaluar los recientes y ya ineludibles hallazgos del solar ubicado entre la calle Méndez Núñez y la plaza de Monjas de la ciudad de Huelva, publicados en 2004 por González de Canales, Serrano y Llompart bajo el título de *El emporio fenicio precolonial de Huelva (900-770 a.C.)*, un descubrimiento que ha sacudido la arqueología protohistórica del suroeste peninsular, poniendo además en evidencia la debilidad de muchos de

nuestros argumentos cuando un hallazgo de estas características es capaz por sí solo de replantear todos los supuestos previos. La abundancia y la antigüedad de los materiales foráneos recuperados, entre los que destacan especialmente las cerámicas geométricas griegas, nos acerca un poco más en el tiempo a las fuentes antiguas y a los textos bíblicos, aunque todavía hay que forzar la máquina del tiempo para poder simultanear los tiempos de Hiram I de Tiro y Salomón con estos lotes de material. Lo que está fuera de toda duda es que ahora conocemos el hecho comercial más antiguo de los fenicios en nuestra península, abriéndose una nueva dimensión a la hora de abordar los estudios sobre Tarteso.

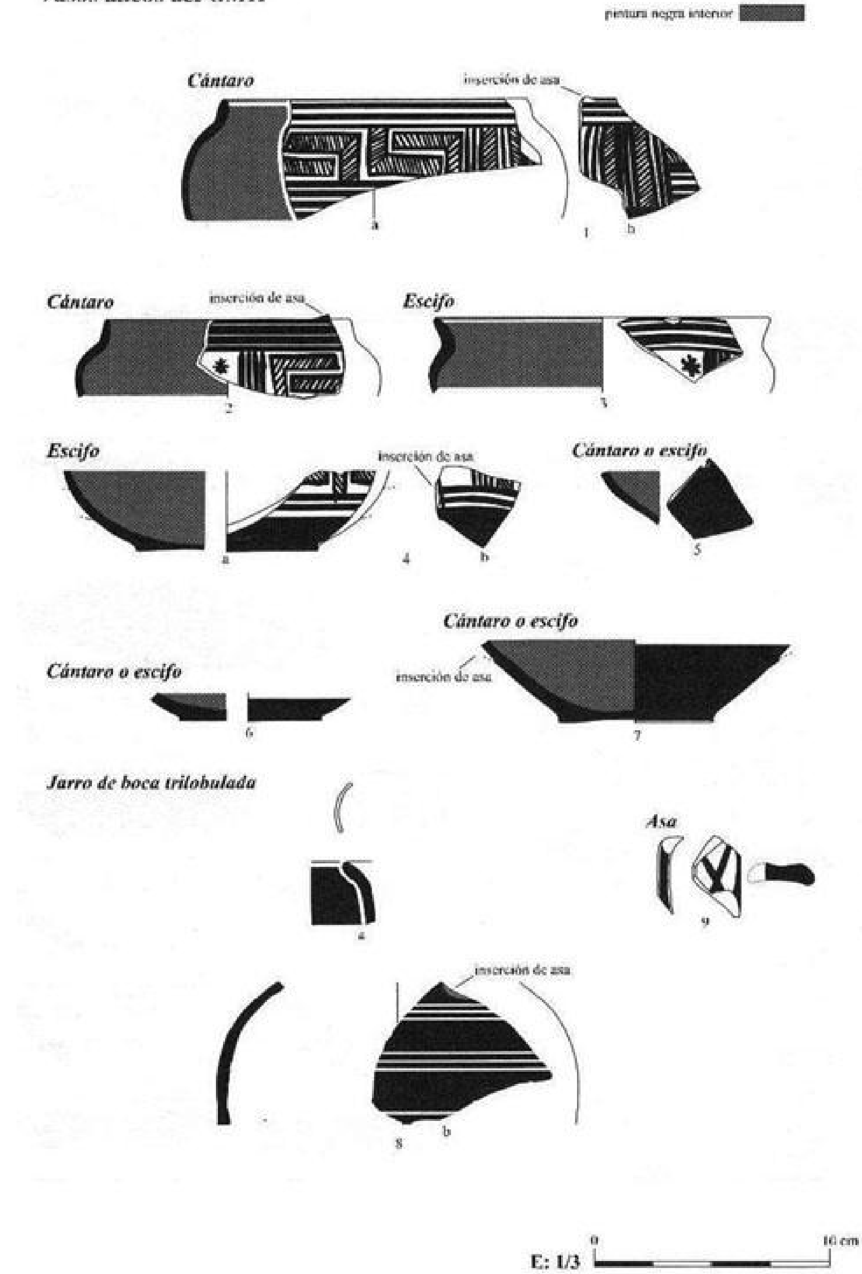


FIG. 23. A) *Vasos áticos del Geométrico Medio II procedentes de la plaza de las Monjas y la calle Méndez Núñez de Huelva. (Según González de Canales, Serrano y Llompart, 2004.)*

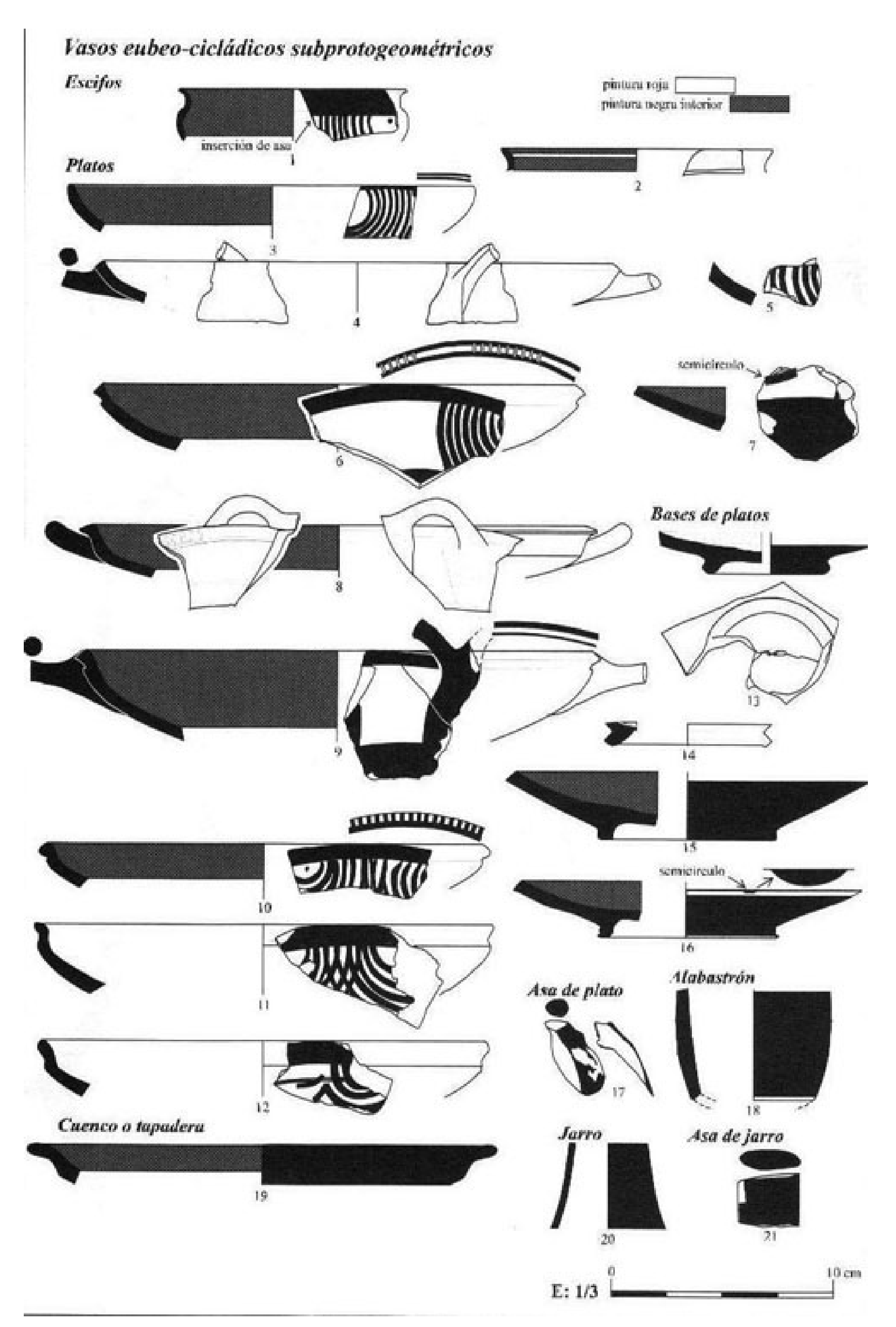


FIG. 23. B) *Vasos eubeos-cicládicos subprotogeométricos procedentes de la plaza de las Monjas y la calle Méndez Núñez de Huelva. (Según González de Canales, Serrano y Llompart, 2004.)*

Vasos chipriotas

engobe o pintura roja

Jarritos

inicio del cuello

inicio del cuello

1

2

Chiprofenicio

3

4

5

FIG. 23. C) *Vasos chipriotas procedentes de la plaza de las Monjas y la calle Méndez Núñez de Huelva. (Según González de Canales, Serrano y Llompart, 2004.)*

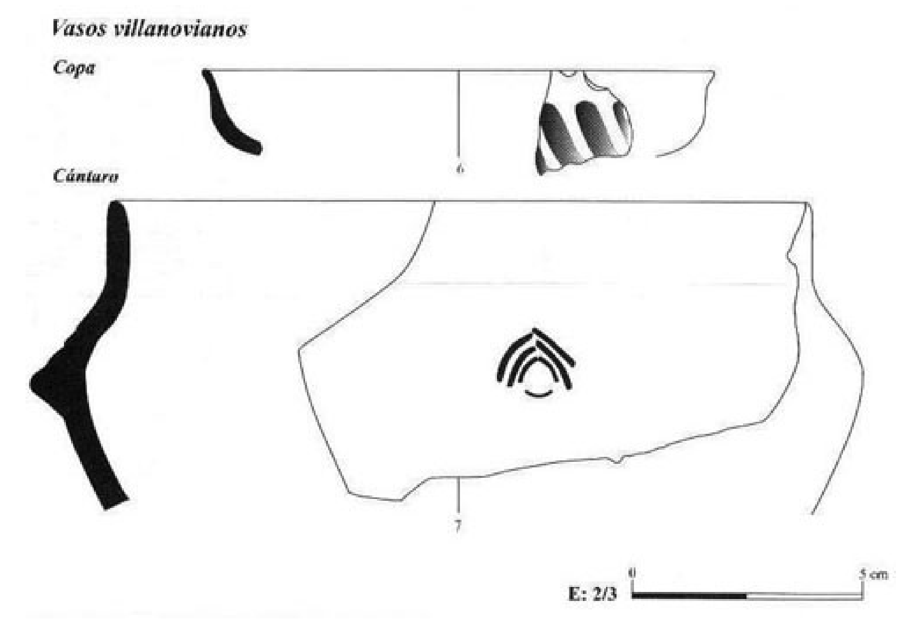


FIG. 23. D) *Vasos sardos procedentes de la plaza de las Monjas y la calle Méndez Núñez de Huelva. (Según González de Canales, Serrano y Llompart, 2004.)*

Los materiales de Méndez-Núñez/Monjas proceden de un solo paquete estratigráfico depositado por las máquinas excavadoras una vez que se había dado por finalizadas las excavaciones en un área sacra bien fechada entre los siglos VII y V a.C. Este hecho dificulta el correcto análisis del hallazgo, pues es muy difícil deducir si la deposición pertenece a un único momento o si se fue conformando en el transcurso de los años, lo que sin duda limita sensiblemente la interpretación final. La riqueza y variedad de los materiales exhumados es realmente significativa: abundante cerámica fenicia análoga a la documentada en Tiro, donde destacan los jarros de cuello aristado y, por su número, los de borde cuadrado pertenecientes al tipo 8 de Tiro; platos de «Fine Ware»; ánforas del tipo 12 de Tiro y un buen número de ejemplares procedentes del centro del Mediterráneo. La presencia de las cerámicas griegas es muy significativa por su valor cronológico; así, los cántaros y escifos áticos del Geométrico Medio II, junto con los escifos y los platos eubeo-cicládicos del Subprotogeométrico I-II suponen la presencia más antigua de estas cerámicas en Occidente, datándose a comienzos del siglo IX. También son dignos de destacar los pequeños jarros «Black on Red» chipriotas que muchos consideran de inspiración fenicia. Son igualmente notables por la precisión cronológica que facilitan los vasos sardos documentados, entre los que destacan los jarros-askos y los denominados «Vasi a collo», pertenecientes al inicio del período Geométrico de Cerdeña, datado también a comienzos del siglo IX. Por último, no podemos olvidar la importante cantidad de cerámica indígena recuperada en el sitio y realizada en su totalidad a mano, dato de enorme significado por cuanto pone de manifiesto, además de la convivencia de estas cerámicas con importaciones de una gran calidad, la inaccesibilidad de las

poblaciones indígenas a una de las innovaciones técnicas más sobresalientes de esta época, el torno de alfarero, de lo que puede deducirse que estamos ante los más antiguos contactos comerciales con la marisma onubense, cuando aún no puede deducirse ningún grado de interacción entre ambas comunidades. Las fechas radiocarbónicas emitidas en 2006 por Nijboer y Van der Plicht, investigadores de la universidad de Gröningen, en un trabajo sobre unos restos óseos del yacimiento, son significativas a pesar de la ausencia de datos solventes sobre la formación del estrato; de las tres muestras analizadas, tan sólo una de ellas podría adentrarse tímidamente en el siglo x a.n.e, mientras que las otras se instalan sin muchos problemas en el primer tercio del siguiente siglo, lo que acercaría significativamente estos hallazgos a las dataciones publicadas por M. Torres para los asentamientos fenicios más antiguos documentados en la península, pero no lograrían la antigüedad de los restos de la Ría de Huelva, que por lo tanto deberían seguir formando parte de la etapa del Bronce Final, mientras que los nuevos hallazgos de Huelva pueden sin muchas reticencias inaugurar la Edad del Hierro del suroeste peninsular. No obstante, no debemos olvidar que los hallazgos de Huelva tienen un problema que esperemos se pueda paliar en el futuro; me refiero al intervalo cronológico de la sedimentación del paquete estratigráfico fértil de donde procede la ingente cantidad de material arqueológico; no sabemos si la sedimentación que lo conformó se realizó de forma rápida o dilatada en el tiempo, lo que sin duda cambiaría sensiblemente la interpretación de los hallazgos, pues no es lo mismo datar el sitio por el intervalo de las cerámicas más antiguas y las más modernas, lo que supondría que la sedimentación fue dilatada en el tiempo, o bien si es un acopio de material en un momento determinado, donde prevalecerían las dataciones más modernas.

Antes de la aparición de los materiales de Méndez Núñez/Monjas, el yacimiento de mayor proyección para encarar el problema de la precolonización era el «depósito» de la Ría de Huelva, un conjunto hallado en 1923 cuando se realizaban labores de dragado en el río Odiel y que hoy se guarda en el Museo Arqueológico Nacional. El conjunto fue publicado con más detalle por Almagro Basch en 1940, que lo interpretó como el cargamento de un barco hundido cuyos materiales tenían una variada procedencia, tanto del área centroeuropea como del Mediterráneo central, otorgando al conjunto una cronología en torno al siglo VIII a.C. El lote de material consiste en unos cuatrocientos objetos entre los que destacan las armas ofensivas, especialmente espadas y lanzas, y los objetos asociados a la vestimenta, entre los que sobresalen un buen número de fíbulas de codo que se han venido denominando «tipo Huelva», broches de cinturón y varios botones, conjuntos que tipológicamente pertenecen del denominado Bronce Final atlántico. Sin embargo, los tipos de armas de la Ría de Huelva también se documentaban en algunas islas mediterráneas, lo que abrió pronto el debate sobre el temprano comercio con esas zonas y su relación con el círculo atlántico, problema que ha sido estudiado con profundidad en los últimos años por M. RuizGálvez, quien en 1995 editó un monográfico sobre el depósito de la Ría de Huelva en el número Extra 5 de *Complutum* donde, sin rechazar su posible pertenencia a la carga de un pecio hundido junto a las aguas de Huelva, defendía otras posibles interpretaciones, como el que perteneciera a un depósito ritual, funerario o no, o bien, que se tratara en efecto de un barco hundido, pero en ese caso con origen en la propia Huelva, lo que justificaría el escaso margen en las dataciones de los diferentes objetos que lo forman, avalado por el sellado de una capa de aluviones modernos de todo el conjunto.

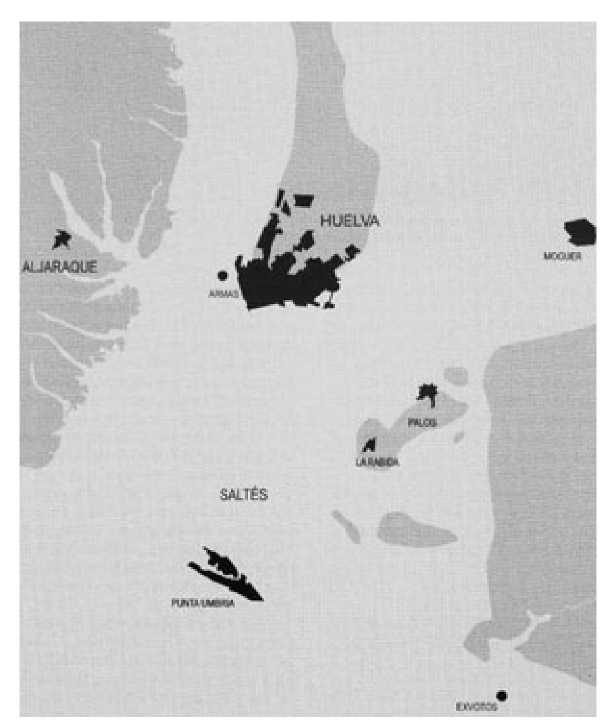


FIG. 24. *Estuario Tinto y Odiel con el lugar del hallazgo de exvotos y armas (Según J. Fernández Jurado 2005).*

Uno de los elementos más señeros de este hallazgo de la ría de Huelva fue el de un fragmento de hierro que, por su exotismo dentro de los materiales hasta ese momento conocidos, permitía inaugurar un debate sobre el hecho precolonial que aún sigue vigente, máxime cuando se conocen otros objetos de hierro procedentes también de contextos anteriores a la colonización, caso del hallado en el depósito de Baioes, en la Beira portuguesa, zona de donde también proceden varios fragmentos de hierro del yacimiento de Moreirinha. También se encontró hierro en contextos anteriores a la colonización en la Peña Negra de Crevillente y en el conjunto que acompaña al tesoro de Villena, ambos en Alicante. Igualmente destaca la posible hoja de cuchillo publicada por Vilaça procedente de Monte do Frade por ofrecer una fecha ya calibrada que se remonta al siglo XI.

Las dataciones radiocarbónicas que publicó Almagro-Gorbea sitúan el depósito de la Ría de Huelva en torno al siglo x, fecha que también se confirma arqueológicamente al haberse documentado estos tipos tanto en Chipre como en Israel a principios del siglo x, lo que pone efectivamente de relieve los tempranos contactos de esta zona con el Mediterráneo oriental, aunque no podemos afirmar si esa relación es directa o indirecta, lo que cambiaría sustancialmente la interpretación del hallazgo. Pero si la presencia de espadas tipo «lengua de carpa» del Bronce Final están documentadas tanto en el Mediterráneo central como el área atlántica, así como otros objetos entre los que estacan las fíbulas de codo, más difícil ha sido atestiguar la presencia de cerámicas sardas en el sur de nuestra península, lo que ha conferido también especial importancia al reciente hallazgo de Huelva. No obstante, ya conocíamos las cerámicas sardas de El Carambolo o las procedentes de los hallazgos de la calle Canovas del Castillo de Cádiz publicadas en 2005 por Córdoba y Ruiz Mata, aunque ninguno de los dos hallazgos es tan antiguo y determinante como el de Méndez Núñez/Monjas. Algunos autores, como la propia Ruiz-Gálvez, han sugerido incluso la posibilidad de que algunos grupos de sardos se hubieran establecido en el sur de la península en los últimos momentos del Bronce Final, hipótesis que se basa casi exclusivamente en el hallazgo de la tumba de Roça do Casal do Meio, en la localidad portuguesa de Sesimbra, fechada en el siglo x y coetánea por lo tanto al conjunto de la Ría de Huelva; sin embargo, los análisis realizados recientemente a los restos allí exhumados descartan tal posibilidad. Por el momento, los hallazgos del solar onubense son más modernos que los de la Ría de Huelva, por lo que éstos deben encuadrarse sin dudas en el Bronce Final, mientras que aquéllos parecen adelantar la fecha de contacto de la colonización fenicia en la península Ibérica, dos hechos diferentes que parecen responder a sendas pautas

históricas independientes. No obstante, a partir de ahora se plantean nuevos problemas que se irán resolviendo en el futuro a medida que vayan surgiendo nuevos hallazgos, pero no debemos perder de vista que ahora el Bronce Final parece más corto y que, consecuentemente, la Edad del Hierro habría que inaugurarla un poco antes. Pero también parece concluyente el hecho de que con anterioridad a la llegada de los fenicios no se documenta ni un solo fragmento de cerámicas procedentes del Mediterráneo central, lo que pone en duda la fluidez de esos contactos con el sur peninsular. En definitiva, el depósito de la Ría de Huelva, la presencia del hierro y de otros objetos orientales aparecidos en la península con anterioridad a la colonización fenicia deben encuadrarse en el comercio atlántico del Bronce Final, sin ninguna relación con una supuesta precolonización.

Hoy parece que lo que algunos han denominado como precolonial, simplemente podría clasificarse como colonial a tenor de las nuevas cronologías que se están obteniendo de los análisis radiocarbónicos. Ya a mediados de los años 90 del pasado siglo se comenzó a generalizar la fecha del último tercio del siglo IX a.C. para situar las primeras fundaciones fenicias del sureste peninsular, fecha que hoy parece ser la más idónea para enmarcar la colonización, otra cosa es que se estén comenzando a documentar lugares empóricos o establecimientos comerciales esporádicos más antiguos, anteriores por lo tanto a la colonización, que podrían datarse tal vez a finales del siglo X o principios del IX a.C. Un problema distinto es la presencia de objetos de mayor antigüedad que se vienen fechando con anterioridad al siglo X, consecuencia todos ellos, probablemente, de un sistema comercial muy diferente al que después protagonizarán los fenicios, además de enmarcarse cronológicamente en el Bronce Final. En este momento cobra especial relevancia lo que se ha denominado como el vector

comercial chipriota, plasmado por la presencia de algunos materiales peninsulares en Chipre, caso de las fíbulas de codo, el asador articulado de la tumba 523 de Amathus o los escudos con escotadura en «V» que aparecen también representados en las estelas de guerrero del Suroeste; mientras que en la península aparecen algunos objetos, caso del mencionado cuenco de Berzocana, hallado junto al tesoro áureo del Bronce Final, o los soportes de bronce con ruedas del castro de Nosa Señora da Guia, en Baioes. Elementos en cualquier caso muy exiguos como para plantear una relación comercial fluida con los comerciantes chipriotas en un momento tan temprano. No obstante, sí es posible que fuera esa relación puntual de los chipriotas con el Mediterráneo occidental la que sirviera de introducción a los fenicios para desarrollar su futura colonización.

La formación de Tarteso

Uno de los mayores problemas a la hora de justificar la eclosión demográfica en el núcleo tartésico a partir del siglo IX a.C., ha sido detectar el origen de las comunidades que poblaron la zona. Ya hemos visto como en algunos sitios, sin duda puntuales, parece que se aprecia una continuidad en el poblamiento desde el Calcolítico hasta la I Edad del Hierro, pero lo que está fuera de cualquier duda es que tras el Bronce Medio hay un vacío, o si se quiere, una escasez de población en el suroeste peninsular. Con tan escaso bagaje demográfico, resulta difícil justificar el enorme crecimiento de población que se detecta en los últimos momentos del Bronce Final tanto en Huelva como en el entorno del Bajo Guadalquivir; para acreditarlo, Belén y Escena propusieron la aportación de gentes procedentes de dos oleadas, la última de las cuales sería originaria de La Meseta, siendo así la responsable de la introducción en el suroeste de técnicas cerámicas como el boquique o la excisión. Sin embargo, sin excluir esta posibilidad,

parece que la aportación humana debió ser mucho más amplia a tenor de la variedad de expresiones culturales que se conforman en el suroeste y que podemos rastrear, una vez más, a través de las técnicas cerámicas, donde las cazuelas con decoración de retículas bruñidas se han convertido en uno de los «fósiles directores» de esta fase. La cuestión es harto complicada de acometer por cuanto carecemos de manifestaciones sociales de la importancia de las necrópolis, las áreas cultuales o los poblados con cierta complejidad urbana que nos permitan vislumbrar un origen concreto de esas poblaciones, pero podemos adentrarnos en el problema desde el análisis de otras manifestaciones que, a pesar de todo, tampoco son concluyentes al día de hoy.

Un dato que nos ha llamado siempre la atención ha sido la ausencia de unas manifestaciones tan expresivas arqueológicamente como son las estelas del suroeste y la orfebrería del Bronce Final en el área tartésica, circunstancia que, por un lado, nos permite sospechar de la existencia de una cierta homogeneidad cultural entre las amplias zonas donde sí se manifiestan, es decir, Extremadura, Algarve, Alentejo y Beira portuguesa, valle medio del Guadalquivir y sur de la Meseta, en definitiva, las zonas del interior del suroeste peninsular que con el tiempo conformarán la denominada periferia tartésica; y por otro lado, la posibilidad de que sean precisamente esas comunidades las que se encuentren en las condiciones más idóneas para participar en el auge demográfico de Tarteso y en la configuración de su cultura. Las estelas o losas de guerrero básicas y la rica orfebrería tienen un alto componente atlántico, a lo que debemos añadir otros objetos que se han documentado de forma abundante en estas zonas, caso de las espadas de «lengua de carpa», las fíbulas de codo o las cerámicas de Cogotas que, precisamente, cada día se documentan mejor en Extremadura. Por lo tanto, el depósito de la Ría de Huelva no es ajeno al escenario que se dibuja en el cuadrante suroccidental de

la península ibérica. Es posible que la interacción entre las diferentes comunidades de estas zonas del interior fuera determinante para el propio desarrollo interno de los grupos sociales y así, como ya adelantó Barceló en 1995, los grupos mejor relacionados a través de vínculos sociales fueran los que se encontraban en condiciones óptimas para relacionarse con el núcleo económico en desarrollo, pues tendrían capacidad para aportar mano de obra y productos agropecuarios a cambio de objetos de lujo y de otros productos que nos pasan desapercibidos por no haber sido detectados por la arqueología. Los primeros comerciantes fenicios, o de origen mediterráneo en general, tuvieron que tratar con estas gentes que ya tenían una larga experiencia en la negociación comercial en el ámbito atlántico, por lo que incluso conocían buena parte de los productos de lujo que pudieron ofrecer los fenicios, lo que podría justificar tanto la calidad de los materiales hallados en la ciudad de Huelva, como el interés de los fenicios por establecer sus colonias en un entorno geográfico donde una estructura social mínimamente sólida fuera capaz de aportar la infraestructura necesaria para explotar algunos recursos de su interés. Pero, precisamente, tanto la emigración hacia el sur peninsular como las nuevas relaciones comerciales con los primeros comerciantes de origen mediterráneo, se convertirían en factores claves para el desarrollo de conflictos sociales inéditos hasta ese momento, lo que a la postre sería una consecuencia fundamental para entender la formación de la sociedad tartésica.

El interés meramente comercial de los fenicios en una primera fase de contactos debió activar algunas zonas metalúrgicas sólo superficialmente explotadas desde el siglo VIII, caso de San Bartolomé de Almonte, sino antes, como en Peñalosa de Escacena del Campo, ambos en la provincia de Huelva. Por lo tanto, parece lógico pensar que el aporte de

población de las tierras del interior iría destinado a explotar con mayor eficacia esos y otros focos mineros del suroeste. Sin embargo, no debemos olvidar que estas poblaciones proceden de zonas donde la economía ganadera era predominante, mientras que el fuerte aumento demográfico haría necesaria una explotación agrícola extensiva para alimentar a la nueva mano de obra que no sólo trabajaría en las labores relacionadas con la metalurgia, sino que, y sobre todo tras el establecimiento de las primeras colonias fenicias, deberían atender trabajos directamente relacionados con el comercio, tales como la construcción de barcos y las complejas labores derivadas de ello, caso de la tala de árboles y su transporte, el acondicionamiento de puertos, la construcción de almacenes, etc. Mayor mano de obra sería aún necesaria para levantar los nuevos poblados, los santuarios o los talleres donde se diversificaría la producción de los productos artesanales. Este sistema conllevaría una forma de vida fundamentalmente sedentaria que impulsaría a su vez la agricultura intensiva, tanto para abastecer de cereales y otros productos a los centros de producción, como para generar excedentes destinados también al comercio exterior. La llegada de nuevos cultivos como el olivo y la vid, pero sobre todo la introducción de nuevas técnicas e implementos para el mejor desarrollo de la agricultura, ayudarían a la creación de nuevos núcleos de población que se extendieron principalmente por todo el Bajo Guadalquivir. La discusión se centra en el origen de la mano de obra que hizo posible ese desarrollo agrícola, si eran agricultores de origen oriental, predominantemente fenicios, con lo que la colonización no tendría entonces un cariz meramente comercial, o si se trataba de indígenas desplazados desde sus lugares de origen y reconvertidos en agricultores. Las necrópolis asociadas a esos poblados pueden darnos la respuesta como veremos en el apartado específico dedicado a ellas.

Por último, y para apoyar la propuesta según la cual la formación de Tarteso sería una consecuencia de las aportaciones de gentes del interior del suroeste peninsular, y sin restar importancia a la enorme dificultad que aún presenta este tema, ya expusimos junto a otros colegas la posibilidad de que ese hiato de población que parece que se manifiesta en el área nuclear tartésica entre el Bronce Medio y Final no se produzca en el interior, no sólo en Extremadura, sino también en otras zonas como el sur de Portugal, la Meseta o el valle medio del Guadalquivir. Yacimientos como Alange, en Badajoz, los complejos del Bronce del Sudoeste portugués, poblados como los que se excavan en la actualidad en la zona oriental de la Meseta, o el Llanete del los Moros, en Montoro, Córdoba, parecen así avalarlo. Este hecho es fundamental a pesar de que los argumentos arqueológicos son aún escasos para argumentar con solidez el carácter repoblador de estas gentes de la periferia geográfica sobre el valle bajo del Guadalquivir, pero también es cierto que cada día disponemos de más indicios para que esto fuera así. Uno de los elementos principales para asentar esta hipótesis deriva del estudio de las estelas de guerrero del Suroeste, monumentos que a pesar de aparecer en su inmensa mayoría fuera de contexto arqueológico, son fundamentales para entender el cambio que se produce entre el Bronce Final, cuando comienzan a generalizarse, y la I Edad del Hierro, cuando consiguen su máximo desarrollo simbólico y cuando podemos denominarlas sin complejos como tartésicas, tanto por el momento cronológico en el que se ubican como por el ámbito geográfico que alcanzan.

Las estelas del suroeste o tartésicas

Uno de los temas más recurrentes de la prehistoria peninsular ha sido, y sin duda sigue siendo, el de las estelas decoradas del suroeste, debido a varios factores; en primer lugar, porque al haber aparecido descontextualizadas han generado un buen

número de interpretaciones sobre su funcionalidad; pero también porque los objetos de adorno personal y de prestigio social representados en los soportes han servido en algunos casos para justificar rutas de comercio entre el Mediterráneo y el Atlántico antes de la colonización fenicia, abriéndose al mismo tiempo una discusión sobre el origen y la cronología de esos objetos foráneos; y, por último, porque los personajes representados, junto con los tesoros del Bronce Final, son en la práctica el único argumento que permite elaborar un ensayo sobre la organización social de estos pueblos previo a la consolidación del período Orientalizante. Pero tras más de un siglo de trabajos sobre las estelas, aún seguimos sin despejar un buen número de incógnitas que han obligado a abrir nuevas vías de investigación para intentar solucionarlas. Ha sido por todas estas causas, así como por su fuerte valor ideológico, por lo que estos monumentos se han convertido en uno de los temas más estudiados de la protohistoria europea prácticamente desde la aparición de los primeros ejemplares. Según qué autores, los elementos que las decoran pueden tener un origen centroeuropeo, mediterráneo o atlántico; y dentro de los que defienden una procedencia mediterránea, hay quienes abogan por que ésta se haya producido a través de los circuitos centromediterráneos abiertos a partir del Bronce Final, quienes defienden una raíz egea y, por último, quienes sostienen que proceden de los primeros contactos precoloniales fenicios. Todas estas hipótesis, que se completan con las diferentes propuestas cronológicas para el comienzo y el final del fenómeno de las estelas, dan una idea de la enorme complejidad de su estudio, razón principal por la que aún sigue estando vigente su análisis. Por ello, creemos que un nuevo estudio de las estelas debe tender a profundizar sobre el enfoque social y económico que representan. Un problema también difícil de abordar, aunque imprescindible, es el del análisis de los

territorios donde aparecen estos monumentos, en ocasiones muy restringidos a un espacio concreto e independientes de otros donde también se localizan, lo que podría mostrar no sólo variables de carácter social y cronológico, sino ambas a la vez. Si partimos de la base de que el paisaje es un producto de la vida social de sus habitantes, el problema en este caso es que apenas conocemos las relaciones de estos monumentos con sus hábitats y, por lo tanto, ignoramos la actividad humana que desempeñaron, que sólo podemos intuir a través del estudio de los medios disponibles en su entorno inmediato. El objetivo final debería tener como meta establecer los límites políticos de este fenómeno y su interrelación con los otros espacios donde se produce el mismo fenómeno. Estos presupuestos podrían ser viables si nos halláramos ante sociedades de base agrícola o industrial, pero se antojan más complicadas si nos estamos enfrentando, como parece, con sociedades de base ganadera y claramente jerarquizadas.

El hallazgo de estelas no ha dejado de ser un goteo constante desde la aparición del primer ejemplar de Solana de Cabañas publicado en 1898 por Roso de Luna, sobrepasando con creces el centenar de ejemplares al día de hoy. A partir de los años 50 del pasado siglo, ya con un número significativo de monumentos descubiertos, comenzaron a publicarse los primeros tratados recopilatorios donde se iban configurando las primeras hipótesis sobre el significado de estos monumentos, muy centrados en la cuestión cronológica y en las analogías de los objetos representados; en este sentido los trabajos de Mac White, Fernández Oxea y Almagro Basch son los más destacados. En los años 70 aparece otra serie de estudios sobre las estelas donde, sin abandonar las líneas de investigación anteriores, se introduce una nueva vía que se ocupa del protagonismo social de los guerreros representados, además de elaborarse las primeras tipologías de los objetos grabados,

destacando así los trabajos de Valera Gomes y Pinho Monteiro, Almagro-Gorbea y Bendala Galán, todos editados en el año 1977. A partir de este momento se produce una gran cantidad de hallazgos que desembocarán en nuevas síntesis que, además de incorporar los nuevos monumentos, centran la estrategia del estudio de este fenómeno en su distribución geográfica y territorial, además de indagar en las relaciones sociales y económicas con otros grupos. Destaca en este sentido el trabajo de J. A. Barceló en el monográfico de Tarteso coordinado por M.ª E. Aubet; para Barceló, estos caudillos guerreros representados en las estelas tienen su origen en el sustrato indígena del Megalitismo extremeño, desarrollando su poder guerrero gracias a la explotación estannífera del norte de Cáceres, donde comenzaría la primera expresión de las estelas, para extenderse por el Guadiana gracias a la interacción con la sociedad tartésica; las estelas de esta zona y las que aparecen en el Guadalquivir significarían el final de un fenómeno que coincidiría, en las postrimerías del siglo IX, con el inicio de la colonización fenicia. Otro trabajo de gran importancia es el que publica E. Galán en el Extra 3 de *Complutum*, donde plantea un novedoso modelo de análisis de las estelas basado en la localización exacta de los monumentos para relacionarlos con el medio ambiente y el paisaje que los rodea; para él, las estelas «son mensajes de un código de prestigio social claramente vinculado a elites cuyo esquema de pensamiento parece más ligado a lo que entendemos como «atlántico» y sólo representan la esfera superior de las relaciones de intercambio, en las que se establece la lógica de la relación entre las estelas de guerrero y las diademadas»; en el discurso principal de su análisis trata de demostrar la funcionalidad de las estelas como marcadores territoriales, si bien carece de cualquier comprobación empírica de su hipótesis, como él mismo reconoce. Sería prolijo enumerar aquí los numerosos estudios realizados sobre las estelas en los

últimos años, el más reciente de los cuales, con una actualización de los monumentos hasta ese momento conocidos, ha sido publicado en 2004 por R. J. Harrison, si bien no aporta ninguna nueva hipótesis para abordar el problema desde otra perspectiva que no haya sido ya analizada.

En estos últimos años, coincidiendo con el nuevo siglo, se ha producido un nuevo impulso en el estudio de las estelas debido fundamentalmente a la concentración de hallazgos en un corto espacio de tiempo, lo que ha dado pie a avanzar algo más en su interpretación. Así, los trabajos publicados no son desdeñables ni en número ni en propuestas interpretativas. Estas nuevas aportaciones suponen el 12 % del total de las estelas documentadas hasta ese momento; cabe destacar por su enorme interés los diez nuevos ejemplares procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real publicados por Murillo, Morena y Ruiz Lara en un artículo en el número 4 de la revista *Romula* del año 2005; otras cuatro estelas de excelente calidad, hasta ese momento inéditas, figuran en el reciente catálogo del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz procedentes de la zona nuclear de las estelas, es decir, el valle del Zújar. Las más recientes aportaciones, con un método de trabajo novedoso para su estudio territorial, proceden de la sierra norte de la provincia de Sevilla, concretamente de Almadén de la Plata, publicadas en *Trabajos de Prehistoria* de 2006. En total, 120 estelas repartidas en diferentes áreas geográficas que, por otra parte, cada día parecen configurarse mejor territorialmente.

El de las estelas es un fenómeno muy dilatado en el tiempo y cuyas raíces se hunden en los comienzos del Bronce Final, si no antes, por lo que aquí sólo interesa detenernos en los últimos momentos de su de sarrollo, que coinciden con la formación de Tarteso, para desaparecer en pleno Período Orientalizante, en torno al siglo VII a.C. Lo que nadie pone en duda es el autoctonismo del fenómeno, que hunde sus raíces,

probablemente, en las estelas antropomorfas del Bronce Medio, por lo que la discusión se ha centrado en el origen de las armas y objetos de adorno y prestigio representados en las estelas que sirven para seguir la evolución cronológica e iconográfica de las estelas. En realidad, debe ríamos hablar de dos grupos bien diferenciados, las losas y las estelas del suroeste. Las primeras se circunscriben a la Beira portuguesa y al valle del Tajo y se caracterizan por la presencia, invariable, de un escudo, una lanza y una espada representados en el centro de la losa y siempre con la misma disposición, es decir, el escudo, con la clásica escotadura en forma de «V», centrando la composición, mientras que la lanza y la espada se disponen en horizontal sobre y bajo el escudo, respectivamente. La losa representaría, por lo tanto, el cuerpo del guerrero, mientras que las armas se dispondrían en su posición natural. Los soportes reservan el mismo espacio sin decorar en la zona superior e inferior, tienen forma rectangular y miden una media de 1,70 m de largo aproximadamente, por lo que parece lógico que estuvieran destinadas a tapar cistas de inhumación; son las denominadas «estelas básicas» que se encuadran en el Bronce Final. Con el paso del tiempo el fenómeno se extiende lentamente hacia el valle del Guadiana, incorporando paulatinamente objetos de prestigio y armas de evidente origen atlántico, como las espadas de «lengua de carpa» o los casos cónicos de cimera. Pero a medida que estas losas se van extendiendo hacia el sur, comienzan a incorporar nuevos elementos de prestigio de clara raigambre mediterránea, caso de los carros, los espejos, los peines de marfil o las fíbulas, que sin embargo no alteran ni el sistema compositivo original ni el soporte; se trataría, por lo tanto, de una fase cronológica previa a la colonización fenicia en la cual comienzan a introducirse algunos elementos de prestigio que no parece que alteren el sistema social preestablecido.

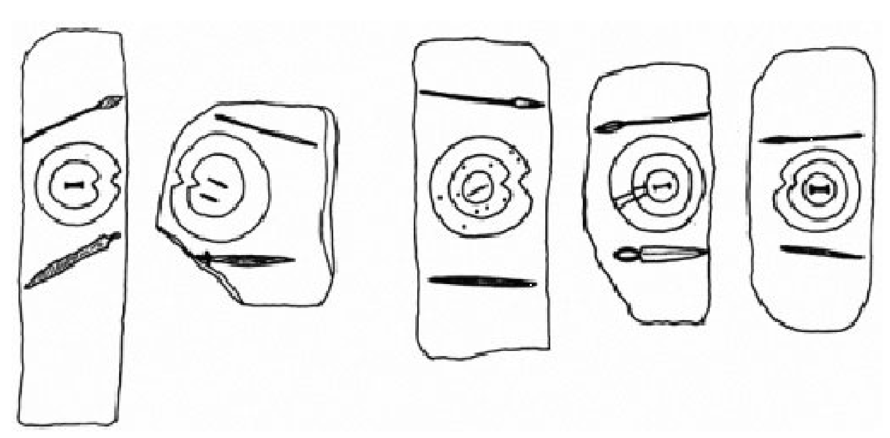


FIG. 25. *Estelas básicas de la Zona I o Valle del Tajo.*

Las estelas aparecen, pues, agrupadas en diferentes zonas geográficas que, *grosso modo*, podríamos resumir en cinco: sierra de Gata, valle del Tajo/sierra de Montánchez, velles de los ríos Guadiana y Zújar, valle del Guadalquivir y sur de Portugal. A estas zonas habría que añadir el sureste francés, donde cada día se va conformando un grupo de estelas más numeroso. Salvo las escasas estelas que aparecen junto a los ríos Guadiana y Guadalquivir, la inmensa mayoría de los monumentos han sido hallados en zonas montañosas y agrestes muy propicias para la explotación ganadera. En este sentido, hay que destacar que más del 50 % de las estelas han aparecido en el entorno del valle del Zújar/Guadiana, un territorio escabroso y no apto para la agricultura, carente de cualquier interés minero y, sin embargo, con unos pastos de gran calidad por sus ricos nutrientes, por lo que aún hoy vive de la ganadería extensiva. Las estelas más complejas y que a su vez incorporan los elementos más modernos son precisamente las documentadas en el valle del Zújar y en el del Guadalquivir, dibujándose así una ruta de penetración de las estelas y, por consiguiente, de los pueblos representados en ellas, hacia el sur peninsular. Por lo tanto, se podría deducir de la zonificación de las estelas que hay un movimiento lento pero constante en el tiempo desde las zonas más septentrionales del cuadrante suroccidental de la península

hacia el foco tartésico que comienza a configurarse antes de la colonización fenicia. Tal vez serían precisamente los personajes representados en las estelas los que tendrían la capacidad de aportar la mano obra necesaria para desarrollar el momento de máxima expansión económica del sur, de ahí la cada vez mayor cercanía de estos monumentos al núcleo tartésico.

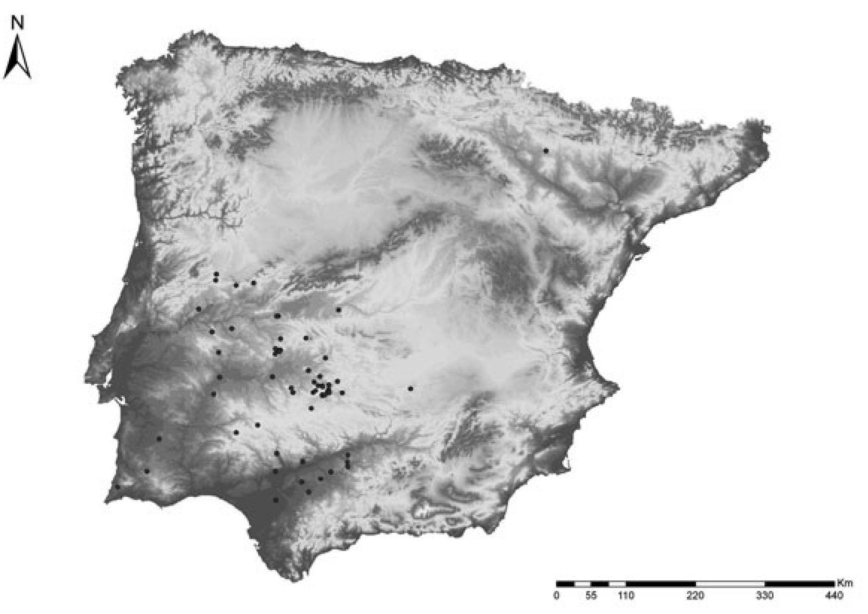
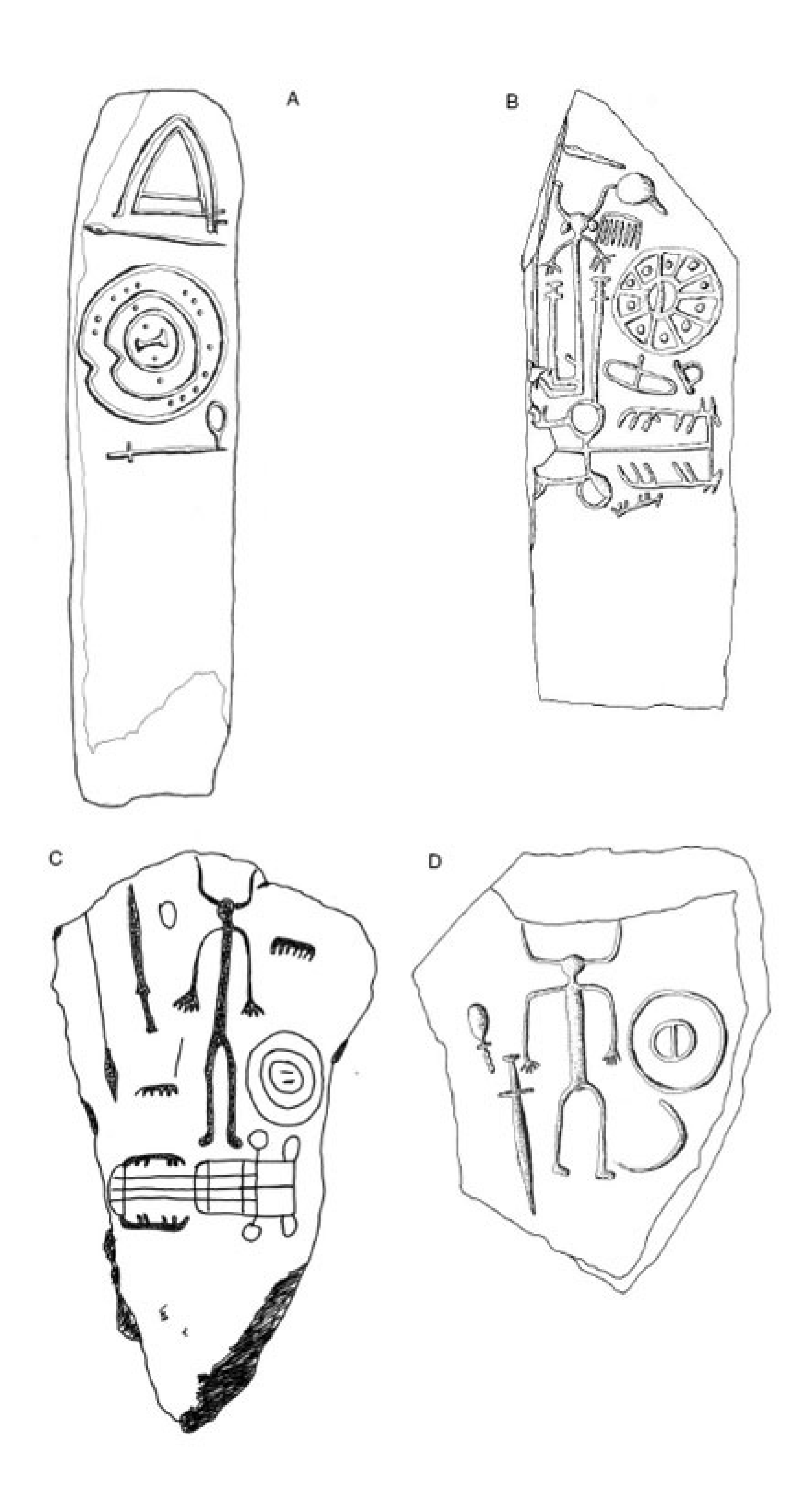
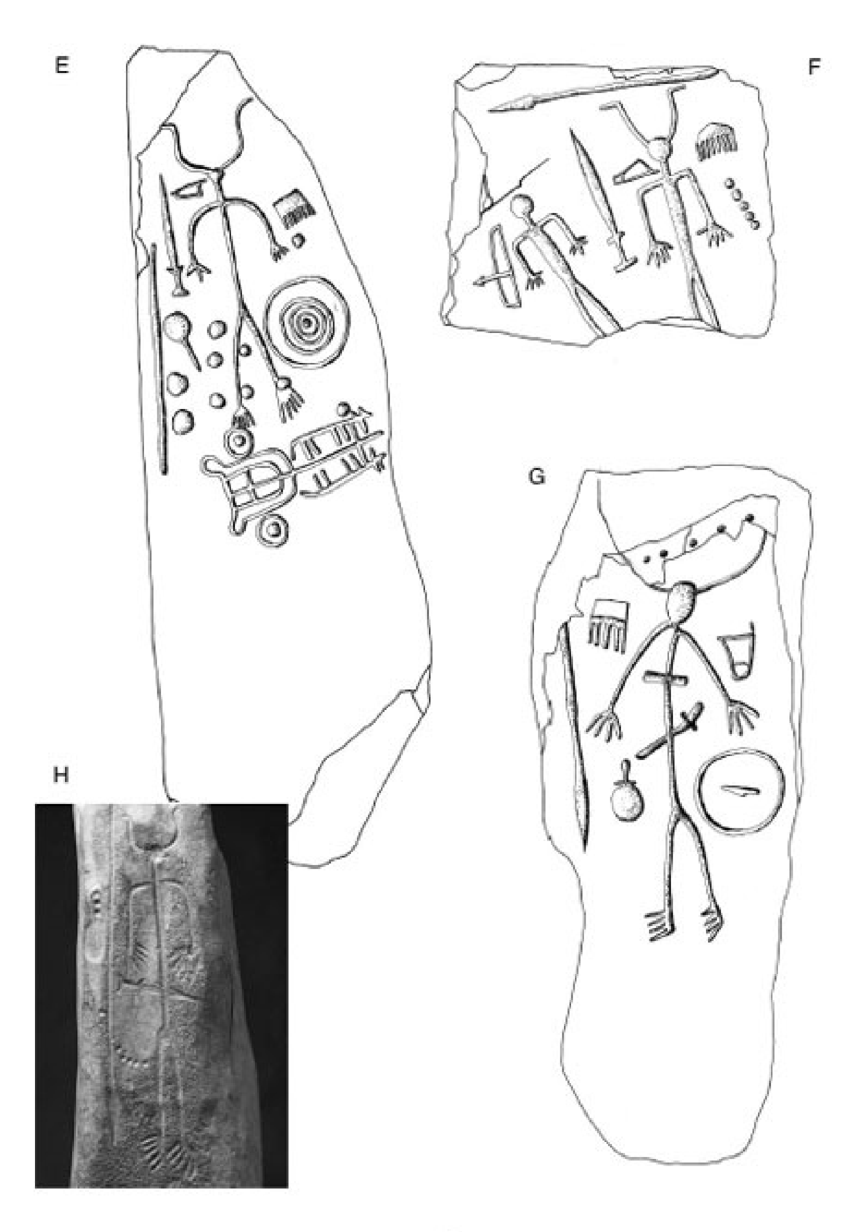


FIG. 26. *Mapa de dispersión de las estelas del suroeste*.

Podemos hablar realmente de estelas cuando en el entorno de los valles del Guadiana y del Guadalquivir hacen acto de presencia soportes de menor tamaño que además reservan sin decorar y de forma apuntada la parte inferior para ir hincados en el suelo y facilitar así su posición vertical. Este hecho coincide además, y significativamente, con la introducción del antropomorfo en la composición iconográfica en detrimento del escudo, la lanza o la espada, que pasan a formar parte de su ajuar personal junto a un mayor número de objetos de prestigio, la mayor parte de ellos, además, de origen mediterráneo, caso de los carros de dos ruedas, los instrumentos musicales como las liras, los calcofones o los crótalos, las fíbulas de codo o los cascos

de cuernos, que sustituyen definitivamente a los antiguos cascos cónicos de origen atlántico. Poco a poco la composición de las estelas cambia precisamente por el protagonismo que ejerce el guerrero en la escena, representándose los diferentes elementos también en su posición natural con respecto a éste: las espadas al cinto, los escudos junto a la mano izquierda, el casco sobre la cabeza, el carro a sus pies, la fíbula a la altura del pecho o los peines junto a la cabeza. Este sustancial cambio, tanto en la forma de las estelas como en la rica decoración introducida, con el guerrero rodeado de sus armas y principales objetos de prestigio social, seguramente estuvo acompañado por la introducción de la incineración, el nuevo ritual de enterramiento ya extendido por todo el Mediterráneo en esta época y que debió implantarse primero entre los personajes más destacados, conviviendo durante alguna generación con el rito de la inhumación.


A
B
C
D



E
F
G
H
I
II
III
IV

FIG. 27. *Estelas de guerrero con casco. a) Casco de cimera de la Zona II (Santa Ana de Trujillo, (Cáceres). Cascos de cuernos de las Zonas III y IV Guadiana/ Guadalquivir: b) El Viso I; c) Écija V; d) Écija II; e) Fuentedecantos; f) Alamillo; g) Esparragosa de Lares; h) Magacela; i) Tipología de los casos de los guerreros de las estelas por zonas geográficas.*

Los elementos exógenos de las estelas se han justificado casi siempre gracias a los primeros contactos de comerciantes de origen mediterráneo con la península antes de que se formalizase la colonización, lo que se ha venido denominando, como ya hemos visto, «precolonización». En realidad esto tampoco justificaría la presencia de estelas en el interior y su total ausencia en el denominado núcleo tartésico, lugar donde se deberían haber recibido esos primeros objetos de prestigio. Amén de las estelas, debemos tener en cuenta que los elementos más suntuosos y de mayor antigüedad de procedencia mediterránea se han encontrado en el interior de Portugal, concretamente en la Beira, donde también hay un número importante de estelas, lo que abre nuevas posibilidades interpretativas al hilo de lo que ya han propuesto otros investigadores como Guilaine y Rancoule, quienes plantean la activación de una ruta que pudo haber conectado en su momento el Mediterráneo oriental con la península italiana a través del Languedoc-Rosellón, para luego internarse por el interior la península hasta llegar a los lugares de aprovisionamiento del sur, hipótesis que no puede descartarse, no ya porque justifique la dispersión de las estelas francesas, las recientemente halladas en Italia o la zaragozana de Luna, sino porque abriría una vía para el comercio griego que se consolidaría más tarde con la fundación de Masalia y Emporion. Deberíamos contemplar la posibilidad, por lo tanto, de que existieran dos espacios peninsulares independientes durante estas últimas fases del Bronce Final, como también parecen demostrar algunos objetos de alto significado arqueológico, caso de las fíbulas o los espejos, es decir, que en la península ibérica se estuvieran desarrollando a la vez e independientemente dos

espacios de comercio o de contacto con el Mediterráneo antes de la colonización fenicia y griega; el primero a través del Estrecho de Gibraltar hasta remontar la costa atlántica, y el segundo desde la costa ligur y el Languedoc hacia el valle del Ebro. Si fuera así, podríamos entender mejor el futuro reparto de papeles en la colonización histórica de sendas culturas en la península ibérica.

Hay dos objetos que pueden avalar esa hipótesis; los espejos, que aparecen ya representados en las estelas básicas y que ofrecen una evidente analogía formal con los hallados en el depósito balear de Lloseta, recientemente datado en época pretalayótica, en pleno Bronce Final; y las fíbulas de codo, documentadas en la Ría de Huelva y en el conjunto funerario de Roça do Casal do Meio. Sin embargo, un significativo número de estas fíbulas se encuentra disperso por buena parte de la Meseta norte, donde destaca especialmente la asociada a una triple inhumación en la necrópolis de la Rinconada, en San Román de la Hornija (Valladolid), de origen siciliano según Fernández Miranda y fechada entre los siglos X y IX en función del resto de los materiales exhumados, en consonancia, pues, con las del depósito de la ría de Huelva y con las documentadas en sureste peninsular.

Pero la mayor parte de los objetos grabados en las estelas es mucho más difícil de evaluar cronológicamente; el caso de las espadas es quizás el más significativo, pues amparándose en su alto esquematismo, y aunque algunas de las representadas en las estelas básicas pertenecen claramente al tipo de «lengua de carpa», fechadas entre los siglos XI y IX a.C., han servido no sólo para adscribirlas a un tipo concreto, sino incluso para justificar la mayor antigüedad o modernidad de las estelas. Los carros, por su protagonismo, diseño y simbolismo, también han sido un tema recurrente a la hora de emitir una cronología sobre las estelas; sería prolijo enumerar aquí todos los remotos lugares

propuestos para su origen, pero lo que es importante señalar es que el carro aparece muy temprano, en las estelas básicas, antes por lo tanto que la figura del guerrero y coetáneo a los espejos y a las fíbulas, por lo que procedería del mismo ámbito comercial. Por último, las liras de las estelas, en función del número de cuerdas que posee la representada en la estela de Luna, también han sido objeto de estudio para intentar concretar su origen y cronología. En conclusión, podemos deducir de todos estos estudios pormenorizados de los objetos representados en las estelas del suroeste que cualquiera de ellos puede adscribirse sin demasiadas dificultades al ámbito cultural que más nos interese, pues espadas, lanzas, espejos, peines, instrumentos musicales o carros aparecen en todas las culturas mediterráneas entre el II y el I Milenio, y el alto esquematismo de los objetos grabados en las estelas nos permite desarrollar cualquier tipo de aproximación.

El objeto más significativo de los representados en las estelas es, sin duda alguna, el escudo con escotadura en «V», el más antiguo y persistente de los elementos representados a pesar de que vaya perdiendo paulatinamente su importancia simbólica y decorativa a medida que las escenas se van haciendo más complejas. Curiosamente, no se ha podido documentar arqueológicamente en la península, aunque sí hay una significativa representación de ellos, tanto en bronce como en madera y cuero, en otras partes de Europa. El escudo se ha convertido en uno de los ejes del estudio de las estelas gracias también al tamaño en el que fueron grabados, al minucioso detalle con el que aparecen diseñados y a su protagonismo escénico. Si la inmensa mayoría de los investigadores proponen su procedencia mediterránea, atlántica o centroeuropea, nosotros hemos defendido su claro autoctonismo, entre otras cosas porque ninguno de los escudos hallados fuera de nuestra península remonta, siendo generosos, el siglo VIII a.C., una fecha

a todas luces demasiado moderna para los escudos grabados en las estelas básicas, donde mejor se representan. Los escudos de cuero y madera con escotadura en V hallados en las turberas irlandesas, prácticamente idénticos a los que aparecen en las estelas peninsulares, fueron fechados por Eogan en la denominada Fase Dowris del Bronce Final irlandés, que comienza en el siglo VIII. Los escudos del norte y centro de Europa fueron construidos en bronce, característica que los aleja de los escudos peninsulares e irlandeses, pero además presentan una escotadura interna en forma de «U» y sus tamaños difieren sensiblemente de los que aquí nos interesan. El origen mediterráneo es el que ha tenido mayor eco entre los investigadores, pero los escudos escotados no se conocen en el Próximo Oriente, aunque sí en Chipre y en el ámbito geográfico griego; sin embargo, como ya se aludió en un capítulo anterior, estos escudos proceden de entornos cultuales claros, como la cueva de Zeus en el monte Ida de Creta, el Idalion o la necrópolis de Paleopaphos en Chipre o del Heraion de Samos, donde se recuperaron una serie de exvotos de arcilla bajo el Altar V que imitan perfectamente a los escudos de las estelas peninsulares. Todos estos hallazgos están muy bien datados por su contexto arqueológico entre el final del siglo VIII y los comienzos del VII, coincidiendo pues con la colonización griega de la península ibérica. Parece obvio, pues, que los escudos representados en las estelas no sólo serían más antiguos que los mediterráneos y europeos continentales, sino que por la persistencia de su diseño —que sólo se abandona al final del fenómeno en algunas de las estelas de los valles del Zújar y del Guadalquivir—, como ya apuntó M. Bendala, podrían representar un signo de identidad entre las comunidades del interior. La mayor antigüedad de las estelas con respecto a los

escudos hallados en Irlanda, abre la discusión sobre el origen de la orfebrería del Bronce Final adjudicada sin discusión al círculo atlántico.

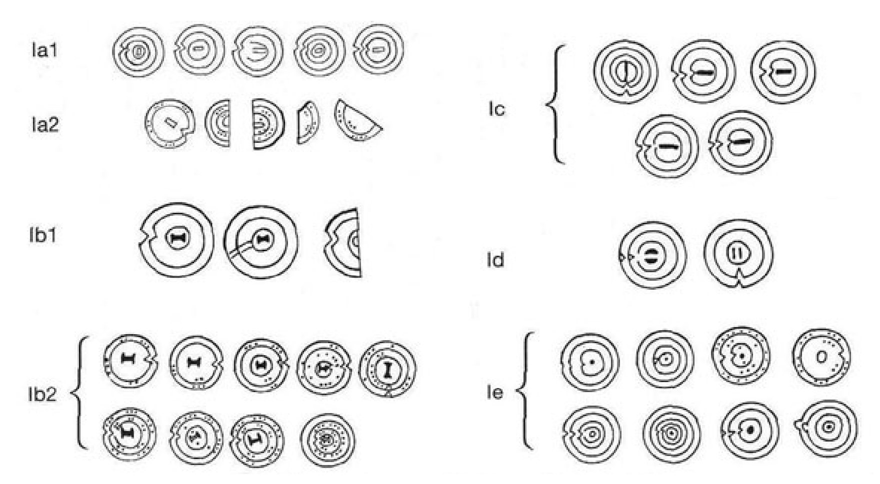


FIG. 28. *Tipología de los escudos con escotadura en «V» de las estelas del suroeste.*

Hay otros elementos que tienen un especial significado porque sólo aparecen en las estelas más meridionales y complejas, caso de las series de cazoletas, casi siempre en número de cinco, que acompañan al antropomorfo y que podrían interpretarse como los primeros sistemas ponderales documentados en la península; hipótesis que se ha visto reforzada últimamente por los hallazgos de un sistema completo formando parte del tesoro portugués de Beilzao, publicado en 2005 por Vilaça y Lopes, y sobre todo por el recuperado en la calle Méndez Núñez de la ciudad de Huelva, pertenecientes al sistema chipriota, aunque también se han documentado en el área sirio-palestina. Mayor significado tiene el casco de cuernos, igualmente presente en las estelas más meridionales, sustituyendo así a los de cimera que se graban en las zonas del valle del Tajo. Los cascos se adornan con unos cuernos desmesurados que podrían estar simbolizando la heroización del personaje representado, e incluso alguna deidad guerrera, como ha defendido A. Tejera en un reciente artículo de 2007 en la

revista *Spal*. Estos elementos son ya contemporáneos a la colonización, pues como se ha dicho, el fenómeno de las estelas no parece extinguirse hasta bien entrado el Período Orientalizante, por lo que no se puede descartar que los personajes estén mostrando atributos y símbolos de origen foráneo, aunque sin abandonar en ningún caso, aunque sí reorientando, su tradición indígena; es una clara manifestación de la interacción entre sendas culturas.

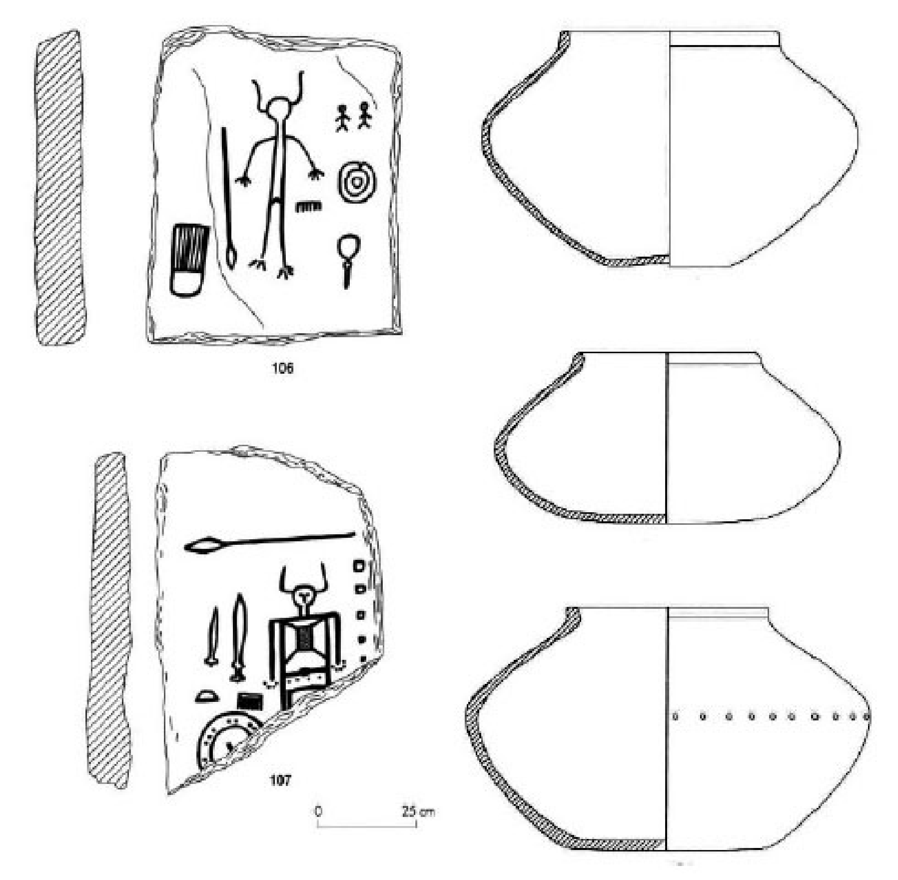


FIG. 29. A) *Estelas I y II del Cortijo de la Reina.* B) *Urnas bicónicas halladas bajo la estela del Cortijo de la Reina I. (Según Murillo, Morena y Ruiz Lara. 2005.)*

Como se apuntaba en un principio, tal vez el tema más espinoso de las estelas es el de su funcionalidad; para unos señalarían tumbas; para otros, lo que se graba en los soportes no

es el ajuar del guerrero, sino su panoplia de combate con algunos elementos de adorno, por lo que interpretan las estelas como cenotafios; también hay quienes las interpretan, sin eludir su sentido funerario, como marcadores de rutas y territorios; pero la inmensa mayoría pasa de puntillas por tan espinosa cuestión. Aunque hay leves indicios sobre posibles enterramientos bajo alguno de estos monumentos, caso de las estelas de Granja Céspedes, Solana de Cabañas o la francesa de Buoux I, en Vaucluse, donde en sus inmediaciones se halló un vaso funerario con los huesos de un individuo en su interior, el dato más relevante nos ha llegado recientemente de la mano de Murillo, Morena y Ruiz Lara, quienes en el artículo ya aludido anteriormente describen las circunstancias del hallazgo de las dos estelas procedentes del Cortijo de la Reina, encontradas a tan sólo 6 metros de distancia una de otra y a unos 0,80 metros de profundidad. Según esa descripción, una vez levantada la primera de las estelas, los operarios de la empresa de construcción que la descubrieron se dieron cuenta de que bajo el espacio dejado por el monumento «había una tierra cenicienta que contrastaba notablemente con la habitual de la zona, lo que les llevó a profundizar en ella y a localizar tres recipientes cerámicos rellenos, al parecer, con la misma tierra»; rodeando los vasos cerámicos hallaron una gran cantidad de huesos quemados, algunos de gran tamaño, que desgraciadamente no se han conservado. Tras el minucioso análisis de las vasijas, éstas responden a un modelo característico que los autores denominan Tipo B2 del Bronce Final Precolonial del valle del Guadalquivir, análogas pues a las urnas exhumadas en la necrópolis de Setefilla y en otras necrópolis andaluzas contemporáneas. No obstante, estas urnas se fechan en torno al siglo VIII y, además, perduran bastante en el tiempo, llegando a documentarse en algunos lugares en el siglo VI a.C. Sin duda nos hallamos ante una información de sumo interés que debe

animarnos a profundizar en los trabajos de prospección intensiva en el entorno de las estelas descubiertas, pues como se ha demostrado en el análisis microespacial llevado a cabo en las inmediaciones de la aludida estela de Almadén de la Plata, publicada por García Sanjuán y sus colaboradores, se pueden extraer datos de sumo interés que han pasado desapercibidos en otros hallazgos por la falta de un análisis exhaustivo del territorio circundante.

El carácter guerrero de estas estelas es constante durante todo el proceso del fenómeno; sin embargo, es patente el mayor significado que van adquiriendo paulatinamente los objetos de prestigio en detrimento de las armas; es precisamente en estos momentos cuando aparecen escenas de cierta complejidad ritual como las que se representan en estelas como las de Ategua o Zarza Capilla III, y, lo más interesante, cuando hacen acto de presencia de forma significativa las estelas femeninas o diademadas, representaciones que se circunscriben una vez más, salvo la excepción de Torrejón el Rubio, al área del Zújar y del Guadalquivir. Las estelas diademadas, así denominadas por lucir un enorme tocado semicircular sobre la cabeza, pertenecen a un tipo muy homogéneo que aboga por su contemporaneidad; sin embargo, es evidente que son una derivación iconográfica de los guijarros-estelas de pequeño tamaño del Bronce Medio e inicios del Bronce Final. Lo que parece evidente es la importancia de este atributo que, aunque no se ha atestiguado arqueológicamente durante las fases del Bronce, sí es de enorme importancia en el Período Orientalizante, donde uno de los elementos más característicos de los tesoros áureos es precisamente la diadema, un tipo muy singular ausente en otros ámbitos mediterráneos. Por lo tanto, el reforzamiento del poder guerrero de los hombres no parece mermar el significativo papel social que debió desempeñar la mujer en este amplio espacio cronológico. Durante mucho tiempo se puso en duda la

sincronía de estas estelas con las de guerrero, pero la interpretación primero de la estela del Viso III, donde dos guerreros armados con escudo y lanza flanquean a una figura diademada, y el hallazgo de la estela de Almadén de la Plata después, donde se representaron dos antropomorfos a la misma escala, uno con casco de cuernos y los atributos guerreros y otro tocado con la diadema, ha apagado definitivamente las críticas a esa hipótesis. Parece, por lo tanto, que la importancia social de la mujer es patente en estas comunidades del interior y, a tenor de las tumbas femeninas localizadas, parece que ese estatus se debió mantener hasta el final de la I Edad del Hierro.

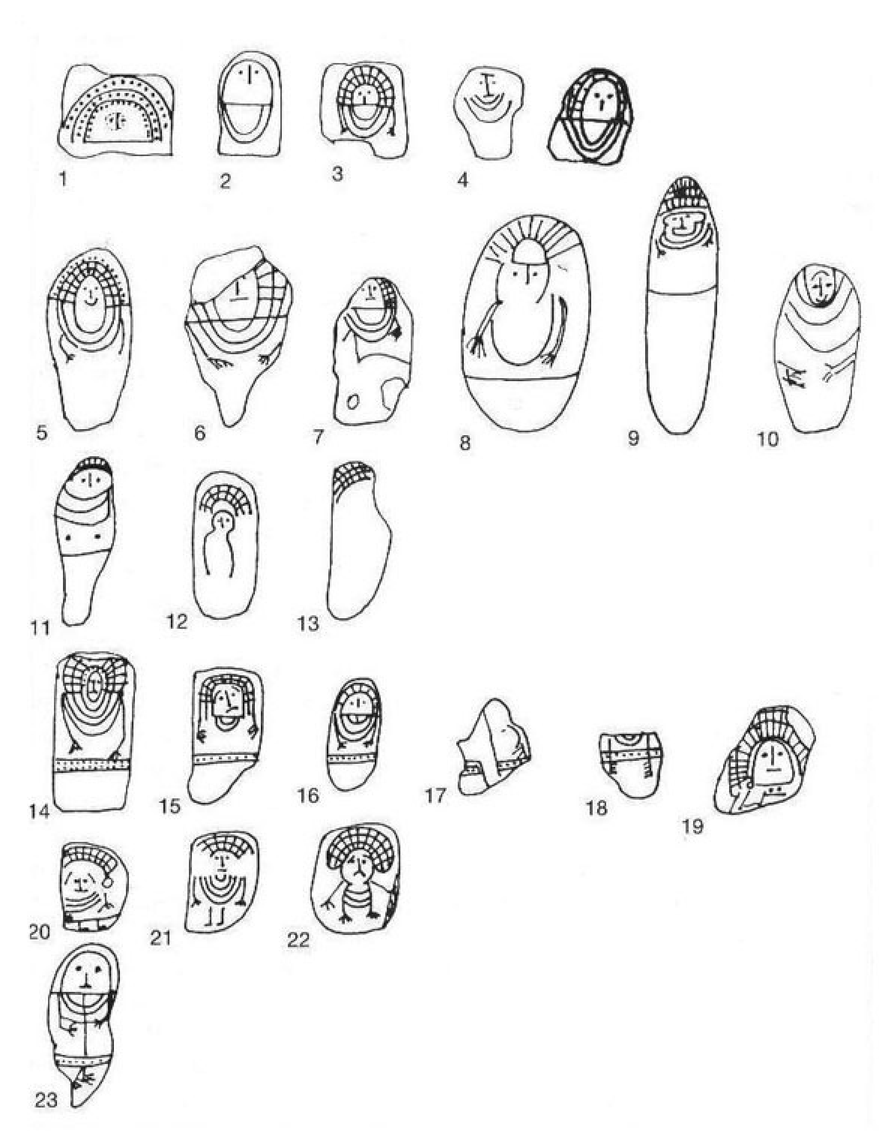


FIG. 30. *Estelas-guijarro y estelas diademadas del suroeste.*

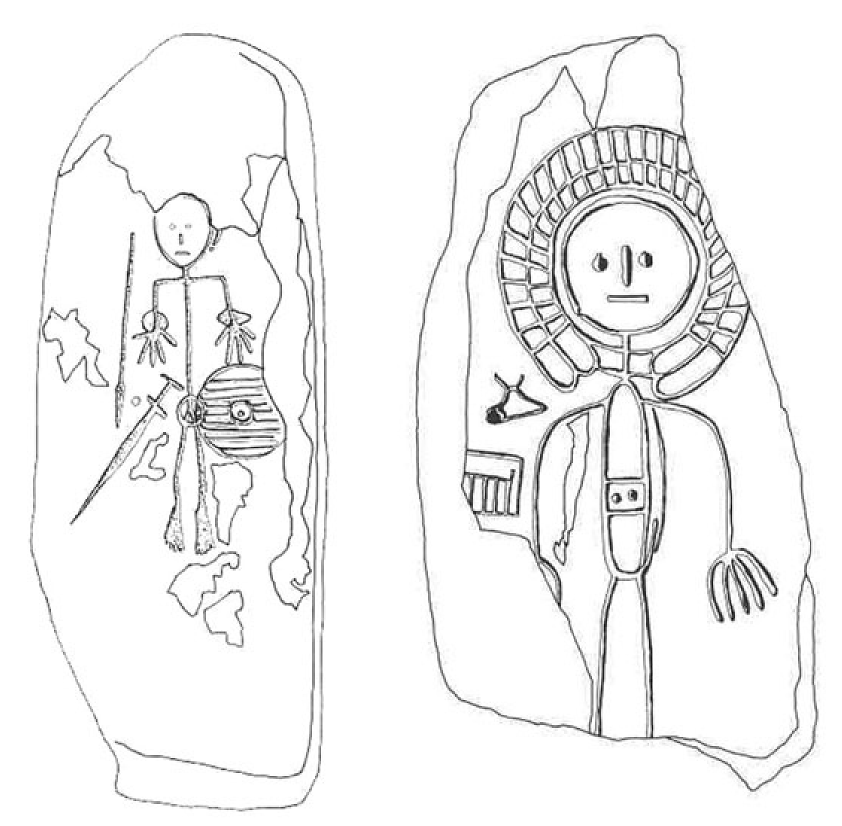


FIG. 31. *Estela de guerrero y estela diademada de Torrejón El Rubio (Cáceres).*

Escudos con escotadura y diademadas, amén de las propias estelas, son los símbolos que podemos considerar autóctonos dentro de estos cada vez más numerosos monumentos, independientemente de dónde tengan su origen remoto; son símbolos cuya función sería identificar a un grupo o a una comunidad unida por lazos sociales y que comparten un territorio amplio a tenor de su dispersión; tal vez comparten una propiedad comunal bajo un control jerárquico de la producción y su uso, aunque aún estamos lejos de saber cuáles eran esos medios de producción, pues ni se han detectado explotaciones mineras en los diferentes entornos geográficos donde aparecen, ni puede desarrollarse una agricultura mínimamente extensiva en la comarca de la Siberia extremeña y los Pedroches de Córdoba, zonas donde se han recogido casi la mitad de estos

monumentos y donde, por el momento, sólo el excelente pasto existente parece justificar su presencia. Por otro lado, la estructura social que emana de una comunidad campesina es muy limitada, endogámica y conservadora; mientras que un sistema basado en la explotación ganadera, y por lo tanto compuesto por gentes viajeras y en general más abiertas a los impulsos externos, tienen una mayor capacidad de absorber otros hechos culturales y de transmitirlos entre los suyos. En definitiva, estos personajes con atuendos guerreros que comparten socialmente la representatividad con la mujer, destacarían en la comunidad que representarían no sólo por ser quienes recibirían los primeros objetos exóticos o porque asumirían las nuevas tecnologías procedentes del Mediterráneo, sino porque también asimilarían y expandirían posteriormente el nuevo ritual funerario y religioso, sin abandonar en ningún caso sus raíces, conviviendo durante un considerable espacio de tiempo con la tradición atlántica anterior. De este modo, las estelas se convertirían en el único elemento de estudio entre la fase precolonial y la colonial, ya detectado a través de los posibles desplazamientos de gentes hacia el foco tartésico, ahora ávido de mano de obra para explotar los nuevos recursos que afectaban al interés de los colonizadores.

VI. Un paisaje para Tarteso

El objetivo principal del estudio sobre la cultura tartésica debería estar orientado a saber cómo sus pobladores estructuraron su vida económica e ideológicamente, y cómo esta organización se reflejó en el paisaje que ocuparon. Algunos investigadores han concebido el espacio con un concepto capitalista basado sólo en el análisis del territorio explotado por sus pobladores, con un criterio exclusivamente funcionalista que no da respuesta a las numerosas preguntas que plantea una cultura. Por ello, es necesario adentrarnos en las numerosas variantes del territorio tartésico para así configurar y entender tanto su evolución económica como su transformación sociológica y cultural. Según los presupuestos del materialismo histórico, el cambio y el desarrollo de una sociedad se produce a raíz de factores de carácter tecnológico, fundamentalmente en el modo de producción; y no cabe duda de que estos presupuestos son válidos; el problema es cuando la investigación se reduce sólo a este análisis, sin tener en cuenta otros factores coyunturales que también pueden contribuir a modificar un sistema social, ya sea medioambiental, ideológico o fruto de la propia inestabilidad social. También se ha abusado en los estudios territoriales del análisis pormenorizado de la potencialidad económica del paisaje ocupado, cuando a veces no se detecta ninguna transformación del mismo a causa de su presunta explotación; como es lógico, una cosa es que el espacio presente recursos susceptibles de ser explotados y otra muy diferente es que se haya llevado a cabo. Por ello, parece que no deberíamos descartar una visión positivista del problema, pues sólo a través del análisis detallado de los restos arqueológicos podremos establecer las premisas necesarias para encarar tan complejo problema. Por consiguiente, sin la comprensión del territorio y de las numerosas variables que nos ofrece, difícilmente podremos comprender la sociedad que lo ocupa;

para ello debemos estudiar su espacio productivo, pero comprobando tanto si éste fue realmente explotado como si los probables cambios físicos han podido alterar su comprensión actual.

El arma más eficiente para desarrollar estos análisis del territorio ha sido la prospección arqueológica, que ha cobrado un inusitado interés en los últimos años por la eficiente respuesta que nos puede ofrecer a los problemas planteados. Gracias a estos estudios, en los últimos años ha cambiado sensiblemente el concepto de Tarteso, estancado durante años por la falta de respuestas que en exclusiva ofrecen los materiales arqueológicos, por muy espectaculares que estos sean. Además, los estudios del paisaje conllevan un análisis diacrónico, es decir, son una realidad dinámica en transformación, lo que está favoreciendo la comprensión de los cambios sociales que se pudieron producir en el espacio de tiempo que nos interesa estudiar; de esta manera, ahora disponemos de una mayor capacidad para entender la evolución de las comunidades que habitaron el núcleo tartésico desde el Bronce Final hasta la conclusión del proceso de colonización. En este aspecto somos deudores de los trabajos que desde la denominada Arqueología Espacial se vienen desarrollando en el área afectada por la cultura tartésica desde los años 80, localizándose y analizándose un buen número de asentamientos que han favorecido la comprensión del espacio ocupado, su relación con los medios de producción susceptibles de ser explotados, la configuración de redes de comunicación entre áreas independientes y su relación comercial o, lo que se antoja más importante, la delimitación de ámbitos sociopolíticos e ideológicos.

El ambiente geográfico de Tarteso

Aunque según algunos autores Tarteso se extendería prácticamente por todo el Mediodía peninsular, desde el Algarve portugués hasta el río Segura, la lógica histórica y arqueológica restringe sensiblemente ese espacio a lo que se ha venido denominando como núcleo o foco tartésico, que ocupa el territorio, *grosso modo*, de las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz. Con el paso del tiempo, el influjo de su cultura se fue extendiendo por otras zonas de su entorno geográfico, ocupando prácticamente todo el cuadrante suroccidental de la península Ibérica, lo que se ha venido a llamar la periferia tartésica, espacio que será objeto de estudio en un capítulo posterior. Pero el medio geográfico de Tarteso se desarrolla también en función de su propio proceso histórico, de hecho parece que en los momentos de su formación como entidad cultural su espacio natural estaría restringido prácticamente a la línea costera, mientras que su rápida expansión se debió producir por el temprano aprovechamiento agrícola de la vega del Guadalquivir y por la explotación de los recursos mineros del escarpe tectónico de sierra Morena y, fundamentalmente, de los filones y masas de piritas con oro, plata y cobre de las minas de Río Tinto y otras de su entorno.

El espacio que guarda una relativa homogeneidad cultural entre los siglos IX y VI a.C. se extiende por el borde costero atlántico, desde la desembocadura del Guadiana hasta el Estrecho de Gibraltar; su límite septentrional está macado por Sierra Morena, prolongándose a través de la penillanura de Los Pedroches, que une las cuencas del Guadalquivir y el Guadiana, hacia la comarca de la Serena extremeña, bañada por el río Zújar, que nace precisamente en Sierra Morena. La depresión bética del Guadalquivir, una enorme fosa tectónica fruto de la orogenia alpina, se convertirá con el tiempo en el eje principal de comunicación hacia el interior, amén de ser la zona donde la colonización tuvo su máxima expresión por la calidad de sus

suelos, especialmente entre los valles de los ríos Genil y Guadalquivir, donde se extienden la campiña y los paisajes sedimentarios más fértiles desde el punto de vista agrícola. Los puntos de mayor importancia con relación al poblamiento tartésico se organizan precisamente en torno a la extensa vega del Guadalquivir, principalmente en las elevaciones del relieve que la caracterizan, donde destacan los Alcores y el Aljarafe. Entre los ríos Corbones y Guadaira se levantan los Alcores, una franja de unos 30 km de de longitud en forma de punta de flecha que tiene su mayor anchura en Alcalá de Guadaira para ir estrechándose hasta culminar en Carmona, sin duda uno de los yacimientos más importantes de la cultura tartésica en cuyo entorno se han localizado también yacimientos de la importancia de El Gandul o el Acebuchal, que dominan la campiña sevillana con una enorme riqueza acuífera. Es una zona sensible a los movimientos sísmicos, localizándose en su entorno el epicentro de varios terremotos históricos, como nos recuerda el propio Bonsor, siendo uno de los más importantes el que aconteció en 1504, que afectó a toda la zona y en particular al rico patrimonio de la ciudad de Carmona, dato de gran importancia que debe tenerse en cuenta para las épocas que aquí tratamos. El Aljarafe sevillano, también conocido como La Vega, es otra de las elevaciones donde se concentra buena parte del poblamiento tartésico, destacando lugares tan significativos arqueológicamente como El Carambolo, Coria del Río o el Cerro de las Cabezas; lo conforma una serie de lomas igualmente rodeadas por la rica vega del Guadalquivir, caracterizada por suelos rojos muy apropiados para la agricultura. La prolongación de la vega sevillana es la comarca de El Campo de Huelva, tierras por lo tanto también aptas para la agricultura extensiva y donde se levantan núcleos de poblamiento protohistóricos de la importancia de Niebla o Tejada la Vieja.

El límite septentrional está dibujado por Sierra Morena, un escarpe tectónico producto de la orogenia alpina cuyos bordes meridional y septentrional se fracturaron formando grandes fallas para acoger los cursos del Guadalquivir y Guadiana, respectivamente. La ausencia de suelos con una mínima calidad impide el desarrollo de la agricultura, mientras que la meseta de Los Pedroches, y su continuación por el corredor de La Serena extremeña, es la única que aporta pastos de enorme riqueza para la explotación ganadera. Pero la importante actividad volcánica de la zona ha permitido una rica mineralización de estas elevaciones, conformándose así la denominada faja piritífera, con abundantes piritas de cobre, plomo, plata y oro, causa de la explotación minera de la zona desde época prehistórica, destacando especialmente las minas de Río Tinto y Tarshis al norte de la provincia de Huelva. Yacimientos ubicados de este entorno geográfico como el Cerro Salomón, Quebrantahuesos o la misma Tejada la Vieja, son una muestra de la importancia que debió tener la explotación metalúrgica de la zona. Si la existencia de extensos bosques de encinas y alcornoques debió proporcionar el combustible necesario para fundir el material obtenido en las numerosas explotaciones mineras de la zona, la ausencia de suelos fértiles debió generar un problema de abastecimiento a los trabajadores de esas minas, tal vez una de las causas por las que se colonizaron rápida e intensamente las vegas del Guadalquivir.

Un espacio independiente y de enorme significado para comprender la conformación de la cultura tartésica es la comarca de Huelva, en especial su actual capital provincial, con elocuentes restos arqueológicos desde la Prehistoria, como demuestran los recientes y espectaculares hallazgos del Seminario, pero donde destacan los yacimientos tartésicos por su importancia y singularidad. Huelva se ubica en el estuario que forman las desembocaduras de los ríos Tinto y Odiel, que

surcan las denominadas Tierras Llanas, con una topografía caracterizada por la formación de elevaciones o «Cabezos» que son el resultado de aportaciones sedimentarias de origen marino y de naturaleza limosa que en ningún caso sobrepasan los 60 m de altura. Los cabezos se han ido modificando con el tiempo, tanto por la acción antrópica como por la erosión, conformando en sus laderas una plataforma ideal para el asentamiento humano. En el último siglo estos cabezos han sido desmontados o parcialmente cercenados por la expansión de la ciudad y gracias a su endeble consistencia, que ha producido accidentes por el corrimiento de sus tierras. Durante mucho tiempo se pensó que la mayor parte del poblamiento protohistórico de Huelva había estado ubicado sobre estos cabezos, algo que nunca se ha podido confirmar arqueológicamente; no obstante, sí se han detectado cabañas circulares y oblongas pertenecientes a pequeños núcleos de población del Bronce Final, como parece deducirse de los restos hallados tanto en el cabezo de La Esperanza como en el más importante de San Pedro, si bien nunca se han encontrado en la parte alta de los mismos, sino en sus suaves laderas hoy en buena parte desaparecidas. La importancia de la ciudad debe ponerse en relación tanto con la pesca como con la agricultura, con suelos muy aptos para su explotación; pero el puerto que dibuja la Ría debió ser determinante para centralizar la salida de los productos del interior, especialmente los derivados de la explotación minera de las zonas más septentrionales.

Un paisaje modificado

Para emprender cualquier estudio sobre Tarteso es fundamental tener en cuenta los trabajos que se han venido realizando para reconstruir su paisaje en época protohistórica, muy modificado por ser una zona susceptible a las grandes transformaciones geomorfológicas por estar su territorio en buena parte asentado en un paisaje de costa. Estas

transformaciones del paisaje han impedido hasta hace pocos años comprender la importancia estratégica de algunos asentamientos, además de confundir a los investigadores a la hora de interpretar las rutas y escalas de los navegantes mediterráneos por estas costas. El cambio de fisonomía de las costas del suroeste peninsular tiene su origen, precisamente, en el Holoceno, la última época del Cuaternario en la que aún estamos inmersos y cuyo mayor desarrollo coincide con la época en que se de sarrollan los acontecimientos históricos que aquí tratamos. La mayor transformación se produce precisamente en la desembocadura del Guadalquivir, muy alterada desde época tartésica, lo que ha llevado a la confusión antes aludida. Las aportaciones sedimentarias que ha sufrido su desembocadura en los últimos tres mil años ha permitido ganar una enorme extensión de terreno que hoy está protagonizado por la marisma, pero en época tartésica el mar se abría a la altura de Coria del Río, donde el río formaba un estuario al desaguar en una albufera que las fuentes clásicas, a través de Avieno, denominan como *Lacus Ligustinus.* Este lago ya fue tomado en cuenta por los primeros arqueólogos que se acercaron al estudio arqueológico del entorno, inspirándose sin duda el primer mapa de Tarteso elaborado en 1920 por G. Bonsor. En 1959 aparece un trabajo de enorme importancia para la arqueología tartésica elaborado por el ingeniero de minas J. Gavala, quien reconstruye la geología de la costa y de la Bahía de Cádiz inspirándose precisamente en la *Ora Marítima* de Avieno, hipótesis que se ha convertido en la base argumental para la inmensa mayoría de los arqueólogos hasta nuestros días. Caben destacar los proyectos de investigación geoarqueológicos dirigidos por O. Artega en los últimos años con una gran vocación interdisciplinar, cuyo objetivo es reconstruir la paleocosta de la Marisma del Golfo de Cádiz. Pero los trabajos más especializados, aunque carentes de un análisis arqueológico

profundo, son los del geógrafo F. Borja, quien ha elaborado numerosos estudios sobre la reconstrucción paleográfica de la costa ocupada por las poblaciones tartésicas.

En general, la reconstrucción paleográfica de la costa suroccidental atlántica atiende a tres procesos independientes según Borja; la primera fase está marcada por la evolución del nivel del mar; la segunda, por una secuencia de aluviones y la colmatación de las ensenadas y las desembocaduras de los ríos; y por último, por la evolución de las condiciones naturales de las líneas de costa, que en cada fase adquieren un determinado trazado. En definitiva, y en términos generales, puede concluirse que «aunque el inicio de la colmatación de los fondos estuarinos y la emersión de playas barrera comienza en el tránsito Neolítico/Calcolítico, es principalmente durante el primer milenio a.C. y tránsito a las fases históricas cuando la acción combinada de los aportes fluviales y la consolidación de las flechas litorales de cierre de las desembocaduras, aceleran el proceso de transformación definitiva de las ensenadas litorales en marismas, y de los tramos internos de éstas en llanuras aluviales». De esta forma, parece que la desembocadura del río Guadalquivir en época protohistórica estaría muy cerca de Sevilla, concretamente a la altura de Coria del Río, por lo tanto a casi cien kilómetros de la actual desembocadura. La boca del estuario se extendería desde Matalascañas hasta Sanlúcar de Barrameda, formándose un cordón litoral por la remisión del caudal de los ríos que allí desembocaban, lo que impediría la entrada de mareas marinas y la consecuente colmatación de su espacio interior a base de materiales finos sobre los que se formaría primero un lago que, gracias a los continuos aportes, se convirtió en la actual marisma del Guadalquivir. El problema es situar en el tiempo el cordón de dunas que se detecta en Doñana, lo que facilitaría una datación exacta de los diferentes procesos evolutivos de este enorme espacio, por lo que la

discusión está aún abierta sobre la posibilidad de zonas de poblamiento en los bordes de la marisma en época protohistórica. Para Mananteau, uno de los estudiosos de este fenómeno, la colmatación definitiva de la marisma no se habría producido hasta época romana, basando su estudio no sólo en los datos geológicos y arqueológicos, sino también en la fotografía aérea. Asimismo, de gran importancia son las conclusiones que emitió Gavala con respecto a la desembocadura del Guadalete, situándola a la altura del Puerto de Santa María, cobrando así extraordinaria importancia los hallazgos del yacimiento fenicio del Castillo de Doña Blanca, que estaría junto a un antiguo puerto en el Atlántico.

El proceso parece que fue similar en Huelva, donde en el Flandriense se debió formar una gran bahía como consecuencia de la ocupación de las desembocaduras de los ríos Tinto y Odiel, situación que debió mantenerse prácticamente inalterable hasta bien avanzado el primer milenio antes de nuestra era como parecen demostrar los hallazgos del depósito de la Ría de Huelva en la ría del Odiel. Como en el entorno de la desembocadura del río Guadalquivir, el continuo contacto del mar con la desembocadura de los ríos acabaría formando una sucesión de barreras litorales, siendo muy conocidas las que forman el actual Rompido y Punta Umbría, en el interior de las cuales se originaría un lago que con el tiempo se fue colmatando hasta configurar la marisma que caracteriza la zona. Parece que la flecha litoral de Punta Umbría fue la responsable del cierre definitivo del paleo-estuario de Huelva y la consecuente formación de la marisma de las islas de su entorno geográfico, entre la que destaca especialmente la de Saltés, donde algunos historiadores han situado la ciudad de Tarteso debido a su estratégica situación entre los dos ríos onubenses, por lo que se ciñe también a la descripción de Avieno. La isla de Saltés, debido a este proceso de aportaciones sedimentarias, sigue

creciendo hoy en día, pero debemos descartar la presencia de restos urbanos anteriores a la época romana, a la que pertenecen los restos más antiguos hasta ahora documentados de un asentamiento dedicado a la industria de la salazón.

Pero quizá el mayor interés de la investigación se haya centrado en la marisma del Guadalquivir, por ser el Coto de Doñana la zona donde tanto Bonsor como Schulten centraron sus investigaciones para localizar la ciudad de Tarteso, territorio que aún sigue generando bastante literatura geológica y arqueológica. La reactivación del problema ha venido de la mano de dos investigadores alemanes, W. Wickboldt y R. W. Kühne, quienes a través de las fotografías por satélite han creído localizar restos de la antigua Tarteso en uno de los paciles del Coto de Doñana, concretamente en el de Cardiales, junto al cerro del Trigo, donde Bonsor y Schulten realizaron sus excavaciones arqueológicas para buscar la ciudad y sólo hallaron los restos de un asentamiento tardorromano dedicado a la explotación de salazones. La hipótesis de los alemanes no hubiera trascendido si no hubiera sido publicada en 2004 en la prestigiosa revista de Arqueología *Antiquity*, lo que despertó una gran expectación entre los investigadores, fundamentalmente extranjeros. En el artículo firmado por el físico Kühne se defiende una hipótesis que contiene una serie de aspectos muy discutibles, cuando no inaceptables, pero sin embargo no carece de fundamento científico, de ahí que desde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se planteara un proyecto de investigación orientado a contrastar tal hipótesis. En resumen, la hipótesis se basa en unas imágenes por satélite en las que identifican dos grandes círculos que identifican con sendos templos dedicados a Poseidón y a la reina Clito, los fundadores de la Atlántida según narra Platón en su Diálogo de *Timeo*; para ellos, estos restos podrían pertenecer igualmente a la ciudad de Tarteso, que sería el nombre que heredaría la Atlántida. La

contrastación de la hipótesis consiste en establecer si hay o no restos arqueológicos en el subsuelo del Parque Nacional de Doñana a tenor de la existencia de esas huellas constructivas que, efectivamente, se han localizado con diferentes fotografías aéreas y otros medios de detección modernos; en concreto, al sur de la Marisma de Hinojos, un área formada por la confluencia del río Guadiamar con uno de sus cursos de agua, el arroyo Madre de las Marismas del Rocío. La hipótesis contradecía la teoría de Gavala sobre la formación de la marisma, pues era imposible que cualquier asentamiento humano pudiera haber existido en el actual relleno del estuario, incluso en la actualidad. A pesar de las reservas de los arqueólogos, lo cierto es que han sido los propios geólogos del CSIC y de la universidad de Huelva los que han apoyado el desarrollo de la contrastación para así poder corroborar las tesis más modernas que contradicen la propuesta de Gavala. Los trabajos han consistido en verificar la existencia de restos antrópicos en esta zona del Parque por medio de nuevas fotografías aéreas y de satélites; en el estudio exhaustivo por parte de los geólogos de la geomorfología de la zona afectada; en varios sondeos geofísicos hasta 12 m de profundidad para ver la secuencia de la sedimentación y extraer restos de polen para comprobar si hay taxones de plantas silvestres o domesticadas; y, por último, en la prospección electromagnética de la superficie susceptible de contener los restos arqueológicos. Los resultados de 2006, aún muy parciales y pendientes de un sondeo arqueológico ya aprobado por el Parque de Doñana, la Estación Biológica y la Junta de Andalucía, permitirán ratificar y ampliar los resultados previos obtenidos. En principio se han localizado las figuras detectadas por los alemanes por otros medios aéreos, además de localizar otras estructuras cuadrangulares, una de las cuales pertenece a un gran edificio de época almohade por los restos cerámicos recogidos en su entorno; los estudios

geomorfológicos permiten corregir la teoría de Gavala, pues las tesis de los geólogos dirigidos por C. Zazo, del CSIC y Rodríguez-Ramírez, de la universidad de Huelva, realizados en 1994 y 1996, respectivamente, han permitido establecer que la dinámica de procesos de colmatación estuarina y de progradación costera fueron interrumpidos por sucesivos episodios erosivos de cierta intensidad. Estos episodios estuvieron relacionados con un ligero ascenso del nivel marino, provocado o bien por fuertes tormentas o tsunamis, bien por períodos de cambio climático o bien incluso por alguna posible subsidencia del terreno, dando lugar a cambios morfológicos significativos en las formaciones geomorfológicas preexistentes. Aunque algunas de las evidencias de tales fenómenos son hoy visibles, como por ejemplo los cordones, en Doñana la mayoría de las formaciones anteriores al siglo I son de difícil observación, ya que o bien fueron erosionadas o bien permanecen soterradas por los procesos de colmatación y progradación posterior, tanto bajo los extensos depósitos marismeños como bajo los grandes episodios dunares actuales, poniendo de manifiesto el gran dinamismo de todo este territorio; por ello, no se puede descartar que estas formaciones previas, sobre las cuales existe una escasa información geológica, pudieron haber sido lugar de asentamiento de antiguas culturas o civilizaciones, tal como ocurre en formaciones semejantes de otros estuarios del entorno, como, por ejemplo, en los pequeños cordones arenosos de la isla Saltés, en el estuario del Tinto-Odiel, donde se han localizado restos arqueológicos importantes correspondientes a varias culturas, como ya se ha mencionado. Los sondeos geofísicos también corroboran esa complejidad sedimentológica no prevista por Gavala al registrar, en los 12 m de profundidad de los sedimentos, dos episodios de una fuerte y anómala sedimentación de arenas, limos arenosos y malacofauna marina, aparte de la sedimentación de arcillas y limos que sí estaba

prevista. Y por último, la prospección electromagnética indica anomalías sensibles en el subsuelo que permiten aventurar la existencia de construcciones de origen antrópico. En conclusión, con los resultados parciales obtenidos ya se puede avanzar que la teoría de Gavala sobre la que descansa buena parte de la investigación arqueológica del poblamiento tartésico de la desembocadura del Guadalquivr debe ser profundamente revisada, pues parece más que posible la existencia de un asentamiento humano en estas zonas bajas del Guadalquivir, aunque en ningún caso es aceptable la existencia de una trama urbana compleja.



FIG. 32. *Ciudad de Tarteso en la cuenca del Guadalquivir.*

Por lo tanto, y en función de los diferentes estudios paleográficos llevados a cabo tanto en la costa atlántica como en el valle Bajo del Guadalquivir, parece obvio que los asentamientos de época tartésica se ceñían tanto a la línea de costa como a las riberas del Guadalquivir, zonas que ya habían sido ocupadas intensamente en época Calcolítica y durante el

Bronce Final. Las formaciones de los Alcores y del Aljarafe, elevaciones sobre el río Guadalquivir, tienen un alto poder estratégico por dominar la vega y la campiña, aptas para la agricultura extensiva, y por controlar la principal vía de comunicación que marca el propio río; por ello se han convertido en los puntos principales donde se concentran los hallazgos tartésicos. Pero los análisis polínicos realizados en estas zonas en los últimos años nos dan una información muy diferente de la que hoy podemos observar, pues el paisaje dominante durante todo el primer milenio en esta zona está caracterizado por la dehesa, destinándose sólo las áreas más cercanas al río, también las más fértiles, a la agricultura extensiva; por consiguiente, no debemos olvidar la importancia que debió tener la explotación ganadera en estas zonas como ya nos relataba el propio Estrabón. La importancia de la ganadería también fue reivindicada por M.ª E. Aubet en relación con Setefilla, donde sería además su principal fuente de explotación económica. La ganadería, y más en concreto la dedicada al ganado bovino, debió de tener una enorme importancia en la zona del Coto de Doñana por la riqueza de sus pastos y la práctica imposibilidad de practicar la agricultura. En el entorno de Huelva sería la pesca la principal actividad económica desarrollada, aunque la zona también se convertiría con el tiempo en un puerto de enorme importancia para sacar al exterior los minerales explotados en la sierra septentrional de la provincia. En efecto, es en Sierra Morena donde se localizan los yacimientos mineros más importantes del suroeste peninsular, pero además en una zona de alto valor estratégico al poner en comunicación los valles del Guadiana y Guadalquivir.

El corredor formado por Los Pedroches de la provincia de Córdoba comunica con el valle natural de La Serena, en la provincia de Badajoz, que a su vez, y a través de los ríos Zújar y, sobre todo, Guadiana, pone en contacto el núcleo tartésico con

su periferia cultural; ésta parece que es sin duda la vía de comunicación más importante de la época, por donde circularían productos y personas que dinamizaron y transformaron las economías y aceleraron los procesos sociales hacia el cambio cultural. Los tipos cerámicos documentados desde el Bronce Final, las estelas del suroeste y los asentamientos orientalizantes no hacen sino confirmar este hecho. Por lo tanto, no sería, como se ha supuesto tradicionalmente, la vía del Guadiana desde su desembocadura en Huelva la protagonista de esa comunicación con las tierras del interior, sino que el río sólo actuaría como hilo conductor en su tramo medio hacia el valle del Guadalquivir, nunca en sentido norte/sur, como además es patente por la escasa presencia de asentamientos documentados en este tramo y por la importancia que va tomando la zona más oriental de la provincia de Badajoz y su zona de contacto con la Meseta. Medellín actuaría como centro aglutinador y distribuidor de este amplio territorio, que tiene centros de gran interés como El Palomar de Oliva de Mérida, Cancho Roano o La Mata en la provincia de Badajoz, y La Bienvenida o Alarcos en la de Ciudad Real.



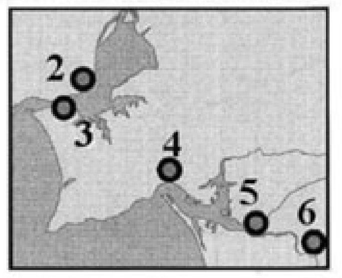


FIG. 33. *Localización de los principales sitios del Período Orientalizante de los paleoestuarios del Tajo y Sado: 1. Santarem; 2. Castillo de San Jorge. Lisboa; 3. Almaraz; 4. Setúbal; 5. Abul; 6. Alcácer do Sal. (Según Tavares da Silva, 2005.)*

Una vía fluvial que cada día cobra más protagonismo por los restos hallados en su singladura es la que uniría Lisboa, la antigua *Olisipo*, con el curso medio del río; Pellicer ya propuso en el año 2000 el interés de los fenicios por colonizar estas

tierras de la desembocadura del Tajo, el Sado y el Mondego, puntos a partir de los cuales podría haberse realizado la «orientalización» de las tierras de Extremadura. Sin embargo, y aceptando la importancia de la presencia fenicia en el entorno del estuario del Tajo, no parece viable que fuera a través de este río por donde se realiza tal colonización de las tierras del Alentejo hasta el Guadiana. El Tajo debió de ejercer un papel significativo en los primeros momentos de la colonización, pero no parece que actuara como catalizador de la colonización hacia el interior, o al menos eso parece mostrar el vacío arqueológico casi total en época tartésica desde Santarem hasta el curso medio del río, donde conocemos yacimientos de la importancia de Talavera la Vieja, en la provincia de Cáceres, o los ya ubicados en la provincia de Toledo de Arroyo Manzanas, El Carpio de Belvís de la Jara o el del Cerro de la Mesa, actualmente en proceso de excavación. También se ha propuesto en numerosas ocasiones una vía principal que actuaría como nexo entre el núcleo tartésico y su periferia hasta el valle del Tajo, un eje norte/sur que en época romana sería revitalizado para conformar la Vía de la Plata. Esta propuesta no deja de ser una entelequia completamente falta de argumentos arqueológicos, pues ni hay restos de importancia en la campiña sur de la provincia de Badajoz por donde supuestamente cruzaría tal vía, ni hay restos de filiación tartésica en Mérida, ni tampoco se han localizado restos en el tramo que uniría ésta con la provincia de Cáceres. Cuando se ha descubierto alguno de los escasos yacimientos de importancia, donde el caso de Aliseda es paradigmático, se ha puesto inmediatamente en relación con esa vía que, sin embargo, pasa a bastantes kilómetros del sitio. Las similitudes que presenta el Bajo Alemtejo con el Guadiana o el Ribatejo portugués con el Tajo meseteño, apuntan a unas relaciones más

fluidas entre el Atlántico y el interior que hacia el núcleo de Tarteso, aunque sin duda aún es pronto para certificar esta propuesta.

Del comercio marítimo en época tartésica disponemos de mucha menos información, aunque si tenemos en cuenta la importancia estratégica del área que estudiamos, un punto de contacto entre el Atlántico y el Mediterráneo, podemos deducir su enorme interés. El comercio atlántico del Bronce Final III es difícil de entender sin considerar el área del Estrecho como uno de los puntos de paso obligado hacia el Mediterráneo y viceversa. En este sentido cobra especial importancia la referencia que hace Avieno sobre el comercio en la fachada atlántica meridional que justifica por el interés por el estaño: «También los tartesios acostumbraban a comerciar hasta los límites de las Estrimnidas. También colonos de Cartago y el pueblo establecido alrededor de las columnas de Hércules llegaban hasta estos mares». Pero no conocemos en esta época ningún asentamiento directamente relacionado con el comercio marítimo, lo cual, desde luego, no descarta que existiera, pero es un tema abierto y difícil de ser verificado, aunque los objetos hallados en el suroeste peninsular en las últimas fases del Bronce Final abogan por la importancia de la zona en ese tráfico marítimo que sin duda se reactivó tras la colonización.

La metalurgia como justificación del cambio económico

El hallazgo de un número considerable de armas durante el Bronce Final en todo el cuadrante suroccidental de la península Ibérica, al que contribuye de manera significativa el depósito de la Ría de Huelva, ha proporcionado argumentos a quienes consideran probada una actividad metalúrgica en la península desde el Calcolítico, algo que a todas luces es evidente, si bien hay que tener en cuenta diferentes aspectos que pueden hacer matizar estas propuestas. Durante el Bronce Final se inaugura y

fortalece una ruta que pondrá en comunicación a toda la fachada atlántica, donde harán acto de presencia los más variados productos de bronce que no hacen sino confirmar esa relación comercial. Más complicado es saber dónde fueron elaborados esos productos por la ausencia de poblados especializados, así como por las dificultades que aún hoy presentan los análisis metalográficos, que pueden concretar las composiciones e incluso el origen de algunos de sus componentes, pero no el lugar donde fueron manufacturados. Se ha especulado desde hace muchos años con las posibilidades mineras de numerosos puntos de nuestra península, pero las pruebas siguen siendo prácticamente nulas. Si para el cobre no existen problemas de explotación, como se demuestra por la ingente cantidad de poblados calcolíticos asociados a su aprovechamiento así como por la importancia de la cultura argárica, con la introducción de los bronces binarios en el Bronce Final, donde el estaño juega un papel primordial, se plantea un problema aún lejos de resolverse centrado en la localización de los lugares de donde pudo extraerse el mineral, lo que proporcionaría una magnífica información para reconstruir e interpretar las rutas comerciales prehistóricas de la península. Se ha dado por hecho que hay varios puntos susceptibles de aportar estaño a los grandes centros de producción, siendo la Beira portuguesa y el norte de Extremadura los lugares más cercanos al foco tartésico, pero sin excluir otros lugares más lejanos como Galicia o las islas británicas. Incluso se han propuesto, con argumentos de peso, algunos yacimientos que pudieron haber sido explotados durante el Bronce Final para la extracción del estaño, lugares donde además se han localizado materiales arqueológicos de esa época que avalarían esa función; el más interesante es el de Logrosán, en la provincia de Cáceres, investigado por el Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura, donde se han relacionado algunos hallazgos del

Bronce Final con la explotación de los filones estanníferos del lugar. Pero si el estaño desempeñó un papel importante en las etapas previas a la colonización mediterránea, y como es lógico debió seguir jugándolo a tenor de la enorme cantidad de bronces que se siguieron elaborando durante toda la Primera Edad del Hierro, no debió de ser este producto el que atrajera a los comerciantes fenicios y griegos, sino seguramente, como nos refieren una y otra vez las fuentes escritas, la plata y el oro, lo que convirtió a Tarteso, gracias también a su exotismo y lejanía, en Eldorado de Occidente; pero para que esa riqueza fuera rentable era necesario introducir nuevas tecnologías que permitieran la rentabilidad de tan magnífico esfuerzo.

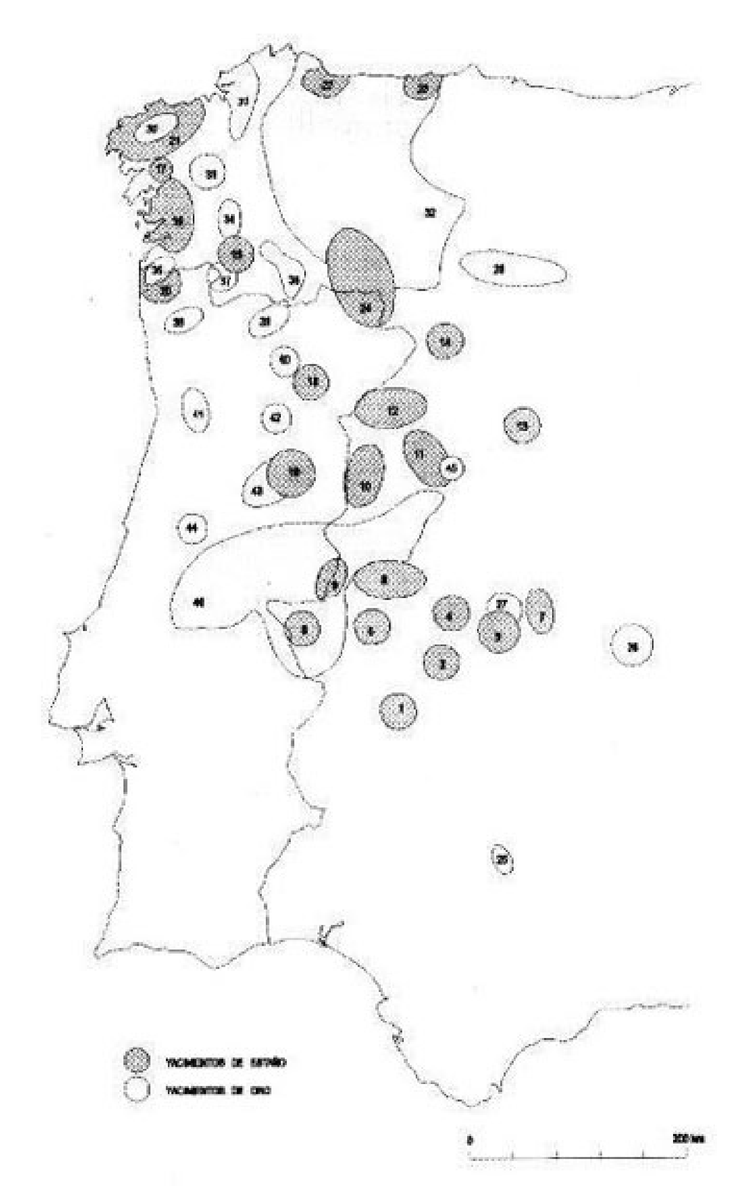


FIG. 34. *Concentraciones de estaño y oro en el Occidente peninsular. (Según M. Pellicer, 2000).*

Los primeros agentes comerciales que llegaron a la península Ibérica seguramente ya estarían informados de la enorme potencialidad del lugar en metales nobles, lo que pudieron haber comprobado con la simple observación de la rica orfebrería del Bronce Final que circulaba en esos momentos por

todo el Mediodía peninsular. El hecho de que los torques, arracadas o pulseras estuvieran realizados con oro macizo, debió llamarles poderosamente la atención si tenemos en cuenta que en todo el ámbito mediterráneo los objetos de oro se estaban elaborando en hueco para ahorrar enormes cantidades de tan escaso y valioso metal. Aunque se ha detectado oro en las escorias procedentes de la obtención de la plata de las minas que se organizan en el entorno de Río Tinto, no parece que fuera muy rentable su explotación, por lo que esa extracción debió centrarse en el norte de la provincia de Cáceres y en la Beira portuguesa, lugares donde hasta hace pocos años se ha extraído oro de los lechos aluviales de algunos afluentes del río Tajo. Además, es precisamente en esta zona donde se concentra buena parte de los tesoros del Bronce Final y donde se ha situado el origen del fenómeno de las estelas que, consecuentemente, se ha puesto en relación con esa explotación aurífera.

Pero ha sido sin duda la plata la que ha atraído toda la atención cuando nos referimos a la economía tartésica, pues será el metal más explotado durante todo este dilatado espacio de tiempo gracias a la demanda de los fenicios, que intervinieron activamente para acelerar su producción. El evidente interés de la metalurgia como motora de la economía tartésica ha propiciado la incursión en su estudio de no pocos investigadores, sobresaliendo el ya aludido de A. Blanco y J. M.ª Luzón sobre las minas de Riotinto, publicado en 1969 en *Antiquity* y, especialmente, la edición de los resultados de un proyecto de prospección de lugares relacionados con la metalurgia realizado por el propio Blanco junto a B. Rothenberg, dado a conocer en 1982 bajo el título de *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva*. En realidad, y salvo los notables trabajos de Hunt en el norte de Sevilla, la práctica totalidad de los trabajos se han centrado en la provincia de Huelva, donde los vestigios de los trabajos metalúrgicos son más

evidentes. En este sentido hay que destacar especialmente la labor desarrollada por el Servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva, dirigido por J. Fernández Jurado, desde donde se han abordado trabajos en los yacimientos más destacados relacionados con esa actividad: San Bartolomé de Almonte, Peñalosa, Tejada la Vieja y la propia ciudad de Huelva. Los trabajos de Pérez Macías han sido estimables para evaluar la importancia de su explotación, si bien su indigenismo radical parece alejado de la actual realidad arqueológica. De gran interés son tanto las últimas aportaciones de M. Hunt para ubicar y valorar cronológicamente los yacimientos de mayor productividad, como la intensa labor desarrollada por S. Rovira, que ha permitido un avance significativo desde los estudios analíticos de los materiales metálicos tartésicos.

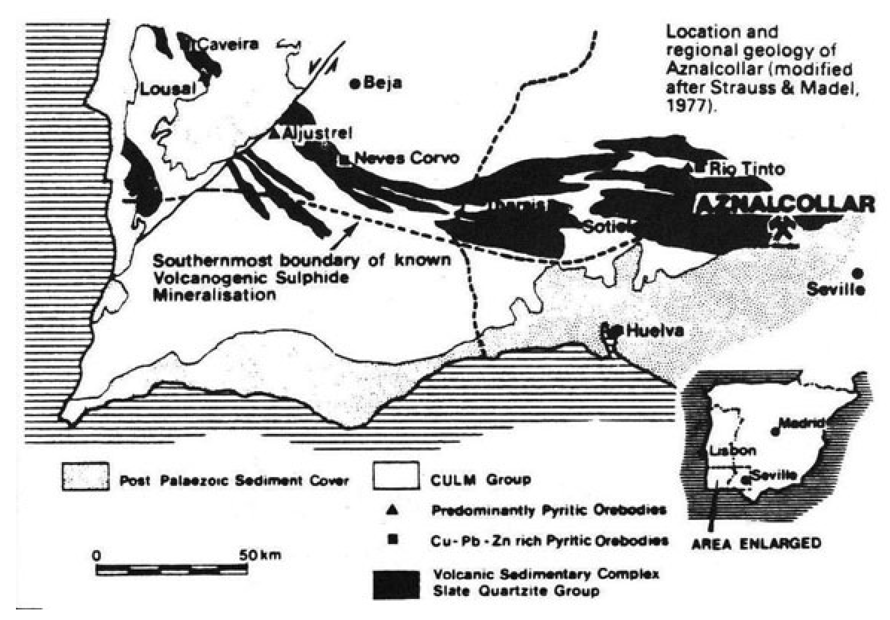


FIG. 35. *Mineralizaciones y cinturón de piritas de Sierra Morena. (Según Hunt, 1995.)*

La plata está presente en la Faja Pirítica o Cinturón Ibérico de Piritas, grupo de depósitos minerales de sulfuros poli metálicos que se extienden por buena parte de Sierra Morena, donde se

ubican las minas más importantes, desde la mina de Aznalcóllar en la provincia de Sevilla hasta las minas de Sierra Caveira en Portugal. Según Pérez Macías, para la minería protohistórica, la zona de abastecimiento se situaría en los niveles superiores, que son los que están afectados por los fenómenos de meteoriza ción, mientras que las mineralizaciones primarias, no alteradas por la oxidación, sólo han sido explotadas a partir del si glo XIX por el desarrollo de la industria química. Esta zona superficial es conocida con el nombre de montera *gossanizada*, siendo el *gossan* una roca formada por óxidos de hierro que proce den de la meteorización de yacimientos de sulfuros. El mineral que más alta proporción de plata encierra es la jarosita, un sulfato de hierro presente en todo el cinturón pirítico aludido, si bien hay dudas de que en época protohistórica pudiera explotarse este mineral por las dificultades técnicas que encierra.

Si los objetos de plata que se han documentado en el Bronce Medio fueron elaborados con plata nativa procedente de los escasos yacimientos conocidos en la península, la que se utiliza en época tartésica no se conseguía de forma directa de las mineralizaciones sino que se obtenía de monteras oxidadas que necesitaban de la compleja técnica de la copelación para su obtención. Un elemento que ha sido especialmente estudiado por la información que nos suministra sobre la extracción de la plata es el denominado sílice libre, una escoria que está presente en la mayor parte de los yacimientos relacionados con la explotación en época tartésica y donde siempre aparecen materiales fenicios, caso de los yacimientos de Río Tinto, Quebrantahuesos, Cerro Salomón o Tejada la Vieja. Estas escorias son el resultado de la utilización de una nueva tecnología para la extracción de la plata donde el plomo actuaría como colector, por lo que sería necesario el empleo de la copelación para separar ambos minerales. Sin embargo, no ha sido en los yacimientos arqueológicos de la provincia de Huelva

donde se ha documentado la más antigua actividad metalúrgica relacionada con la comercialización de la plata, sino en el yacimiento gaditano de El Castillo de Doña Blanca, donde se halló un almacén de litargirio, un óxido de plomo que se obtiene mediante la copelación para extraer la plata, datado en el siglo VIII a.C. Aunque en ningún caso es posible conocer el volumen del mineral extraído, los trabajos debieron ser de gran intensidad a partir de la colonización a tenor de los grandes escoriales localizados en el entorno de Riotinto. Por último, hay que señalar la importancia que han cobrado los estudios metalúrgicos para entender el paisaje antiguo de las zonas afectadas, pues hay que tener en cuenta las enormes cantidades de combustible necesarias para beneficiar el metal en los hornos. Llama poderosamente la atención, no obstante, el pobre conocimiento que tenemos de los poblados asociados a los puntos más importantes relacionados con el trabajo minero y metalúrgico, cuando deberían existir complejos urbanos de mayor tamaño e importancia, sobre todo en el entorno de las minas.

La producción de la plata sólo se ha podido documentar en el suroeste peninsular a partir del siglo IX a.C., coincidiendo por lo tanto con la colonización mediterránea, como por otra parte muestran los materiales fenicios hallados en esos primeros asentamientos de vocación metalúrgica. A partir de este momento comienzan a documentarse en buen número de poblados, tanto de la sierra como de la costa, restos arqueológicos directamente relacionados con la actividad metalúrgica, destacando la presencia de hornos, toberas, escorias, etc. Buena parte de la polémica creada sobre los poblados metalúrgicos del suroeste se debe a la coincidencia cronológica entre el comienzo de su actividad y la fecha en que arriban los fenicios, lo que ha abierto dos líneas interpretativas claras; aquellos que defienden que las poblaciones indígenas ya

beneficiaban plata con anterioridad a la colonización; y quienes quieren ver precisamente en la colonización la causa de la apertura de esos yacimientos. No obstante, parece lógico pensar que si los fenicios se interesaron por la plata del suroeste peninsular es porque ya sabían de su existencia; otra cosa es que vieran las enormes posibilidades de esos yacimientos y decidieran explotar sus recursos introduciendo rápidamente las nuevas técnicas de copelación para aumentar sensiblemente la producción. En efecto, llama la atención que ninguna de las dataciones que se han obtenido en los primeros asentamientos con actividad metalúrgica rebasen el siglo VIII o, como mucho el final del siglo IX a.C.

El yacimiento más antiguo donde se ha atestiguado el beneficio de la plata es el de Corta del Lago, en el complejo de Río Tinto, donde como consecuencia de las tareas mineras se abrió una corta que dejó al descubierto una serie de estructuras arquitectónicas modestas asociadas a un buen número de fragmentos cerámicos que se vienen datando entre los siglos XII y IX a.C., es decir entre el Bronce Tardío y Final; sobre este nivel parece que se documentó otro de época protohistórica del que carecemos de una información pormenorizada. De mayor interés pueden considerarse las excavaciones que M. Pellicer llevó a cabo en Quebrantahuesos, donde se localizaron algunas viviendas también muy modestas, pero ahora de tendencia cuadrangular. El lugar tiene una mayor pervivencia cronológica, datándose el inicio de la explotación minera en el siglo VIII para abandonarse hacia el siglo IV a.C. La inmensa mayoría de los materiales cerámicos exhumados están realizados a mano, aunque se aprecia una presencia de elementos fenicios a partir del siglo VII, cuando parece que tuvo su momento de mayor actividad. Sin embargo, la pobreza de los restos exhumados y la discontinuidad que ofrecen sus estratos han hecho pensar en la posibilidad de que estos asentamientos sean de uso temporal,

aunque la escasa superficie excavada impide cualquier otra apreciación. Mayor actividad se detecta en el vecino yacimiento de Cerro Salomón, donde se llevaron a cabo varias campañas de excavación, exhumándose una superficie de casi mil metros de extensión. La viviendas excavadas guardaban en su interior una gran cantidad de útiles relacionados con la extracción minera y con la industria metalúrgica, caso de las toberas o las grandes cantidades de escorias con un alto contenido en plata. Estas actividades se llevaron a cabo en sencillos hoyos practicados en el suelo, sin que se haya localizado ningún horno de fundición. Como en los casos anteriores, el lugar fue ocupado en los últimos momentos del Bronce Final, haciendo acto de aparición cerámicas de filiación fenicia a finales del siglo VIII y, fundamentalmente, en los siglos VII y VI a.C.

Otra zona de gran interés es la existente en torno a la ciudad tartésica de Tejada la Vieja, en la localidad onubense de Escena del Campo, donde también hay indicios de haberse desarrollado una actividad metalúrgica en el interior de algunos espacios, donde se han documentado machacadores y, sobre todo, la existencia de unas estructuras rectangulares que sus excavadores han relacionado con lavaderos del mineral. Tejada es el gran poblado minero de la zona, tal vez el que centralizó toda la actividad minera y metalúrgica del territorio, pues se sitúa en un punto estratégico entre las zonas susceptibles de explotación y el camino hacia la zona metalúrgica de Almonte. Junto al Tejada la Vieja se encuentra el yacimiento de Peñalosa, constituido por una serie de cabañas de planta ovalada propias del Bronce Final que se organizan en el llano y tienen una escasa pervivencia, pues sus vestigios más antiguos se datan a finales del siglo IX, mientras que su abandono se fecha hacia la mitad del siguiente siglo. El poblado, carente de cualquier estructura urbana, parece que se levantó en función de las actividades metalúrgicas, como muestran los coladores, las toberas o las numerosas escorias de

plata recogidas. Todo el material cerámico del yacimiento pertenece a los tipos del Bronce Final del Suroeste; sin embargo, llamó poderosamente la atención la presencia de un cuenco de paredes finas y engobe rojo de filiación fenicia hallado entre esos materiales. Es muy significativo el hecho de que tras ese tímido contacto con los fenicios, el poblado se clausure y su población se traslade a Tejada la Vieja, un poblado que nace ya perfectamente estructurado en una trama urbana con calles y cerrado por una muralla levantada mediante técnicas constructivas fenicias. Curiosamente, la zona que rodea Tejada y Peñalosa es especialmente rica en recursos agropecuarios, mientras que carece de minas en su entorno, pero sin embargo parece que ambos lugares centraron su actividad en la metalurgia. Este mismo problema se reproduce en otro de los yacimientos más significativos relacionados con la explotación metalúrgica, el de San Bartolomé de Almonte, junto al Coto de Doñana, cuyo estudio ha ayudado a interpretar esta cuestión.

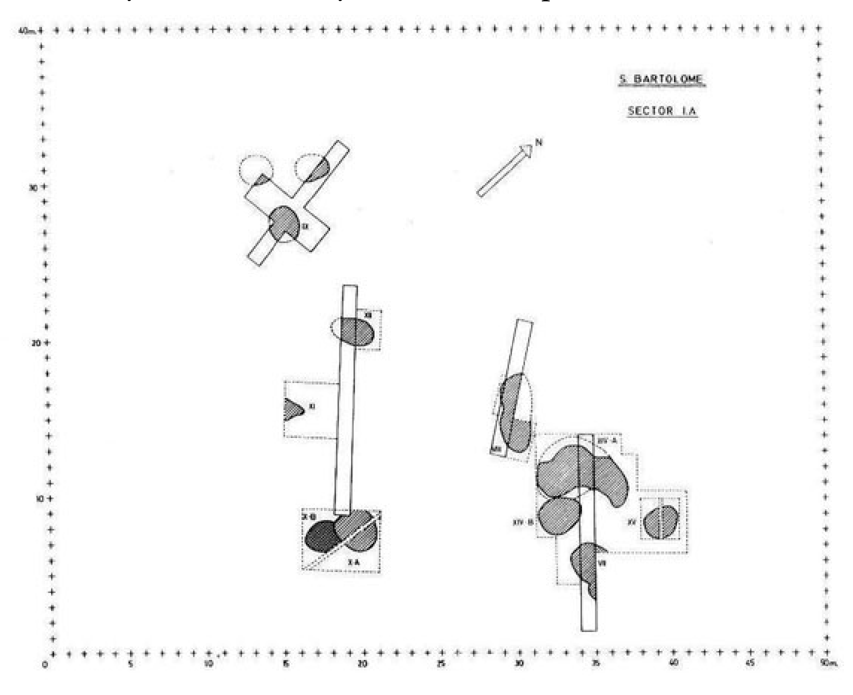


FIG. 36. *Planimetrías del poblado de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Jurado, 1986).*

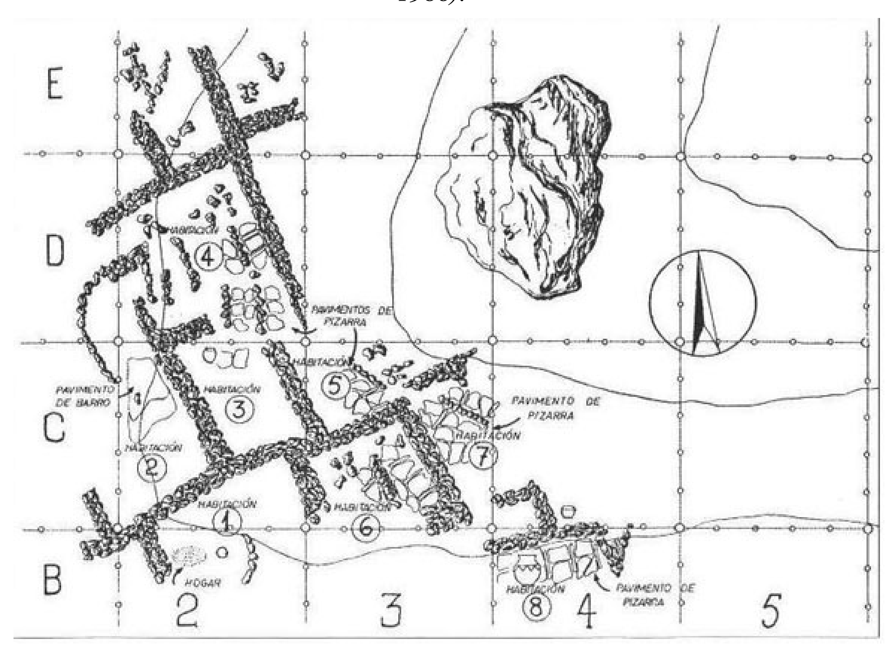


FIG. 37. *Planimetría del Cerro Salomón, Riotinto (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1969).*

El poblado de San Bartolomé de Almonte, prospectado, excavado y estudiado por D. Ruiz Mata y J. Fernández Jurado en 1988, estuvo activo sólo entre los siglos VIII y VI a.C., pero parece que los primeros trabajos para beneficiar la plata se hicieron ajenos a la participación fenicia. El poblado es muy modesto, constituido por una serie de cabañas de planta oval ligeramente excavadas en la roca. El poblado fue ocupado durante el Calcolítico y abandonado hasta que volvió a reanudarse la actividad a comienzos del siglo VIII, mientras que los primeros materiales fenicios se documentaron hacia la mitad del mismo siglo, si bien éstos son escasos y carentes de una funcionalidad determinada, por lo que parecen corresponderse con relaciones puntuales de prestigio en un momento de tanteo con las poblaciones indígenas. Es en el transcurso del siglo VII cuando se aprecia una presencia mucho más activa de los fenicios en el poblado, cuando se documentan importantes

cantidades de cerámicas de tipología fenicia que parecen avalar la integración de ambas poblaciones. Por lo tanto, la pregunta que nos debemos hacer es por qué estos poblados con una evidente actividad metalúrgica se instalan en lugares tan alejados de los centros mineros. Parece que la cuestión se resuelve a través de los análisis de las escorias de ambos yacimientos, en las que se observa que la procedencia del mineral es de las minas de Aznalcóllar; a ello se une la circunstancia de que el plomo metálico que se ha encontrado tanto en estos yacimientos como en el Castillo de Doña Blanca tiene una misma composición, lo que confirmaría la existencia de una ruta comercial que uniría sendos núcleos en función de la existencia del plomo, necesario para el proceso de la copelación. Este hecho, como han puesto de manifiesto sus excavadores, es del máximo interés, pues mientras los indígenas controlaban los centros de producción de la plata, a su vez necesitaban del plomo y de la técnica de la copelación para extraerla, técnica controlada por los fenicios, por lo que la relación de intereses era mutua para llevar a buen término su comercialización. Esto justificaría tal vez la modestia de los poblados mineros de la zona de Río Tinto, donde a pesar de la presencia de algunos elementos materiales fenicios, no se aprecia una mejora en las infraestructuras urbanas, lo que alimenta la hipótesis de que en ningún caso existiera una presencia física de fenicios; por el contrario, cuando quisieron controlar un centro metalúrgico, intervinieron de tal forma que procuraron su instalación en nuevos centros con una infraestructura más acorde con sus formas de vida, como parece evidente en el caso de Tejada la Vieja, yacimiento que aunque hunde sus raíces en el Bronce Final, tras el contacto fenicio sufrió una auténtica revolución urbana que preservó durante toda la Primera Edad del Hierro.



FIG. 38. *Planimetría de Tejada la Vieja. (Según J. Fernández Jurado, 2000.)*

Toda esta actividad minero-metalúrgica sería inútil si no existiera una estrategia comercial para exportar el producto, y en este sentido es cuando Huelva cobra su auténtico valor como centro distribuidor del producto, pues su apogeo parece que coincide efectivamente con la explotación de la plata, actividad que debió compartir con Cádiz, como demuestran los

numerosos vestigios relacionados con la metalurgia en el Castillo de Doña Blanca. Ambos sitios disponían de excelentes condiciones geoestratégicas tanto para la comunicación interior como exterior: Huelva, a través de los ríos Tinto y Odiel, y Cádiz, gracias a su cercanía al valle del Guadalquivir y su fácil acceso a la zona de Aznalcóllar. Los trabajos que Fernández Jurado llevó a cabo también en la ciudad de Huelva avalan esta hipótesis. Durante las excavaciones que se llevaron a cabo en los años 80 en los números 6 y 29 de la calle Puerto, y en el solar 10-12 de la calle Botica, se exhumaron sendos hornos con una complejidad constructiva muy superior a los documentados en la zona de Río Tinto y Almonte. El más conocido es el que se excavó en Puerto-6, de plata circular y metro y medio de diámetro construido con mampuestos de cal, pizarras y guijarros; el conjunto estaría cerrado mediante una falsa cúpula de arcilla en la que se practicaría un orificio a modo de respiradero. Los hornos, fechados entre los siglos VII y VI, coinciden con el mayor esplendor económico de Huelva, que centraría su actividad económica en la transformación metalúrgica y en la comercialización del producto, lo que contribuyó sensiblemente a la expansión del trazado urbano de la ciudad y al surgimiento de una sociedad estructurada y en cierto modo enriquecida, como se desprende de las ricas tumbas exhumadas en algunas de sus necrópolis. No cabe duda, pues, que fue la actividad minera la principal causa del desarrollo económico de la sociedad del Bronce Final, mientras que con la llegada de los fenicios y la introducción de las nuevas técnicas de copelación, la actividad metalúrgica sería la responsable del definitivo despegue de una sociedad cada vez más «orientalizada».

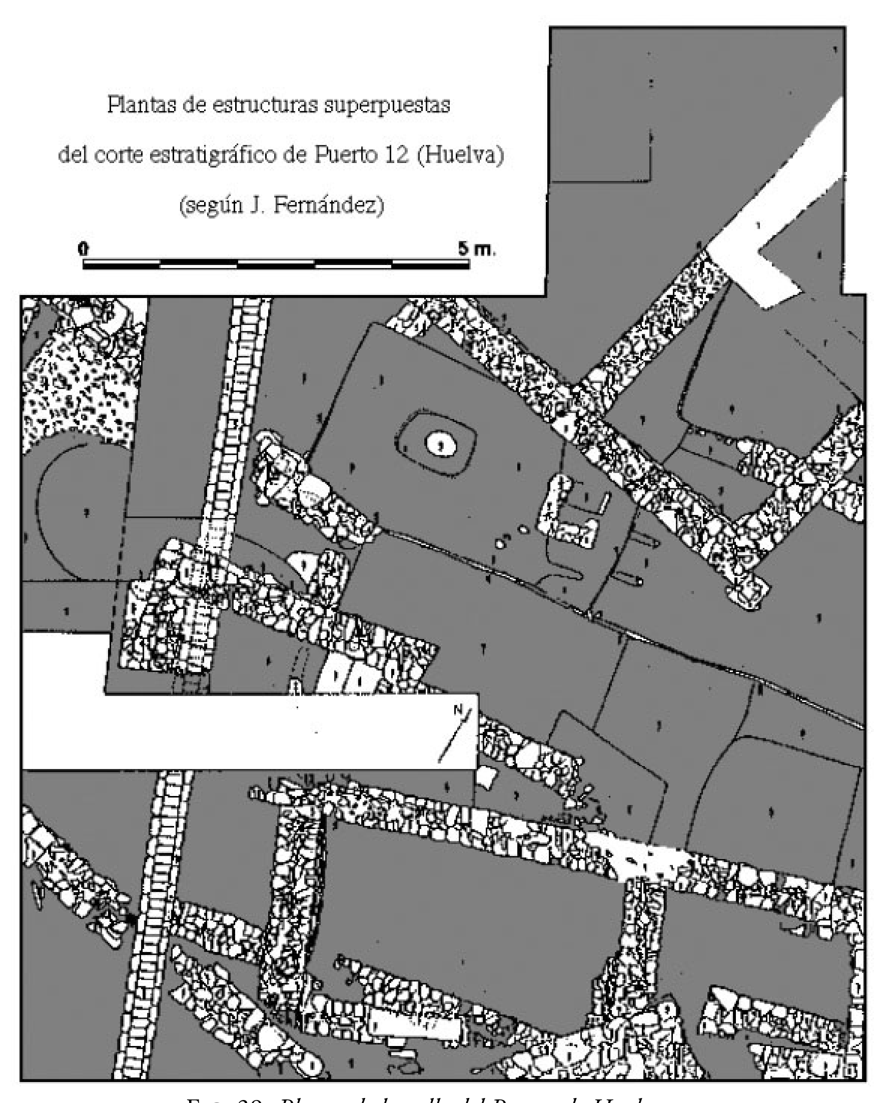
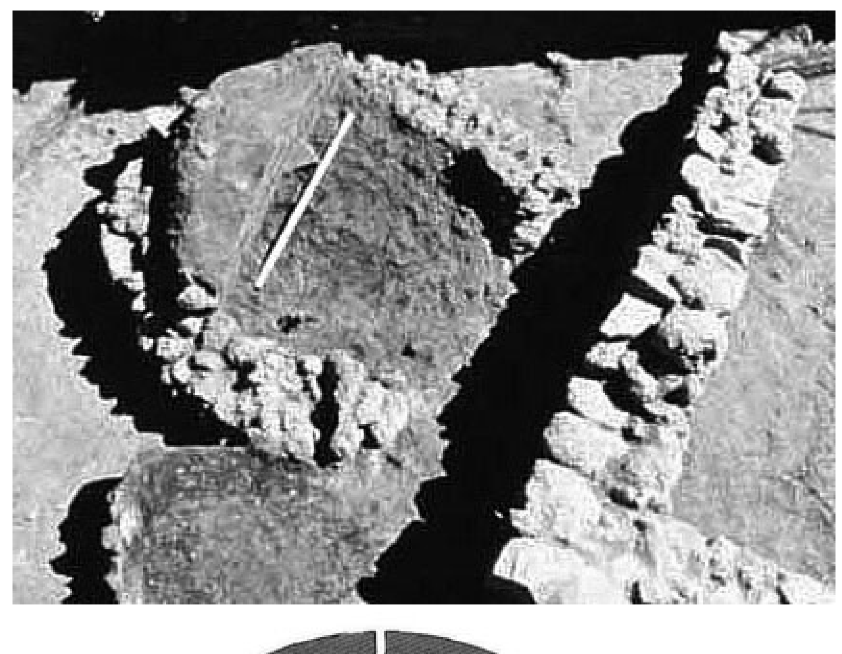


FIG. 39. *Planta de la calle del Puerto de Huelva.*



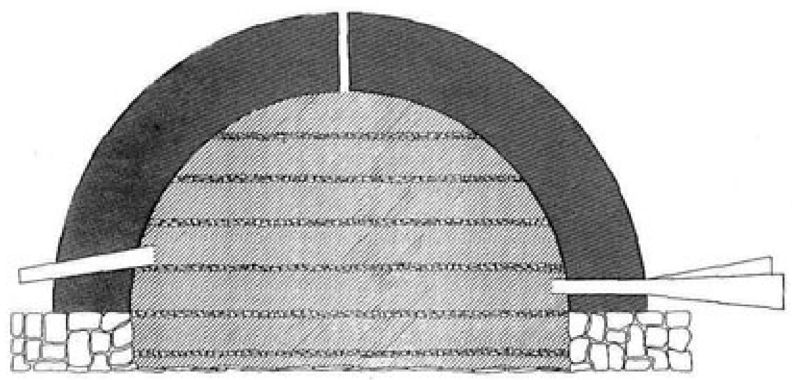


FIG. 39. A) *Horno de la calle del Puerto.* B) *Restitución del horno. (Según J. Fernández Jurado, 1993.)*

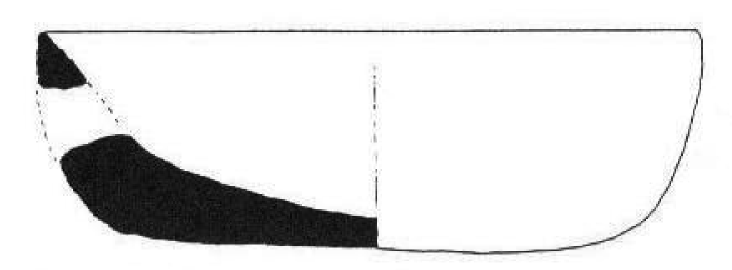


FIG. 40. *Crisol de Puerto Moral (Pérez Macías, 1995.)*

Gracias a la actividad minera y a la industria metalúrgica, Tarteso, con sus puntos estratégicos principales en Huelva y Cádiz, se transformó en poco tiempo en uno de los focos comerciales más importantes del Mediterráneo occidental para fenicios y focenses, lo que unido a su lejanía, junto al *Finis*

Terrae, donde los griegos situaban los acontecimientos y lugares míticos más remotos, la convirtió en ese lugar mítico que nos transmitieron las fuentes clásicas, cobrando así todo significado el viaje de Colaio de Samos que nos transmitió Heródoto. Tras la llegada de los colonizadores, la economía tartésica sufre un drástico giro en sus intereses y estrategias geopolíticas, pues si Cádiz se convierte en el foco fenicio por excelencia, Huelva se alzará con el privilegio de centralizar el poder económico de la zona amparada en su protagonismo comercial desde las fases del Bronce Final, adquiriendo por ello una especial personalidad por la compleja interrelación cultural con los colonizadores. La actividad comercial de Huelva sufre un sensible cambio como consecuencia de la colonización, pues si hasta ese momento sus relaciones comerciales dependían del ámbito atlántico, a partir de entonces estuvieron sujetas a la estrategia comercial mediterránea; pero para que se produjera ese cambio de dirección, también tuvieron que modificar su táctica económica, suplantando la tradicional e intensa explotación del cobre, por el que era conocida la región antes de la colonización, por la plata, el producto más demandado por la nueva estrategia comercial mediterránea. No podemos descartar que también se explotaran otros metales como el oro o el estaño, pero lo cierto es que carecemos de pruebas tan evidentes como las aquí expuestas para la extracción de la plata, por lo que debemos ser prudentes a la hora de crear zonas y rutas ficticias para justificar algunos materiales aparecidos en lugares alejados del foco tartésico. Se ha propuesto, por ejemplo, que la colonización del estuario del Tajo por parte de los fenicios tuviera como fin el acceso a las minas de estaño de las Beiras portuguesas o del norte de Extremadura, pero hay que insistir en la ausencia de pruebas arqueológicas que lo avalen hoy en día.

La económica tradicional: la ganadería

La explotación del cobre y su comercialización fueron seguramente el acicate para el desarrollo de la economía indígena antes de la llegada de los colonizadores; de hecho, según el filólogo J. L. Cunchillos, la palabra Tarshis significaría fundición o mina en lengua semita, lo que indicaría que Tarteso podría haber sido un nombre implantado por los propios fenicios ante la riqueza cuprífera de la región. Ésta debió ser una de las causas del enorme crecimiento demográfico que se percibe en el suroeste peninsular durante los últimos años del Bronce Final, un tiempo demasiado corto como para que se multiplicase la población de la forma que se percibe en los numerosos asentamientos que surgen en ese momento; por ello, como ya se dijo anteriormente, es muy probable que una buena parte de la mano de obra necesaria para incrementar esa explotación fuera aportada por su inmediata periferia geográfica. Pero las zonas mineras más productivas se encontraban en terrenos poco aptos para la agricultura y la ganadería, por lo que surgieron asentamientos en torno a las fértiles vegas de los ríos más importantes que debieron abastecer de carne, cereales y otros productos a esas zonas. Así, la zona donde se detecta una mayor concentración de población hacia el siglo IX a.C. es en la Bahía de Cádiz, el antiguo estuario del Guadalquivir y sus principales afluentes, en torno a los cuales se abre la campiña.

El poblamiento en estos momentos previos a la colonización se articula dentro de un territorio estructurado y jerarquizado, con poblados modestos ubicados en elevaciones suaves y carentes de murallas, lo que evidenciaría la existencia de una sociedad poco competitiva y dependiente de los centros principales, caso seguramente de Setefilla, un poblado de mayor entidad y situado en alto para buscar su defensa natural. Aunque el número de poblados es ahora abundante, hay que tener en cuenta que sin embargo son de pequeño tamaño e incipientemente ar ticulados en torno a cabañas redondas u

ovaladas levantadas con materiales perecederos. Tampoco se percibe una actividad colectiva significativa, o al menos eso se deduce de la ausencia de edificios de cierta calidad constructiva que pudieran albergar una función de carácter público, si bien se han descubierto recientemente algunas cabañas que por su tamaño y los materiales hallados en su interior parecen mostrar cierto rango social, caso de Campillo o Pocito Chico, ambas en la provincia de Cádiz. Por lo tanto, como señala D. Ruiz Mata, «De esto se deduce la existencia de un núcleo cultural tartésico, en un paisaje básicamente llano, dotado de recursos económicos y bien comunicado. La sierra de Huelva, y de manera significativa Río Tinto, fue el gran centro minero de este complejo, y el Guadalquivir, la Vega y la Campiña, su granero».

Es muy difícil, a la luz de los datos que tenemos hoy a nuestro alcance, hacer un balance coherente de la base económica de los habitantes que poblaban la zona que se convertirá con la colonización en el Tarteso histórico. De nuevo tenemos que acogernos a algunas manifestaciones simbólicas que en ningún caso deben considerarse definitivas, pero sí al menos significativas de la posible estructura socioeconómica de la sociedad donde aparecen. Tras los trabajos de prospección y estudio del territorio de los últimos años, se ha avanzado sensiblemente en la comprensión de esa estructura económica, pero aún estamos lejos de elaborar una tesis definitiva que nos ayude a entender la verdadera posición social y la potencialidad económica que tenían los indígenas en el momento de la colonización, lo que nos ayudaría a calibrar el grado de interacción de cada uno de los agentes implicados. Si nos basamos en las composiciones decorativas de las estelas de guerrero, más aún teniendo en cuenta que éstas aparecen en el núcleo tartésico en un momento ya avanzado de la colonización, podemos deducir que nos encontramos ante una organización de jefaturas cuyos jefes controlaban pequeños territorios

dedicados a la explotación ganadera y cinegética, sin obviar otros modos más tradicionales como la recolección o una agricultura de subsistencia junto a los cursos de agua. Las zonas que ocupan las estelas extremeñas y del norte de Andalucía están directamente relacionadas con zonas ricas en pastos y prácticamente inútiles para llevar a cabo una explotación agrícola extensiva. Y ese mismo significado debieron tener las estelas que aparecen en los momentos más avanzados en el valle del Guadalquivir, a pesar de haberse hallado en zonas agrícolamente fértiles.

El caso de Setefilla, en la provincia sevillana de Lora del Río, junto al Guadalquivir, es particularmente interesante. En Setefilla tampoco se ha podido documentar con claridad una ocupación durante el Bronce Tardío, lo que ha puesto en evidencia el vacío poblacional que se ha argumentado en numerosas ocasiones para esta zona del suroeste peninsular; al menos carecemos de noticias sobre los enterramientos de esa fase, que sin embargo surgen con una gran personalidad a partir del siglo VIII a.C., y especialmente entre los siglos VII y VI, con inhumaciones e incineraciones bajo túmulo, en ocasiones en cámaras funerarias, que contenían entre sus ajuares cerámicas fenicias junto a las típicas del Bronce Final. Interesa resaltar aquí la disposición de los enterramientos en sendos túmulos, donde se aprecia una estructuración del espacio por estamentos sociales, de modo que los enterramientos con ajuares más ricos se hallan en el centro del túmulo, mientras que las tumbas más modestas aparecen dispersas por las zonas aledañas al núcleo funerario. La interpretación que hace M.ª E. Aubet, apoyándose en la ingente cantidad de huesos de animales recuperados, principalmente bóvidos y ovicápridos, es que la estructura social que reflejan estos túmulos se corresponde con una economía fundamentalmente ganadera; de esta forma se justificaría la jerarquización testimoniada en los enterramientos, en sintonía

con una organización social de tipo patriarcal al uso en las sociedades cimentadas en este tipo de explotación. Pero la necrópolis de Setefilla nos facilita otros datos de sumo interés, como que las cámaras y tumbas principales están siempre ocupadas por hombres, mientras que las mujeres ocupan espacios secundarios; o que la tumba de un metalúrgico, otra de las actividades principales del poblado, se halló alejada del núcleo funerario, lo que denota que al menos en esta época los destinos de la sociedad estaban regidos por jefes tribales que concentraban buena parte de la riqueza ganadera en sus manos y la mantendrían en su núcleo de parentesco por el sistema de linaje. Por último, cabe destacar el descubrimiento de una estela de guerrero reaprovechada pero asociada según su excavadora al entorno funerario, donde se hallaron otras estelas sin decorar pero de tamaño y forma similar a la mencionada estela; este hecho es de suma importancia porque relaciona el fenómeno de las estelas no sólo al mundo funerario, sino también a la jefatura representada por el guerrero y a su estrecha vinculación con una economía de base pastoril, como la que se ha venido defendiendo para los personajes representados en las estelas del entorno geográfico del Guadiana y de la zona de Los Pedroches.

Por lo tanto, parece que la sociedad del Bronce Final del suroeste previa a la colonización estaba basada en una economía ganadera que controlaba vastas áreas del interior del suroeste peninsular. La escasez de poblados y la modestia de los mismos podría deberse precisamente al carácter itinerante de una sociedad de la que apenas conocemos la representación de sus jefes tribales a través de las estelas de guerrero. Tras la colonización y la ocupación de amplios espacios junto a zonas de explotación agrícola, se aprecia una estabilización y el desarrollo de los asentamientos que posiblemente esté relacionado con la estabulación de la ganadería, además de detectarse un considerable aumento de especies antes casi

residuales entre la fauna de los poblados, caso del cerdo o, especialmente, de los bóvidos. El paisaje dominante, acorde con las necesidades del ganado explotado, es la dehesa, de la que se debió aprovechar la bellota como producto esencial para el complemento dietético de sus habitantes, mientras que no hay pruebas de que se hayan consumido sistemáticamente cereales o leguminosas en esos asentamientos hasta después de la colonización. El papel que desempeñaron esos jefes tribales de base pastoril, entendida ésta como la posesión del ganado y no como la de su cuidado, debió estar centrada en la comercialización de los productos derivados de ese ganado: lana, queso, grasa, piel e incluso estiércol; pero es lógico pensar que también se practicaría un intercambio de animales por otros productos de los que sólo conocemos los denominados objetos de prestigio, pero que difícilmente podrían solventar por sí solos las necesidades del mercado indígena. La leyenda de Gerión, a quien Hércules roba su famoso rebaño de bueyes, se ha interpretado tradicionalmente como una prueba de esa base ganadera de los habitantes del territorio tartésico; mientras que el mito de Habis, el civilizador, da cuenta de la introducción de una economía más racional que, sin abandonar la tradición ganadera, se centraría en la agricultura como elemento esencial para el desarrollo urbano y social.

Si la economía ganadera estaba controlada por los personajes grabados en las estelas, quienes en ocasiones incluso se representaron con sus perros guardianes, debemos preguntarnos quiénes controlaron el resto de los medios productivos que ayudaron a la formación y desarrollo definitivo de Tarteso tras el impacto fenicio. Cuando se elaboraron las grandes áreas geográficas por donde se hallaban las estelas de guerrero y diademadas, siempre quedaban aisladas una serie de estelas, pocas realmente, que se concentraban al norte de Sierra Morena, las de Fuente de Cantos y Capote, en territorios también muy

aptos para el pastoreo, pero alejados del núcleo principal del Zújar y el Guadalquivir. Sin embargo, tras los hallazgos de dos estelas en Almadén de la Plata, comienza a entenderse la densidad de estelas halladas en la zona de Los Pedroches, al norte de la provincia de Córdoba, y a cobrar cuerpo la hipótesis según la cual serían estos personajes quienes podrían haber ejercido un cierto control en la explotación del cobre de estas zonas, aportando la mano de obra necesaria. No obstante, la transformación mediante la metalurgia y la comercialización del producto parece que estuvo controlada por las poblaciones indígenas del área costera, las únicas capaces de sacar el producto al exterior, hacia el mercado atlántico, aunque según los datos que hoy manejamos, tampoco parece que los indígenas dispusieran de una capacidad naval como para gestionar su propio comercio marítimo con otras áreas del Mediterráneo central.

La expansión de la agricultura

La ocupación de las zonas aluviales del Guadalquivir en momentos previos a la colonización mediterránea, se ha venido explicando como una consecuencia directa del aumento demográfico de la zona, que obligaría a una diversificación de los medios de producción y a una intensificación de la agricultura para abastecer a una sociedad cada vez más jerarquizada y estructurada, donde comenzarían a hacer acto de presencia grupos activos independizados de las unidades domésticas de producción. Sin embargo, esta explicación tan simple de la ocupación del campo no tiene en cuenta las dificultades técnicas que conlleva y la estructura social que se necesita para desarrollarla con éxito. J. A. Barceló argumentó el aumento de pequeños poblados con una hipótesis bastante convincente: «La expansión en el número de poblados del Bronce Final Tartesio (comparada con lo que sucede en el Bronce Pleno) coincide en el tiempo con una espectacular

disminución del número de bóvidos en la ganadería de las poblaciones tartesias, y un aumento espectacular del número de ovicápridos. Este hecho podría hacernos pensar que la aparente expansión de la población es, en realidad, la manifestación empírica de la trashumancia: la adopción de una nueva economía ganadera impuso una modificación de la forma de ocupación del territorio, lo que obligaría a fundar un gran número de pequeños asentamientos ocupados temporalmente». Sin embargo, algunos de estos pequeños asentamientos pasaron a convertirse en grandes poblados que a su vez se desarrollaron con una estructura urbana ortogonal tras la colonización, y parece que ello sólo puede deberse a la estabilización de la población gracias a la explotación intensiva de la agricultura. Parece que durante el Bronce Final se aprecia una mayor presencia del ganado bovino, lo que ha servido para recordar una y otra vez el mito de los toros de Gerión, mientras que las cabras y ovejas aumentarían considerablemente en época tartésica; la verdad es que todavía estamos muy lejos de poder hacer estudios integrales y comparativos de la fauna existente en las diferentes épocas de la protohistoria, fundamentalmente porque cada yacimiento tiene su propia dinámica económica y no se ha tenido en cuenta, salvo honrosas excepciones, la especialización de cada asentamiento o el medio ambiente en el que se desenvuelven, esencial para poder comprender la presencia o ausencia de ciertas especies animales. Si se pone en cuestión la escasez de fauna en algunos poblados de la zona costera, parece obvio que son lugares donde la dieta puede complementarse e incluso estar protagonizada por la pesca; y lo mismo ocurre con los escasos poblados examinados del interior, donde la caza debió desempeñar un papel fundamental en la dieta de sus habitantes.

El aumento de fauna doméstica en los poblados asentados en zonas agrícolamente fértiles tampoco ofrece datos significativos sobre las preferencias dietéticas de los habitantes, pues, como ha ocurrido siempre e incluso hoy en día a pesar de la globalización, cada zona tiene una especialidad culinaria, por lo que hacer una estadística general sobre cuál es la fauna predominante en una zona tan basta como es el suroeste peninsular parece no tener muchos visos de éxito. Sin embargo, uno de los indicadores fundamentales de un poblado agrícola es la presencia de bóvidos adultos que justifiquen ese trabajo.

También la mitología sobre el origen de Tarteso hace especial hincapié en la importancia de la introducción de la agricultura como un paso fundamental para asumir el concepto de civilización, creando así una dialéctica entre la ganadería, como base económica primitiva, y la agricultura, generadora de una cultura desarrollada. Pero el propio Habis, que como hemos visto liberó a su pueblo de una vida salvaje destinándolo a las labores agrícolas, propició una agricultura extensiva que culminaría con la creación de siete ciudades que centralizarían ese nuevo medio de producción creando excedentes y los mecanismos para comercializarlos. El resultado lógico es la especialización de otros medios de producción como el propio comercio, la artesanía, las obras públicas, etc. Sin embargo, en ningún caso se puede hablar de una agricultura de esa lid durante el Bronce Final, sino que sólo la presencia de los colonizadores fenicios parece capacitada para introducir los medios tecnológicos necesarios para tan revolucionario cambio estratégico en la producción agrícola, y como es lógico, lo llevaron a cabo en los lugares donde ya se estaba ensayando una incipiente agricultura. La consecuencia lógica e inmediata fue el aumento de población por la diversificación y enriquecimiento de una dieta que ahora introduce las leguminosas y las nuevas variedades de cereales, cultivos de tanta incidencia económica

para el futuro de la región como la vid y el olivo, así como otras variedades frutales y hortícolas; por último, la introducción de nuevas especies animales domésticas, fundamentalmente la gallina y el burro, permitió una cierta independencia de la ganadería que, a la postre, supondría la decadencia de la estructura social que había protagonizado la economía del Bronce Final, aunque se mantuviera activa en diferentes zonas restringidas principalmente a las áreas periféricas.

La polémica sobre si esa expansión de la agricultura se debe a una colonización sistemática de la tierra por parte de los fenicios —como propuso en su día Whittaker y cuya hipótesis fue defendida y desarrollada por Alvar y González Wagner— sigue aún plenamente vigente ante la polarización de la investigación. Una colonización fenicia de la tierra significaría que, además de los intereses meramente comerciales enfocados en la metalurgia, se habría producido una crisis política y demográfica en Fenicia de tal envergadura que habría empujado a una buena parte de la población a instalarse en el extremo Occidente, para lo cual deberían de haber contado con un apoyo de las clases dirigentes indígenas o bien, que los comerciantes fenicios facilitaran información sobre las zonas menos pobladas que podrían haber ofrecido menos resistencia a esa instalación. En cualquier caso, una operación de esa envergadura necesitaría de la intervención del Estado por cuanto el objetivo parece claro que consistiría en la producción de excedentes que servirían para abastecer los mercados exteriores. Pero la existencia de numerosos poblados del Bronce Final, aunque fueran de pequeño tamaño, en las zonas donde se desarrollaron posteriormente los grandes poblados con una estructura urbana de corte mediterráneo, parece avalar la hipótesis de una interacción entre ambas culturas, de ahí la singularidad de los vestigios hallados, donde

terminan por predominar los de factura fenicia, pero siempre introduciendo ciertas variables que sin duda se deben a la aportación indígena.

El éxito de la experiencia fue evidente, pues fueron esos poblados del valle del Guadalquivir los que protagonizaron el desarrollo de la cultura tartésica, en mayor medida que la zona de Huelva, prácticamente restringida a su núcleo urbano o a centros vinculados con la metalurgia, como Tejada la Vieja o Niebla, pero de corte más indígena, sin la decisiva aportación fenicia que se aprecia en las zonas de expansión agrícola del Guadalquivir, núcleo principal y germen del sistema de corte estatal que ya se aprecia en Tarteso a partir del siglo VII a.C. No sabemos cómo funcionó esa interacción entre ambas culturas, pues si en un principio proporcionó un evidente progreso de las zonas afectadas, es posible que con el tiempo también existieran elementos de fricción que pudieron propiciar la crisis definitiva de Tarteso. El éxito de la ocupación de las tierras agrícolas fue, como hemos visto, el mecanismo que propició el nacimiento del estado en Tarteso, seguramente inspirado en la estructura importada por los fenicios, mientras que la minería y la metalurgia sólo significaría un elemento, sin duda importante, de su base económica.

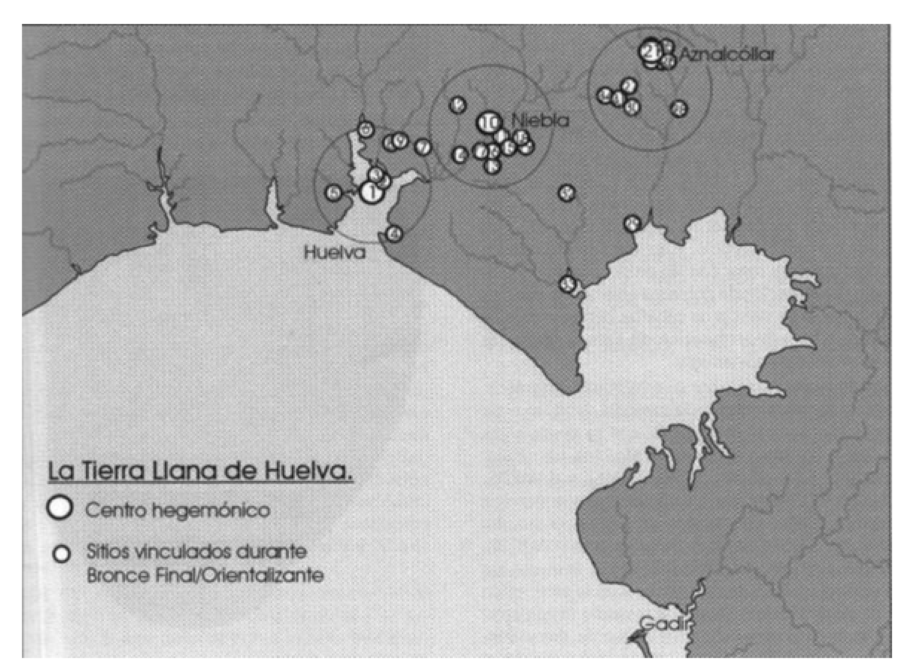


FIG. 41. *Yacimientos del Bronce Final y Período Orientalizante en la Tierra Llana de Huelva (Campos, Gómez Toscano y Pérez Macías, 2006).*

Se ha hecho constante referencia a los esenciales trabajos de prospección desarrollados en buena parte del territorio tartésico, lo que ha deparado una información muy valiosa sobre el patrón de asentamiento en torno a los grandes núcleos agrícolas, caso de Los Alcores, el Aljarafe o las zonas más meridionales del Guadalquivir, como los entornos de los municipios de Lebrija, Sanlúcar de Barrameda o Jerez de la Frontera; también se han realizado estudios espaciales de los cursos de los principales afluentes del Guadalquivir, ríos en cuyas márgenes se ha detectado una importante densidad de población, caso de los ríos Genil, Guadiamar, Corbones o Guadalete. Estos trabajos, a los que debemos añadir las constantes prospecciones que se realizan actualmente en diferentes términos municipales andaluces por equipos, principalmente, de la universidad de Sevilla, así como la cada vez más precisa información arqueológica procedentes de las excavaciones de urgencia de algunas ciudades andaluzas, no hacen sino confirmar el peso de

la agricultura en la cultura tartésica; pero lamentablemente aún no conocemos ningún poblado excavado en toda su extensión, por lo que no disponemos de los datos mínimos para entender la disposición y jerarquización del espacio habitado, lo que a veces ha llevado a minimizar la importancia de estos centros.

Los trabajos de prospección se han completado, tanto en Andalucía occidental como en la Baja Extremadura, con minuciosos estudios socioeconómicos que nos permiten acometer un análisis histórico del territorio, algo que hasta hace poco era impensable a pesar de las numerosas cartas arqueológicas auspiciadas por las administraciones autonómicas para conocer sus yacimientos. Como ya hemos dicho, el territorio tartésico es muy variable por sus diferentes ámbitos geoestratégicos y productivos, lo que ha obligado a realizar análisis de los diferentes modelos territoriales para así aislar las distintas zonas productivas donde se reflejan comportamientos sociales independientes; ese espacio social se vislumbra en las zonas agrícolas explotadas en esta época, si bien aún dependemos en buena medida de las necrópolis para reconstruir esos espacios, aunque cada día conocemos más y mejor otros centros de poder de marcado carácter religioso que sin duda ayudan a entender el complejo entramado que surgió en torno a la explotación agrícola. Resta excavar en extensión algunos centros no ya sólo para conocer su entramado urbano y jerarquización social, sino también para entender las relaciones de poder con otros centros así como la gestión de los excedentes y su comercialización.

Como es lógico, no toda la economía tartésica giraría en torno a la agricultura, la minería y la ganadería, aunque arqueológicamente resulta mucho más complicado comprobar otras facetas de su economía; en este sentido están cobrando especial relevancia en los últimos años los trabajos tendentes a documentar la explotación de salazón en las costas de la Bahía

de Cádiz, donde ya se han dado pasos importantes. Es posible que el auge de la industria de las salazones que se documenta claramente en época púnica, sea la continuación de la desarrollada en época tartésica, difícil de detectar por ubicarse hoy los antiguos puertos de mar en zonas del interior. Por último, una vez asentada la colonización fenicia, la agricultura se especializó en otros productos que generaban un importante valor añadido por su complejidad productiva y por la importancia ritual y comercial que significaban: se trata del olivo y, especialmente, de la vid en su variedad *vitis vinifera*, introducida por los fenicios a pesar de que su variedad de *vitis silvestre* ya era conocida en la península desde al menos el Calcolítico. En 1995 se editó en Jerez de la Frontera un monográfico sobre «El origen del vino en Occidente» donde se recogen las diferentes facetas de la vid y el vino en la península, abordándose temas de gran interés como su explotación, elaboración, comercialización, su iconografía, el instrumental asociado y los ritos que lo acompañan; a partir de ese momento, los trabajos sobre el vino en la Protohistoria se han multiplicado y han conseguido un avance significativo que está proporcionando datos de gran interés.

Los primeros indicios sobre la producción de vino en la península no se detectan hasta comienzos del siglo VI a.C. en el Alt de Benimaquia, en Denia, donde de documentaron lagares y una gran cantidad de ánforas del tipo R-1 que ponían de manifiesto el pujante comercio de este producto en el área levantina; sin embargo, en el área de Tarteso no se ha localizado aún un lugar de producción de esa importancia, si excluimos los lagares hallados en Doña Blanca. No obstante, hay que tener en cuenta que la producción de vino conlleva un largo proceso y unos especiales cuidados que difícilmente puede dar frutos en un corto espacio de tiempo, máxime si su producción está destinada a cubrir un mercado amplio, lo que conlleva un

proceso de comercialización de enorme costo que incluye la elaboración de envases y de los medios de transporte idóneos para abastecer a las zonas más alejadas. Como es lógico, con el tiempo aparecerán en el Bajo Guadalquivir y Huelva lagares que confirmen la elaboración de vino en estas zonas; de otra forma no tendría sentido la existencia de un enorme número de copas griegas, ánforas y otros elementos relacionados con el consumo del vino en necrópolis, poblados y santuarios. Pero, curiosamente, el único lagar que conocemos en el suroeste se localiza en la periferia de Tarteso y en un momento muy reciente, en el siglo v a.C.; se trata del localizado en la estancia E-4 del edificio de La Mata de Campanario, publicado en 2004.



FIG. 42. *Lagares del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, 1995).*

El rastro del vino lo podemos seguir tan sólo por los posibles envases que lo contuvieron, caso de las ánforas R-1 fenicias, imitadas en la península a partir del vi, o las tipo Cintas 282-283 y las centromediterráneas tipo 286. Más dificultades tenemos a la hora de identificar otros instrumentos necesarios en las culturas mediterráneas para acompañar los rituales o la ingesta del vino. En los primeros momentos de la colonización,

el vino, seguramente de importación, debió estar restringido a las jefaturas sociales tartésicas; su presencia en lugares relacionados con el culto y el ritual funerario confirma ese carácter restrictivo. En este sentido, no podemos olvidar que la práctica totalidad de los objetos relacionados con el vino aparecen que en tumbas o en lugares de culto. Es sintomático ver como por ejemplo en los poblados de San Bartolomé o Setefilla no se sobrepasan la docena de ánforas, mientras que en las necrópolis o lugares cultuales aparecen con gran profusión. Su utilización debió estar directamente relacionada con el ritual empleado en la costa oriental del Mediterráneo, desde donde se importaría no sólo el caldo y el ritual que lo acompañaba, sino también la vajilla para su uso y las técnicas de cultivo y elaboración. A partir del 573, con la caída de Tiro, hay un sensible descenso de las importaciones fenicias en el área del Estrecho, bajando el número de ánforas R-1 a favor de las A-4, éstas destinadas al almacenamiento de la salazón, uno de los productos más boyantes de esta época dentro de la nueva estrategia comercial púnica. Esta especie de revolución industrial en el área tartésica parece coincidir precisamente con la expansión y comercialización del vino, apareciendo imitaciones locales de las R-1 para facilitar su transporte y almacenamiento. A partir del siglo VI, una vez asentadas las colonias griegas en el Mediterráneo occidental, se aprecia la introducción masiva de la vajilla relacionada con el consumo del vino, pero curiosamente se mantienen los tipos de ánforas fenicias para su distribución interior.

VII. La fase oriental de Tarteso

A la luz de los recientes hallazgos, que no hacen sino refrendar otros descubrimientos anteriores, hay una corriente dentro de la investigación protohistórica que está poniendo en cuestión el término «orientalizante» en el amplio territorio que conforma el núcleo de la cultura tartésica. Si como ya hemos dicho en su apartado específico, el hallazgo del término «orientalizante» ayudó sin duda a desarrollar un concepto vinculado a la colonización fenicia, hoy se antoja insuficiente, cuando no confuso, para definir las diferentes manifestaciones culturales que la estructuran. El vocablo «orientalizante» nace con la intención de explicar la adaptación de una moda y unas ideas venidas de Oriente y asimiladas por los indígenas; pero la presencia de gentes procedentes del Levante del Mediterráneo parece cada día más importante y definitoria de la cultura tartésica, por lo que sería más lógico hablar del Período Oriental que del Orientalizante, pues el cambio cultural que produjo fue tan profundo que no caben muchos matices semánticos. Cada día parece más evidente que debemos entender el concepto de lo tartésico como al resultado de la interacción entre los indígenas y los fenicios, por lo que difícilmente podríamos definir como tartésicos a los habitantes del suroeste peninsular antes de la llegada de éstos, como tampoco podemos definir como estrictamente fenicios los hallazgos producidos tras la colonización. La confusión deriva de las interpretaciones de las fuentes históricas, pero como concluye Martí-Aguilar en un trabajo de 2007 sobre la identificación de *Gadir*-Tarteso en la revista Klio «La identificación de Tarteso y *Gadir* no respondería a la vinculación, *a posteriori*, de dos entidades históricas diferentes, sino que, desde fechas tempranas, Tarteso pudo haber sido un topónimo vinculado al mundo fenicio colonial de la península ibérica». Por este motivo, podríamos prescindir del término Orientalizante, a no ser para aplicarlo

artísticamente, toda vez que Tarteso y su cultura se concentra en un solo período histórico que, como es lógico, puede dividirse en fases, una de las cuales, la más arcaica, tiene una profunda carga oriental.

En los últimos años se han producido espectaculares hallazgos, tanto en el núcleo tartésico como en su inmediata periferia geográfica, que han abierto una fuerte polémica sobre su filiación cultural. En definitiva, la discusión se centra en si esos sitios hay que definirlos como fenicios o tartésicos, lo que algunos interpretan como oriental u orientalizante. Debemos tener en cuenta que se trata de lugares que se datan como muy pronto en torno al siglo VII a.C., por lo tanto, un siglo después del comienzo de la colonización, que sin duda debió proseguir tal vez incluso a mayor ritmo hasta al menos la mitad del siglo VI. Pero hay dos cuestiones que son merecedoras de nuestra atención para intentar entender el proceso histórico acontecido en estas tierras del sur peninsular. En primer lugar, hay que tener en cuenta que aunque es innegable la interacción entre las culturas indígena y fenicia, la descompensación entre ambas es manifiesta, pues la primera se basa en jefaturas más o menos complejas que controlan comunidades culturalmente tradicionales y poco relevantes económicamente, mientras que la fenicia está estructurada bajo un sistema político centralizado, con una sociedad de carácter urbano y una tecnología desarrollada capaz de introducir los cambios necesarios para involucrar la zona en el sistema de mercado internacional. Este drástico cambio de estrategia hizo necesaria la creación de una estructura política que sólo podía estar inspirada en la que conocían los fenicios, aunque es muy probable que se adoptaran algunos mecanismos para no mermar el poder de las jefaturas dominantes que, en cualquier caso, se irían adaptando poco a poco al nuevo sistema.

Aceptando que los primeros contactos entre fenicios e indígenas se llevaron a cabo en el siglo IX a.C., no hay motivos para pensar que la colonización se llevara a cabo hasta un siglo después, tiempo más que suficiente para que ambas sociedades calibraran sus necesidades y se consolidara una relación de confianza que concluyó con el asentamiento de los primeros colonos de origen mediterráneo, donde posiblemente no sólo habría fenicios, sino gentes de otras zonas de su entorno geográfico, donde quizá los chipriotas desempeñaron un papel determinante. Como en todo proceso colonial, el establecimiento de la nueva población foránea debió de realizarse de forma gradual, al menos eso es lo que nos transmiten los trabajos arqueológicos en las zonas afectadas, mientras que es a partir del siglo VII y, sobre todo, a comienzos del VI, cuando se percibe una colonización mucho más intensa. Es decir, habían pasado dos siglos desde que se habían producido los primeros contactos, lo que significa que había habitantes de origen fenicio que llevaban varias generaciones asentados en el sur peninsular, en muchos casos mezclados con la antigua población indígena, por lo que se sentirían tan autóctonos como los demás, aunque posiblemente ejerciendo un estatus social superior como consecuencia de haber mantenido bajo su control los resortes más estratégicos de la sociedad, caso de la economía a través del comercio, amén del poder político y religioso. Por lo tanto, los descendientes de los primeros fenicios asentados en el sur peninsular se sentirían absolutamente identificados con un territorio sobre el que pudieron ejercer un poder independizado de los intereses de la metrópolis. Esta circunstancia no es desconocida en el transcurso de la Historia, pues podría ser equiparable a la que tuvo lugar en América de la mano de los criollos de origen español que, tras doscientos años

de colonización, asumieron el poder y propiciaron la independencia de España, controlando sus descendientes el poder económico y político en América hasta nuestros días.

No tenemos datos que aboguen por una colonización fenicia del territorio apoyándose en métodos coercitivos, o al menos eso se desprende tanto de la decadencia de las estelas de guerrero, que en las zonas más meridionales exhiben más objetos de prestigio en detrimento de las armas, o de la propia ausencia de éstas, como ha puesto de manifiesto F. Gracia en su libro *La guerra en la protohistoria*. No deja de ser significativa la presencia de armas antiguas en algunos enterramientos o lugares de culto, depositadas como ofrendas, pero en ningún caso se han documentado tumbas directamente relacionadas con guerreros, lo que no deja de ser llamativo, animando a algunos investigadores a denominar de este período histórico como «pax tartésica». En este sentido hay que destacar que tan sólo el Castillo de Doña Blanca posee muralla en los momentos iniciales de su fundación, sistema defensivo del que carece el resto de los poblados tartésicos hasta bien avanzado el siglo VII a.C.

La pregunta, por consiguiente, es saber cómo se produjo la interacción entre ambas culturas, pues parece que un motivo centrado exclusivamente en intereses de índole comercial no habría generado tal grado de transformación en la sociedad indígena. Los primeros rasgos de lo oriental se manifiestan como es lógico a través de las jefaturas locales, a quienes estarían destinados los primeros productos exóticos que serían considerados como bienes de prestigio que, a la vez, servirían para cimentar su poder y facilitar las relaciones comerciales y de cualquier otra índole con los futuros colonizadores. Pero con el tiempo, esos productos se introducirían con la carga simbólica que conllevan, lo que explicaría la profusión de algunos elementos, como la orfebrería o la conjunción jarro/braserillo de

bronce, una prueba evidente de cómo va calando el uso de algunos materiales y el significado de la iconografía que los acompaña, muy vinculados al mundo de la ritualidad. Estas relaciones pudieron intensificarse con la presencia de artesanos orientales entre las comunidades indígenas para traspasar una parte de sus conocimientos como ha propuesto Almagro-Gorbea; sin embargo, parece más lógico pensar que serían los propios indígenas quienes se acercaran a los focos artesanales e industriales del núcleo tartésico para aprender o incorporar las nuevas tecnologías que, posteriormente, pudieron transmitir a las comunidades del interior, en línea con lo que ha propuesto A. Perea sobre artesanos independientes capacitados para introducir además otros rasgos culturales de los fenicios. Esta posibilidad explicaría las diferentes interpretaciones que se pueden apreciar en la iconografía orientalizante del interior que, a pesar de incorporar nuevos motivos y técnicas de elaboración, mantiene elementos propios de la cultura indígena. Un primer estadio de esa interacción consistiría, pues, en relaciones puntuales entre los primeros fenicios asentados en las costas peninsulares y las jefaturas indígenas que, a cambio de facilitar mano de obra para la explotación minera y productos agropecuarios, demandarían pronto la tecnología necesaria para introducir los cambios estructurales mínimos que les permitieran desarrollar sus propias manifestaciones artísticas que, por otra parte, ya habían conseguido un alto grado de sofisticación en trabajos como el bronce o el oro. El aumento en el volumen de los inter cambios comerciales, la aportación tecnológica de los fenicios y la integración de la mano de obra indígena en el sistema comercial fenicio, sería el germen de lo que se viene designando como orientalizante y que aquí proponemos denominar como simplemente tartésico. Como en cualquier proceso histórico de esta índole, el grado de interacción se produciría de una forma paulatina, de tal modo

que durante el siglo VIII apenas se perciben los rasgos que van a caracterizar a la cultura tartésica, que no comenzarán a percibirse con fuerza hasta el siglo VII, cuando se documentan las primeras estructuras urbanas con las innovaciones y diseños arquitectónicos de clara filiación oriental, la ocupación de la tierra para la explotación agrícola, la generalización del nuevo ritual funerario o la irrupción de una iconografía que pone en evidencia la asimilación de una nueva ideología, con claros síntomas de haber sufrido un proceso de sincretismo religioso. La expresión cultural de todo ello es Tarteso.

Por lo tanto, el debate sobre la filiación fenicia o tartésica, interpretada ésta como una expresión indígena, de algunos enclaves arqueológicos, estaría fuera de lugar cuando nos referimos a la mayor parte de los yacimientos documentados a partir del siglo VII, pues sólo podemos identificar como fenicios los más antiguos yacimientos del sureste peninsular, mientras que en el resto de la costa meridional y en el valle del Guadalquivir, lo que surgió fue el resultado de casi dos siglos de un proceso de interacción entre ambas comunidades, si bien y como es lógico, habría poblaciones donde habría un mayor peso demográfico de cualquiera de las dos comunidades, lo que se plasma en las variables que se detectan en necrópolis, poblados, producciones artesanales, interpretaciones simbólicas o en el propio elenco de los materiales. Veamos cuáles fueron los rasgos fundamentales de esas expresiones que definen la cultura tartésica.

El desarrollo urbano de Tarteso

El desarrollo del sistema urbano no se produce en el suroeste peninsular hasta el establecimiento más o menos continuado de los fenicios; con anterioridad, tan sólo conocemos algunos poblados desorganizados levantados a base de cabañas de planta circular u ovalada. No obstante, se pueden distinguir dos

modelos de asentamiento; el primero de ellos consistiría en agrupaciones de casas situadas en lugares estratégicos, con un tamaño lo suficientemente importante como para ser considerados como asentamientos de cierta entidad poblacional, pero carentes de una planificación urbana; el segundo modelo responde a agrupaciones mucho más modestas, normalmente documentadas en tierras llanas junto a los fértiles valles de los ríos principales. Varios estudios parecen demostrar que esos núcleos de mayor tamaño controlarían un territorio al que pertenecerían los poblados en llano más modestos, por lo que existiría, aunque de forma incipiente, un espacio político que serviría de base para las futuras relaciones comerciales con los colonos orientales. Pero en honor a la verdad, apenas conocemos la extensión de los centros más importantes del Bronce Final que pudieron ejercer ese poder político sobre un amplio territorio; los problemas de conservación por la superposición de estructuras de las sucesivas épocas y la ausencia de excavaciones en extensión, nos impiden tener un panorama claro de esta cuestión; no obstante, a tenor de los resultados de las excavaciones de urgencia de los últimos años, a las que se unen los sondeos estratigráficos del último tercio del pasado siglo, parece que sitios como las ciudades de Huelva, Niebla, Carmona o Córdoba, ejercerían un especial control de sus territorios circundantes. A estos sitios se podrían unir lugares de la importancia de Mesas de Asta, aún por calibrar en toda su dimensión. Pero como es lógico, deben existir otros centros, aún por evaluar por ubicarse fuera de las aglomeraciones urbanas actuales, donde gracias a la especial actividad de la arqueología de urgencia, se podrá recabar una mayor información.

De las intensas prospecciones arqueológicas que se han venido realizando en los últimos años en las áreas nucleares del suroeste peninsular, algunas de las cuales abarcan incluso una importante cobertura del territorio, se puede deducir que, en

general, parece que el sistema de poblamiento del Bronce Final sirvió como base para el desarrollo del asentamiento tartésico, si bien a partir del siglo VII a.C. surgen nuevos centros de gran importancia, como en la campiña, motivados por la nueva estrategia económica de los fenicios. Pero siempre debemos tener en cuenta los diferentes intereses económicos de cada territorio para entender la evolución del poblamiento, pues dista bastante el análisis de un poblado como el de Castrejones de Aznalcóllar, estrechamente relacionado con la explotación de la plata, de los documentados en Carmona, de clara vocación agropecuaria. Sin embargo, llama la atención el hecho de que no se haya detectado ningún espacio público en estos poblados, aunque hay que advertir de la parcialidad de las excavaciones realizadas, máxime cuando asentamientos de la envergadura de los mencionados deberían haber generado un volumen de excedentes que habría hecho necesario el desarrollo de un aparato administrativo para gestionar esos recursos y, por consiguiente, originar construcciones acordes con esa realidad, caso de almacenes, edificios públicos, zonas artesanales, etc.

Algunos investigadores han propuesto la existencia de murallas de época precolonial en alguno de estos poblados, lo que avalaría el desarrollo urbano de estas poblaciones antes de la colonización. Pero las pruebas no son contundentes; en Setefilla, donde sí se ha podido documentar una muralla del Bronce Tardío, no existen claros indicios de que fuera fortificada durante el Bronce Final; tampoco Carmona ofrece datos concluyentes sobre la existencia de una muralla previa a la colonización fenicia, pues los restos de un bastión bajo la Puerta de Sevilla, datados por sus excavadores en época prefenicia, se superponen en realidad a esa época, por lo que parece más lógico atribuir la muralla a época oriental. Sin embargo, parece que sí pueden datarse dentro del Bronce Final las murallas localizadas en dos poblados que, curiosamente, tienen una

estrecha relación espacial, vinculados además con la explotación minera; el primero de ellos es Castrejones de Aznalcóllar, junto a las minas de plata, donde Gómez Toscano documenta en su monografía sobre el Bronce Final de la zona una muralla en talud de más de un kilómetro realizada con pizarra ligada con barro; el segundo caso es el del Cabezo del castillo de Aznalcóllar, un pequeño poblado que según Hunt estaría destinado al control del territorio circundante y, por lo tanto, muy ligado a la explotación minera de la zona. La adscripción al Bronce Final de estas murallas se sustenta en la asociación de cerámicas elaboradas exclusivamente a mano, lo que probaría el grado de desarrollo de las poblaciones directamente relacionadas con la minería o con la transformación metalúrgica, caso de Niebla —donde según los recientes trabajos publicados por la Universidad de Huelva también parece detectarse un recinto murario del Bronce Final— o la misma Huelva.

Durante el siglo VIII, la presencia fenicia en el suroeste peninsular se detecta casi exclusivamente a través de sus materiales, pero apenas es perceptible en el sistema constructivo de los poblados indígenas del Bronce Final, donde probablemente se asentaría buena parte de esa población oriental. Prueba evidente de ello es el hallazgo de estructuras de cierta importancia, ya aisladas o ya dentro de un espacio urbano, que se han interpretado como espacios singulares asociados al poder político o religioso local y, lo que es más interesante, documentadas en numerosas ocasiones bajo edificios de un significativo valor social dentro ya del Período tartésico pleno. Uno de los casos más significativos es el de Montemolín, excavado por F. Chaves y M.ª L. De la Bandera, cuyo edificio «A» es una construcción de planta elipsoidal levantada sobre un zócalo de piedra y alzado de adobe con un banco corrido en su interior; los suelos de arcilla roja y los revocos de cal nos acercan a los acabados de estilo fenicio, lo que se constata por los

materiales recuperados en su interior, fechados en la transición de los siglos VIII al VII a.C. Esta enorme cabaña de más de 200 metros cuadrados se levantó a su vez sobre otra más antigua de planta similar pero a la que sólo se le asocian materiales del Bronce Final; por lo tanto, a pesar de que se introdujeron algunas novedades constructivas fenicias, se mantuvo la planta tradicional tal vez para remarcar el carácter religioso de su funcionalidad, lo que explicaría la superposición del edificio «D», ya de planta rectangular e interpretado por sus excavadoras como un santuario fenicio. También en las excavaciones que llevó a cabo M.ª E. Aubet en la Mesa de Setefilla se detecta una situación similar, concretamente en el Corte 3, donde se individualizaron quince estratos, los tres últimos adscritos al Bronce Pleno; nos interesa aquí la fase IIb del estrato XII, datado en el Bronce Final gracias al hallazgo de materiales tan característicos como las cazuelas y cuencos de carena alta con decoración bruñida en el interior, un material sin duda significativo que contrasta con la sencillez de la cabaña que los acoge, sobre la que se superponen estructuras arquitectónicas ortogonales de época tartésica que culminan con un edificio de sillares en el estrato VI, datado en el siglo V a.C., que se ha interpretado como un edificio público de posible carácter religioso. También en las excavaciones efectuadas en el Cerro de San Juan de Coria del Río, se han individualizado hasta cinco santuarios superpuestos que descansan sobre un gran horno metalúrgico indígena que pone de manifiesto el interés de los fenicios por ocupar lugares donde ya se desarrollaba una actividad industrial, amén de ser un lugar idóneo para el control de la navegación por el Guadalquivir; la datación del primer santuario en torno al siglo VIII ratifica la pronta presencia oriental en esta zona de la Baja Andalucía. Esta circunstancia también se refleja en la periferia tartésica, donde en fechas más recientes se ha documentado en dos yacimientos la existencia de

construcciones de cabañas de tendencia elipsoidal con materiales indígenas sobre las que se superpusieron edificios cuadrangulares de innegable valor cultual; el primer caso es el de Neves, en la localidad portuguesa de Castro Verde, donde se documentó una cabaña de planta oval sobre la que se construyó el edificio principal de uno de los núcleos arquitectónicos de los que consta el yacimiento, interpretado, gracias al altar que conservaba en su interior, como un santuario; el segundo caso es el de Cancho Roano, donde se detectó una construcción de planta ovalada con materiales indígenas sobre la que se levantaron los sucesivos santuarios tartésicos.

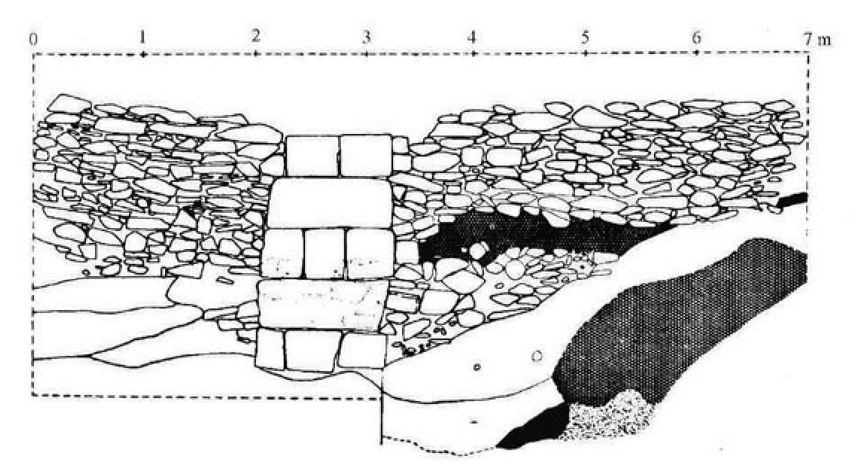


FIG. 43. *Muro del cabezo de San Pedro, Huelva.*



FIG. 44. *Detalle de la muralla de Tejada la Vieja.*

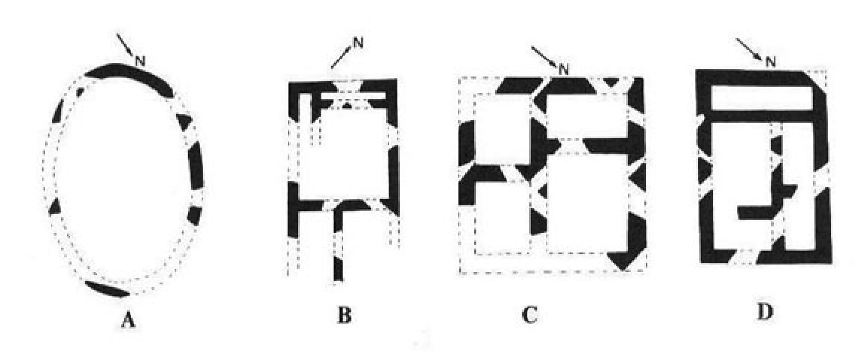


FIG. 45. *Plantas de los diferentes edificios de Montemolín (Bandera, Chaves, Ferrer y Bernáldez 1995).*

Por lo tanto, parece que los fenicios optaron desde un principio por respetar y potenciar los sitios indígenas de un alto significado religioso que, a partir del siglo VII, se convirtieron en enclaves tartésicos de primer orden. La construcción de santuarios por parte de los fenicios como inicio de sus relaciones comerciales con las colonias del Mediterráneo está sobradamente atestiguado en otras áreas, cobra así un especial significado el templo de Melkar/Heracles en Cádiz, un modelo que pudo servir para los santuarios construidos en el valle del Guadalquivir, caso de los ya mencionados de El Carambolo, Coria del Río o Montemolín, así como el más impreciso de Huelva, hallado en la Calle del Puerto 10, donde se hallaron una serie de copas griegas arcaicas con motivos dionisíacos. Estos santuarios serían, pues, el primer elemento objetivo que disponemos para certificar las relaciones entre los primeros fenicios asentados en las costas del sur peninsular y los indígenas; unos edificios que actuarían como garantes de las transacciones comerciales y, por lo tanto, como motores de la interacción entre ambas comunidades.

También será a partir del siglo VII cuando se detecten los primeros núcleos de población articulados en torno a un trazado urbano, que no urbanístico como lo clasifican algunos, término que sólo se puede plantear, si acaso y con cierta generosidad,

para los momentos más avanzados de la cultura tartésica. Como ya se ha apuntado, el problema principal radica en la falta de excavaciones en extensión que nos permitan vislumbrar cómo se organizaba un poblado tartésico; hasta hace pocos años, las intervenciones en los poblados tartésicos tenían como objetivo la identificación diacrónica de su ocupación a través de profundos cortes estratigráficos, pero si el método nos puede ayudar a ubicar cronológicamente el yacimiento e incluso a relacionarlo con otros del entorno, en nada contribuye a desvelar dónde se ubicaban los espacios de poder, los almacenes, las áreas de trabajo, etc., circunstancia que nos impide conocer la estructura jerarquizada del poblado y su relación de dependencia con otros poblados de menor tamaño localizados en su área de influencia. Si nos atenemos a la clásica definición de ciudad en el mundo antiguo, pocos asentamientos lograrían esta categoría por la ausencia de muralla, aunque yacimientos como Doña Blanca pueden darnos la clave de la verdadera estructura de una ciudad tartésica, inspirada en modelos fenicios y, probablemente, desarrollada en origen por éstos. No obstante, y a la luz de los datos que tenemos sobre las construcciones de santuarios fenicios en los inicios de la colonización, parece lógico pensar que el desarrollo urbano de los centros tartésicos evolucionará a partir de esos edificios, que actuarían así como gérmenes de los futuros poblados.

Como es lógico, los poblados evolucionarán de distinta forma dependiendo de su funcionalidad; así, se aprecian diferencias importantes entre los poblados de vocación minera o metalúrgica, los instalados en zonas dedicadas principalmente a la explotación agropecuaria y los costeros, cuya función principal es la comercialización de todos esos productos y el desarrollo del artesanado. En el caso de poblados mineros destacan especialmente los mejor conocidos de San Bartolomé de Almonte, Cerro Salomón y Tejada la Vieja, todos ellos en la

provincia de Huelva. El primero de ellos es además de enorme interés porque nos muestra el modo de vida urbano de las poblaciones indígenas que ya trabajaban el metal antes de la llegada de los fenicios. El poblado, de más de 40 hectáreas, comenzó a ser habitado hacia finales del siglo IX y se mantuvo activo hasta comienzos del siglo VI a.C., coincidiendo pues con la crisis que afecta en este siglo a las zonas mineras de Huelva. El poblado, repartido en varios altozanos separados por el arroyo San Bartolomé, está constituido por una agrupación de cabañas de planta circular u ovalada construidas con materiales muy modestos; según Ruiz Mata, estas viviendas se componían de un núcleo de habitación para la vida cotidiana y varias estructuras anexas para acoger otras funciones relacionadas con el almacenaje, el trabajo o la estabulación de animales domésticos; el poblado ofrece una disposición nuclear que debió de ser la habitual durante el Bronce Final, lo que sugiere una estructura basada en las relaciones de parentesco, si bien, a tenor de los materiales encontrados, parece detectarse cierta jerarquización social. En este poblado, muy similar al de Peñalosa, apenas se aprecian elementos fenicios a pesar de su pervivencia en pleno período tartésico, lo que nos hace pensar que el control directo de la explotación minera debió de estar en manos indígenas incluso una vez consolidada la colonización, lo que tal vez impidió el desarrollo de estos poblados hacia la típica estructura urbana de inspiración oriental. Un caso distinto es el del Cerro Salomón, donde las casas excavadas responden a un trazado ortogonal que denotan las nuevas tendencias constructivas, aunque la modestia de los materiales utilizados y la escasez de materiales significativos ha hecho que se interprete el lugar como un poblado minero.

Mención aparte merece Tejada la Vieja, por cuanto hoy por hoy es el poblado tartésico mejor conocido gracias tanto al significativo espacio excavado como a las sucesivas publicaciones

que de sus trabajos ha realizado el Servicio de Arqueología de la Diputación de Huelva. Aunque, como hemos visto, existen murallas construidas en época prefenicia en el entorno de Aznalcóllar, así como los indicios documentados en Niebla, Tejada la Vieja simboliza el poblado tartésico amurallado por excelencia, con fechas además muy antiguas que nos trasladan al siglo VIII, en consonancia, tanto cronológica como técnica, con la muralla del Castillo de Doña Blanca, de innegable autoría fenicia y modelo en el se inspirarían las murallas de los poblados tartésicos. Tras la excavación de una profunda zanja de cimentación, la antigua muralla de Tejada se levantó sobre un elevado zócalo de grandes bloques de piedra caliza sobre el que se alzaron dos lienzos paralelos, el exterior en talud y enlucido de cal, cuyo espacio interior se macizó a base de piedra, tierra y cerámica; la muralla se remató en algunos de sus tramos con bastiones semicirculares construidos con la misma técnica. A finales del siglo VI a.C. se adosó al paramento exterior de la antigua muralla un nuevo lienzo también en talud pero protegido ahora por bastiones rectangulares levantados a base de lajas de pizarra. El resto del alzado de sendas murallas sería de adobe o tapial, como el de los muros de las casas. Si la primera muralla puede obedecer a un objetivo más simbólico que defensivo para enfatizar su rango urbano, la segunda parece que más bien responde a la ines tabilidad que se percibe en el tránsito hacia la época turdetana, como se ha documentado en otros yacimientos meridionales. El problema de Tejada es que apenas se conocen restos de habitación del siglo VIII, lo que ha puesto en serias dudas la datación de su primera muralla en fechas tan antiguas, máxime cuando los materiales de los niveles inferiores siempre se asocian, aunque sea de forma discreta, a cerámicas a torno. Por último, cabe recordar que el trazado urbano que se conserva de Tejada pertenece casi exclusivamente a su última fase de ocupación, es decir, el siglo VI a.C., por lo

que desconocemos su entramado urbano más antiguo, probablemente constituido por cabañas circulares irregularmente repartidas por el altozano, propio de las comunidades indígenas. Tejada surge como un centro estratégico entre las zonas extractivas de Aznalcóllar y las metalúrgicas de San Bartolomé de Almonte y la propia Huelva, aunque sus excavadores no descartan que también se llevasen a cabo labores extractivas en su entorno inmediato.

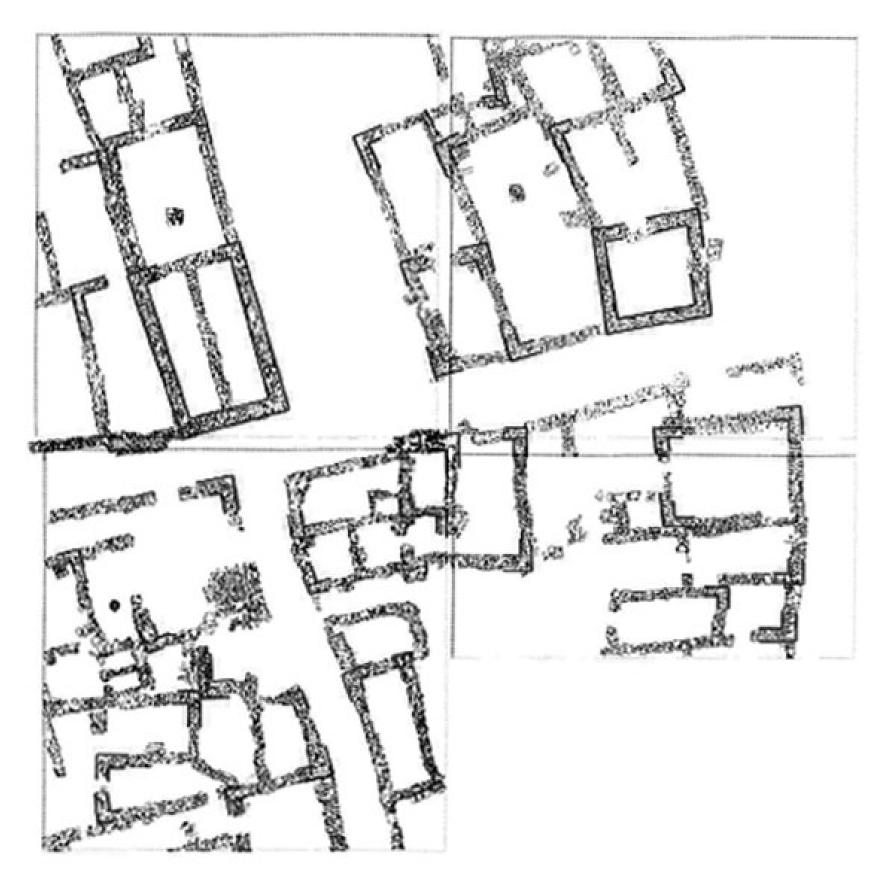


FIG. 46. *Planimetría de un sector del poblado de Tejada la Vieja (J. Fernández Jurado, 1987).*

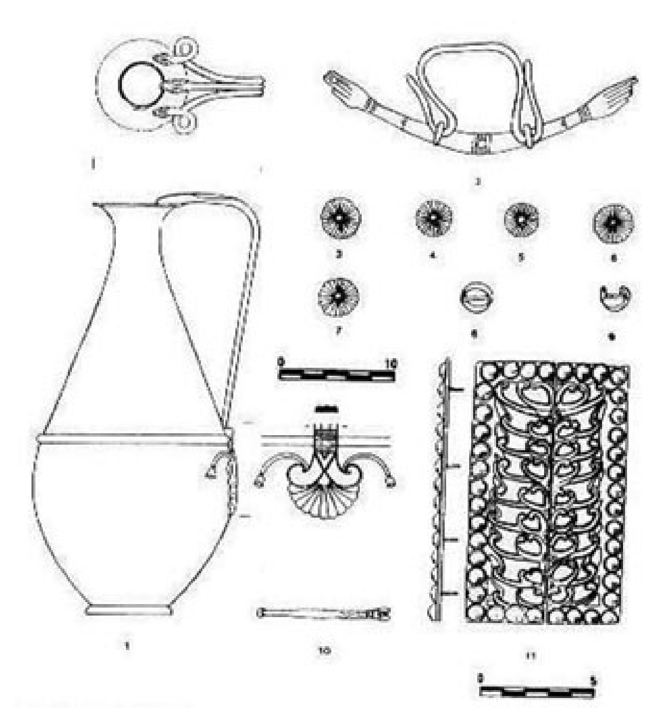


FIG. 47. *Ajuar del enterramiento de El Palmerón, Niebla, Huelva. (Según Belén, 1995).*

Niebla es sin duda otro de los centros importantes para entender la estructuración del territorio tartésico en la Tierra Llana de Huelva, como han puesto de manifiesto los exhaustivos trabajos llevados a cabo por la Universidad de Huelva en sendos monográficos sobre la evolución del paisaje en esta zona, donde destaca especialmente el editado en 2006 sobre las excavaciones de Niebla y la ocupación de su territorio. La ubicación de Niebla junto al río Tinto le permite dominar el eje de comunicación entre la zona minera y la propia Huelva; además, está fácilmente comunicada con el valle del Guadalquivir, lo que le confiere esa posición estratégica que se manifiesta en su pronta ocupación y en la importancia de los materiales localizados en las numerosas excavaciones realizadas en su interior desde el pasado siglo; sin embargo, la continua ocupación de la ciudad hasta nuestros días nos impide conocer su trazado urbano y algunos de los significativos edificios de

carácter público que debió albergar. En 1934 se halló en el cercano cerro del Palmerón un túmulo con una sepultura de cremación en su interior que contenía un rico ajuar, entre cuyos materiales destaca el hallazgo de una bandeja de plata y un conjunto jarro/braserillo de bronce, así como placas de cinturón, algunas puntas de lanza, una espada y cerámicas fenicia, lo que da una idea del poder que llegaron a alcanzar alguno de los personajes relacionados con la explotación metalúrgica, o al menos eso parece desprenderse de las numerosas escorias de plata recogidas en varios de los sondeos efectuados en la ciudad. Esta tumba «principesca», fechada entre finales del siglo VII y principios del VI a.C., se asemeja a las halladas en la necrópolis de La Joya de Huelva, lo que incide en esa relación directa entre ambas localidades.

Tampoco conocemos la estructura del trazado urbano de *Onoba*, la actual ciudad de Huelva, y ello a pesar de las numerosas excavaciones de urgencia llevadas a cabo en la ciudad; parece que el grueso de la población indígena estaba asentada en las laderas de los cabezos, entre los que destaca el de San Pedro, considerado por algunos investigadores como el lugar que pudo albergar la hipotética acrópolis de la ciudad tartésica, entendida ésta como el lugar donde se establecería el poder político y religioso del territorio dominado. En este cabezo se ha documentado un asentamiento anterior a la colonización fenicia, pero es hacia mediados del siglo VIII cuando se detecta una mayor actividad coincidiendo con la presencia efectiva de los fenicios, quienes construyeron un muro de innegable técnica oriental junto al que se halló un fragmento de *oinochoe* también de origen fenicio. El famoso muro conserva casi 10 metros de longitud y se levantó con mampostería de pizarra, interrumpida cada cierto espacio por una pilastra de sillares dispuestos a soga y tizón. Son muchas las interpretaciones que se han vertido sobre la funcionalidad de

este muro, para algunos un simple paramento para contener los movimientos de tierra del cabezo, para otros una auténtica muralla que acotaría la acrópolis. Lamentablemente, no se han podido realizar excavaciones en extensión sobre el cabezo, por lo que cualquier hipótesis sobre la funcionalidad del muro es difícil de contrastar. A partir del siglo VII, la intensificación de la actividad metalúrgica y su comercialización a gran escala, va a producir un crecimiento económico que se plasmará en el aumento de la construcción en las zonas bajas de la ciudad, construcciones que ahora se levantan con plantas rectangulares sobre zócalos de piedra y alzados de adobe y suelos de arcilla roja o tierras bien apisonadas; también en la calle del Puerto de la ciudad se han exhumado construcciones en las que se documentaron escorias de fundición de la plata y hornos que demuestran el desa rrollo de la actividad metalúrgica de Huelva en época tartésica. Pero el que surjan estos barrios industriales o se generalice ese tipo de vivienda no quiere decir que no sigan existiendo cabañas circulares u ovaladas hasta al menos el siglo VI, lo que nos ilustra una vez más sobre la agudización de las desigualdades sociales en la sociedad tartésica a partir de la colonización.

La construcción del muro del Cabezo de San Pedro demuestra la implicación directa de los fenicios en momentos muy antiguos, tal vez coincidentes con la colonización o instalación efectiva de éstos en Huelva. No debemos olvidar que la frecuentación de los fenicios en Huelva, aunque sea de un modo esporádico, data de al menos un siglo antes, como hemos visto gracias a los materiales exhumados en el solar de la calle Méndez Núñez, por lo que su establecimiento definitivo y el proceso de interacción con las comunidades indígenas fue más pausado que el que se atestigua en otras zonas del Bajo Guadalquivir, tal vez debido a que en la zona de Huelva existía una estructura de poder relacionada con la minería, la

metalurgia y su comercialización que impidió su rápida colonización; de hecho, y a pesar de que se detecta la introducción de nuevas tecnologías para la extracción y el proceso metalúrgico, no hay en esas zonas del interior de Huelva una presencia fenicia tan evidente como en otras zonas del sur peninsular.

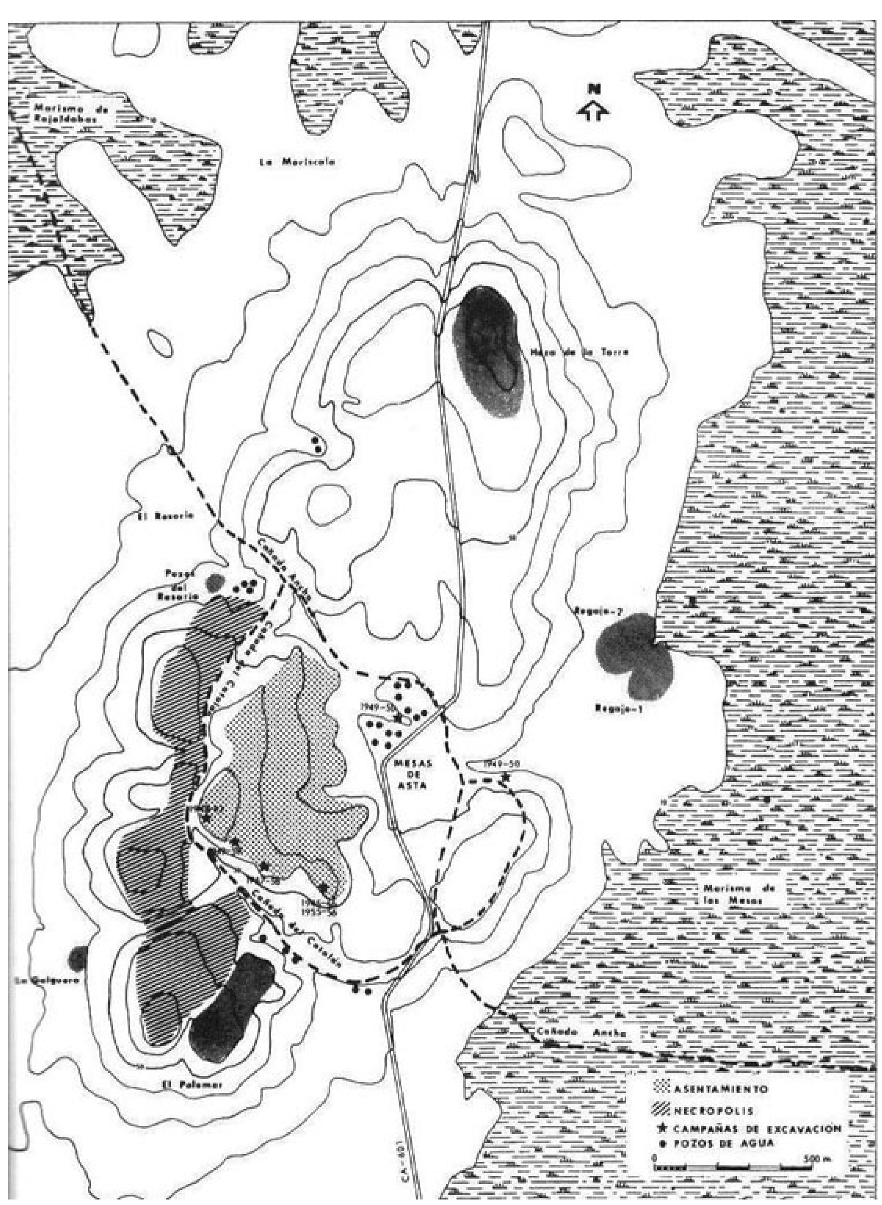


FIG. 48. *Plano de Mesas de Asta (González, Barrionuevo y Aguilar, 1995).*

En el área del Bajo Guadalquivir tampoco disponemos de mucha información sobre el trazado urbano de los asentamientos tartésicos, pues tan sólo contamos con restos de construcciones documentados en algunas ciudades como consecuencia de las numerosas excavaciones de urgencia practicadas en sus cascos urbanos. Uno de los lugares más interesantes —aunque desgraciadamente poco conocido a pesar de las excavaciones que se llevaron allí a cabo entre los años 40 y 50 del pasado siglo—, es Mesas de Asta, en el término municipal de Jerez de la Frontera. En su momento, el asentamiento estuvo ubicado junto a la orilla del antiguo Golfo Tartésico, cerca además del estuario del Guadalete, un lugar privilegiado que ha sido reivindicado en numerosas ocasiones como uno de los puntos donde pudo erigirse la perdida ciudad de Tarteso y donde sin duda debió existir un área urbana de grandes dimensiones a tenor de la magnitud de su necrópolis. Estamos pendientes de las excavaciones que parece que se van a emprender pronto, pues hasta el momento, y gracias a las prospecciones llevadas a cabo, sólo sabemos que se han detectado importantes asentamientos, tanto del Bronce Final como de época tartésica, que dejan grandes espacios sin ocupar entre ellos, como ya se atestiguó en San Bartolmé de Almonte. En los poblados de cabañas se han encontrado materiales fenicios fechados en torno al siglo VIII, mientras que a partir del siglo VII a.C. se generaliza la construcción de casas de planta rectangular.

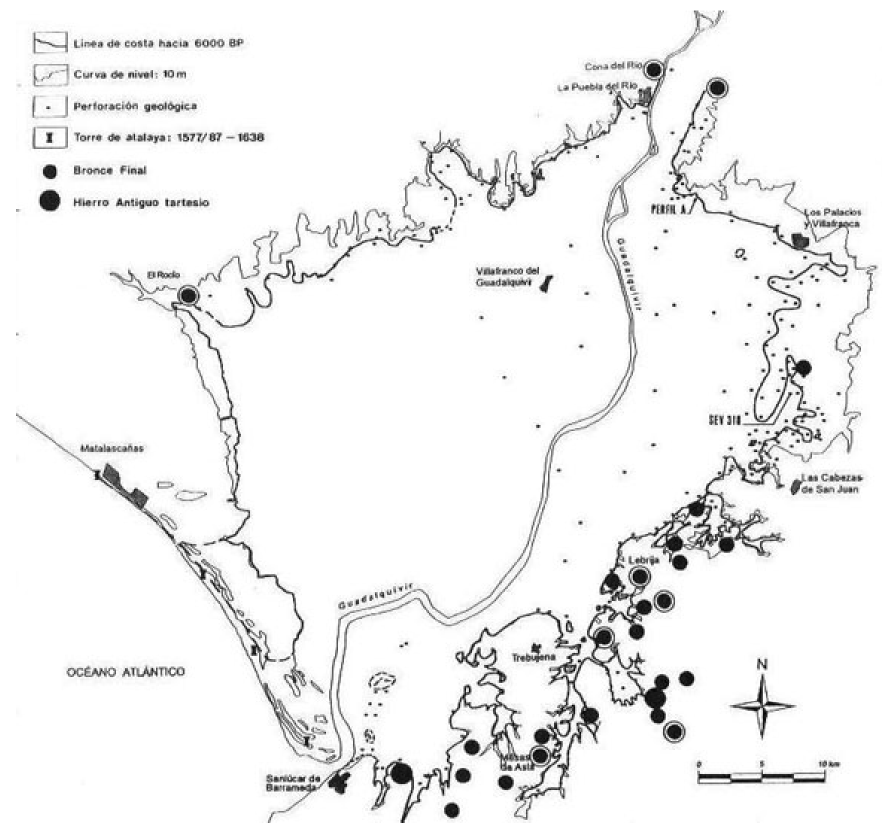


FIG. 49. *Yacimientos tartésicos del Golfo del Guadalquivir (Arteaga, Schulz y Roos, 1995).*

En general, el poblamiento tartésico del Bajo Guadalquivir se organiza junto a las orillas del antiguo estuario o Golfo Tartésico, prolongándose aguas arriba hasta al menos Montoro, en la provincia de Córdoba, con hitos de gran interés como Setefilla, en Lora del Río, o algo más al sur, Alcalá del Río, la antigua *Ilipa*, de donde disponemos de una rica documentación gracias a los trabajos que se han realizado en los últimos años tanto en la calle Marina de Pineda del casco urbano de la ciudad como, sobre todo, en la necrópolis de la Angorrila, todos ellos recogidos en un monográfico publicado este mismo año. Además de los yacimientos mencionados, disponemos de alguna información procedente del Cerro de las Cabezas, junto a Santiponce, de la propia *Spal*, la *Hispalis* romana cuyo nombre,

que parece derivar de su fundación fenicia, significaría «la llana», y, principalmente, de Carmona. Todos estos asentamientos, algunos de ellos ocupados desde el Bronce Final, aumentan sensiblemente su población a partir de la colonización fenicia, gracias tanto a su situación estratégica como a la intensificación de los trabajos agrícolas que a partir del siglo VII a.C. parecen primar la economía de la zona.

Debemos suponer que la organización del hábitat tartésico estaba directamente inspirada en el modelo fenicio, por lo que el Castillo de Doña Blanca se nos presenta como esencial para entender ese desarrollo urbano, así como la propia Tejada la Vieja, si bien el trazado urbano que mejor conocemos de este yacimiento se corresponde ya con el período turdetano, pero no debió de diferir mucho del documentado en esta época más reciente. Los poblados debieron estar estructurados en manzanas conformadas por casas de planta cuadrangular, generalmente alargadas, delimitadas entre sí por calles de trazado irregular y anchura variable. Las casas se construyeron sobre zócalos de piedra en los que descansan las paredes de adobe cubiertas por vigas de madera y ramaje impermeabilizadas con barro. Los suelos eran de tierra batida, a veces rematados con arcilla roja o lechadas blancas de cal. En el centro de las casas se disponían los hogares, generalmente circulares, que reposaban sobre una cama de guijarros o cerámicas para aislarlos de la humedad. Pero no todas las casas responden a un modelo regular; no podemos obviar que las cabañas de planta circular u ovalada siguieron existiendo hasta época turdetana en paralelo a las de planta rectangular, al igual que existen otros modelos mixtos de gran interés. En este sentido destaca Campillo, una construcción excavada en la zona de la campiña del Puerto de Santa María. La cabaña, de planta rectangular, tiene sin embargo las paredes hechas a base de un entramado de maderas revocadas de barro y enlucidas con una arcilla ocre sobre las que se pintaron bandas

verticales de color rojo; la techumbre, a dos aguas, también estaba formada por juncos y maderas, mientras que el suelo se encontraba pavimentado con conchas para aislar la casa de la humedad. El espacio interno estaba dividido por una fina pared para aislar la cocina del área de habitación y almacén; en este sentido, debemos destacar que algunas casas tartésicas presentan a la entrada un elemento constructivo novedoso que consistía en una mampara o muro curvo, inspirado en las casas del área sirio-palestina, levantado para proteger la entrada y para separar sendos ambientes.

Mientras que en los poblados de nueva planta surgidos al amparo de la colonización fenicia las construcciones se ajustaban al modelo oriental, las innovaciones arquitectónicas fueron introducidas lentamente en los poblados que ya existían en fases anteriores, donde incluso se mantuvo el trazado urbano generado por las cabañas circulares u ovaladas que en algunos sitios perduraron hasta bien entrada la época turdetana. Aunque hay numerosos ejemplos de poblados donde se mantienen las plantas de las cabañas antiguas en cuyo interior se hallaron materiales fenicios significativos, tal vez uno de los ejemplos más llamativo sea *Acinipo*, junto a la ciudad de Ronda, por la alternancia de cabañas circulares y rectangulares durante la Edad del Hierro.

A pesar del desconocimiento que tenemos del trazado urbano de los asentamientos tartésicos, algunos investigadores han propuesto la existencia de auténticas acrópolis donde se ubicarían los edificios públicos más significativos. Así ha sido definido el espacio donde se hallaron las construcciones de Montemolín, el mismo Cabezo de San Pedro, al amparo del hallazgo del famoso muro fenicio, o algunos espacios sin excavar pero que ofrecen condiciones idóneas para guardar restos arqueológicos significativos, como la Mesa de Setefilla, donde hoy se conservan las ruinas del castillo medieval. La verdad es

que carecemos del más mínimo dato arqueológico que nos ayude a contemplar esta hipótesis; sus defensores ponen como ejemplo los conocidos casos de Grecia, Etruria y el Lacio, pero olvidan su inexistencia en el Mediterráneo oriental y central. En cualquier caso es un debate vacío hasta que no se pueda excavar un poblado en toda su extensión, pero por el momento sólo podemos hablar de significativos edificios de carácter público aislados, relativamente alejados de los núcleos urbanos, o bien de construcciones singulares dentro de los complejos urbanos, como se ha puesto de manifiesto en yacimientos como Coria del Río, Carmona o Castro Marín. Nuevos hallazgos como la muralla de casamatas y los espacios de habitación asociados descubiertos recientemente en cerro del Castillo de Chiclana, siguen abriendo nuevas posibilidades para ampliar nuestro conocimiento sobre el desarollo urbano de la zona.

La arquitectura religiosa en Tarteso

En los últimos años se han descubierto una serie de edificios datados entre los siglos VIII y VI a.n.e que se vienen asociando a una función religiosa. Como se apuntaba antes, son edificios que o bien aparecen aislados o bien se integran en el entramado urbano, en cuyo caso se denominan «edificios singulares», ya por exceder las dimensiones del resto de los edificios que los rodean, ya por organizar de forma diferente su espacio interior, introduciendo elementos constructivos ajenos al resto, o ya por haberse hallado en su interior elementos de claro significado cultual. La discusión se centra fundamentalmente en el significado de estos edificios que, por lógica, no deben carecer de un componente político, si bien sus principales características radican precisamente en la existencia de una serie de elementos arquitectónicos exclusivos y en el hallazgo de una serie de objetos suntuosos que los asocian al mundo religioso. Por último, el hecho de que la mayor parte de estos edificios se hayan encontrado aislados en el paisaje, dominando lugares con

un alto valor estratégico, ha propiciado que se les haya clasificado como santuarios, en el sentido oriental del término; es decir, un centro de fuerte componente económico y comercial donde reside la deidad que a su vez representa el poder político. La proliferación de estos edificios ha introducido un tema inédito en nuestra protohistoria hasta los años 80 del pasado siglo, a raíz del hallazgo del santuario de Cancho Roano, situado en la periferia tartésica, lo que desde un principio abrió la posibilidad de hallar otros monumentos de estas características en el núcleo de Tarteso, donde, como es lógico, se debía de haber originado este fenómeno. Y en efecto, tras las recientes excavaciones en El Carambolo y la reinterpretación de algunos edificios excavados en las pasadas décadas, se ha abierto una nueva vía en la investigación que nos está aportando una magnífica documentación sobre las técnicas constructivas de estos singulares monumentos, sobre la organización del territorio y sobre la importancia de la religión en los primeros compases de la colonización a través, precisamente, de estos santuarios.

La colonización fenicia en la península ibérica está estrechamente ligada a la fundación del templo de Melkart en Cádiz, centro religioso que alcanzó una considerable fama incluso en época romana. Tras su fundación en la primera colonia del extremo occidental, los fenicios debieron promover la construcción de otros templos o santuarios en las zonas que iban colonizando en el entorno de la desembocadura del Guadalquivir, así, el santuario debió convertirse en un nexo entre los fenicios y los indígenas. Según M.ª E. Aubet, en su monografía sobre Tiro y las colonias fenicias de Occidente, el santuario era un pilar fundamental en el desarrollo del comercio antiguo, «la protección a los visitantes de un mercado o lugar de intercambio estaba garantizada por un templo edificado en las proximidades, que, en ocasiones, actuaba como eficaz

intermediario financiero o banco. Los santuarios fueron en la Antigüedad los primeros lugares de transacciones comerciales en país extranjero. La primera condición de todo mercado o colonia comercial establecida en una frontera o país lejano era la seguridad de que sus visitantes no iban a ser molestados o robados. Y esta seguridad la ofrecía, por regla general, un dios, bajo cuyos auspicios y protección se verificaban las transacciones». El dios no sólo garantizaría la calidad de las mercancías, sino que también sancionaría el intercambio efectuado, recibiendo el santuario a cambio una fracción de los beneficios adquiridos por las partes involucradas. Por ello, recibiría una serie de prebendas que enriquecerían considerablemente sus arcas, lo que justificaría las continuas reformas y ampliaciones de los santuarios excavados en el área tartésica y la calidad tanto de sus tesoros como de los objetos exóticos hallados en su interior.

Si en un principio el santuario debió significar la unión entre la metrópoli fenicia y la colonia, con el tiempo, y gracias a politeísmo y la ductilidad de la religión fenicia, debió convertirse en el punto de encuentro entre los colonizadores y los indígenas, para quienes representaría la garantía de sus intercambios comerciales. Como es lógico, la construcción de los nuevos santuarios por parte de los fenicios debía contar con el beneplácito de los indígenas para así asegurarse la fluidez del transporte, así como las mínimas garantías de seguridad en el almacenaje de los productos. De esta forma, los santuarios más antiguos se levantaron en puntos de gran valor estratégico, en promontorios junto al curso del Guadalquivir, mientras que con el paso del tiempo y tras la expansión de la colonización y la consiguiente interacción con los indígenas, estos edificios aparecen diseminados por un amplio territorio, controlando ahora otros puntos de interés económico y geoestratégico.

Como es lógico, los fenicios debieron ir adaptando paulatinamente sus creencias y ritos a los existentes en la sociedad indígena para así facilitar su integración, aunque a tenor de lo que se ha podido documentar, parece obvio que prevalecieron los principios religiosos de los colonizadores. Los sistemas religiosos están integrados en organizaciones sociales concretas, donde las estructuras económicas juegan un papel fundamental; así, la religión fenicia derivaba de un sistema social estratificado de carácter urbano, mientras que la sociedad que los recibe en la península se encontraba en un estadio muy diferente, lejos de esa complejidad social. La religión, y el santuario como su expresión más explícita, se convirtieron así en el más potente vehículo de la colonización toda vez que no sólo introduce los ritos necesarios para desarrollar el culto, sino sobre todo la ideología en la que se basa la creencia, que además se transmite a través de un lenguaje específico que debe ser aprendido. Estos santuarios, por lo tanto, debieron estar controlados en un principio exclusivamente por fenicios, como lo demuestra la técnica arquitectónica empleada para su construcción, como ya ocurrió con las primeras sepulturas de cámara realizadas con una cuidada mampostería en las zonas del río Algarrobo o en el Morro de Mezquitilla, de evidente factura oriental. Pero con el tiempo, tanto las necrópolis como los propios santuarios se fueron configurando con una cierta originalidad, tanto en el ritual como en las propias construcciones, consecuencia lógica de la interacción entre ambos grupos. El resultado, a partir del siglo VII, es la construcción de santuarios de factura algo menos cuidada donde se incorporan ritos y objetos propios de esa integración, aunque siempre predominando los aspectos más orientales.

Si, como es lógico, los santuarios más antiguos se establecieron junto al curso del Bajo Guadalquivir y en la zona de Huelva, en el foco tartésico, también se han documentado

espacios sacros tanto en la costa portuguesa como en el interior del suroeste peninsular, aunque parece que éstos son una consecuencia de la posterior colonización tartésica del interior. Lo cierto es que buena parte de los aspectos culturales de Tarteso los conocemos a través de estos edificios de innegable carácter religioso, que además suponen la prueba más evidente del mantenimiento de las tradiciones culturales fenicias en la península, reinterpretadas y desarrolladas por la cultura tartésica.

Para definir estos lugares como santuarios o espacios de culto, deberíamos partir de la consideración de Renfrew, según la cual, la identificación de un lugar de culto debe realizarse en base a una conjunción de varios atributos y nunca por la presencia de uno solo. Mientras que para el mundo ibérico existen diferentes sistematizaciones para definir lugares sagrados o de culto, para el mundo tartésico no se ha creado ningún modelo donde encuadrarlos. Sin embargo, parece que la clasificación de Domínguez Monedero se adaptaría mejor a esta tipificación, pero eliminando algunos tipos exclusivos de la sociedad ibérica. De esta forma, para Tarteso podemos hablar de santuarios urbanos, santuarios empóricos, santuarios rurales y santuarios supraterritoriales. Como es lógico, también se pueden incluir otros lugares de culto, como capillas urbanas, tanto de carácter público como domésticas, pero por el momento no se ha podido documentar ninguna. En este sentido habría que resaltar la ausencia de un modelo concreto que identifique un lugar de culto que no sea un santuario; no podemos olvidar que en el cercano mundo ibérico existen numerosos edificios calificados como sacros que ofrecen plantas similares a las domésticas. Las causas, como ya apuntaban Bonet y Mata, están en función de la categoría del asentamiento, del tipo de recinto religioso, de su integración o no en la trama urbana, así como de la topografía del terreno. Pero también debe tenerse en cuenta la importancia de la advocación en un santuario concreto, pues como ha

sucedido a través de la Historia, un lugar de culto puede desarrollarse y hacerse más complejo en función de su importancia y de la capacidad que tenga para aglutinar a la gente que viva tanto en su entorno como en otros territorios más alejados; en este caso, la consecuencia inmediata es el rápido enriquecimiento del centro y la ampliación de su espacio, lo que también incidirá en el cambio de las plantas arquitectónicas originales. Por lo tanto, y a pesar de la evidente similitud entre la plantas de los distintos santuarios tartésicos documentados, no deberían ser los rasgos arquitectónicos los que definan su funcionalidad, sino la presencia de elementos relacionados con el culto; de este modo, como ya apuntó M. Belén, «un santuario o templo se debe deducir por los símbolos hallados en su interior o por el hallazgo de ofrendas o evidencias rituales». Es necesario detenerse con cierto detalle en los edificios más importantes identificados como santuarios en época tartésica, sobre todo porque estos monumentos, junto con las necrópolis, los que nos están deparando la información más completa sobre el desarrollo y la configuración de la cultura tartésica.

Tenemos muy pocos datos procedentes de la ciudad de Huelva; sin embargo, en las excavaciones de la calle Méndez Núñez con la plaza de las Monjas, de donde procede el excepcional lote de material de origen mediterráneo de época precolonial, se detectó en los niveles superiores un edificio de grandes dimensiones que Campos y Gómez Toscano identificaron con un santuario de carácter empórico que, por los hallazgos de varios vasos de libaciones y perfumes, una garra de felino y, sobre todo, de una terracota representando una figura femenina, fue interpretado por R. Olmos como un santuario dedicado a Astarté. El complejo religioso, con al menos tres fases de ocupación, se articulaba en torno a un espacio abierto donde confluían los diferentes habitáculos de que constaba, si bien no

conocemos su planta general. La fase más antigua se ha datado entre el siglo VII y principios del VI a.C. por la presencia de un fragmento de un vaso griego de *Komastoi*, mientras que las dos fases más modernas ocupan el segundo tercio del siglo VI y los finales de este siglo y el principio del V a.C., respectivamente. Es difícil saber si habría algún edificio anterior en el lugar o en sus inmediaciones, pero ya se ha insistido en la posibilidad de que en Huelva, por su implantación demográfica y por su especial grado de desarrollo en función de la explotación minera, la colonización fenicia se realizara mediante otros mecanismos que en nada se asemejan a los que se llevaron a cabo en el Bajo Guadalquivir.

Junto a la desembocadura del Guadiana se encuentran los yacimientos portugueses de Tavira y Castro Marín, donde también se han identificado espacios relacionados con el culto. En el caso de Tavira, en las excavaciones practicadas en el palacio de Galería, se localizaron unos pozos datados en el siglo VII e interpretados como rituales por los materiales recogidos en su interior, entre los que destacaban jarros de boca de seta, lucernas, huevos de avestruz, cerámica de engobe rojo y fragmentos de *pithoi*, junto a restos de fauna. Mayor interés —por localizarse dentro de una amplia zona de hábitat— presenta el yacimiento hallado en el interior del castillo de Castro Marín, compuesto de varias fases entre los siglos VII y III a.C. En la fase III, en torno a la mitad del siglo VII, se localizó una estructura de adobes cuadrangular de un metro cuadrado delimitada por piedras; el lado oriental se encontraba elevado y conservaba restos sometidos a la acción del fuego, mientras que el resto de la superficie estaba enlucida por una capa de arcilla roja con fragmentos cerámicos. Mayor interés ofrece la estancia 27 de la fase IV, datada en el siglo VI, un espacio rectangular orientado al Este precedido por un pavimento de conchas muy similar al que se documentó en El Carambolo; en el interior de la habitación,

pavimentada de arcilla roja, se localizaron bancos corridos adosados a las paredes y plataformas de piedra que a su vez se apoyaban en los bancos, todos revocados por una capa de cal; en el centro de la estancia, donde se documentó una urna tipo Cruz del Negro, se construyó un altar rectangular de adobes en cuya esquina noroeste se practicó una pequeña cavidad delimitada por una moldura de barro. En las fases más modernas se documentaron en el lugar enterramientos infantiles y un *bothros* con gran cantidad de material arqueológico.

Junto a la margen derecha del estuario del río Sado se encuentra el sitio de Abul, edificado hacia la primera mitad siglo VII. Se trata de un edificio de planta cuadrangular con un patio central abierto en torno al cual se organizan los diferentes habitáculos pavimentados de arcilla roja. A finales de ese siglo, el edificio sufrió una serie de remodelaciones que afectaron especialmente al patio, en cuyo centro se construyó una estructura de adobe ligeramente rectangular en cuyo interior se recogieron cenizas que han ayudado a interpretarla como un altar. Este edificio estaba totalmente rodeado por un foso, un elemento de gran interés porque también se ha documentado en otros edificios de similares características, como en el de Cancho Roano. El asentamiento parece, pues, que debería interpretarse como un santuario empórico levantado en un lugar de un enorme valor estratégico. Para ratificar su valor religioso, hay que señalar que en Abul B, la construcción del siglo V a.C., se halló un *bothros* que no hace sino reforzar el sentido religioso del emplazamiento.

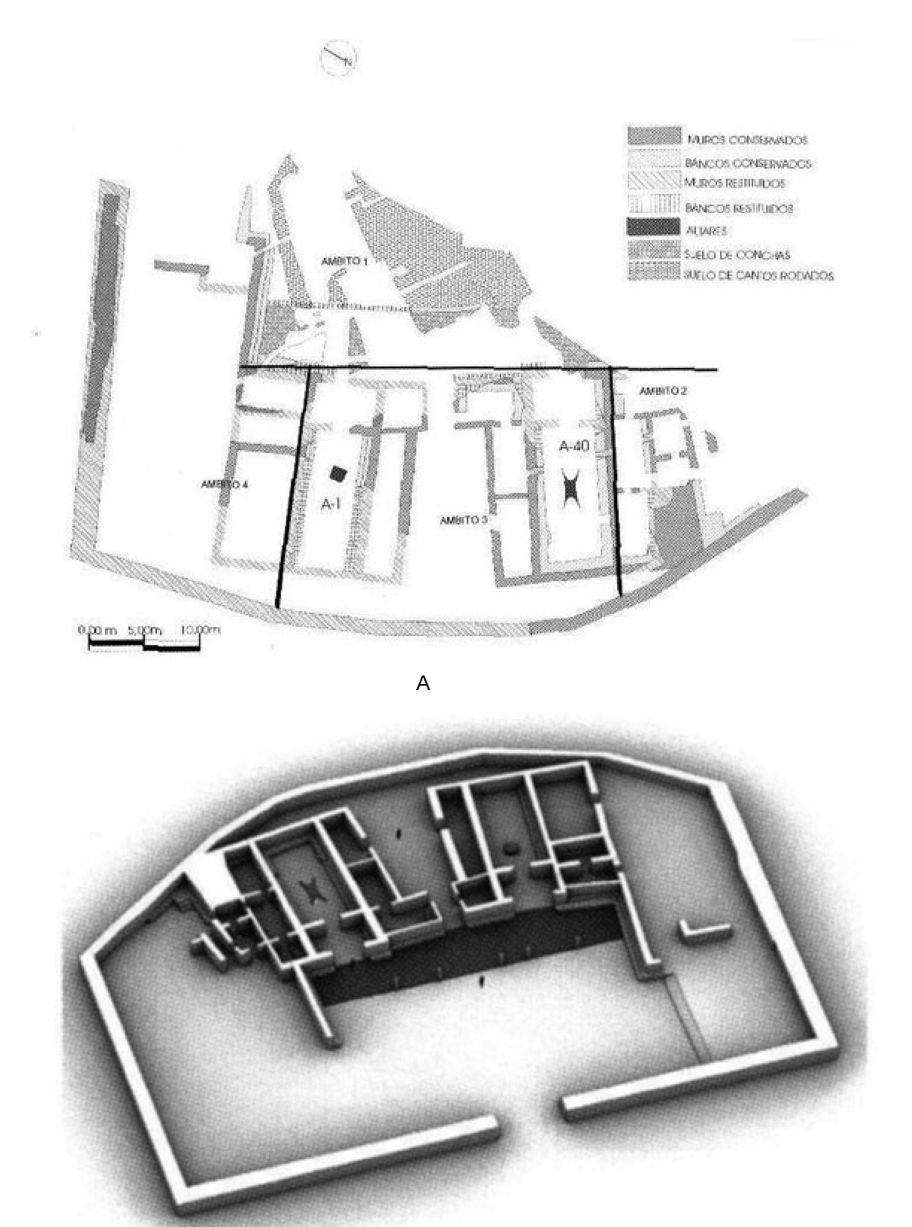


FIG. 50. A) *Planta del santuario C de El Carambolo.* B) *Restitución del Santuario C o Carambolo III. (Según Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007.)*

El Carambolo es sin duda el yacimiento arqueológico más significativo de la cultura tartésica desde su descubrimiento en 1958; en los últimos años ha sido profundamente revisado y

excavado en extensión, aportando una rica y completa documentación que ha obligado a reinterpretar su funcionalidad. El Carambolo ha sido entendido hasta hace unos años como un poblado cuya ocupación se había originado en el Bronce Final; sin embargo, una detallada revisión de los diarios de campo de Carriazo primero y, sobre todo, las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en el sitio después, han permitido reinterpretar la funcionalidad del yacimiento, hoy calificado sin ambages como un santuario fenicio. Desde un principio había llamado la atención de los investigadores el denominado «fondo de cabaña» donde se había hallado el famoso tesoro áureo, pero ha sido la revisión de los materiales que lo acompañaban, entre los que se hallaban algunos betilos y otros objetos relacionados con el culto, lo que ha propiciado una nueva interpretación por parte de M. Belén y J. L. Escacena, según la cual la presunta cabaña correspondería a un depósito de relleno dentro de una gran fosa de carácter ritual en la que se amortizaron los restos de los sacrificios y cultos llevados a cabo en el santuario; la valoración por parte de Belén no deja dudas: «El Carambolo Bajo no fue un poblado tartésico, sino un santuario fenicio en el que recibía culto la diosa Astarté». Esta afirmación, realizada en 2001, se vio rápidamente ratificada gracias a las excavaciones que comenzaron a desarrollarse en el cerro a comienzos de este siglo y que han finalizado en 2005, publicando sus excavadores varios artículos y una monografía editada en 2007 —*Tartessos desvelado*— que no hace sino confirmar la existencia de un gran santuario en El Carambolo dedicado a un doble culto de las divinidades fenicias Baal y Astarté. De confirmarse algún día la existencia de *Spal*, un poblado de fundación fenicia que se ubicaría en algún altozano de la actual ciudad de Sevilla, El Carambolo habría desempeñado el papel de santuario

extraurbano desde el que se dominaría la antigua desembocadura del Guadalquivir, una posición privilegiada que justificaría su enorme importancia.

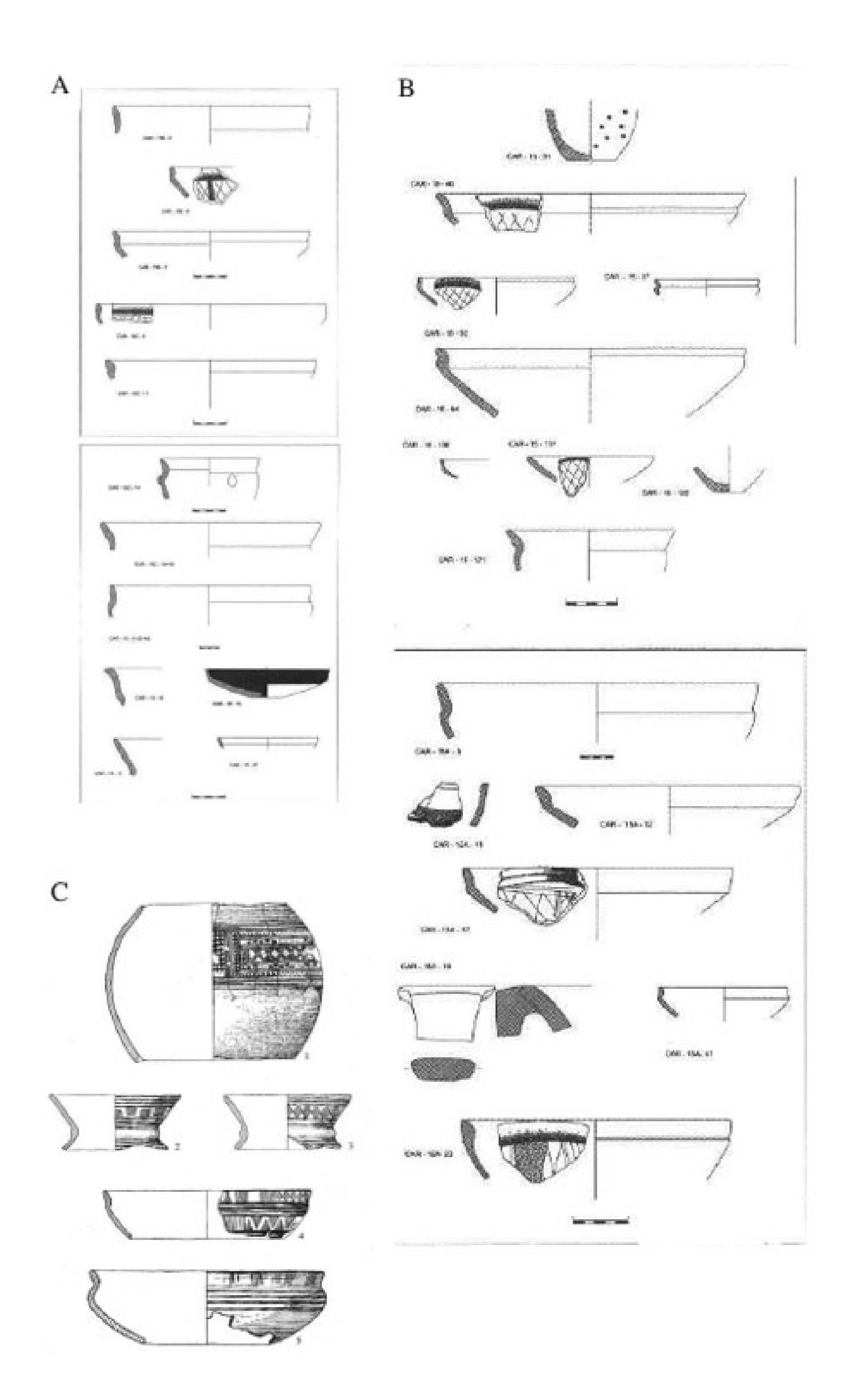

A
B
C

FIG. 51. A) *Materiales de las unidades 15 y 15a de El Carambolo*. B). *Materiales de las unidades 15b y 15c de El Carambolo (Según Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007.)* C) *Cerámica de estilo Carambolo o Guadalquivir I*.

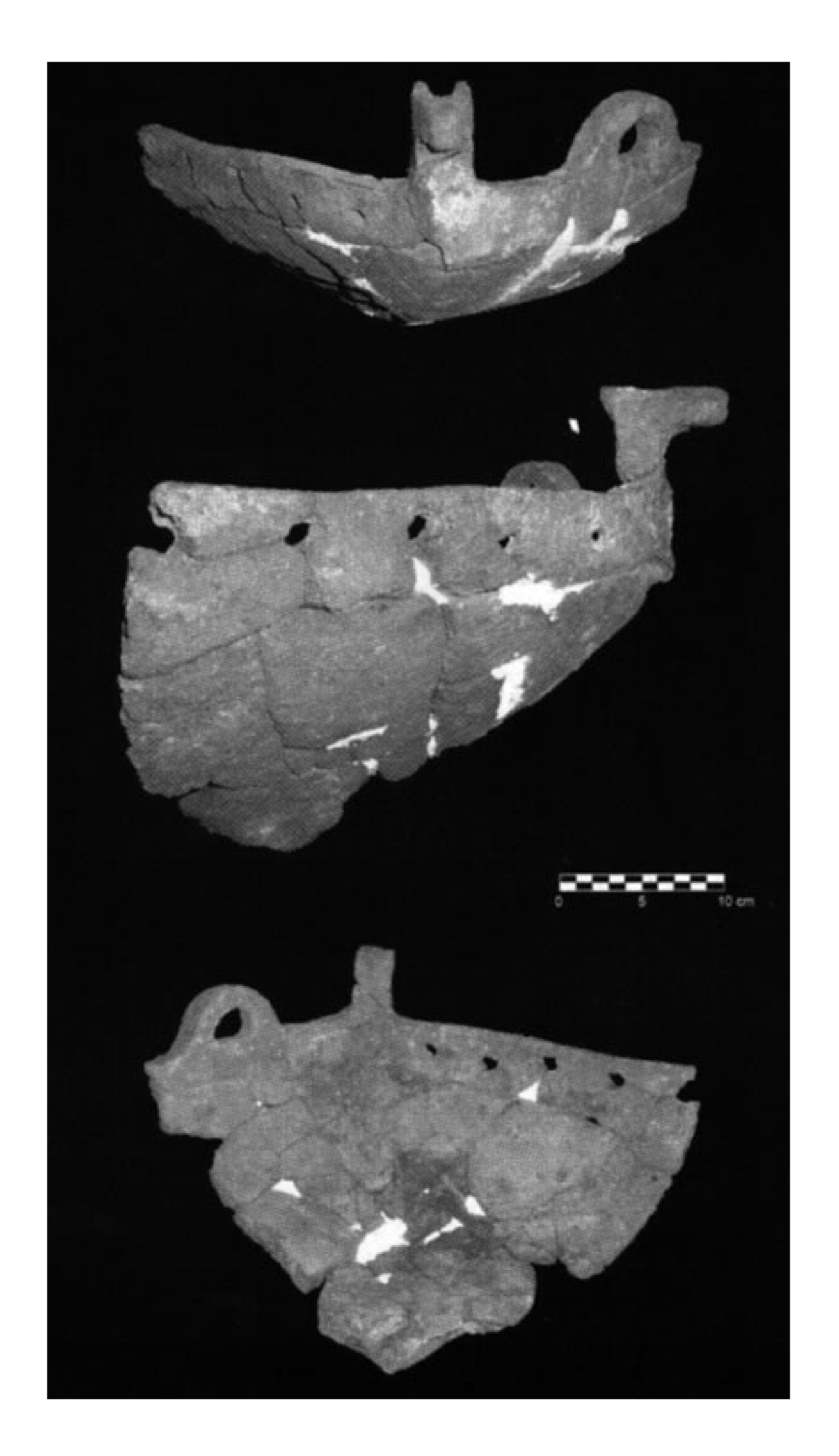

0
5
10 cm

FIG. 52. *Exvoto en forma de embarcación o barca solar de terracota procedente de la fosa ritual de Carambolo IV. (Según Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007.)*

Los trabajos arqueológicos confirman que la ocupación del cerro se inició a finales del siglo IX o principios del VIII a.C., cuando comenzó a gestarse un gran complejo monumental a la par que se realizaba la colonización por parte de los fenicios en el Bajo Guadalquivir. De los distintos momentos constructivos del complejo religioso nos interesa especialmente la Fase III, una superficie de más de 2000 metros cuadrados orientada al sol naciente denominada Carambolo III o Santuario C; todo este espacio se articula en torno a un gran patio donde se organizan tres conjuntos compartimentados en torno a pequeños patios interiores; el complejo monumental resultante es el fruto de una ampliación de un santuario anterior que en este momento consigue su máximo de sarrollo. La actividad religiosa del sitio parece más que evidente; al pilar de adobes excavado por Carriazo e interpretado por Belén y Escacena como un altar similar al localizado en el santuario «A» de Cancho Roano, hay que añadir los dos espacios identificados como capillas, donde se hallaron bancos corridos decorados en blanco y rojo y sendos altares de adobe, el primero circular dedicado, según sus excavadores, a Astarté, y el segundo, en forma de piel de toro extendida, asociado al culto a Baal. Los suelos de las zonas interiores están rematados por gruesas capas de arcilla roja, al igual que algunas de sus paredes, decoradas con motivos ajedrezados en negro y rojo, mientras que los espacios exteriores fueron cuidadosamente pavimentados con conchas. El santuario se completa con otras construcciones que han sido interpretadas como zonas de servicio y almacén. Todo el complejo arquitectónico está rodeado por un muro que lo aísla del exterior, no descartándose la existencia de un foso que pudiera cerrar todo el conjunto.

No menos importantes son los materiales recuperados en el yacimiento como prueba más que evidente de su carácter tanto oriental como religioso. De las antiguas excavaciones se conocen materiales muy notables, como huevos de avestruz, pilas de piedra, betilos o fragmentos de un quemaperfumes, amén del propio tesoro y la estatua de bronce en la que reza una dedicación a la diosa Astarté. Pero no menos significativos son los hallazgos procedentes de los recientes trabajos arqueológicos, donde destaca la abundancia de huesos de animales exhumados en fosas halladas junto al santuario, procedente sin duda de los sacrificios realizados en su interior. Entre los objetos más significativos destaca especialmente el exvoto, aunque también se ha interpretado como elemento del ajuar litúrgico, de un navío de cerámica rematado por un prótomo de caballo que reproduce una embarcación fenicia de mercancías lo que pone directamente en relación estos santuarios costeros con la protección de la deidad a la navegación, además de ejercer de auténticos referentes visuales o faros para los navegantes. Escarabeos egipcios, cerámicas de procedencia griega, sarda y chipriota, cuencos con decoración de rosetas que habitualmente se ponen en relación con la representación de Astarté, completan los materiales exhumados en el complejo religioso.

Sin olvidar el peso específico de las cerámicas de origen mediterráneo y especialmente de las fenicias, muy abundantes en el yacimiento, uno de los conjuntos más significativos de El Carambolo es el lote de cerámicas de tradición indígena que han servido para definir el horizonte tartésico; en primer lugar las denominadas «retículas bruñidas», cazuelas carenadas realizadas a mano pero con acabados muy cuidados, y abundantes en todo el suroeste peninsular, por lo que han servido para definir la fase prefenicia de toda esta zona. El segundo tipo, detectado por vez primera en el propio Carambolo y luego documentado en otros yacimientos del suroeste, es el denominado «tipo Carambolo» o,

según la tipología de Ruiz Mata, tipo Guadalquivir I; son vasos también realizados a mano, pero en este caso con decoraciones de tipo geométrico realizadas con pintura rojiza sobre la superficie alisada de unos recipientes que responden a distintos tipos, desde las clásicas cazuelas carenadas, hasta los vasos ovoides y los soportes cerámicos. Los motivos decorativos de estas cerámicas parecen responder al influjo de las cerámicas griegas del Geométrico Medio que se atestiguan tanto en el yacimiento como en los recientes descubrimientos de Huelva, por lo que parece lógico pensar que nos hallamos ante cerámicas de factura indígena influenciadas en su decoración por los nuevos modelos que llegan del Mediterráneo. La presencia de estas cerámicas indígenas de gran calidad en un santuario fenicio como el de El Carambolo, no hace sino confirmar la participación directa de los indígenas en la estructura social fenicia desde los primeros momentos de la colonización, sin que se deba descartar incluso su participación en el funcionamiento del santuario; por ello, y sin negar la fundación fenicia del enclave religioso, sería más lógico calificarlo como tartésico, toda vez que con el paso del tiempo se debió producir una manifiesta conjunción de intereses entre ambas comunidades.

Otro de los descubrimientos más importantes de la última década ha sido el santuario hallado en el Cerro de San Juan, en Coria del Río, la antigua *Caura*. En las excavaciones de urgencia realizadas a finales de los años 90 del pasado siglo se documentaron hasta cinco santuarios superpuestos de similar planta y orientados al sol naciente, fechados entre los siglos VIII y VI a.C., en consonancia por lo tanto con el de El Carambolo. También en este caso interesa destacar el Santuario III, de la mitad del siglo VII a.C., por habernos legado los elementos constructivos más significativos para adscribir el complejo arquitectónico a una función eminentemente religiosa. Dentro del edificio se individualizó un espacio rectangular a modo de

capilla, en cuyo centro se halló un altar de barro en forma de piel de toro extendida que descansaba sobre un pavimento de arcilla roja sobre el que se hallaron diversos objetos de culto, entre los que destacan los huevos de avestruz o los escarabeos egipcios, en uno de los cuales se representó a la diosa Isis. Pero también se exhumaron abundantes restos óseos de bóvidos y otros animales entre una potente capa de cenizas procedente de los sacrificios realizados durante la existencia del santuario IV, lo que unido a la presencia de cuchillos afalcatados, relacionados con el sacrificio de animales, refuerza el carácter religioso de todo el complejo. Aunque la superficie excavada no permite saber si el resto de edificaciones documentadas en el entorno inmediato del edificio pertenecen a casas o a construcciones dependientes del propio santuario, Escacena interpreta el lugar, no sin cierta cautela, como un barrio fenicio dentro del asentamiento tartésico de *Caura*, lo que lo convertiría en un santuario de carácter urbano. El sitio, interpretado como un santuario dedicado a Baal, presenta muchas concordancias con el de El Carambolo, pues a la superposición ininterrumpida de santuarios durante un espacio tiempo equivalente, hay que añadir su ubicación en un cerro sobre la antigua desembocadura del Guadalquivir, por lo que actuaría como referente para la navegación; también sus técnicas y elementos constructivos son muy semejantes, entre los que destaca especialmente el altar en forma de piel de toro extendida; por último, la profusión de materiales indígenas junto a los de origen y factura fenicia, presentes desde los niveles protohistóricos más antiguos, no hace sino incidir en la evidente relación existente desde bien temprano entre las dos comunidades que configurarían este santuario tartésico.

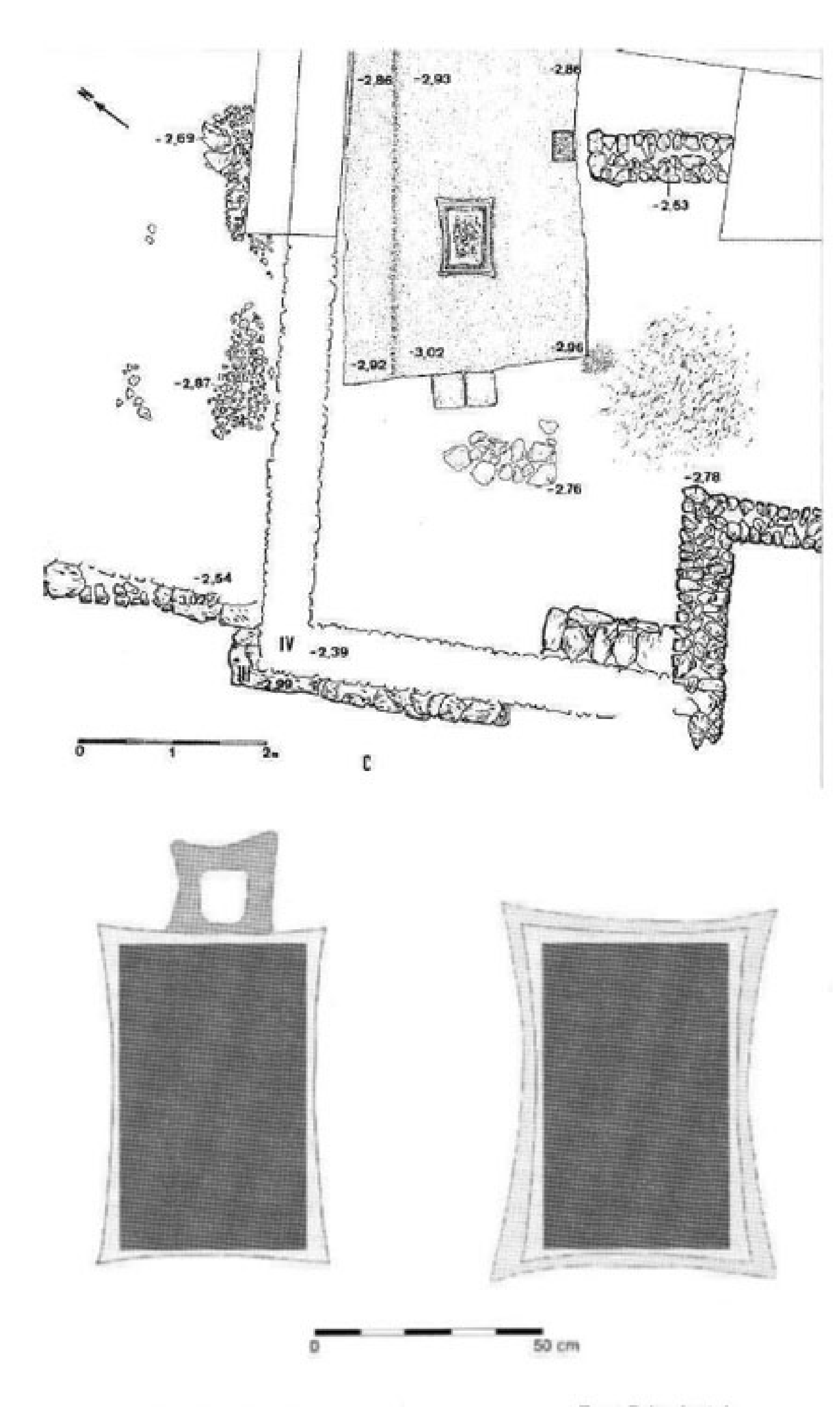
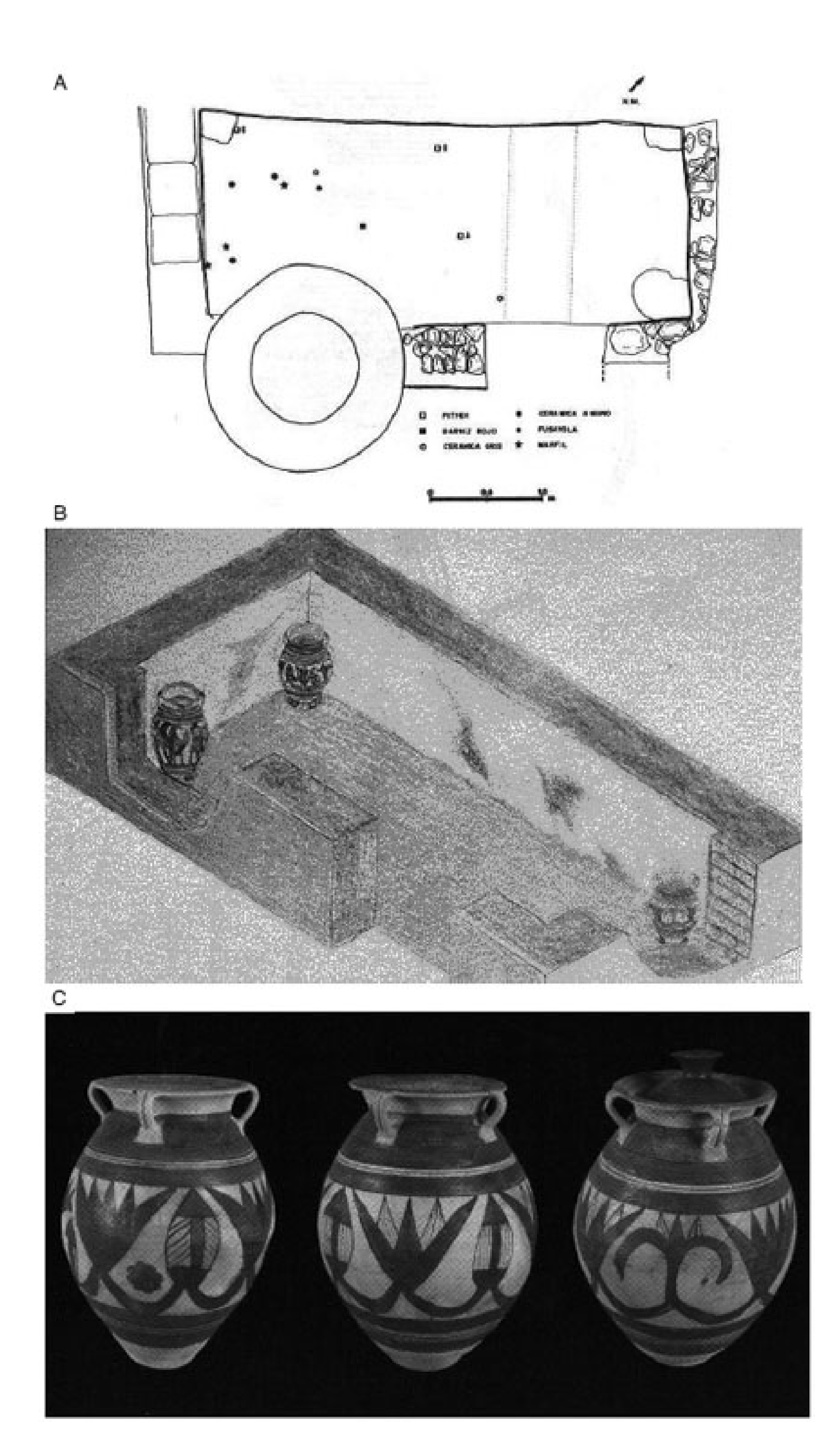

-2,86
-2,93
-2,86
-2,69
-2,63
-2,92
-3,02
-2,96
-2,87
-2,76
-2,78
-2,54
IV
-2,39
-2,99
0
1
2m
C
0
50 cm
Fase A (antigua)
Fase B (reciente)

FIG. 53. A) *Planta del Santuario III de Caura, Coria del Río.* B) *Altares del Santuario de Caura en sus dos fases constructivas. (Según J. L. Escacena, 2002.)*

En los años 90, una serie de excavaciones de urgencia en el casco urbano de Carmona ha proporcionado uno de los hallazgos más sobresalientes para calibrar la importancia de la presencia fenicia y tartésica en Los Alcores, ya atestiguada desde hacía años por las excavaciones realizadas por Bonsor en algunas necrópolis de la zona. Destacan especialmente los trabajos desarrollados en el palacio del marqués de Saltillo, donde se pusieron al descubierto una serie de estructuras arquitectónicas superpuestas de planta rectangular que mantenían una misma orientación y que ocupaban, en tres fases diferenciadas, un período de tiempo entre mediados del siglo VII y el V a.C. El complejo arquitectónico mejor conocido es el más moderno, del que se conservan tres estancias paralelas pavimentadas de rojo o de adobes y un espacio abierto enlosado de lajas y cantos rodados. Sin embargo, es el denominado Ámbito 6 del monumento más antiguo, entre finales del VII y mediados del VI a.C., el que ha proporcionado las pruebas más evidentes para poder catalogarlo como un edificio de uso religioso. Se trata de un espacio de apenas ocho metros cuadrados cuyas paredes de adobe fueron revocadas con una capa de arcilla anaranjada sobre la que se aplicaron diferentes lechadas de cal, mientras que el suelo se pavimentó con tierra batida sobre la que se aplicó una capa de tierra pintada de un rojo intenso. Tres pequeños huecos practicados en distintas esquinas de la estancia sirvieron para recibir sendos *píthoi* con decoraciones figurativas de seres fantásticos y motivos florales de innegable adscripción oriental, además de un plato de barniz rojo, dos copas de cerámica gris y de otros vasos a mano incompletos; entre los elementos no cerámicos destaca especialmente el hallazgo de cuatro cucharas de marfil que imitan las patas de un cuadrúpedo ungulado. Nos

hallaríamos, pues, ante una manifestación arquitectónica y ritual de origen fenicio que con el tiempo se convertirá en una elocuente expresión de la cultura tartésica.



A
B
C

FIG. 54. A) *Planta del ámbito 6 de la casa-palacio del marqués del Saltillo, Carmona*. B) *Restitución del ámbito 6*. C) *Pithoi del ámbito 6. (Belén y otros, 1997.)*

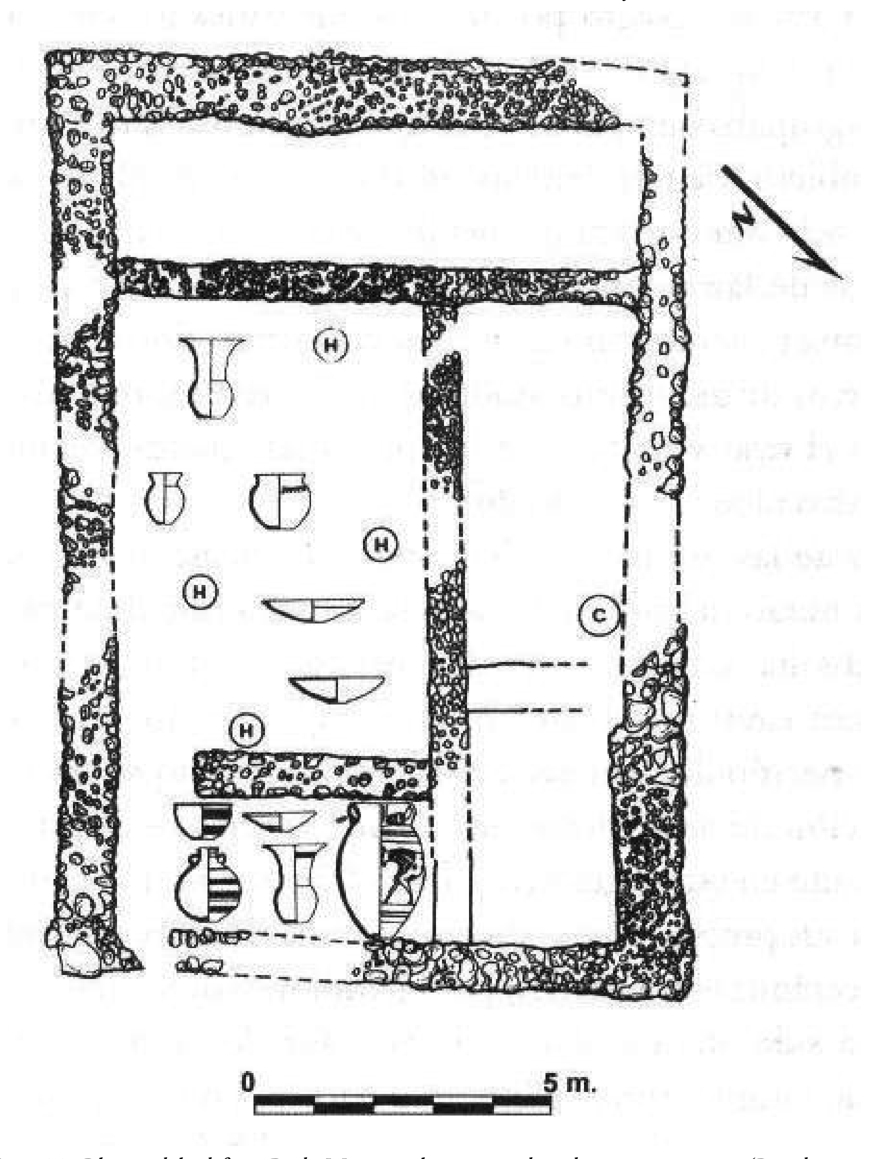


FIG. 55. *Planta del edificio D de Montemolín con su distribución cerámica. (Bandera, Chaves, Ferrer y Bernáldez, 1995.)*

También junto al río Corbones, pero aguas arriba de Carmona, se encuentra Montemolín, donde se hallaron una serie de construcciones que han sido interpretadas también como espacios religiosos. Los diferentes edificios fueron

ocupados de forma ininterrumpida entre finales del siglo VIII y el VI a.C. Salvo la fase más antigua que, como ya se apuntó, es de planta elipsoidal, los otros tres edificios presentan planta rectangular, con un zócalo de mampostería sobre el que se levantan las paredes de adobe. Los edificios más modernos, denominados C y D, articulan su espacio en torno a un patio que nos conduce a los habituales modelos orientales. El edificio mejor estudiado es el D, donde se ha podido documentar toda una serie de elementos arquitectónicos y materiales que demuestran una intensa actividad relacionada con el sacrificio ritual. A la entrada de este edificio de 145 metros cuadrados se halló una plataforma de piedra que ha sido interpretada como una mesa de sacrificios; al interior del edificio se accede a través del patio por una estrecha habitación donde se encontraron los restos de un *pithos* decorado con una serie de grifos acompañado de urnas del tipo «Cruz del Negro», vasos *à chardon* decorados con bandas pintadas, otros vasos con temas decorativos geométricos y algunas tapaderas. También se recuperaron en el patio grandes cantidades de cerámica realizada a mano sobre un suelo apisonado rojo en el que abundaban restos de cenizas, huellas de fuego y huesos procedentes de los sacrificios de animales, donde predominan los bóvidos, ovicápridos y, curiosamente, un significativo número de suidos. Según sus excavadores, estos animales habrían sido sacrificados, descuartizados, cocinados y consumidos o distribuidos en el mismo santuario; no obstante, cabe la posibilidad de que la enorme cantidad de huesos hallados también responda a una ceremonia ritual comunitaria que atrajera a gentes del entorno, como se ha atestiguado en Cancho Roano. En el exterior del edificio se excavó un pozo votivo, o más bien un *bothros*, donde se halló una gran cantidad de huesos pertenecientes a las extremidades y las cabezas de los animales sacrificados, en un ritual también muy semejante al del santuario de Cancho

Roano, donde se cortaron las cabezas de los animales y se depositaron en un lugar alejado del resto de las partes anatómicas aprovechadas; de este *bothros* también proceden algunos fragmentos de vasos con decoraciones figurativas y un broche de cinturón.

Una función similar a la de Montemolín pudo tener el receptáculo rectangular excavado por Bonsor en el Acebuchal, donde se halló una gran cantidad de huesos entre cenizas y hogueras que su excavador ya interpretó como los restos de un sacrificio comunal. Por consiguiente, de nuevo nos hallamos ante un edificio que ofrece una serie de aspectos arquitectónicos y materiales de clara influencia oriental; sin embargo, hay otros elementos, como la abundancia de cerámicas a mano o la importante presencia de cerdos entre los animales sacrificados, que nos hacen pensar en una confluencia cultural evidente entre ese mundo fenicio, ya establecido desde hacía tiempo en la Península, y las comunidades indígenas que parecen participar activamente en estos ritos.

También en la parte alta de la Mesa de Setefilla, donde se localizó el poblado tartésico, se hallaron una serie de estructuras arquitectónicas superpuestas entre las que destacaba un edificio compuesto de varias estancias con los pisos pintados de rojo donde se hallaron materiales muy significativos, entre los que destaca un *pithos* decorado con motivos florales en amarillo y negro; el edificio fue interpretado por M.ª E. Aubet como un posible santuario que se puede datar a finales del siglo VIII, mientras que su actividad, con las consabidas remodelaciones, no finalizó hasta el siglo VI a.C. También en la provincia de Sevilla, pero junto al río Genil, se localizó en el *oppidum* de Alhonoz, un edificio de casi 400 metros cuadrados interpretado como un santuario asociado a un *bothros* en el que recogieron un gran número de materiales tartésicos datados entre los siglos VII y VII a.C., entre los que destaca un *thimaterium* o quema-

perfumes chipriota y una estatua interpretada como *Smiting Goddess*. Otro de los hallazgos más significativos de este yacimiento es una placa oculada que se ha puesto en relación con una deidad femenina, posiblemente Astarté, como se mencionará más adelante.

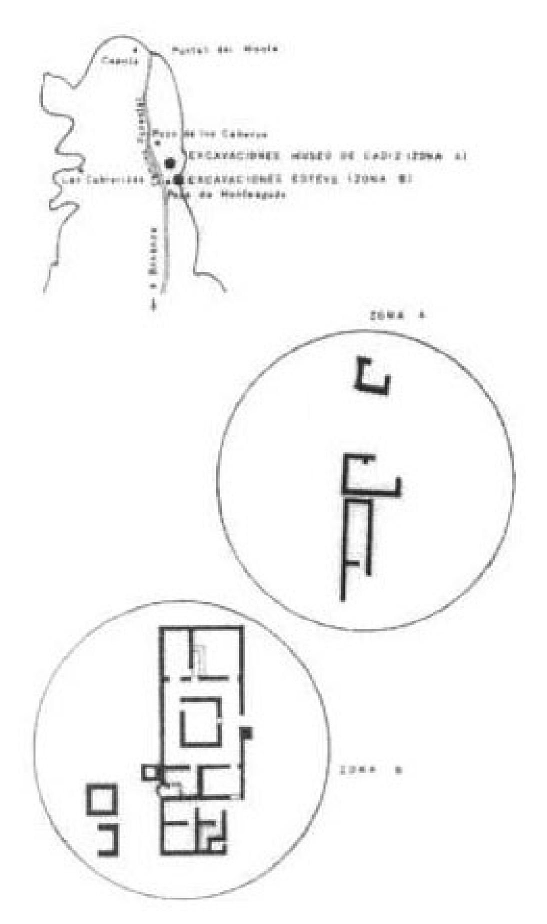


FIG. 56. *Planta del Santuario de la Algaida. Sanlúcar de Barrameda. Cádiz (Según R. Corzo 1991.)*

Por último, y aunque desgraciadamente disponemos de poca información, merece la pena aludir al santuario más meridional del antiguo estuario del Guadalquivir, La Algaida, un emplazamiento de enorme importancia que esperemos pueda estudiarse como merece algún día. La Algaida tiene hasta cinco niveles de ocupación, siendo el más antiguo el que se desarrolla

en el siglo vi, por lo tanto en un momento coetáneo al fin del período tartésico. El edificio, de planta cuadrangular, se organiza en torno a un patio central abierto en cuyo centro se halló un betilo; alrededor del patio se organizaban una serie de pequeñas habitaciones que se han interpretado como capillas o depósitos de ofrendas, así como un pozo lustral en cuyo interior se halló un capitel dórico. Los elementos de culto de este espacio se completan con otro edificio anexo de planta tripartita que debió servir de residencia a los sacerdotes del santuario; en el interior de este pequeño edificio se hallaron una gran cantidad de huesos de animales mezclados con cenizas y numerosos fragmentos de ánforas. Entre los materiales, donde destacan los de procedencia etrusca, sobresale el hallazgo de las extremidades inferiores de un *Smiting God*, así como una placa oculada de plata muy similar a la que se halló en Alhonoz y que se ha asociado al culto a la Lux Dubai, asimilado a Astarté.

La primera conclusión que podemos extraer de todos estos complejos arquitectónicos de carácter religioso, así como de los que más adelante veremos en la periferia tartésica, es que ofrecen una planta arquitectónica con rasgos generales comunes que nos remiten a una misma raíz cultural que, sin la menor duda, es de origen oriental. Pero sería un error pensar que esas plantas arquitectónicas definen por sí solas un santuario, sino que deben ser algunos elementos arquitectónicos concretos, los rituales detectados y el simbolismo iconográfico de los materiales hallados en su interior los que determinen la funcionalidad de estos espacios. Así, vemos cómo en estos complejos arquitectónicos aparecen los suelos pintados de rojo —que, por otra parte, no son exclusivos de los espacios religiosos—, bancos corridos en las estancias más singulares, pozos rituales, fosos encintando los recintos, fosas fundacionales, restos de sacrificios de animales y, sobre todo, la presencia de altares. Más determinantes son algunos de los materiales hallados que sólo se

manifiestan en el interior de estos edificios o en los enterramientos. Estos santuarios fueron levantados con una función comercial evidente; la ubicación de los más antiguos en los sitios estratégicos más relevantes de la desembocadura del Guadalquivir así parece avalarlo; pero no por ello debemos pensar que la instalación de las poblaciones orientales en el sur peninsular se debió a un motivo exclusivamente comercial, pues también significan un control efectivo del territorio que implica la fijación de una población que también estaría involucrada en otras actividades económicas de igual importancia, como la agricultura, la pesca o la artesanía. Estos santuarios, principalmente los que aparecen aislados, en cuanto que elementos estructurales del paisaje, debieron ejercer una función de carácter identitario sobre los nuevos espacios colonizados; tendrían, por lo tanto, un valor crucial para dar seguridad a los nuevos habitantes del entorno, quienes se identificarían cultural e ideológicamente con el santuario, donde a su vez hallarían cabida con el tiempo el resto de las poblaciones indígenas del entorno.

El mundo funerario

La Arqueología protohistórica basa buena parte de su conocimiento en las necrópolis, una documentación imprescindible para abordar con cierta solvencia los estudios sobre la organización social de los vivos, pero también porque aporta una rica documentación capaz de ilustrarnos sobre las costumbres cotidianas de nuestros antepasados, su régimen alimenticio, enfermedades, media de edad, etc. Con respecto al mundo tartésico, su estudio se hace aún más imprescindible toda vez que carecemos de trabajos en extensión que nos faciliten la comprensión de su sistema social a través de los escasos restos de hábitat documentados, por lo que las distintas hipótesis que se vienen realizando sobre la jerarquización y estratificación social derivan fundamentalmente de las

necrópolis excavadas. No obstante, y a pesar de que disponemos ya de un buen número de enterramientos de época tartésica en las distintas áreas afectadas por su cultura, aún son muchas las dudas existentes. Una de ella se refiere al origen del ritual más extensamente desarrollado, la incineración, que para unos habría sido introducido por los fenicios, mientras que para otros ya estaría presente cuando se instalaron los primeros colonizadores mediterráneos; otra de las dudas que ha generado un enconado debate entre los investigadores es la adscripción cultural de muchos de estos enterramientos, para unos evidentemente tartésicos, mientras que para otros no son sino un reflejo del ritual oriental y, por lo tanto, son tumbas de individuos de origen fenicio que conservan con alguna lógica alteración sus ceremonias funerarias.

En cuanto a la primera cuestión, el origen del rito de la incineración, que con propiedad deberíamos calificar como de cremación, parece que poco a poco se va aceptando que no es un rito traído por los fenicios, aunque sin duda pudieron contribuir a su generalización. Los datos que tenemos sobre los rituales funerarios de la fachada atlántica europea durante el Bronce Final son realmente parcos, de tal manera que a partir de las propuestas de M.ª L. Ruiz-Gálvez, se ha generalizado la idea de que pudo haber existido un ritual que no ha dejado huellas en el registro arqueológico, tal vez porque los restos de los difuntos fueron arrojados al agua con sus pertenencias, lo que justificaría el hallazgo de armas y otros objetos en el fondo de algunos lechos de ríos. El problema está en saber si los muertos fueron arrojados a las aguas una vez cremados, aunque también se ha aventurado la posibilidad de que se llevaran a cabo ritos de exposición antes de deshacerse del cuerpo, pero evidentemente nunca podremos disponer de datos para poder cotejarlo. Sabemos que la incineración hace acto de presencia real con los Campos de Urna del Bronce Final en el noreste peninsular, lo

que abre la posibilidad de que haya sido gente de esa cultura la que haya contribuido a su expansión por el resto de la península; no podemos olvidar que las estelas de guerrero, aunque denominadas como del Suroeste, también hacen acto de presencia en el sureste francés, lo que acerca ambos fenómenos culturales. En este sentido, cobra especial importancia el hallazgo en Buoux, en el departamento francés de Vaucluse, en la Provenza, de una urna con los huesos de un individuo junto a una estela decorada con un escudo de escotadura en «V». El cambio que se detecta en el soporte de las estelas, donde se pasa de las más grandes rectangulares y con decoración básica de escudo-espadalanza, a las más estilizadas con la parte inferior reservada para ir hincadas en el suelo y con la figura del guerrero rodeado de sus armas y objetos de prestigio, se ha puesto en relación, precisamente, con el cambio del rito de la inhumación en cista por el de la incineración en urna, y aunque este momento coincide con la llegada de los primeros fenicios, es difícil presumir que éstos influyeran de forma tan radical en las poblaciones del interior como para que sus jerarcas cambiaran drásticamente de ritual funerario.

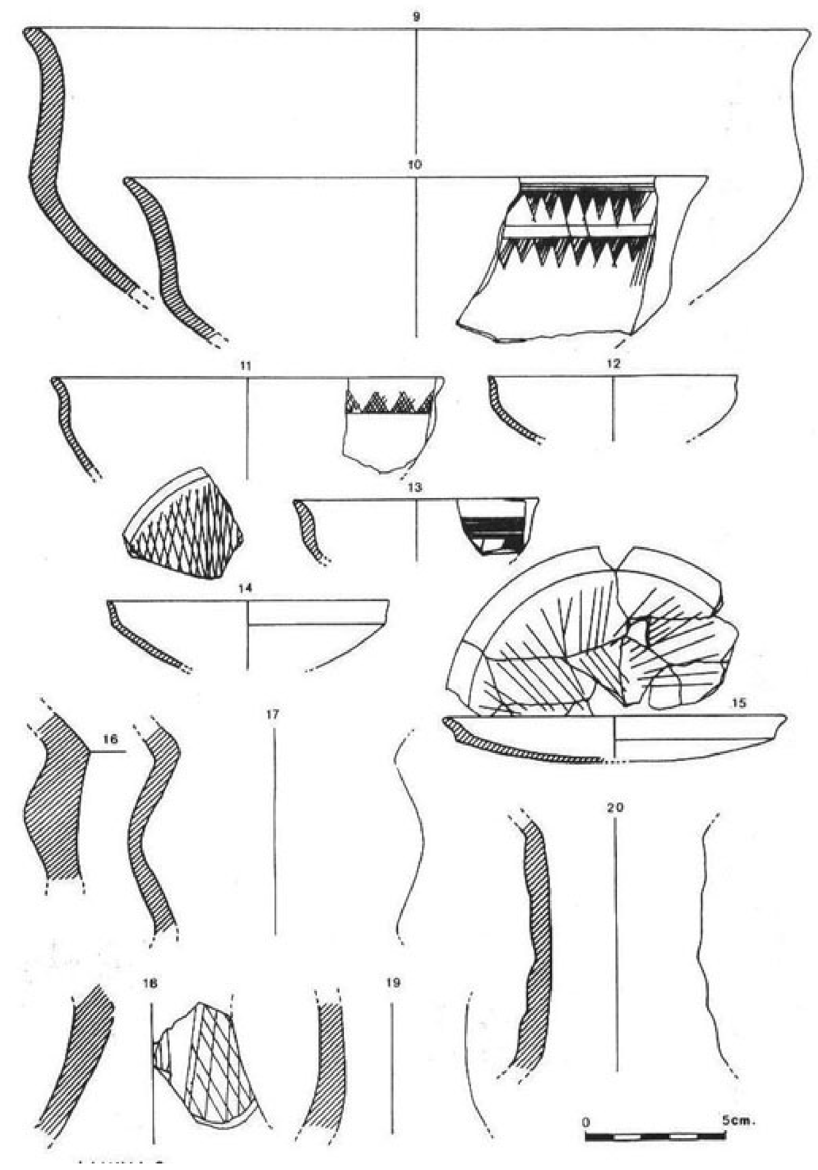


FIG. 57. *Cerámica procedente de la necrópolis de Mesas de Asta. (Según González, Barrionuevo y Aguilar, 1995.)*

Aunque la documentación que tenemos sobre los enterramientos del Bronce Final es escasa, la verdad es que no deja de ser sorprendente por cuanto es de lo más dispar; así, si los enterramientos de Roça do Casal do Meio se corresponden

con dos inhumaciones con un ajuar muy coherente para su época, en Alpiarça los restos pertenecen a cremaciones, lo mismo que ocurre en la necrópolis de Paranho, donde sin embargo las urnas aparecen en el interior de cistas; un nuevo contenido en un antiguo continente. Sin embargo, tanto estos enterramientos como otros aislados, se han documentado fuera del núcleo tartésico, por lo que no deberían formar parte de la argumentación en uno u otro sentido. Para la zona nuclear de Tarteso, por lo tanto, disponemos de escasísimos datos que se centran sobre todo en las necrópolis de Mesas de Asta y Las Cumbres, ambas en la provincia de Cádiz, aunque muy diferentes entre sí. De la primera, ademá, apenas disponemos de datos hasta que no se practique una excavación en la amplia zona donde fue localizada, junto al poblado de Mesas de Asta, en Jerez de la Frontera. La necrópolis se halla separada del poblado por una vaguada natural que será una constante en las necrópolis asociadas a los poblados tartésicos, donde siempre hay un arroyo o cañada que separa el mundo de los vivos de las necrópolis. La dimensión de la necrópolis es enorme, con más de 13 ha donde se han localizado más de 570 sepulturas que obedecen a posibles fosas de diferentes formas y tamaños delimitadas gracias a las manchas oscuras de cenizas que contenían huesos en su interior. En realidad, por lo tanto, sólo podemos acercarnos a esta necrópolis a través de los materiales recuperados en las prospecciones realizadas por el Museo de Jerez en los años 90 del pasado siglo. Y a través de éstos tampoco podemos ser taxativos a la hora de adjudicar una cronología del Bronce Final a algunas de estas tumbas; en efecto, entre los materiales recuperados adscritos por sus descubridores al Bronce Final figuran cazuelas bruñidas, vasos ovoides y bicónicos decorados con motivos geométricos y zoomorfos pertenecientes al «tipo Carambolo»; también presentan motivos geométricos incisos otros recipientes

recuperados junto a algún soporte con baquetón central, todos ellos realizados a mano; un elenco que no sería extraño en una tumba de los inicios del Período Oriental si estuviera acompañado, por ejemplo, por un borde de barniz rojo. El resto de materiales no ofrece dudas sobre la potencialidad y la amplitud cronológica de una necrópolis que, sin duda, se presenta como la de mayor interés de época tartésica, tanto por los extraordinarios materiales recuperados como por las posibilidades que ofrece para estudiar con el mayor detalle las derivaciones sociales y antropológicas de sus numerosos enterramientos.

Independientemente de que las tumbas más antiguas de Mesas de Asta pertenezcan o no a la fase prefenicia, lo que parece obvio es que una generalización del rito de la incineración en momentos tan antiguos, en torno al siglo IX, no puede deberse a la influencia colonizadora, pues ni las tumbas pueden ser fenicias por la ausencia absoluta, en principio, de materiales que se le puedan adscribir tipológicamente, ni es lógico pensar que aunque ya se hubieran instalado los fenicios en sus primeras colonias, pudieran haber ejercido una influencia tal entre los indígenas como para abrazar éstos un ritual que, como todos los relacionados con la muerte, tardan tanto en consolidarse. Lo que parece claro es que el poblado de Mesas de Asta debió de tener una extraordinaria importancia a tenor del número de tumbas localizadas; por último, y por el grado de importancia que pronto tomaron los materiales de origen fenicio, parece que la interacción entre ambas comunidades fue rápida y exitosa, no en vano son varios los investigadores que han propuesto el sitio como uno de los candidatos a albergar la ciudad de Tarteso.

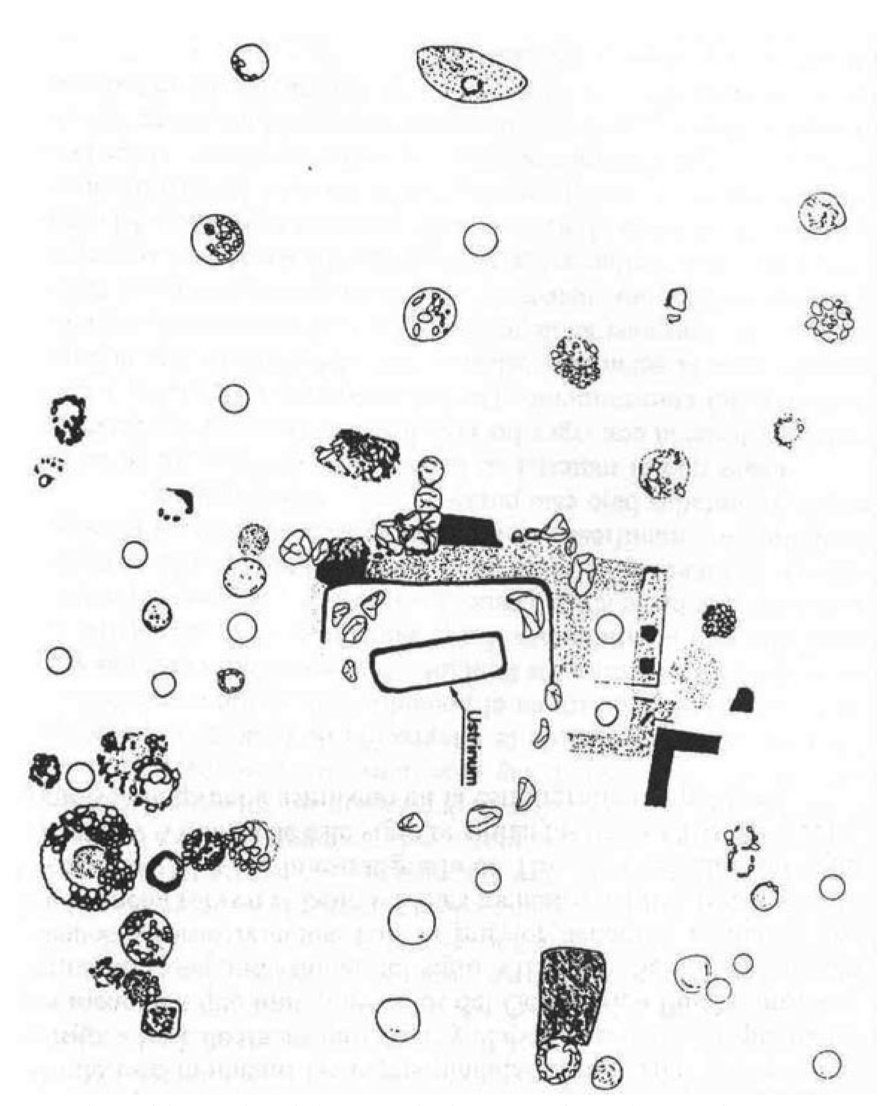


FIG. 58. *Planta del Túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres, El Puerto de Santa María. (Según Ruiz Mata y Pérez, 1989.)*

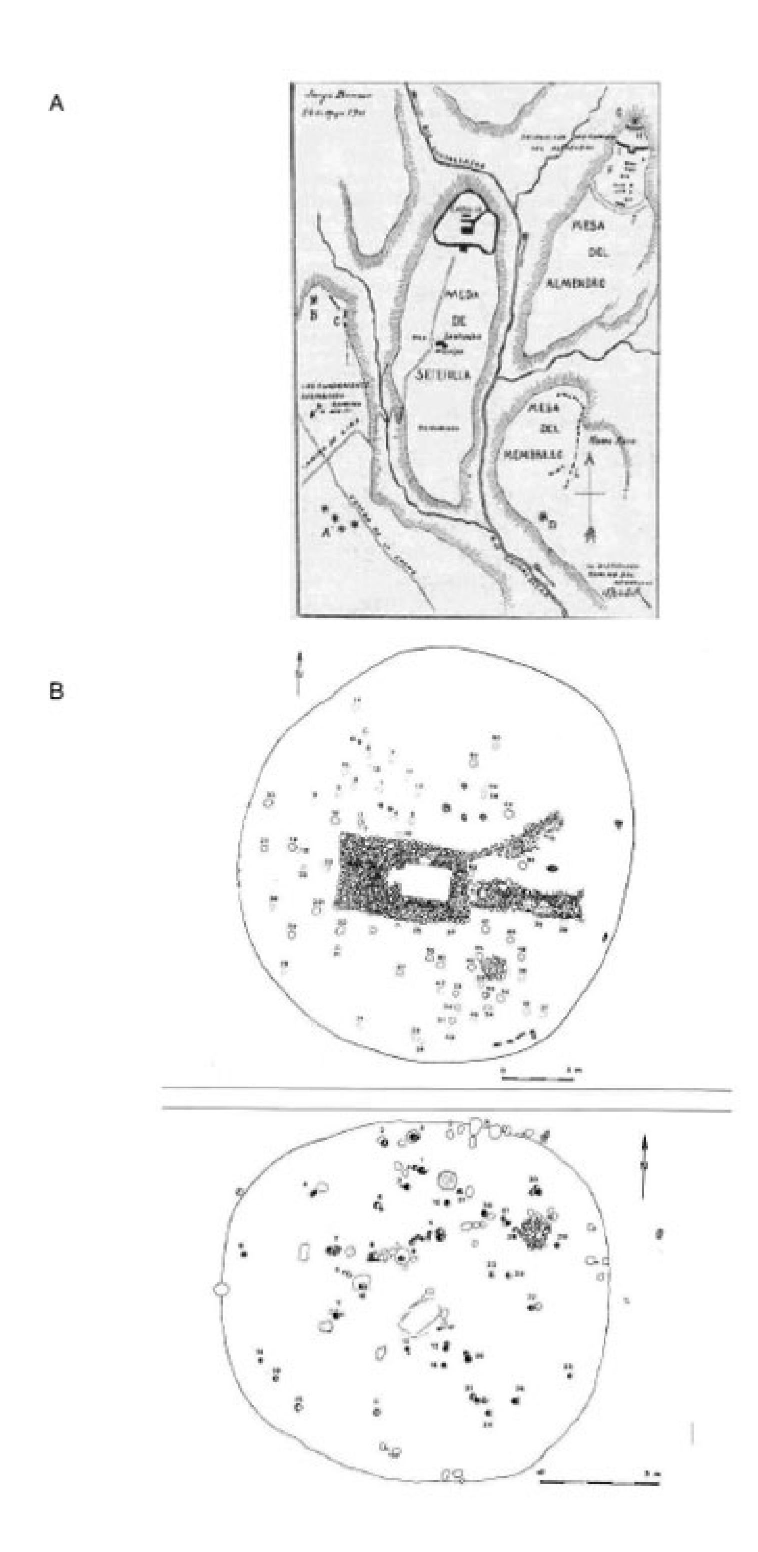
Otra de las necrópolis más interesantes por su antigüedad, extensión y, sobre todo, por habernos documentado sobre el ritual funerario en los primeros momentos de la colonización, es la de Las Cumbres, en el término municipal del Puerto de Santa María, vinculada al poblado del Castillo de Doña Blanca. La necrópolis ocupa una enorme superficie de más de 100 ha por donde se distribuyen un gran número de estructuras tumulares

que se construyeron sobre pequeñas elevaciones del terreno para así adquirir mayor volumen. Los túmulos cubren generalmente fosas de cremación, aunque también albergan cámaras circulares de mampostería, las más tardías ya excavadas en la roca. Las tumbas pertenecen a diferentes épocas, aunque sólo se excavó en su totalidad el Túmulo 1, un círculo funerario en el que se documentaron hasta 63 tumbas, si bien parece que existieron algunas más que fueron destruidas. En el centro del túmulo, excavado en la roca y completamente rodeado de cenizas, se construyó el *ustrinum* o quemadero, con unas dimensiones que se adaptan con holgura al cuerpo humano, 1,80 × 0,60 m. Los enterramientos se colocaron en urnas sobre pequeños fosos excavados en la roca o bien aprovechando sus rehundimientos naturales; una vez depositadas las urnas con los huesos cremados, se tapaba el conjunto mediante piedras o tierra que formaban pequeños túmulos. En un momento determinado, tal vez cuando se creyó que ya había cumplido con su capacidad, toda la superficie del círculo funerario se cubrió por medio de piedras y tierra hasta formar el túmulo final de casi dos metros de altura. Las minuciosas excavaciones de D. Ruiz Mata y C. Pérez permitieron documentar el rito llevado a cabo: parece que tras la cremación del cadáver en el *ustrinum* se realizaba el cribado y posterior lavado de los huesos antes de ser introducidos en la urna. El cadáver se quemaba con sus pertenencias personales, pues también aparecieron objetos sometidos a la combustión, como los broches de cinturón, las fíbulas o algunas cuentas de collar; las urnas más comunes responden a vasos ovoides de cuello alto, en ocasiones acampanado, con las superficies alisadas y a veces bruñidas, dentro de las cuales y también en ocasiones se introducen otros vasos de menor tamaño. El ajuar se depositaba alrededor de la urna y constaba generalmente de copas a mano que a menudo mostraban decoraciones geométricas pintadas, anforiscos a

torno, quemaperfumes, ampollas, aríbalos, alabastros… Ruiz Mata cree que pudieron coexistir varios recintos abiertos como si fueran panteones familiares, lo que abundaría en la idea de una sociedad todavía no muy jerarquizada y basada en las relaciones de parentesco. La fecha en que se datan las tumbas más antiguas, en torno al VIII a.C., y la generalización del ritual de cremación, no hacen sino refrendar la idea de que se trata de un rito ya instaurado entre los indígenas antes de la llegada de los fenicios, pues nada hace pensar que las tumbas descritas tengan la menor relación con el ritual fenicio, aunque sí algunos de los objetos incorporados.

Como suele ser habitual, también una vaguada separaba la necrópolis de Setefilla de la Mesa donde se ubicó el poblado tartésico. La necrópolis de Setefilla se conoce desde principios del pasado siglo gracias a los trabajos que llevaron a cabo en el lugar Bonsor y Thouvenot, quienes exploraron hasta diez túmulos muy similares al descrito de Las Cumbres, si bien permiten analizar con mayor detalle la evolución social de sus habitantes gracias a la variedad de las tumbas y sus cronologías, donde las más antiguas se pueden fechar hacia finales del siglo VIII hasta el VI a.C. La tipología de los enterramiento también nos ilustra sobre la variedad de los rituales desarrollados en las diferentes épocas; así, nos encontramos con tumbas de cámara realizadas en mampostería en los túmulos A y H, mientras que el C cubría una fosa de inhumación en la que se halló una incineración; también había túmulos, como el E y el D, que guardaban simples fosas de inhumación excavadas en la roca; los túmulos B y F cubrían sepulturas de incineración en urnas y, por último, en el I tan sólo se halló una cista de inhumación doble. Sin embargo, los trabajos más interesantes los llevó a cabo M.ª E. Aubet a principios de los años 70, donde se planteó una profunda revisión de las excavaciones en los túmulos A y B. El primero de ellos es de gran interés porque es muy similar al

que luego se excavó en la necrópolis de Las Cumbres, detectándose además las cuatro fases de construcción de que constaba. De nuevo las tumbas más antiguas pertenecían a incineraciones, 40 detectadas, depositadas sobre la base de la roca; sobre estas tumbas se levantó un grueso suelo artificial para amortizar esos primeros enterramientos, construyéndose encima una cámara funeraria de mampostería de 10 m de longitud cuyo perfil tenía forma de una pirámide truncada, violada desgraciadamente desde antiguo. Por último, y tras la reestructuración de la cámara, todo el conjunto se cerró por el túmulo de casi 30 m de diámetro y hasta 3 m de altura. M.ª E. Aubet nos ofrece un dato de suma importancia, el hallazgo en el entorno del túmulo de diez estelas exentas de decoración que pudieron haber acompañado a la estela de guerrero que se halló también en la necrópolis. Estelas sin decorar se han detectado también en otras zonas donde se han documentado estelas de guerrero procedentes de Extremadura, un dato que cada vez toma mayor importancia en la interpretación de estos monumentos que parece que no se hallaban aislados en el paisaje. El ritual detectado en el túmulo A de Setefilla es también muy similar al de Las Cumbres, si bien no se pudo localizar el *ustrinum*, probablemente destruido por la construcción de la posterior cámara funeraria. La mayor parte de los materiales recuperados se realizaron a mano, destacando las urnas bicónicas y las numerosas retículas bruñidas, así como los vasos *à chardon* pintados o los cuencos semiesféricos, pero también se halló un número significativo de platos de engobe rojo, así como un soporte y un alabastrón que ponen en evidencia las estrechas relaciones con el mundo fenicio. Otros materiales metálicos clasificados como típicamente tartésicos también estaban presentes en las tumbas, caso de las fíbulas de doble resorte, los broches de cinturón de garfios, cuchillos, brazaletes, etc.


A
MESA DEL ALMENDRO
MESA DE SETEFILLA
MESA DEL MEMBRILLO
B



D

FIG. 59. A) *Plano de la Mesa de Setefilla, en Lora del Río, realizado por G. E. Bonsor en 1911.* B) *Túmulos A y B de Setefilla (según M. E. Aubet, 1995).* C) *Ajuar del enterramiento 17 del Túmulo A de Setefilla.* D) *Ajuar del enterramiento 62 del Túmulo A de Setefilla.*

El túmulo B de Setefilla, más pequeño pero mejor conservado, también fue estudiado por Aubet, localizando 30 incineraciones en hoyo o en pequeñas fosas de tendencia circular donde se depositaron las urnas. De esta excavación se extrajeron datos muy significativos, como que los enterramientos más ricos, pertenecientes a hombres adultos, estaban situados en el núcleo central del túmulo, mientras que los de algunas mujeres se ubicaban en el entorno inmediato de aquéllos; por su parte, las tumbas más modestas tanto de adultos como de neonatos, se ubicaban en el extremo del círculo funerario. También se pudieron extraer datos de gran interés a partir de la exhaustiva analítica llevada a cabo en los numerosos restos de fauna hallados, entre la que predominaba el ganado bovino; un predominio ganadero que, según su excavadora, sería el responsable de la diferenciación social detectada en la necrópolis, pues las sociedades ganaderas y pastoriles son de carácter patriarcal y, por lo tanto, mucho más autoritarias que las agrícolas. Así, los túmulos funerarios de Setefilla estarían ocupados por jefes locales de tribus o clanes sostenidos por su grupo de parentesco. Por último, también se pudo establecer, a partir del análisis de los huesos humanos, que la media de edad estaba en torno a los 30 años, una edad relativamente baja si tenemos en cuenta que en la necrópolis de Medellín esa media es casi diez años más alta.

La necrópolis de la Cruz del Negro fue también excavada por Bonsor entre l899 y 1911, cuyos trabajos conocemos gracias a la posterior publicación de J. Maier. Los trabajos se reiniciaron en 1990 con carácter de urgencia y con la intención de documentar y analizar de forma más detallada algunos aspectos de uno de los sitios más significativos de la arqueología tartésica. La necrópolis

se extiende por un amplio espacio donde se localizaron tumbas aisladas cubiertas por pequeños túmulos, similar pues a la de Mesas de Asta. De las excavaciones de Bonsor conocemos 35 sepulturas, de las que 11 pertenecen a inhumaciones, pero llama la atención que éstas pertenezcan a mujeres y niños. En las excavaciones de urgencia de 1990 se documentaron 31 *ustrina* o fosas de cremación y cuatro de inhumación, así como 61 estructuras secundarias de hoyos con urna y vaso de ofrendas. Por último, en la campaña que se llevó a cabo en 1993 por parte de Amores, Aubet, Gil y Puya, se excavaron hasta 36 tumbas más, fundamentalmente fosas de cremación, aunque también se localizó una de inhumación y cuatro hoyos con urna y vaso de ofrenda. En alguna de estas fosas de cremación, cuyas medida media es de 2,10 × 1,5 m, se halló en el interior la urna con los huesos del cadáver, mientras que en otras ocasiones se depositaba en hoyos alrededor de la estructura. Una vez más, las tumbas más antiguas, en torno al siglo VIII, son de cremación y se utilizaron vasos *à chardon* depositados en hoyo; sin embargo, ya aparecen materiales de clara filiación fenicia como las lucernas de una mecha. A partir del siglo VII se documentan algunas inhumaciones, aunque el rito generalizado es la cremación; es en este momento cuando hacen su aparición las denominadas urnas «Cruz del Negro», por ser el primer sitio donde se documentaron, y que hoy sirven para caracterizar las necrópolis tartésicas, mientras que el vaso *à chardon* pasa a convertirse en un recipiente para ofrendas. Éste es sin duda el momento de mayor esplendor de la necrópolis a tenor de los ajuares documentados, donde destacan los peines y paletas de marfil o los broches de cinturón, amén de las fíbulas, escarabeos, cuentas de pasta vítrea, alabastrones, pendientes de oro, brazaletes acorazonados, cuchillos afalcatados y alguna que otra punta de lanza de bronce o hierro. A partir del siglo VI se percibe un uso menor del espacio funerario, aunque es cuando aparecen las

fosas de cremación escalonadas y, entre los objetos de ajuar más significativo, las fíbulas anulares hispánicas. En el entorno de Carmona se localizaron otras tumbas y necrópolis de importancia que han servido para configurar un panorama arqueológico de su término municipal que, hoy por hoy, es el más completo para estudiar la cultura tartésica, no ya sólo por esa importante presencia funeraria, sino por otros aspectos, como la arquitectura social, el poblamiento o la industria artesanal, elementos todos ellos que se han puesto recientemente de manifiesto en una monografía de 2007 sobre su Protohistoria coordinada por M. Bendala y M. Belén.

Aunque aquí sólo se han querido recoger las necrópolis más significativas del Bajo Guadalquivir, son numerosas las tumbas de época tartésica localizadas en la zona, recogidas de forma exhaustiva por M. Torres en su monografía de 1999 sobre el mundo funerario tartésico. Sin embargo, sí merece la pena que nos detengamos en una necrópolis hallada recientemente y que, a pesar de estar aún en proceso de estudio, destaca por la metodología con la que se ha llevado a cabo su excavación, lo que a buen seguro nos proporcionará una documentación de gran valor antropológico y, por supuesto, arqueológico. Los primeros avances han sido publicados por sus excavadores, Fernández Flores y Rodríguez Azogue, en una monografía de 2007 sobre la «Ilipa Antiqua». Se trata de La Angorrilla, necrópolis asociada al poblado tartésico de la antigua ciudad romana de *Ilipa*, la actual Alcalá del Río. La necrópolis se extiende sobre una vaguada por la que transcurre el Caganchas, un arroyo que desemboca en el Guadalquivir y que como es habitual en los casos que estamos viendo, separa el poblado del cementerio, pero sin perder el control visual entre ellos. Como también es habitual en los cementeros tartésicos, las tumbas más antiguas datan del siglo VIII a.C., en consonancia con la ocupación más antigua del poblado. Sin embargo, y tal vez lo

más llamativo, es que en este caso parece que los enterramientos más antiguos se corresponden con inhumaciones. Se han documentado 68 tumbas y sus excavadores no descartan que todo el conjunto estuviera cubierto por un gran túmulo que, no obstante, no se ha podido documentar por el grado de erosión que presentaba todo este espacio. La mayor parte de los enterramientos se realizaron en fosas simples de forma rectangular con los ángulos redondeados y orientadas Este-Oeste, en ocasiones enlucidas de rojo o blanco en paredes y suelos; aunque no se han hallado estructuras que las cubrieran, el hecho de que se hayan documentado restos de adobes en el interior de algunas fosas podría aclarar este extremo. La mayor parte de las tumbas contienen inhumaciones, hasta 56, mientras que las restantes corresponden a 11 cremaciones y a una secundaria con una urna tipo «Cruz del Negro». La proporción entre tumbas masculinas y femeninas es prácticamente idéntica, lo mismo que ocurre entre las tumbas con y sin ajuar; sin embargo, aún no disponemos de datos sobre la distribución de los enterramientos en el espacio en relación a la asociación sexo/ajuar, lo que sin duda nos proporcionará una información esencial para conocer la estructuración social de esta comunidad. Entre los objetos de adorno recuperados se encuentran pendientes y cuentas de collar de ámbar, plata y pasta vítrea, así como broches de cinturón, escarabeos y anillos; y entre los ajuares, además de los cuchillos afalcatados, algunas puntas de lanza y regatones y puntas de flecha, destacan especialmente los peines y paletas de marfil con rehundimiento central que ya se documentó en la necrópolis de Alcantarilla, dos de cuyos ejemplares se conservan en la Hispanic Society of America de Nueva York; el resto de los objetos también se amolda al elenco común de las necrópolis tartésicas: ungüentarios de alabastro y pasta vítrea, huevos de avestruz e, incluso, el típico conjunto de jarro y braserillo. En definitiva, unos ajuares muy similares a los

que Bonsor exhumó en las necrópolis de la zona de Los Alcores y que se han datado entre los siglos VII y VI, lo que tal vez podría justificar la preponderancia de las inhumaciones en la Angorrilla.

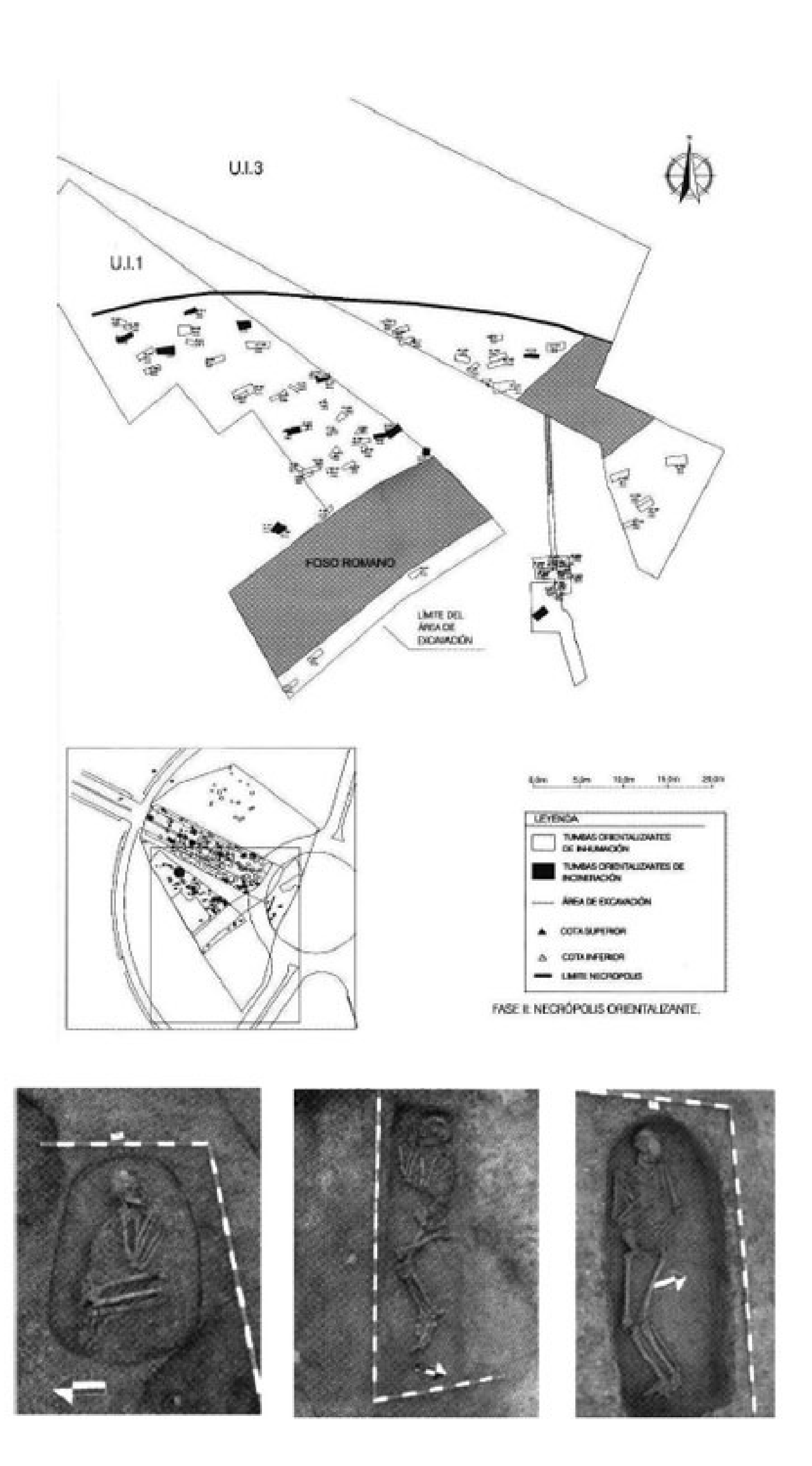

U.I.3
U.I.1
FOSO ROMANO
LÍMITE DEL
ÁREA DE
EXCAVACIÓN
LEYENDA
COTA SUPERIOR
COTA INFERIOR
FASE II: NECRÓPOLIS ORIENTALIZANTE.

FIG. 60. A) *Necrópolis Angorrilla, Alcalá del Río.* B) *Enterramientos de inhumación de la necrópolis de la Angorrilla. (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007.)*

En definitiva, y a pesar de las hipótesis de algunos investigadores que abogan por la filiación fenicia de estos enterramientos, la verdad es que tanto el ritual desplegado como la profusión de elementos indígenas, caso de los vasos *à chardon*, las cerámicas a mano bruñidas, las urnas bicónicas, las fíbulas de doble resorte o los broches de cinturón de los tipos 1 y 2, no avalan la contundencia de esa afirmación. Pero también es cierto que hay una importante presencia de elementos puramente fenicios, entre los que destacan los platos y cuencos de barniz rojo, las lucernas, los huevos de avestruz o los escarabeos y otros elementos de adorno; pero sin embargo están ausentes de estas necrópolis del valle bajo del Guadalquivir elementos tan característicos del mundo funerario fenicio como son los *oinochoes* de boca de seta o los jarros de boca trilobulada. Otro elemento que se ha utilizado como prueba de la filiación fenicia de los enterramientos es la urna «Cruz del Negro», un tipo que efectivamente deriva de los fenicios, pero que no tiene porqué marcar la adscripción de todo el conjunto, máxime cuando estos vasos presentan algunas características propias del ámbito tartésico. Parece más lógico pensar que en un principio se pudieron enterrar fenicios junto a indígenas o viceversa, y sobre todo, que las clases dominantes indígenas trataran de imitar en sus rituales funerarios a los fenicios; pero la pregunta que nos deberíamos hacer en este caso es dónde se encuentran en esta zona las tumbas fenicias genuinas que intentaron imitar. Sabemos que la expresión de la muerte entre los fenicios nunca fue muy ostentosa, lo que entra en contradicción con las tumbas que aquí hemos tratado; por otra parte, estamos aún muy lejos de conocer el ritual funerario de los indígenas antes de la llegada de los fenicios, lo que hace sumamente difícil abordar el problema. La estructura social que se deriva del estudio de

algunas de estas necrópolis también nos aleja de la concepción social que caracteriza a la fenicia; a las importantes consideraciones que sobre el tipo de sociedad se derivan de la distribución de los enterramientos de los túmulos de Setefilla, debemos añadir el enterramiento destacado que se documentó en el cuadrante suroccidental del túmulo de Las Cumbres, que generó en torno a sí su propio espacio funerario, de lo que se ha deducido que incluso existió cierta desigualdad entre los propios grupos de parentesco de esta sociedad. El siguiente paso en ese cambio hacia una mayor estratificación social se manifiesta en el túmulo A de Setefilla, donde se pasó de un círculo de enterramientos unidos por el vínculo de parentesco, a la tumba individual en cámara ocupando todo el espacio funerario, un salto cualitativo de indudable interés, interpretado por Torres como un cambio del poder basado en el linaje de base aristocrático.

Es probable que, como nos muestra también la necrópolis de Setefilla, donde se halló una estela de guerrero y otra decena de ellas exentas de decoración, los enterramientos más antiguos tengan una vinculación más o menos directa con los personajes representados en las estelas, gentes que ya conocerían el rito de la cremación como parece desprenderse del reciente hallazgo del Cortijo de la Reina, y que entrarían en contacto rápidamente con los colonizadores fenicios, con los que debieron compartir el dominio de ese territorio. El poder sustentado en la coerción militar que emana de los guerreros de las estelas debió estar afianzado de tal manera en la sociedad indígena que tras la colonización pasaron a mostrar ese poder a través de las manifestaciones funerarias y de los objetos que acompañaban su ajuar, donde las representaciones de carácter guerrero se redujeron a la mínima expresión. La interacción entre las comunidades indígena y fenicia a partir de finales del siglo IX, dio como resultado con el paso del tiempo una inédita expresión

del mundo funerario, y de la sociedad que lo desarrollaba, que ha hecho que algunos la atribuyan a una u otra comunidad, cuando en realidad es la auténtica expresión de lo tartésico, que se manifiesta con toda su intensidad a partir del siglo VII a.C.

Hay otras cuestiones de gran interés, como por ejemplo la que ya planteó Almagro-Gorbea en relación con los distintos tipos de enterramientos documentados; en este sentido, parece que las necrópolis en llano tipo Cruz del Negro o Medellín pertenecerían a los grupos con un mayor poder adquisitivo de la comunidad y sus familias, mientras que las clases dirigentes conformadas a partir del siglo VII, ocuparían los grandes túmulos como Setefilla o La Joya, pero aún no se han podido detectar ambos tipos simultáneamente, lo que deja abierta esta posibilidad. También es de gran interés el cambio que se percibe en los objetos depositados en los ajuares a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C., cuando hacen acto de presencia elementos tan significativos como los jarros rodios o los broches de cinturón tipo Acebuchal, consecuencia directa de la mayor actividad de los comerciantes griegos en el sur peninsular, pero que, sin embargo, no llegarán a tener en el Bajo Guadalquivir una presencia tan activa como la que se detecta en la zona de Huelva, donde además se perciben sensibles diferencias en los modos de enterrar y en los elementos que acompañan a las tumbas.

Desde que J. P. Garrido y E. Orta iniciaron a finales de los años 60 del pasado siglo las excavaciones de La Joya, esta necrópolis ha sido un continuo referente para entender la sociedad tartésica. Pero como ocurre en otros aspectos ya vistos en capítulos anteriores, el mundo funerario de Huelva también ofrece diferencias evidentes con el que se de sarrolló en el Bajo Guadalquivir, seguramente a causa de la importancia económica y social que adquirió la explotación minera del cobre y la plata, el trabajo metalúrgico y su comercialización, que sin duda

conformaron una sociedad diferenciada de las que se basaron fundamentalmente en el campo y la ganadería. El hecho de que en Huelva existiera una comunidad que trabajó la metalurgia, aunque fuera de forma incipiente, y que probablemente mantuviera una mínima red comercial antes de la llegada de los fenicios, conformó una clase dirigente relativamente fuerte que pudo negociar en condiciones más favorables con los comerciantes orientales; como ya se dijo, esta circunstancia explicaría la temprana llegada de los fenicios y por ende, su tardía colonización, si es que ésta llegó a producirse realmente y no se trató de una auténtica relación entre ambas comunidades sin un objetivo colonizador lo que habría supuesto la existencia de necrópolis genuinamente fenicias como ls documentadas en la costa suroriental de la Penísula, algo que no se ha podido constatar a pesar de la existencia de sitios de evidente sabor fenicio como Tanira, en el sur de Portugal.

En la ciudad de Huelva se conocen hasta cinco túmulos de origen antrópico de los que tan sólo dos ofrecen plena certeza de su funcionalidad gracias a la localización de algunos restos de las cámaras funerarias. Pero es la necrópolis de La Joya la que nos brinda todos los datos para analizar con cierta base el ritual funerario de la zona. La necrópolis se extiende sobre uno de los cabezos de la ciudad, La Joya, donde se han localizado hasta 19 tumbas organizadas en la parte más alta del cerro. El lugar presentaba numerosas dificultades para realizar con todas las garantías su excavación arqueológica, pues a la erosión que ya presentaba el cabezo, se unía la erosión ocasionada por la plantación de numerosos árboles y viñedos en el lugar; además, la especial composición de sus niveles geológicos hace que los suelos tengan una extrema dureza que impedían desarrollar con normalidad los minuciosos trabajos arqueológicos. Aunque el ritual es variado, predomina claramente la cremación, rito al que pertenecen doce tumbas, mientras que se documentaron seis

inhumaciones y una sola tumba donde se practicaron ambos ritos. Dentro de las cremaciones encontramos también variaciones: pueden ser simples en hoyo, como las correspondientes a las tumbas 3, 6, 7 y 15, que se caracterizan por la presencia de la urna con los huesos quemados en su interior y un sencillo ajuar que a menudo consiste en un cuchillo de hierro afalcatado acompañado en un caso por una fíbula tipo Alcores y, en otro, por una pulsera de bronce y una lámina de plata; salvo el plato de cerámica gris de la tumba 3 usado como urna, el resto pertenece al tipo «Cruz del Negro», siempre realizado a torno. En otras ocasiones las urnas se colocaban en fosas de cremación de las formas más variadas, aunque siempre de tendencia rectangular, acompañadas de un rico ajuar, caso de las tumbas número 1, 2, 5, 11, 12 y 16; las urnas son de lo más variadas, pues las hay desde las de tipo «Cruz del Negro» realizadas tanto a torno como en bronce, hasta las de tipo globular a mano; en los ajuares se introducen una variada cantidad de vasos y platos que se utilizarían como recipientes de las ofrendas alimenticias; entre éstos destacan los soportes y los numerosos vasos y platos de barniz rojo fenicios, acompañados de cerámicas grises y a mano de amplia tipología, entre las que no faltan los tipos *à chardon*; sin embargo, salvo un broche de cinturón hallado en la tumba 11 y una lanza y una espada junto a una bandeja de bronce con decoración de motivos orientales, la presencia de objetos metálicos es muy escasa. Una mención aparte merecen las tumbas número 5 y 17; la primera se halló muy destruida, pero en su interior se recuperó un jarro de tipo rodio junto a un *braserillo* de manos de bronce y fragmentos de otro recipiente de plata, así como diversas cuentas de oro y ámbar y elementos de marfil. Por su parte, la tumba 17 se localizó en una enorme fosa de 4,30 × 2,45 m con más de un metro de profundidad, en la que se empleó la leña y la cal para acelerar la descomposición de los huesos del

cadáver; en su interior se hallaron dos ánforas fenicias «de saco» junto a 15 cuencos de casquete esférico realizados a mano, amén de los consabidos platos de barniz rojo, de cerámica gris y un soporte de carrete; pero destaca especialmente el hallazgo de un carro y de otros objetos de bronce relacionados con el atalaje de los caballos, como pasarriendas o bocados; de bronce son también un jarro piriforme y un *braserillo* de manos, así como un *thymaterium* o quemaperfumes, un espejo, un broche de cinturón y dos soportes; el conjunto se cierra con un carcaj también de bronce, dos cuchillos de hierro de hoja afalcatada, dos alabastrones y una arqueta de marfil; sin duda uno de los enterramientos más significativos de la necrópolis onubense.



FIG. 61. *Planta del área de excavación del cabezo de La Joya donde se localizaron los enterramientos 1 al 19. (Según Garrido y Orta, 1989.)*

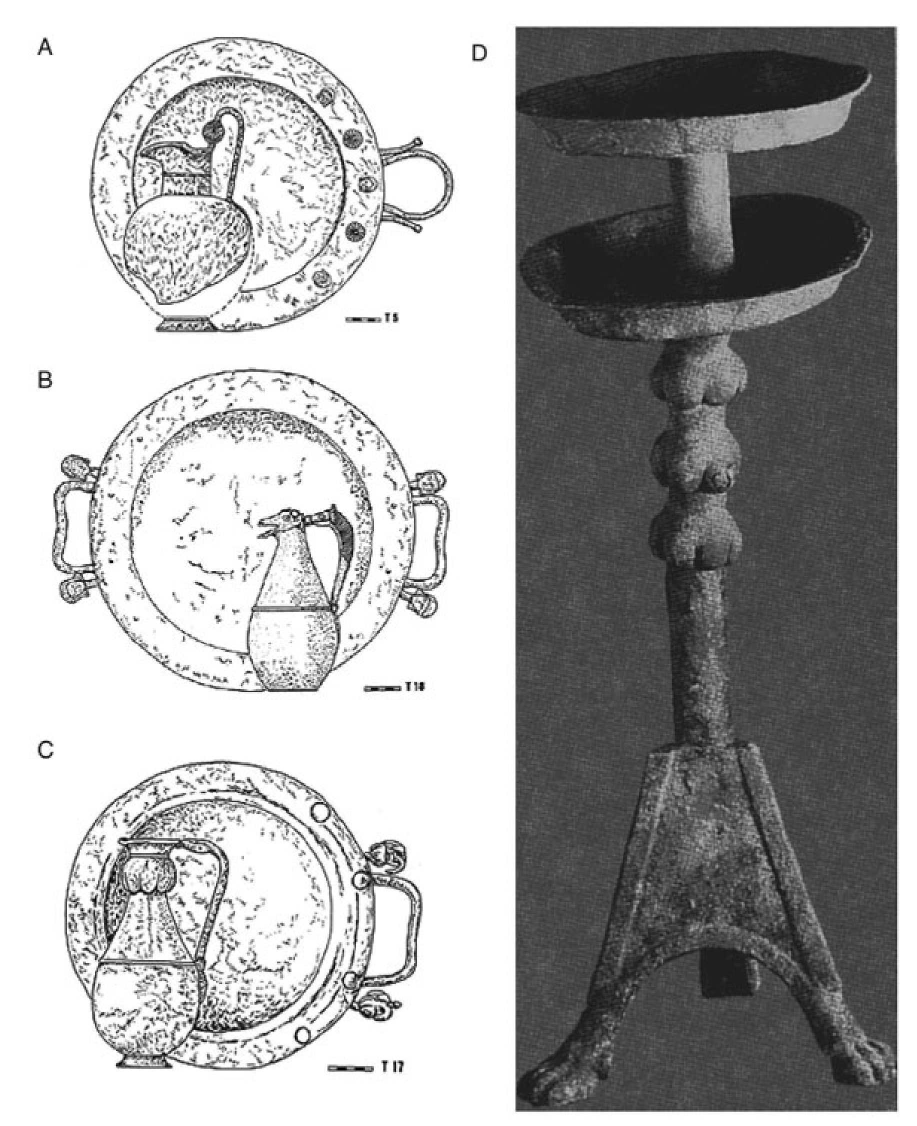


FIG. 62. A, B y C) *Ajuares de las tumbas 5, 17 y 18 de La Joya, Huelva.* D) *Timaterium de la tumba 17 de La Joya. (Según Garrido y Orta, 1989.)*

Aunque algunas inhumaciones en fosa se han asociado a enterramientos en posición violenta, otras también contenían un rico ajuar, al menos la tumba 14, donde se recuperó otro vaso de bronce, un broche de cinturón de plata y clavos de oro, una placa y otros elementos de marfil, un anillo de azabache y cuentas de ámbar. Por último, también se localizaron

enterramientos dobles, ya con dos cremaciones, caso de la tumba 19, o mixta como la tumba 9. Ésta consiste en una fosa en la que sólo se documentó *in situ* la cremación, mientras que la inhumación parece responder a un enterramiento secundario; entre el ajuar se recuperaron ánforas fenicias arcaicas, dieciséis cuencos de casquete esférico y tres más *à chardon* a mano, varios platos de barniz rojo, copas decoradas con retícula bruñida, un *braserillo* de manos, un broche de cinturón y una torques de bronce, cuentas de oro y ámbar, diferentes placas de marfil, alabastrones y un escarabeo. Por su parte, en la tumba 19 presentaba como singularidad la presencia de dos ánforas arcaicas fenicias que contenían los huesos quemados de sendos enterramientos, acompañadas de los típicos vasos a mano *à chardon*, un cuenco de casquete esférico y objetos de adorno como un broche de cinturón de plata o elementos propios de esta necrópolis, como los cuchillos afalcatados.

Lamentablemente, el estado en que aparecieron muchas de las tumbas impide conocer con exactitud sus plantas, la disposición de los ajuares y la organización espacial de los enterramientos. A través de los elementos que conforman los ajuares, la necrópolis parece que tiene una larga duración que iría desde finales del siglo VIII hasta mediados del VI a.C., aunque no debe ocultarse la complicación que supone basarse exclusivamente en algunos elementos para fijar las fechas de cada una de las tumbas. Parece obvio que debería existir en el entorno una necrópolis de mayor antigüedad que la de La Joya, pues los túmulos localizados en el norte de la ciudad son aún más modernos. El hecho de que la necrópolis sea más moderna hace que transcienda una sociedad mucho más diferenciada de la que se atisba en los enterramientos más antiguos del valle del Guadalquivir. Por último, es importante destacar el ajuar exhumado en la tumba 16, donde se localizó un buen número de armas, circunstancia que también se repite en la tumba de El Palmerón, junto a la

ciudad de Niebla, donde se hallaron dos puntas de lanza y una espada de hierro, si bien en este caso el ajuar se completaba con un conjunto de bronces entre los que se encontraba un jarro piriforme de bronce, un *braserillo* también de bronce junto a otro de plata, un broche de cinturón y otros elementos de adorno; por lo tanto, parece que aún existe un cierto poder basado en la coerción militar que sin embargo parece que se sustituyó paulatinamente por la acumulación y exposición de los elementos exóticos que componen buena parte de los ajuares, donde destaca la presencia de objetos de plata y escorias de este metal que parecen querer buscar la dignificación del personaje mediante el metal, seguramente es el responsable de su estatus social.

La gran cantidad de elementos exóticos que se hallaron en La Joya o en otras tumbas como la del Palmerón, no son todos de procedencia oriental, sino que en buena medida son objetos realizados en la península por artesanos seguramente fenicios que lograron introducirlos entre los personajes destacados de la sociedad con la idea de que fueran amortizados en las tumbas para así asegurarse la demanda a largo plazo. Como ocurre en las necrópolis del Bajo Guadalquivir, es muy posible que algunas de las tumbas de La Joya pertenezcan a fenicios o a gente de origen fenicio, pues es difícil considerar fenicio a alguien que ya lleva establecido en la región más de doscientos años. La ostentación de riqueza en las tumbas ha llevado a denominarlas «tumbas principescas» en la literatura arqueológica, aunque parece más propia de la estructura ideológica indígena, a través de la cual las clases privilegiadas exhiben el poder adquirido, muestran su capacidad para sentenciar pactos económicos y se rodean de una sacralidad que, a la postre, les servirá para perpetuarse en el poder; pero los rituales funerarios y, consecuentemente, el sistema religioso que los sustenta es de origen fenicio, una comunión de ideas que es lo que definimos aquí como tartésico.

Hasta no hace muchos años, la cultura tartésica se definía por una serie de objetos de diferentes materiales que, independientemente de si procedían de contextos arqueológicos o si lo eran de hallazgos casuales, constituían un punto en los mapas de dispersión al uso, lo que ha generado no poca confusión entre los estudiosos, máxime cuando en esos mapas los puntos pueden hacer referencia a un fragmento cerámico o a todo un poblado o necrópolis. Éste ha sido también el método que se ha empleado para definir la extensión geográfica del influjo tartésico, aunque como podremos ver, dependiendo de los materiales que elijamos, conseguiremos territorios más o menos extensos. Lo que parece que está fuera de toda duda es que sigue siendo la cerámica el elemento más fiable para definir un área cultural, una interacción tecnológica y una cronología fiable. Sin embargo, otros elementos como los bronces, la orfebrería o la eboraria, por citar los más característicos del repertorio tartésico, vistos desde su propia perspectiva sólo nos pueden inducir a valoraciones aisladas que carecen de sentido cultural y cronológico si no están acompañados de los contextos arqueológicos que avalen su funcionalidad o de materiales cerámicos que certifiquen su datación. La cerámica, por consiguiente, debe seguir tratándose como el principal elemento del registro arqueológico, pues a través de sus tipologías podremos seguir el rastro de las relaciones comerciales, de las interrelaciones en general, conseguiremos afinar cada vez más en las cronologías y llegaremos a ubicar con el tiempo y la profusión de análisis, los focos de su producción, lo que nos permitirá configurar con bastantes garantías el territorio tartésico y la evolución de su área de influencia.

La cerámica

Como es lógico, con la llegada de los colonizadores mediterráneos se produjo tal avance tecnológico en las producciones cerámicas que la primera consecuencia fue la especialización artesanal, tanto para abastecer de las nuevas vajillas a los elementos más destacados de las comunidades indígenas como para generar un determinado excedente para su comercialización. Por su parte, las comunidades indígenas disponían de su propia producción, y entre la gran variedad formal de las cerámicas producidas, también tenían ciertos tipos relacionados directamente con el ritual que impediría que el cambio fuera tan rápido como algunos han defendido; de hecho, en lugares relacionados con el culto y hasta bien avanzado el período tartésico, se siguen utilizando vasos a mano como expresión de la tradición cultural. Por lo tanto, no se puede asumir que en un corto espacio de tiempo se produjera una invasión en el mercado indígena de las nuevas formas cerámicas; la prueba de ello es que algunos tipos cerámicos que arrancan del Bronce Final seguirán presentes, con el pertinente perfeccionamiento técnico y su evolución tipológica, hasta el final de este dilatado período.

También se ha descartado la posibilidad de que algunos asentamientos pertenezcan a una determinada fase por el hecho de carecer de los elementos cerámicos que la definen; así, un poblado con cerámicas indígenas se clasificará dentro del Bronce Final prefenicio, mientras que otro con las mismas cerámicas pero con un solo fragmento de un vaso fenicio se convertirá automáticamente en un poblado orientalizante, lo que sin duda ha distorsionado la visión general del fenómeno cultural tartésico. Lo cierto es que ni los indígenas rompen de repente toda su vajilla para adquirir los nuevos tipos procedentes de las nuevas factorías instaladas en el sur peninsular, ni los fenicios se traen toda la vajilla necesaria para su nuevo emplazamiento, por lo que seguramente también adquirirían de los indígenas

algunos tipos cerámicos para su uso cotidiano. Con el tiempo y la introducción del torno de alfarero, los unos introducirían su cerámica tradicional y los otros adaptarían sus tipos a esa nueva tecnología, lo que producirá un repertorio cerámico original y definidor de lo tartésico, el estilo orientalizante, término que debería ceñirse, por lo tanto, a las producciones artesanales, y no a las manifestaciones culturales. En realidad, y como venimos viendo, la innovación tecnológica en éste y otros campos, será la responsable del cambio socioeconómico de las comunidades indígenas y de la formación de Tarteso.

Antes de la llegada de los fenicios a las costas del sur peninsular, los indígenas desconocían el torno de alfarero, por lo que las producciones cerámicas se realizaban a mano y se cocían en hornos que no alcanzaban la suficiente temperatura como para elaborar productos de alta calidad; eran hornos reductores sencillos que producían cerámicas negruzcas que permitían que éstas pudieran elaborarse en el entorno familiar, si bien y a tenor de los tipos documentados, ya existía un estilo común en un amplio territorio del suroeste peninsular que demuestra una cierta identidad cultural común desde momentos previos a la colonización, una apreciación de gran interés toda vez que, precisamente por esa limitada capacidad de los hornos, era inviable disponer de una producción industrial, lo que hubiera favorecido una mayor homogenización de todo el territorio. Tampoco se aprecia en las cerámicas indígenas una gran variedad formal y decorativa, aunque sí se detecta un sensible incremento de las producciones en paralelo al crecimiento demográfico que se documenta a partir del siglo IX en toda el área; a la vez, y como consecuencia de ese crecimiento demográfico, se aprecia una mayor presencia de los grandes recipientes para guardar los excedentes y posteriormente comercializarlos, al tiempo que aparece un nuevo tipo cerámico con decoraciones muy cuidadas que debe relacionarse con las

necesidades de los nuevos grupos de poder y los ritos que los acompañan. Estas cerámicas con decoraciones bruñidas comienzan a escasear a partir del siglo VIII, cuando se generalizan las producciones a torno y se aprecia una mayor calidad en las cerámicas indígenas, sustituyéndose las bruñidas por otras pintadas que, sin embargo, mantienen las formas indígenas, una de las pruebas más evidentes de la interacción entre ambas comunidades. No obstante, hay que señalar que nunca se dejaron de elaborar cerámicas a mano en época tartésica, sobre todo los tipos destinados al almacenamiento doméstico o a las ollas de cocina.

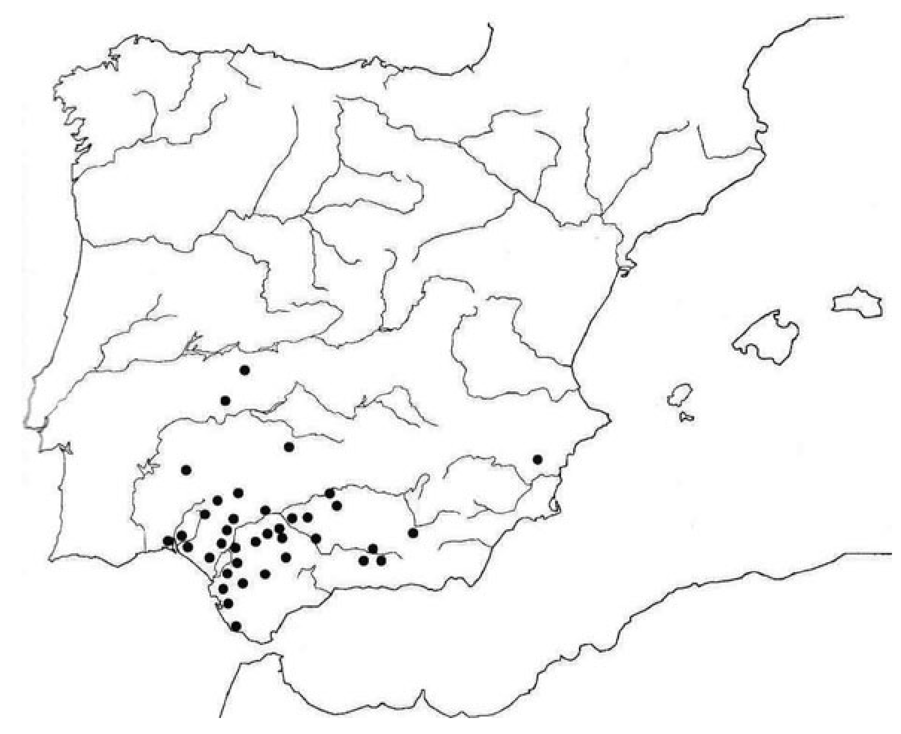
El tipo cerámico más indicativo del Bronce Final prefenicio es la denominada cerámica con decoración bruñida, cuya dispersión abarca el valle del Guadalquivir, Huelva y el sur de Extremadura, donde por su especial situación geográfica se documentan tanto las bruñidas de influencia atlántica como las de origen suroccidental. Las superficies de estas cerámicas son negras, si bien hay algunas variantes, como en el caso de las onubenses, en cuya superficie mate se aplica la decoración bruñida. Por otra parte, la decoración bruñida de las cerámicas del valle de Guadalquivir y Huelva ocupan el interior de los vasos, en contraposición con las que se distribuyen por la zona portuguesa, que lo hacen por el exterior, mientras que las que se documentan en Extremadura lo hacen indistintamente por ambas superficies. El motivo decorativo más significativo es la «retícula bruñida». La sistematización de estas cerámicas se debe principalmente a D. Ruiz Mata, quien las divide en tres categorías: formas abiertas, correspondientes a cazuelas de carena alta de donde arranca el borde, copas o tazas de paredes finas y cuencos de casquete esférico, especialmente abundante en época tartésica; soportes en forma de carrete con baquetón en el centro; y los grandes vasos cerrados de almacén, entre los que destacan los de cuello acampanado denominados *à chardon*, que

perduran hasta el final del período tartésico tanto a mano como a torno y que se documentan también en contextos funerarios y rituales. Aunque la cronología que se les atribuye no está exenta de polémica, parece que los vasos más antiguos no rebasan el siglo IX, si bien algunos como Mederos elevan su presencia hasta el siglo XI, mientras que dejan de producirse hacia mediados del siglo VI, ya con una presencia muy escasa.

El otro tipo cerámico que se ha considerado como el «fósil-guía» de lo tartésico ha sido el denominado Guadalquivir I o «Carambolo», por ser en este yacimiento donde se documentó con gran profusión en cantidad y formas, si bien ya se conocían algunos fragmentos procedentes de la necrópolis de Mesas de Asta. Aunque habitualmente estas cerámicas se han vinculado al momento prefenicio, hay quienes abogan por su presencia en paralelo a la actividad colonizadora, aunque parece más lógico pensar que se están utilizando formas claramente indígenas en las que se comienzan a aplicar motivos decorativos geométricos habituales en la práctica totalidad del ámbito mediterráneo en estos momentos. Como es lógico, y dado el interés de estas producciones, han sido muchos los investigadores que se han adentrado en su estudio, no coincidiendo precisamente en sus respectivas valoraciones culturales; también es verdad que las especiales circunstancias en las que fueron hallados los primeros fragmentos ha limitado o supeditado su estudio, un condicionante historiográfico sobre el que ha reflexionado M. J. Casado en un interesante artículo de 2003 publicado en Spal, en el que aborda estos problemas interpretativos. La tipología que ofrecen estos vasos decorados con pinturas monocromas en rojo es similar a la descrita para las de retícula bruñida, aunque con algunas variantes; así, los tipos que sirven de soporte para estas decoraciones son principalmente cazuelas carenadas, vasos bicónicos, soportes en forma de carrete y grandes vasos cerrados. Su dispersión es muy significativa, pues es exclusiva de la zona

nuclear tartésica, habiéndose hallado sólo un ejemplar en El Algarve portugués, concretamente en el yacimiento de Nora Velha, en Ourique, mientras que un ejemplar que suele citarse procedente de Medellín no parece que se corresponda con estos tipos meridionales. El debate sobre la cronología de estas originales cerámicas está muy abierto, sobre todo a partir de su asociación en el propio Carambolo con cerámicas a torno fenicias y la analogía decorativa que muestran con los huevos de avestruz, lo que hace muy dudoso su origen indígena, no tanto en la forma como en la decoración. Los indigenistas han puesto estos motivos ornamentales geométricos en relación con los ídolos-placa calcolíticos, por lo que serían el reflejo de una antigua tradición de las gentes que habitaban el sur peninsular dos milenios antes de la llegada de los fenicios, aunque no pueden explicar la ausencia de ese estilo decorativo durante el largo espacio de tiempo de la Edad del Bronce. En la actualidad, la mayor parte de los investigadores lo vinculan con el fenómeno geométrico del Mediterráneo, atestiguado, además, en la Península antes de lo que se pensaba, como han demostrado los lotes cerámicos hallados en Huelva recientemente. Por lo tanto, cada día hay más motivos arqueológicos para pensar que las cerámicas «tipo Carambolo» son el resultado de los primeros momentos de la colonización fenicia, lo que justificaría su limitada dispersión y escasa duración, pues serían rápidamente sustituidas por otras producciones a torno de mayor calidad, como las pintadas figurativas. Una fecha entre finales del IX y principios del VII parece acorde con los contextos donde fueron halladas. Lo que sí suscita unanimidad es la condición exclusiva de estas cerámicas, utilizadas probablemente para contener bebidas destinadas al culto, siendo el vino uno de los candidatos mejor situados, toda vez que su introducción en la Península es paralela a la expansión de los motivos geométricos y,

especialmente, a la colonización del Mediterráneo occidental. Todas estas circunstancias, tipo de vaso indígena, decoración inspirada en motivos mediterráneos, y uso exclusivo, parecen apuntar a la existencia de uno o varios talleres especializados en algún punto de la desembocadura del Guadalquivir o en la propia Cádiz, pues los análisis de pastas realizados sobre las cerámicas de este tipo halladas en Huelva demuestran que no fueron fabricadas aquí, sino que proceden de aquel entorno.



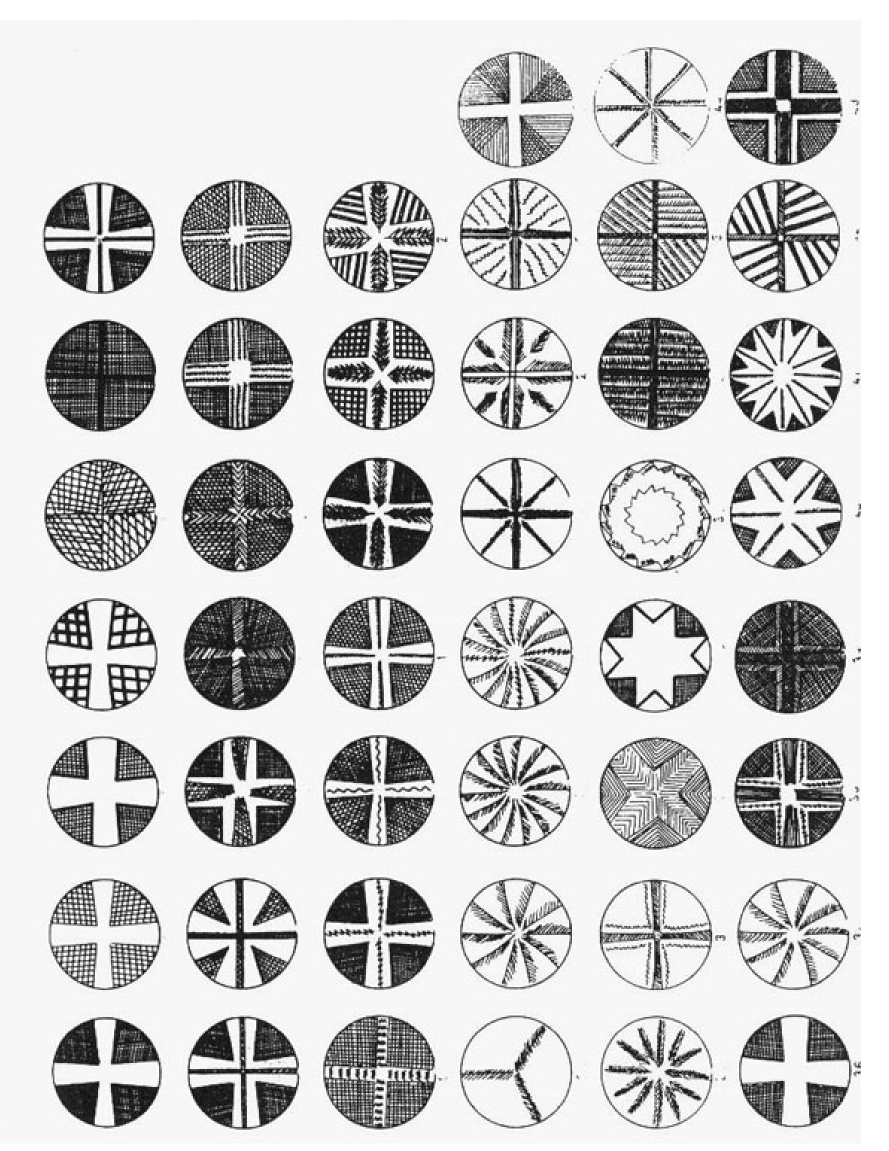


FIG. 63. A) *Mapa de dispersión de las cerámicas bruñidas internas.* B) *Motivos bruñidos procedentes de Huelva y el Guadalquivir (según Ruiz Mata, 1995).*

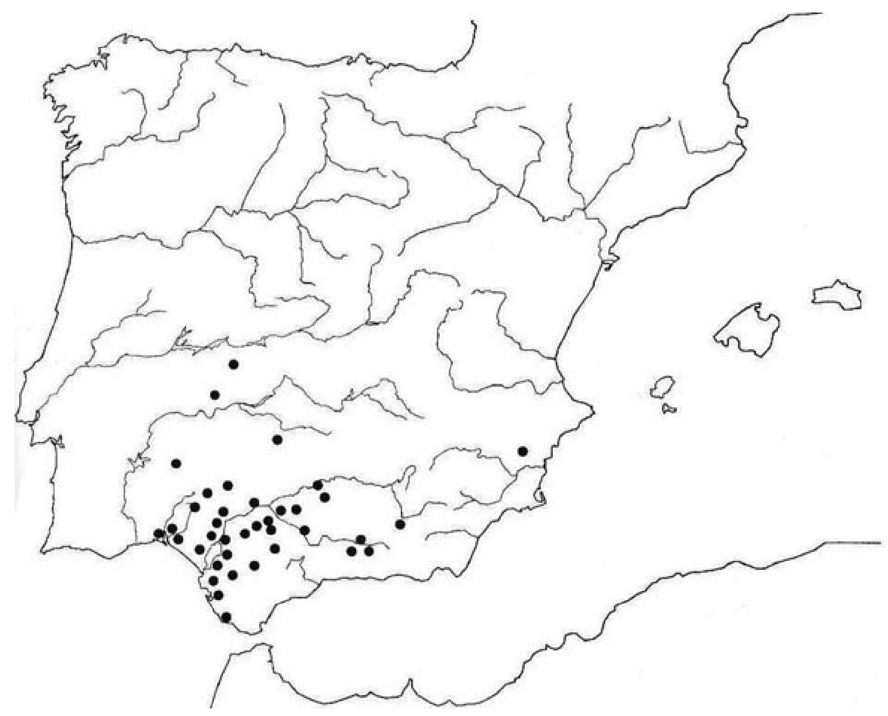


FIG. 64. *Mapa de dispersión de las cerámicas tipo Carambolo.*

A partir de finales del siglo VIII comienza a percibirse una menor calidad en las cerámicas indígenas a mano, al tiempo que comienzan a escasear algunas formas características de la fase inmediatamente anterior, como las cazuelas y cuencos con decoración bruñida interior y los «tipo Carambolo». Por el contrario, comienzan a hacer acto de presencia las cerámicas más comunes del mundo tartésico, las denominadas cerámicas grises, producciones a torno que en realidad no son sino la continuación de las cerámicas locales del Bronce Final, pero ahora realizadas con las tecnologías introducidas por los fenicios. Una vez adoptado el torno, aumentó la posibilidad de fabricar cerámica a escala industrial, lo que hizo que se consolidaran artesanos ceramistas con un alto grado de especialización, pues amén de saber utilizar el torno, y de poseerlo, se haría necesaria una búsqueda selectiva de las mejores arcillas y una mayor depuración de las pastas para generar cerámicas de alta calidad;

pero además había que construir nuevos hornos que permitieran adquirir mayores temperaturas; por último, era necesario poseer una zona de almacenamiento de los productos y disponer de una red de comercialización, lo que impediría que su elaboración se desarrolle dentro del ámbito doméstico. Todas estas circunstancias nos permiten pensar que esa producción a gran escala estuvo controlada por el poder político o religioso en el caso de las cerámicas destinadas específicamente al culto.

Las cerámicas grises son, por lo tanto, las producciones cerámicas más generalizadas de esta época, hasta el punto de que uno de sus estudiosos, A. Caro, las definió como tartésicas, mientras que J. I. Vallejo, siguiendo los estudios de C. Aranegui y M. Belén, las engloba dentro de las producciones orientalizantes, considerándolas como creaciones fenicias para satisfacer el mercado indígena; sin embargo, parece lógico pensar que en estas producciones intervinieran los alfareros indígenas, no sólo en la producción, lo que significaría una interacción tecnológica de gran interés, sino también en su comercialización. Estas cerámicas se realizaban también mediante una lenta cocción reductora, bruñéndose en el torno con unos acabados muy elaborados. Si las primeras producciones se detectan en la costa, con el tiempo y ante la enorme demanda que muestra la ingente cantidad documentada, serían realizadas por ceramistas ubicados en la periferia tartésica, momento en el que se detectan variaciones formales vinculadas con las respectivas áreas donde han sido halladas; por ello, tanto su tipología como su dispersión son ciertamente inabarcables, dando motivo a los numerosos estudios elaborados sobre ellas. Aunque algunos piensan que es una vajilla de lujo para satisfacer a las elites, su omnipresencia y dispersión abogan por una utilización en masa que la convierte en la cerámica común de la época, perdurando hasta el final del período tartésico e incluso hasta época prerromana.

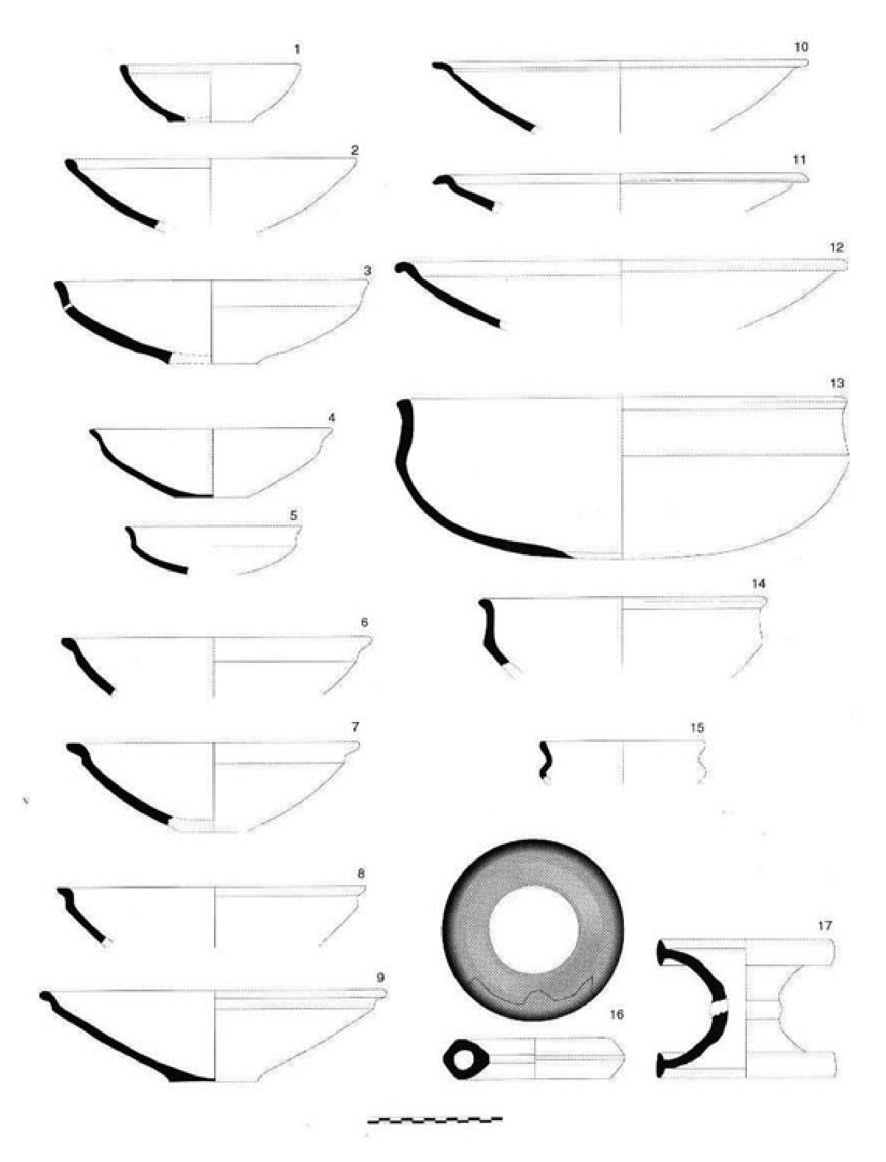


FIG. 65. *Tipología de la cerámica gris tartésica. (Según I. Vallejo, 2005)*

Las producciones que sí pueden considerarse de lujo son las de barniz rojo, un tipo que se documenta con profusión en El Carambolo y cuyo estudio tipológico se inició a partir de los años sesenta en paralelo con las intervenciones del Instituto Arqueológico Alemán en las factorías y necrópolis fenicias del

sureste peninsular, donde su presencia era muy significativa. Si las primeras producciones son claramente fenicias, con el tiempo fueron también realizadas en todo el ámbito meridional, como avalan los resultados de los análisis de pastas elaborados en ejemplares procedentes de Cádiz y Huelva. Si el comienzo de estas producciones puede remontarse a los inicios de la colonización, su pervivencia alcanza el siglo VI a.C., como se desprende de algunos ejemplares hallados en la periferia tartésica y del horno hallado en el Cerro del Villar, datado precisamente en esa fecha. Aunque los tipos más comunes responden a formas abiertas como platos y cuencos, son significativos, aunque escasos, otros elementos más comunes fuera de la Península, caso de los jarros de «boca de seta» o los de borde trilobulado, así como las lucernas o los quemaperfumes, que suelen aparecer sólo en los sitios más antiguos, como Huelva, Las Cumbres o El Carambolo.

En los últimos años han tomado una especial importancia las cerámicas pintadas figurativas con motivos vegetales y zoomorfos, si bien ya Bonsor había dado cuenta de algunos fragmentos procedentes de sus excavaciones en los Alcores y se habían documentado otros fragmentos en las excavaciones de Lora del Río. Este grupo cerámico es muy significativo porque de nuevo limita su producción en exclusiva al núcleo tartésico, en un ámbito además muy restringido que se ha asociado a espacios de culto. Es probable que estas cerámicas sean las que sustituyan a las «tipo Carambolo», o al menos eso se puede deducir tanto de su distribución geográfica como de las fechas en que se ubican, pues los ejemplares más antiguos no parecen ser anteriores al siglo VII, momento en el que ya han desaparecido o son muy escasos los ejemplares de tipo Carambolo. Los espectaculares hallazgos de Montemolín y de Marqués de Saltillo, en Carmona, han revalorizado su hasta ese momento escasa presencia, que se limitaba a algunos ejemplares

procedentes de Setefilla, los aludidos procedentes de Cruz del Negro, otros de Mesas de Asta y a los aún inéditos localizados en el Castillo de Doña Blanca, mientras que otros ejemplares ya más modernos se localizan aguas arriba del Guadalquivir y en otros puntos orientales de la periferia tartésica, donde se han encontrado ejemplares de gran calidad, caso del conjunto del Museo de Cabra, que sin embargo ya se datan entre los siglos VI y V a.C. De gran interés es, sin embargo, la testimonial presencia de estos ejemplares en Huelva, aunque se han documentado algunos ejemplares en el sur de Portugal, a lo que se une la escasa presencia de cerámicas tipo «Carambolo» que, por otra parte, ya apuntábamos que procedían del área del Guadalquivir; esta circunstancia se antoja de enorme importancia para ahondar en las diferencias que separan ambos núcleos tartésicos pues incide en esa diferenciación que aquí se viene considerando. La mejor sistematización de estas producciones se la debemos a M.ª L. de la Bandera y F. Chaves en un trabajo de 1993, aunque fueron los hallazgos realizados en el santuario de la casa del Marqués de Saltillo los que propiciaron un nuevo estudio de estas producciones por parte de M. Belén y sus colaboradores y, sobre todo, de su contexto y valor ritual. Estas cerámicas, que se vienen clasificando como orientalizantes por los motivos decorativos que contienen, son una de las expresiones más explícitas de la cultura material tartésica.

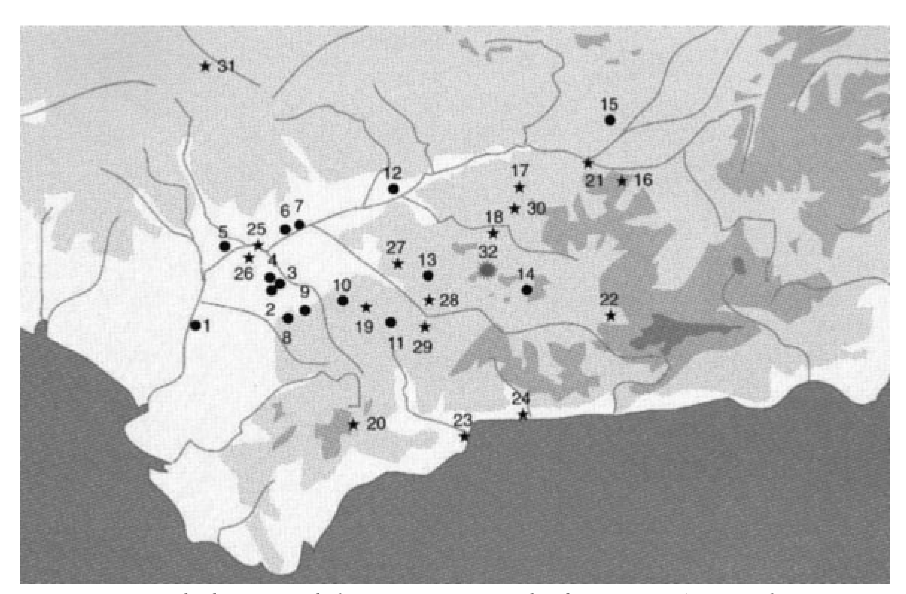


FIG. 66. *Mapa de dispersión de las cerámicas pintadas figurativas. (Según Blánquez y Belén, 2003.)*



FIG. 67. Pithos *procedente de Montemolín. (Según De la Bandera, 2002.)*

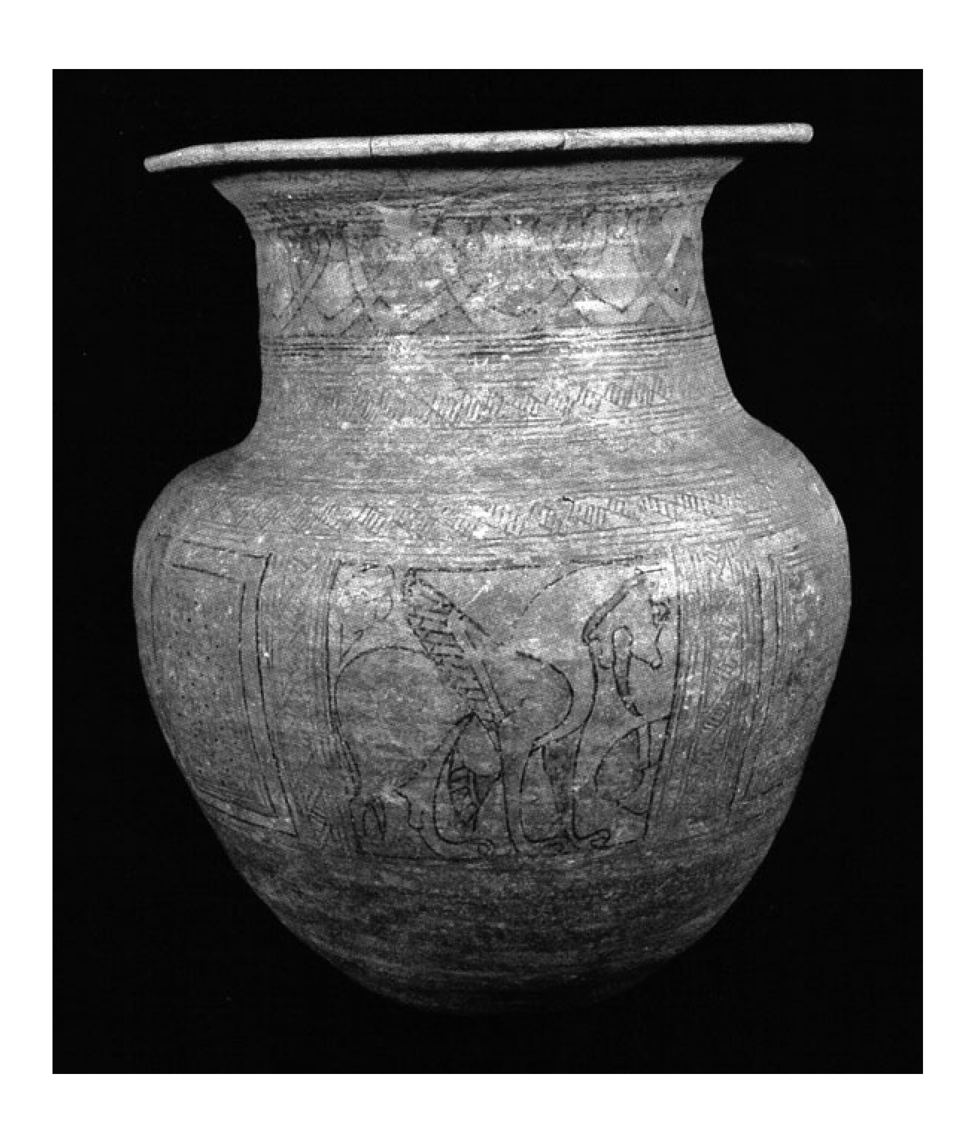




FIG. 68. A) *Urna 6 del Museo de Cabra. (Foto, J. Blánquez.)* B) *Dibujo de la urna 6 del Museo de Cabra (Según Blánquez y Belén, 2003.)*

Los tipos más comunes de estas cerámicas pintadas, por regla general en rojo y negro, son los cuencos o copas, aunque los *pithoi* se han convertido, por sus dimensiones y, por lo tanto, por su capacidad para el desarrollo iconográfico, en los más significativos. El *pithos* es un vaso realizado a torno de entre 60 y 70 cm. de altura, con un cuerpo ovalado de cuyo hombro arranca un cuello corto y acampanado rematado por una boca ancha con el borde abierto; dispone de cuatro asas normalmente geminadas que arrancan del borde y descansan en el hombro. Los mejor conservados son los que se exhumaron en la casa-palacio del Marqués de Saltillo, tres ejemplares de excelente calidad técnica y ejecución artística. En uno de estos *pithos* se pintó una escena de seres fantásticos que desfilan entre una

abundante decoración floral; los otros dos ejemplares son de idéntica factura y ofrecen una decoración similar, sólo alterada por el diferente grado de calidad de los respectivos artistas; los motivos que decoran estas dos piezas son cinco flores y capullos de loto entrelazados, motivos estos sobradamente conocidos en la iconografía orientalizante, no ya sólo en las producciones cerámicas, sino también en las metálicas y, sobre todo, en las de marfil. Pero merece la pena detenerse en el primero de los *pithos*, donde se representó esa original escena de seres fantásticos con cabezas de ave de largo pico que, según los editores de los trabajos «constituye de forma clara ese eslabón hasta ahora sólo intuido, entre las cerámicas de los siglos VII y VI a.C. y las producciones ibéricas levantinas», importante apreciación para aquellos que defienden la importancia del sustrato cultural tartésico en la formación de la cultura ibérica. Por último, también es de gran interés el resultado de los análisis practicados sobre estos contenedores que han certificado su manufactura local, aunque es muy posible, teniendo en cuenta la importante presencia de estos tipos en el valle Medio del Guadalquivir, que hubiera otros talleres especializados en estos tipos cerámicos. Como hemos visto, las fechas de estos ejemplares son relativamente tardías, a partir del VII a.C., lo que unido a la ausencia de paralelos en el resto del Mediterráneo les confiere la denominación de tartésicos.

También las denominadas cerámicas bicromas se han considerado como el origen de las ibéricas, al menos eso se deduce de la disposición de las bandas con que fueron pintadas. Entre las formas más habituales de estas cerámicas se encuentran los vasos *à chardon*, los *pithoi* y las urnas tipo «Cruz del Negro». Entre estos tipos destaca muy especialmente la urnas tipo «Cruz del Negro» por definir por sí misma este amplio período histórico. Las urnas responden a un modelo de recipiente cerrado de cuerpo globular más o menos achatado, con un

cuello normalmente cilíndrico del que parten dos asas geminadas que descansan sobre el hombro. Su presencia en la Península se identifica desde sus inicios, en el siglo VIII a.C., con la función de contenedor de huesos cremados en necrópolis como Las Cumbres o en Setefilla, y se generalizará a partir del siglo VII en la práctica totalidad de las necrópolis tartésicas. También, con el tiempo, se convertirán en una inspiración para las urnas del mundo ibérico, aunque variando ligeramente la forma de su cuerpo.

Sería prolijo hacer aquí una descripción de todos los tipos cerámicos documentados en época tartésica, de ahí que se haya hecho hincapié en los más importantes por su cantidad y, sobre todo, por su especial significado cultural. No obstante, es inevitable hacer una referencia, aunque sea breve, a uno de los elementos cerámicos más característicos de esta época como son las ánforas denominadas fenicio-púnicas y que Ramón estudió y sistematizó en los años 1990; son ánforas que derivan de los modelos fenicios pero que, sin embargo, fueron elaboradas en las costas del sur peninsular al poco de iniciarse la colonización, apenas variando sus formas, que perviven hasta al menos el siglo V, como se aprecia en los yacimientos más señeros de la periferia tartésica como Cancho Roano, donde se localizaron una gran cantidad de ánforas de este tipo con pequeñas variantes formales. Las ánforas han servido para reconstruir la red comercial del suroeste peninsular, por lo que su importancia es manifiesta, sobre todo cuando se estudian en paralelo con los contenedores de almacén procedentes del comercio griego, donde destacan las ánforas de SOS, que comienzan a aparecer en la costa a partir de mediados del siglo VII a.C.

Los bronces

A pesar de la riqueza metalúrgica que preconizan todas las fuentes clásicas, no parece que Tarteso se caracterice precisamente por una especial abundancia de metales elaborados en los momentos más antiguos, por lo que llama poderosamente la atención la parquedad de los objetos elaborados en plata, el mineral que ha servido para justificar su auge económico y una de las principales causas de la colonización. Por lo tanto, la práctica ausencia de plata en el suroeste peninsular en los momentos previos a la presencia de los fenicios es un dato más a tener en cuenta a la hora de valorar el desarrollo tecnológico de las comunidades indígenas; sin embargo, sí es reseñable el interés que muestran por las manufacturas en bronce, y ello a pesar de que no disponemos de documentación sobre las necrópolis o los lugares donde pudieron amortizarse estos objetos, pero a tenor de las numerosas armas rescatadas en los ríos y otros depósitos y ocultaciones del Bronce Final, parece que su importancia fue patente. Aunque estas armas y otros objetos de adorno personal son de clara filiación atlántica, es más que probable que las halladas en el suroeste peninsular sean de producción local, siguiendo esos modelos que también se atestiguan en el Mediterráneo central, o al menos eso se desprende de su presencia en las estelas de guerrero de composición básica y del conocimiento que demuestran en la elaboración de la orfebrería.

Con la colonización debieron llegar artesanos y metalúrgicos que se instalaron en la Península con el objetivo de abastecer de nuevos productos metálicos a los personajes más destacados de las comunidades indígenas; como es lógico, y antes del desarrollo de estos establecimientos artesanales, se debieron importar objetos de manufactura oriental que pronto serían sustituidos por las imitaciones de los talleres fenicios occidentales que, aunque es posible que aceptaran artesanos y aprendices indígenas, guardarían celosamente el secreto de su

elaboración con el fin de controlar su comercialización; sin embargo, a partir del siglo VII se observa un sensible aumento y una variada tipología de estos objetos que conocemos principalmente a través de las necrópolis, y dada la originalidad formal y las peculiaridades técnicas que ofrecen a partir de ahora, parece que responden a una descentralización geográfica de esos talleres. Son los primeros productos genuinamente tartésicos, aunque siempre manteniendo la influencia orientalizante, por lo que muchos prefieren denominar así a este período histórico y a los productos que en él se elaboran.

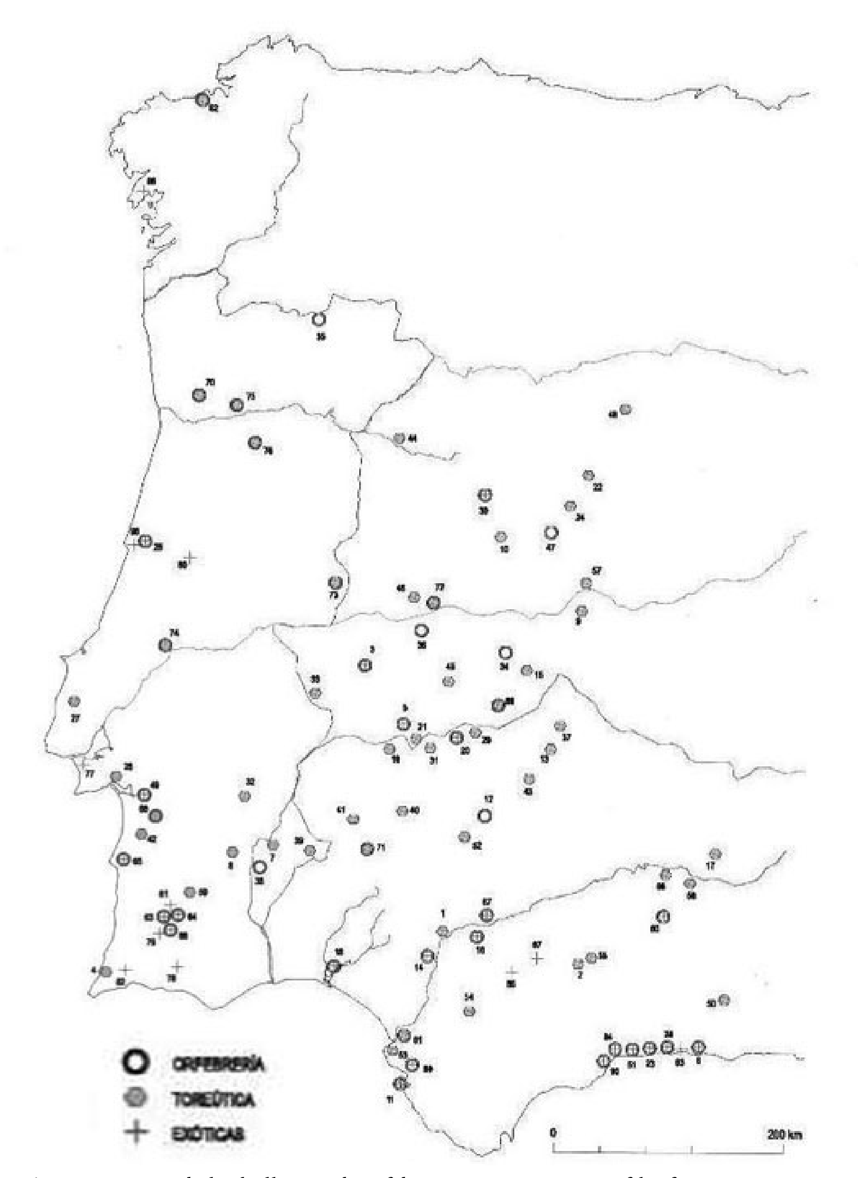


FIG. 69. *Dispersión de los hallazgos de orfebrería, toréutica y marfiles fenicios y tartésicos. (Según M. Pellicer, 2000.)*

Los primeros bronces orientales que llegan a la Península es posible que lo hicieran en época prefenicia, pero su habitual descontextualización o su justificación por el comercio atlántico o continental impiden una clara consideración. El reciente debate sobre las ocultaciones de estos bronces en el territorio

portugués abierto por Raquel Vilaça en 2007, no deja de ser significativo a la hora de valorar la circulación de estos productos en las últimas etapas del Bronce Final, pero pone de manifiesto la intensa circulación de estos bronces a pesar de su continua amortización. Las armas y algunos objetos de adorno y uso personal, como las navajas de afeitar o las fíbulas, son producciones atlánticas que se manifiestan claramente en las estelas de guerrero más antiguas; sin embargo, a partir de la colonización no sólo se aprecia un cambio en la composición escénica de las estelas con la incorporación de la figura del guerrero, sino que a su vez hacen acto de presencia una serie de objetos que enriquecen sensiblemente la panoplia del individuo representado, lo que sin duda debemos asociar a la colonización mediterránea. Tal y como se pone de manifiesto en el rico yacimiento portugués de Baiões, los primeros bronces mediterráneos que llegan a la Península antes de la colonización están vinculados con el culto, tónica que prevalece durante la colonización, donde los bronces que se documentan tienen una estrecha relación con el ritual religioso, caso de los *thymateria* o quemaperfumes, los jarros y *braserillos*, las pequeñas estatuas, etc.; sin embargo, los objetos de adorno personal como pinzas, fíbulas, agujas, etc., parecen de elaboración indígena. Esta circunstancia puede estar relacionada con el carácter anicónico que siempre se ha adjudicado a la religión de las comunidades indígenas.





FIG. 70. A) *El «Bronce Carriazo» (Museo Arqueológico de Sevilla).* B) *Cama lateral de uno de los bocados de caballo de bronce con la representación de* Potnios hippon *del santuario de Cancho Roano*.

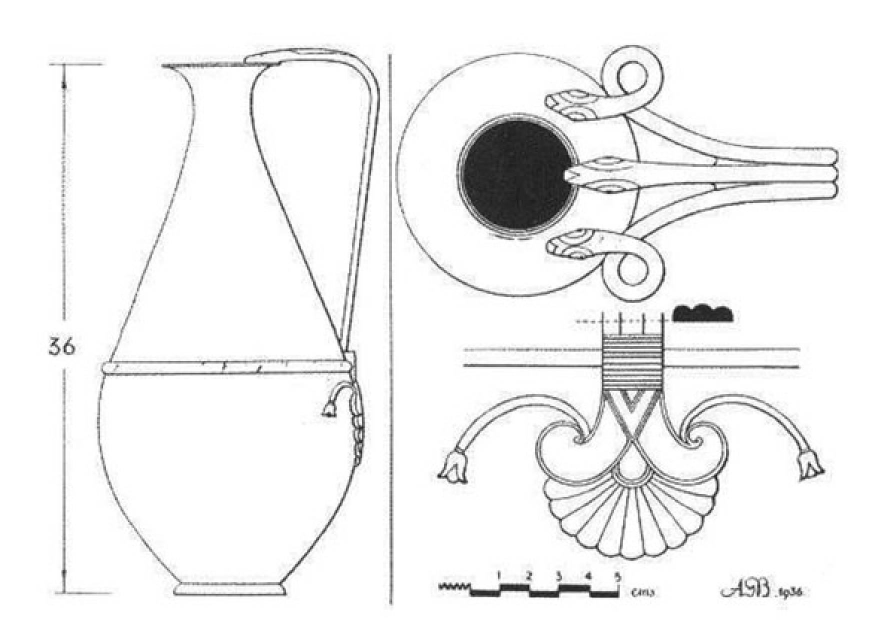


FIG. 71. *Jarro de Huelva. Museo Valencia de Don Juan. (Según García Bellido, 1956.)*

La realidad es que, desde los trabajos realizados por A. Blanco y A. García Bellido a mediados de los años cincuenta del pasado siglo, poco se ha avanzado en el estudio de algunos bronces tan significativos como son los jarros, tal vez el elemento más definitorio de los bronces tartésicos, junto al *braserillo* que suele acompañarlo. En estos años, como es lógico, se han incorporado nuevos ejemplares, se ha avanzado en los análisis metalográficos y en el estudio de las técnicas de elaboración, pero no ha variado sustancialmente ni la adscripción cultural ni las cronologías, como puede apreciarse en la más moderna recopilación de la toréutica orientalizante realizada por J. Jiménez Ávila. Dentro de los jarros hay algunos importados que se pueden asociar a la presencia griega en el sur peninsular a partir del siglo VII a.C., caso de los jarros rodios aparecidos en Huelva, concretamente en la tumba 5 de La Joya y en el túmulo de Santa Marta, a los que hay que añadir el de la colección Vives expuesto en la Hispanic Society of America de Nueva York. Pero los jarros más

numerosos son los denominados piriformes por tener el cuerpo en forma de pera, y no de llama o fuego como incomprensiblemente defienden algunos autores. Los más antiguos son los que presentan la boca trilobulada, con decoración zoomorfa y asa de cinta o rematados por cabezas de serpientes, fechados desde finales del siglo VIII, si bien la mayor parte de los mismos aparecieron descontextualizados salvo el de Aliseda, que sin embargo se elaboró en vidrio y está acompañado por el tesoro de oro y otros bronces que difícilmente pueden fecharse antes de mediados del siglo VII a.C. La dispersión de estos jarros ocupa todo el cuadrante suroccidental de la Península, muchos de ellos fuera del núcleo tartésico, pues se han documentado desde Huelva a Coca en el eje norte/sur, y desde Torres Vedras a Siruela en el oeste/este; una dispersión muy similar a la que ofrecen otros bronces como los *thymateria* o los *braserillos* tartésicos. Los pocos jarros documentados se han hallado en contextos funerarios, caso de La Joya, el túmulo de Santa Marta o en la Cañada de Ruiz Sánchez, en Carmona; otros carecen de una información precisa, caso del aparecido en las Fraguas, aunque probablemente también perteneciera a una tumba como la del Palmerón de Niebla; sin embargo, no parece que fueran exclusivos de los ambientes funerarios, como se deduce del hallado en Aliseda o de los más modernos encontrados en santuarios como el de Cancho Roano, que también aparecen acompañados por *braserillos*. Estos recipientes con soportes de manos se fechan entre los siglos VII y VI a.C. y, salvo el ejemplar de plata de Aliseda, todos fueron elaborados en bronce con una tipología muy similar, siendo un producto que podríamos considerar como genuinamente tartésico, consiguiendo una gran presencia en la etapa ibérica, si bien ahora desligado del jarro.

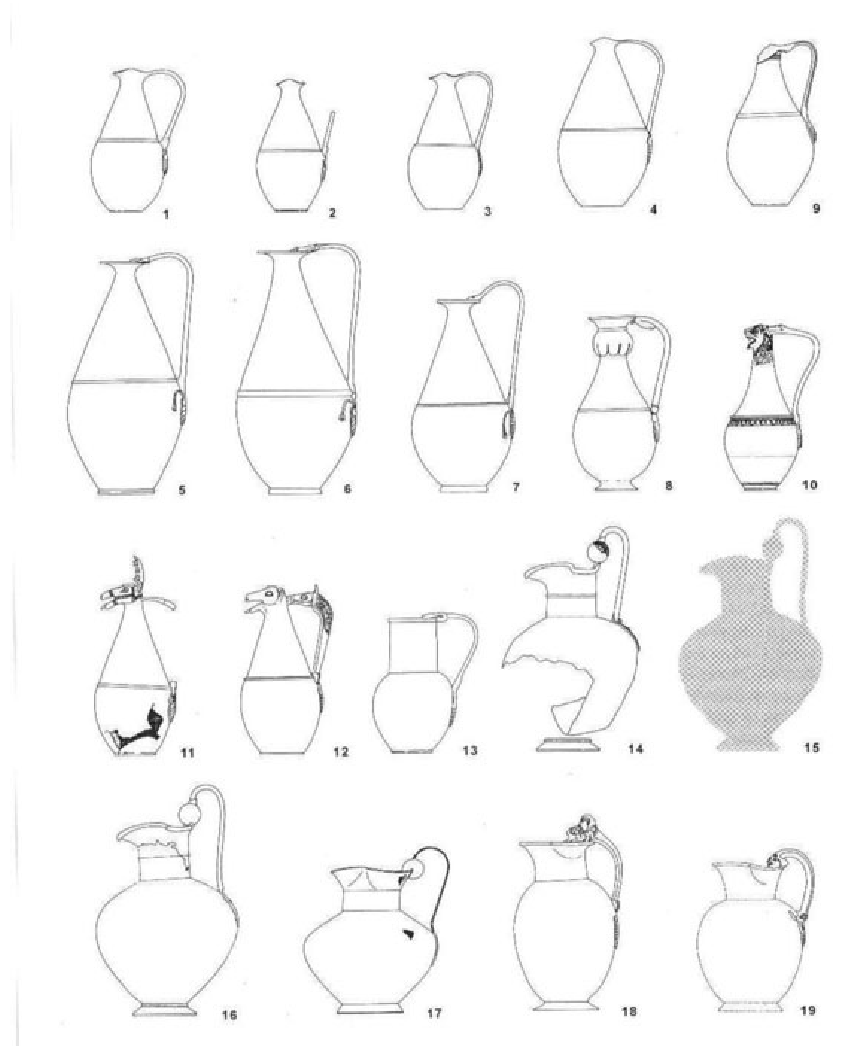


FIG. 72. *Tipología de los jarros tartésicos. (Según Jiménez Ávila, 2002.)*

El original conjunto jarro/braserillo se ha documentado en la Cañada de Ruiz Sánchez, en las tumbas 5, 17 y 18 de La Joya, en Torres Vedras, en el Palmerón, en las Fraguas, en el túmulo de Santa Marta y en Carmona, así como en Aliseda, lo que demuestra una evidente dependencia de ambos objetos que, por otra parte, es exclusiva en el Mediterráneo, por lo que se ha considerado como una muestra del ritual tartésico. Más complicado es conocer la función que desempeñaron ambos

objetos, interpretada por unos como ritual, relacionada con la bebida, si bien no aparecen asociados otros objetos indispensables para ese ritual como son las cráteras, las copas o los cazos; también han sido entendidos como objetos relacionados con la libación o bien como objetos lustrales, interpretaciones todas ellas difíciles de contrastar arqueológicamente.





FIG. 73. A) *Conjunto de jarro y braserillo en la ofrenda de la capilla N-6 de Cancho Roano.* B) *Caballo votivo de bronce hallado en una de las ofrendas del santuario de Cancho Roano.*

Otro elemento característico de la toréutica tartésica es el *thymaterium*, un objeto de carácter litúrgico que también se relaciona con tumbas y santuarios y que igualmente es de fabricación peninsular. Otros objetos de bronce considerados tartésicos presentan serios problemas a la hora de ser datados por la ausencia de un contexto arqueológico donde ubicarlos: es el caso de las ciervas del British Museum y de la colección Várez, del llamado carrito de Mérida, guardado en el museo de Saint Germain-en-Laye, o de las figuras egipcias identificadas como Reshef o Melqar, entre otras muchas. Estos objetos parecen procedentes de los talleres ubicados en las costas peninsulares que en origen crearon los fenicios, mientras que con el tiempo parece que se abrirían otros talleres más al interior, donde se producían otros tipos propios, entre los que destacan los broches

de cinturón. El hallazgo de un taller de broncista en el poblado tartésico de El Palomar, en Oliva de Mérida, y por lo tanto, en la denominada periferia tartésica, parece avalar ese supuesto.

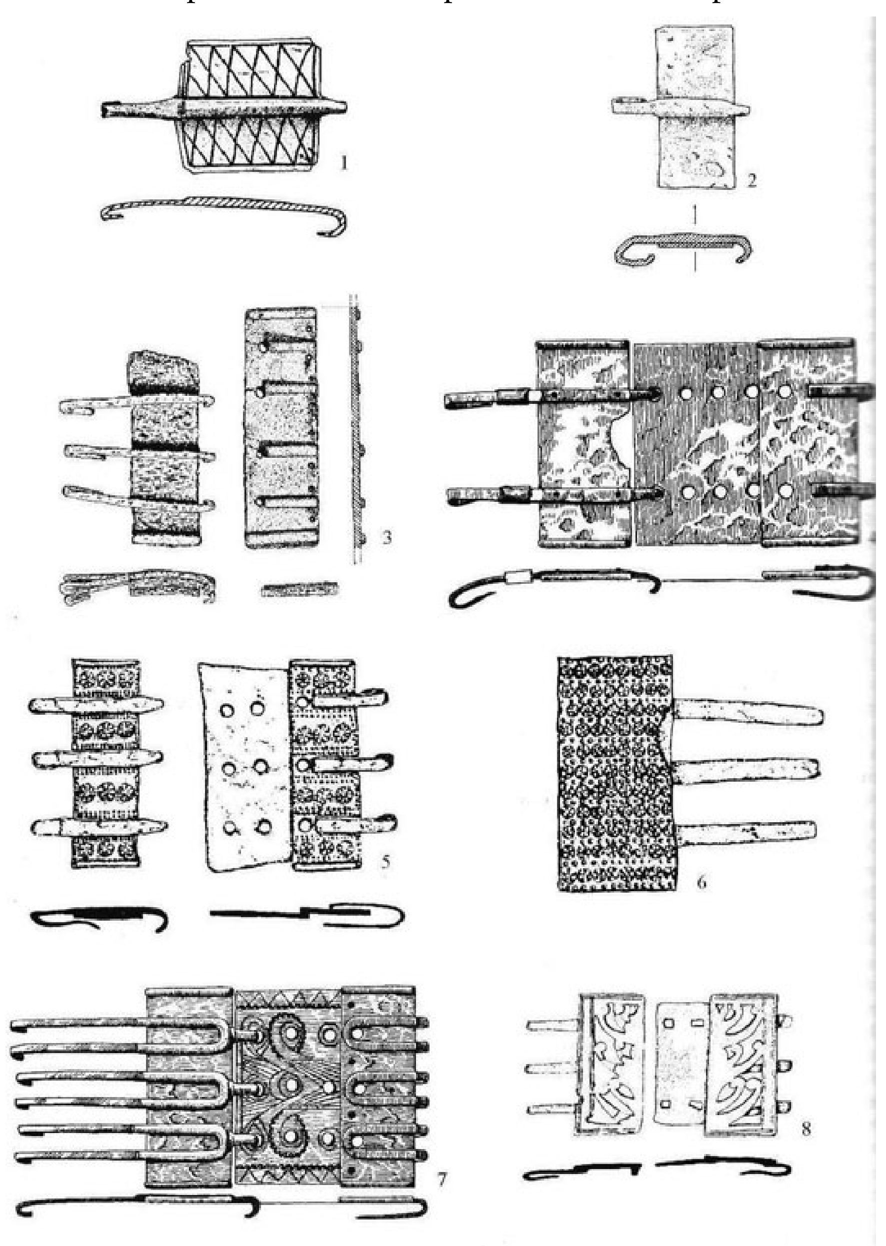


FIG. 74. *Tipología de los broches de cinturón tartésicos.*

Los marfiles

De nuevo debemos a G. Bonsor el primer estudio de los marfiles procedentes de sus excavaciones en Los Alcores, a los que dedica una especial atención. Como ocurría con los bronces o con otros elementos introducidos por los artesanos fenicios, los marfiles han generado un gran debate sobre su significado, adscripción cultural y cronología, aunque parece obvio por los tipos que nos han llegado, realmente singulares dentro del ámbito Mediterráneo, que responden a una interacción artesanal cuyo resultado es un producto netamente tartésico, como ya propuso A. Blanco, quien sin embargo prefirió denominarlos orientalizantes. Los estudios más exhaustivos de los marfiles se los debemos a M.ª E. Aubet, quien en tres trabajos consecutivos de finales de los años 70 sintetizó todos los marfiles conocidos hasta ese momento procedentes de las necrópolis de Carmona y depositados tanto en Sevilla como en Nueva York, donde se guarda la mejor colección en la Hispanic Society of America, hoy expuestos en el Metropolitan Museum de esa ciudad.

FIG. 75. *Mapa de dispersión de los marfiles orientales y orientalizantes. (Según Le Meaux, 2005.)*

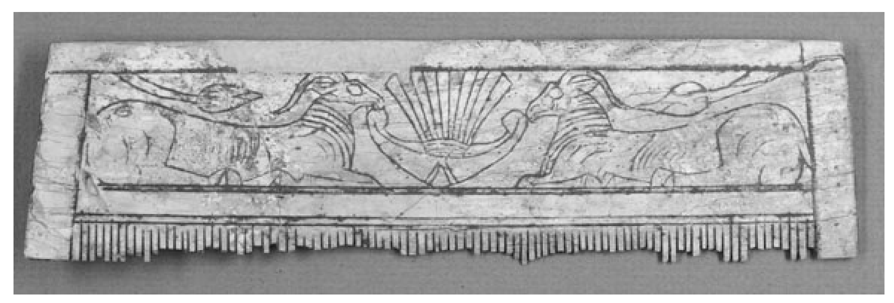


FIG. 76. *Peine del Acebuchal. Carmona. (Foto Proyecto Hispanic Society of America, 2007.)*

Aunque la generalización de los peines de marfil se produce a partir de la colonización oriental, en la Península se conocen otros ejemplares del Bronce Final, caso de los documentados en la tumba de Roça do Casal do Meio, Cabeço de Vaiamonte, la Mola d'Agres o el procedente del Cerro de la Mora entre otros, elementos que además están asociados a fíbulas de codo, como ocurre en las representaciones más arcaicas de las estelas de

guerrero. A partir del siglo VIII no sólo se documentan peines en las necrópolis tartésicas, sino que también se han hallado otros elementos como placas, paletas, cajas o remates de muebles que enriquecen la tipología eboraria.

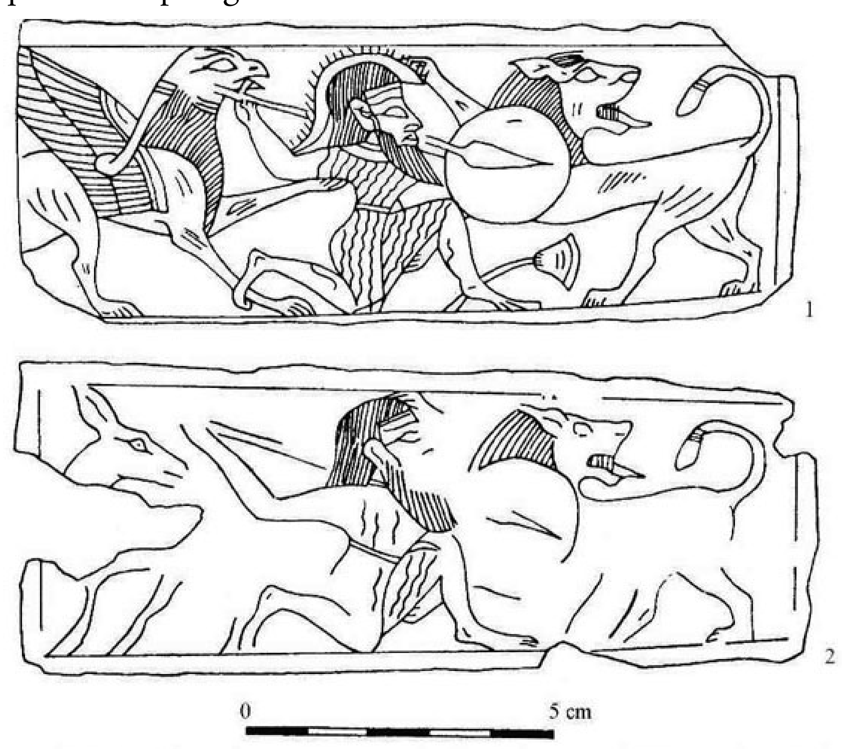


FIG. 77. *Placa de Bencarrón. Carmona. Hispanic Society of America. (Según M.ª E. Aubet, 1978.)*

Los peines son los elementos más abundantes, donde los soportes, con escotaduras laterales, aparecen decorados mediante incisión y muestran motivos figurativos repetitivos, principalmente leones, ciervos, esfinges y grifos, siempre enmarcados entre frisos decorados con trenzados o bien con motivos en zigzag. Destaca especialmente el peine estilo Acebuchal, así llamado por haber sido hallado el primer ejemplar en esta necrópolis, aunque también se ha documentado en la de Cruz del Negro, que se caracteriza por su asidero rectangular alargado decorado por ambas caras con motivos

geométricos, vegetales y zoomorfos, y que para los especialistas son, cronológicamente, los sucesores de los anteriores. Las placas de marfil destinadas al revestimiento de cajas y muebles también han sido documentadas en numerosas necrópolis tartésicas, si bien destacan especialmente las halladas en Bencarrón, decoradas por ambas caras con sendos guerreros; uno de ellos, arrodillado, porta un escudo y una lanza y está tocado por un casco griego que ha permitido datarlo en torno al siglo VII a.C. Los guerreros están flanqueados por un león y un grifo, y un león y un cérvido, respectivamente. Otras placas, consideradas más modernas, sólo presentan decoración geométrica, como las halladas en Cruz del Negro y Medellín. De gran importancia son las paletas rectangulares con los lados cóncavos y cazoleta circular en el centro que se han interpretado como paletas cosméticas; sus lados aparecen decorados mediante incisión o calado y ofrecen una gran riqueza iconográfica, con grifos y esfinges, figuras humanas, flores de loto o caballos tirando de un carro, destacando las de Alcantarilla, aunque recientemente se han descubierto varios ejemplares en la necrópolis de inhumación de la Angorrilla, en Alcalá del Río, actualmente en estudio. Otros elementos como las numerosas cajas circulares o *pixides*, los remates de otras cajas con motivos vegetales de palmetas o las cucharas completan la tipología de estas producciones.

Los marfiles peninsulares muestran una originalidad sobre la que ha hecho especial hincapié H. Le Meaux, la última especialista que se ha acercado a su estudio, para quien «la importancia del corpus de los marfiles peninsulares radica en que las variaciones estilísticas alrededor de temas comunes a las artes de la cuenca mediterránea convierten este arte tartésico en un arte original y singular perteneciente a la corriente orientalizante». Por lo tanto, nos hallamos una vez más ante un producto genuinamente tartésico elaborado no sólo en talleres

de la costa peninsular, sino que con el paso del tiempo pudieron elaborarse en la propia periferia, como demuestra el hallazgo de un trozo de marfil en bruto en el santuario de Cancho Roano. Curiosamente, parece que en este caso no se habrían importado marfiles orientales antes de su elaboración en la Península, tal vez la causa por la que no se copian motivos muy generalizados en el resto de Mediterráneo; por ello, la cronología de estos marfiles tartésicos no es anteror al siglo VII a.C.

La orfebrería

La gran cantidad de tesoros, ocultaciones y otras piezas de oro descontextualizadas halladas durante el Bronce Final, son una muestra más que evidente de la tradición de la orfebrería en la península Ibérica; sin embargo, y a pesar de que estas piezas proceden del cuadrante suroccidental, donde Portugal y Extremadura acaparan la mayor parte de los descubrimientos, no hay indicios de su existencia en el núcleo tartésico, lo que no deja de ser un dato de gran interés para entender, tal vez, uno de los motivos de la colonización mediterránea, a la vez que puede dar la clave para justificar los ricos hallazgos de origen oriental exhumados en esas tierras del interior, donde el oro siguió siendo uno de los elementos más destacados. Los famosos torques de oro macizo con decoraciones geométricas incisas, así como los brazaletes, las diademas y las espirales, transmiten una uniformidad cultural que se ve reforzada por otras manifestaciones como las estelas de guerrero o los depósitos de bronce que también caracterizan estas mismas áreas del interior.

La colonización supuso la introducción de nuevas tecnologías relacionadas con el trabajo de orfebrería que incidieron fundamentalmente en el trabajo en hueco de las piezas más características, lo que supuso un sensible ahorro en materia prima. También se introdujeron técnicas que permitieron perfeccionar el acabado de las joyas mediante el conocimiento

de nuevas aleaciones y el mejor control de las temperaturas. Por último, el granulado y la filigrana se consideran como las aportaciones técnicas más novedosas, empleadas profusamente a partir de este momento en la piezas áureas peninsulares siguiendo una moda que, por otra parte, ya había invadido el Mediterráneo.

Han sido muy numerosos los investigadores que se han acercado al estudio de la orfebrería desde que apareciera el tesoro de Aliseda en 1920, pero los trabajos más significativos sobre la joyería tartésica u orientalizante se realizaron a comienzos de los años noventa por parte de G. Nicolini y A. Perea, aunque sin duda ha sido esta investigadora quien ha aportado los avances más significativos en su estudio al incorporar nuevos métodos analíticos e importantes consideraciones sobre las formas de transmisión tecnológica, la producción y su comercialización, estudios que aún siguen reportando importantes resultados hoy en día. Precisamente se debe a esta autora, junto a su colega B. Armbruster, la introducción de un nuevo concepto sobre la tecnología mixta que se puede observar a través del tesoro de El Carambolo, un conjunto sin paralelos formales que aúna las técnicas del Bronce Final con las fenicias, lo que puede denominarse sin tapujos como orfebrería tartésica. Como ocurre en Aliseda, en El Carambolo aparecen joyas de tecnología mixta con otras de importación. El conjunto está formado, además de por el collar de sellos de importación, por dos pectorales con forma de piel de toro extendida, dos brazaletes y dieciséis placas rectangulares. De gran originalidad son también los seis candelabros procedentes de Lebrija, donde se sigue utilizando una técnica de unión heredera del Bronce Final. A partir del siglo VII y con la aceptación de las novedades tecnológicas de origen oriental, se

produce una nueva forma de expresión en la que la cantidad de oro utilizada en las piezas de la etapa anterior da paso a la imagen como mejor manifestación del poder.



FIG. 78. *Tesoro de Aliseda. (Foto Museo Arqueológico Nacional.)*

Entre los conjuntos áureos tartésicos, destaca el tesoro de Aliseda por la enorme repercusión que tuvo en el momento de su hallazgo, cuando aún no se tenía un concepto cultural de lo tartésico, por lo que las piezas exhumadas se clasificaron, según qué autores, como fenicias, cartaginesas, egipcias, ibéricas e incluso celtas. El magnífico tesoro de Aliseda ha sido interpretado por muchos investigadores como el ajuar funerario de un jefe indígena, obra de orfebres fenicios que habría llegado a estas tierras fruto de un don o regalo por parte de los fenicios o tartesios a cambio de que estos jefes indígenas les facilitaran el libre tránsito hacia las tierras septentrionales, donde se hallarían metales como el estaño. Pero un examen exhaustivo del conjunto áureo permite distinguir entre algunas producciones de origen fenicio y otras, la mayor parte de ellas, de factura

indígena, aunque los temas iconográficos estén inspirados en el mundo mediterráneo; así, las arracadas, la diadema con remates triangulares, el cinturón o el conjunto jarro/*braserillo*, no son sino la expresión más evidente de que nos hallamos ante un conjunto genuinamente tartésico. Pero más importante aún es la confusión que ha sembrado el hallazgo del tesoro, adjudicado unánimemente a una tumba, cuando la realidad parece muy diferente. Las circunstancias del hallazgo las conocemos a través de J. R. Mélida, quien lo publicó en varios foros en 1921:







FIG. 79. A) *Detalle de una de las arracadas de Aliseda.* B) *Detalle de uno de los extremos y broche del cinturón de Aliseda.* C) *Detalle de los estuches porta amuletos y de un creciente que formarían parte de un collar de Aliseda. (Fotos Museo Arqueológico Nacional.)*

> La casualidad, a la que tanto debe la Arqueología, hizo que en la tarde del 29 de Febrero de 1920, al cavar con el sólo fin de extraer tierra para un tejar, en un terreno comunal de la villa de Aliseda (Cáceres). Los que explotaban el referido tejar, D. Victoriano Rodríguez y Jesús, viendo lo que había empezaron a rebuscar y llenaron dos cubos de tierra, mezclada con alhajas. Posiblemente ellos mismos por su rudeza e ignorancia las desbarataron y mezclaron con la tierra, rompieron o acabaron de romper la vasija y otros objetos, y malograron, por lo tanto, el primer dato cierto de la situación arqueológica de esas joyas que pudieron adornar el cadáver de una persona en una sepultura o ser guardadas en vasijas y enterradas como tesoro.

En esta descripción, Mélida orienta de forma involuntaria hacia una interpretación que se ha dado por buena hasta nuestros días, que el tesoro pertenecía al ajuar de una tumba, si bien él mismo introduce el relato del médico del pueblo que visitó inmediatamente el lugar del hallazgo:

> […] en la parte superior de un pequeño cerro o altozano, que antiguamente debió de tener monte bajo, jaras, tomillos, etc. a un metro de profundidad, a unos cincuenta de las últimas casas del pueblo, contiguo al camino llamado cordel y a los caminos que dan acceso al pueblo y al puerto de la sierra, junto y a lo largo de un trozo de pared subterránea, como de cimiento formado de piedras sueltas al azar, sin argamasa o cemento de unión. Los objetos de oro no estaban juntos en vasijas, sino desparramados y mezclados con la tierra, en uno o dos metros cuadrados de extensión.

Y continua Mélida:

> Según referencia que debo a D. Jacinto Acedo Pedregal, farmacéutico de Aliseda, del otro lado del murete, donde estaban las piezas de oro, apareció el brasero de plata cartaginés y otro vaso análogo del mismo metal, que está en fragmentos. El brasero es semejante a uno descubierto en una sepultura de la vega de Carmona (Sevilla) por el señor Bonsor.

De todo ello se deduce que el tesoro no está completo y, lo que se antoja de mayor importancia, que en ningún momento se hace alusión al hallazgo de huesos, cenizas o cualquier otro elemento que nos indique que estamos ante un enterramiento; sólo el hallazgo del conjunto jarro/braserillo, de vidrio y plata,

respectivamente, parece apoyar esa hipótesi a tenor de los hallazgos que se habían producido en Carmona y que ya habían sido publicados por Bonsor.

El tesoro de Aliseda es, junto con el tesoro de El Carambolo, el hallazgo más importante de los conjuntos de orfebrería orientalizante; sin embargo, el hecho de que su hallazgo se produjera en una fecha tan temprana y, sobre todo, en tierras interiores de la península Ibérica, alejado del núcleo tartésico, le ha dado una especial dimensión histórica. El conjunto, depositado en el Museo Arqueológico Nacional, consta de 354 piezas, entre las que destacan la diadema de piezas articuladas sobre lámina de oro con los extremos triangulares y motivos vegetales; dos arracadas fusiformes decoradas en la parte externa por árboles de la vida, flores de loto y halcones afrontados; un cinturón de 62 piezas con una decoración repujada donde se representa a un hombre luchando con un león rampante y grifos sobre flores de loto invertidas; dos brazaletes gemelos en filigrana; un torques fusiforme que parece continuar la tradición de los torques de extremos plegados del Bronce Final; un collar de 57 elementos entre los que cabe destacar siete estuches porta-amuletos, dos de ellos con cabeza de halcón, probablemente en alusión al dios Horus; del resto de los elementos destacan dos con cabezas de serpiente y dos con crecientes con protuberancia en forma de U. Tres sellos giratorios: uno de ellos con un escarabeo de amatista con un árbol de la vida enmarcado por grifos rampantes; otro es de cornalina, con un escarabeo que muestra una figura con cuatro alas y doble cabeza; y el tercero es de jaspe oscuro, con una figura orante o en acto de adoración; dos sortijas con un sello, una con la figura de un jinete y la otra con un tema de navegación fluvial; tres anillos con escaraboides de pasta vítrea; un colgante con dos pequeñas esferas, quizá un pendiente de nariz; hasta 194 apliques de filigrana en forma más o menos de palmeta, seguramente restos de un cosido sobre tela,

un manto o una túnica; y varios fragmentos de hilo de oro. Además, el conjunto se completaba con otra serie de objetos entre los que destacan un espejo de bronce, el *braserillo* de plata con soporte de manos, numerosos fragmentos de uno o tal vez dos recipientes también de plata, restos de un jarro de vidrio y algunos restos cerámicos, entre los que destacan cuatro asas de grandes vasijas. Si su adscripción ya fue complicada, no menos lo ha sido su datación, si bien parece que la propuesta por Perea es la más racional, adjudicando una fecha de finales del siglo VII para las joyas fenicias y del VI a.C. para las elaboradas por los indígenas. Pero lo más significativo de este conjunto es el magnífico ejemplo que nos aporta, donde se puede apreciar cómo se conjugan temas y producciones tanto indígenas como foráneos. Hay ciertas piezas que reflejan temas orientales pero que, sin embargo, fueron realizadas por manos indígenas; por otra parte, aunque las piedras son de origen externo, fueron engastadas por artesanos locales para servir a su propia concepción religiosa o cosmogónica.

La atribución de este tesoro a artesanos orientales se basaba principalmente en la presencia de los estuches de amuleto con cabeza de halcón, en las flores de loto de las arracadas, en los grifos, en las palmetas y en la escena de lucha hombre-león que se identifica con el «señor de los animales» presente en todo el Mediterráneo oriental; sin embargo, como se apuntaba anteriormente, la forma de las arracadas es netamente indígena, ornamentadas con diferentes elementos en los que se mezclan motivos orientales con soluciones y temas exclusivamente locales. Se podría concluir, pues, que los objetos más significativos del tesoro de Aliseda han tratado los temas de origen oriental de un particular modo y forma para así adaptarlos a las concepciones indígenas, las únicas comprensibles para el espectador de la zona. Por lo tanto, parece ganar peso la hipótesis de que estas joyas fueron confeccionadas

por orfebres locales que han sabido aprovechar las nuevas técnicas procedentes de los colonos mediterráneos, introducidas por agentes tartésicos en estas lejanas tierras del interior. El conjunto, al igual que otros también hallados en el valle del Tajo, debió formar parte del acervo ritual de una comunidad tartésica, mientras que su ocultación, enraizada en la tradición del Bronce Final de la zona, pudo ser consecuencia de un acto o rito de amortización, aunque no puede descartarse que se tratara del tesauros de la comunidad. Esta interpretación serviría igualmente para los tesoros hallados en el núcleo tartésico, caso del Carambolo o Ébora.

El último tesoro tartésico hallado es el de Talaverilla, en la Augustóbriga romana, muy cerca de Navalmoral de la Mata, junto al río Tajo. En 1995, y como consecuencia del drástico descenso del nivel de las aguas del pantano, aparecieron una serie de vestigios arqueológicos que hoy se están valorando, pero que pertenecen a un asentamiento tartésico del siglo VI de gran importancia. En un lugar que aún no se ha podido determinar con exactitud, pero en el entorno inmediato de ese asentamiento, apareció el tesoro. Éste es el relato que figura en el expediente del hallazgo:

> Que el 19 de septiembre y de forma casual, cuando se encontraba pasando el día con su familia en la zona conocida como Talaverilla y en las inmediaciones del agua del pantano, encontró en un hueco del suelo varias piezas de cerámica pertenecientes a una cazuela pequeña, otras pertenecientes a varios platos o cazuelas más grandes y otras pertenecientes a una tinaja o ánfora en cuyo interior se aprecian un sello en bronce con un león hundido; un par de pendientes de oro con seis «campanillas», otro par de pendientes semejantes al anterior pero con cinco «campanillas» en plata quemada; un pendiente de oro con «bellotitas»; una pulsera de oro, cuatro pulseras semejantes a la anterior, una de ellas de plata quemada y las otras tres en bronce; una punta de lanza en bronce; una arandelita de oro; una piececita de oro; un escarabajo con signos egipcios en su base y otra pieza con inscripciones.

Pero lo cierto es que el hallazgo es consecuencia de la labor de furtivos que no han hecho sino dar pistas falsas que impiden conocer con exactitud el lugar del hallazgo y sus circustancias. Por todo ello, la confusión que existe sobre el descubrimiento es evidente, pues son varias las versiones que circulan sobre el hallazgo, así como confusas algunas afirmaciones sobre la dispersión de los objetos que componen el conjunto, lo que limita sensiblemente las conclusiones a las que se llega sin pruebas en la monografía editada en 2007 para dar a conocer el tesoro. En realidad no sabemos si pertenece a una tumba, a varias o a una ocultación de carácter ritual, lo que parece más probable.

El conjunto consta de dos parejas de arracadas de oro y plata, respectivamente, pertenecientes a los típicos amorcillados de cresteria tartésicos realizados en lámina y rematados por apéndices acampanados o de «trompetillas»; una quinta arracada de oro está coronada por varios apéndices de forma bulbosa gallonada, que hace clara alusión a capullos o flores cerradas, que recuerdan iconografías similares presentes en algunas cerámicas pintadas tartésicas del suroeste peninsular como las descritas en los *pithoi* de Carmona; por último, hay restos de una tercera arracada de plata similar a las anteriores pero muy deteriorada; las joyas se completan con un pequeño brazalete de oro de forma arriñonada similar a otros tres ejemplares realizados en bronce, un pequeño colgante en forma de voluta y una cuenta de oro bitroncocónica. Este conjunto estaba acompañado por un escarabeo de esteatita con engarce de plata, un sello giratorio con la representación de una leona y una punta de lanza de bronce, elementos todos ellos que se han puesto en relación con un conjunto de carácter sacro, tal vez destinado a adornar una estatua realizada con un material perecedero.

Por último, recordar que todo el conjunto de joyas de Cancho Roano A procedían de la estancia situada en la planta superior, recogiéndose numerosas cuentas de collar de oro, pasta vítrea y cornalina, así como ocho arracadas fusiformes de lámina, cuatro de ellas dobles, un brazalete, una anilla, un colgante y un anillo de sello circular. Pero el hallazgo más interesante es el de las arracadas de oro geminadas fusiformes que aparecieron bajo el suelo de la estancia H-1, la habitación de entrada al santuario, bajo la escalera que da acceso a la terraza por donde se sube a la segunda planta del edificio; bajo el suelo de esta habitación se halló un depósito de fundación que consistía en una vasija de cerámica común, en cuyo interior había un cuenco de plata que contenía las dos arracadas realizadas a la cera perdida, un dato de suma importancia por cuanto los pendientes, aun teniendo la forma habitual de los tartésicos, se desmarcan de ellos al utilizar una técnica de elaboración típica del Bronce Final, lo que demuestra una vez más la hilazón entre las formas indígenas y la introducción de las técnicas orientales.

Aunque existe una importante cantidad de piezas de origen oriental entre los conjuntos tartésicos, como los colgantes con sellos del Carambolo, los anillos giratorios de Aliseda, los escarabeos, los estuches porta amuletos, etc., la mayor parte de las joyas son de una gran originalidad formal que responde a la propia tradición indígena, ahora interpretadas a través de la nueva simbología introducida por los fenicios; por lo tanto, en la mayor parte de los casos nos encontramos con ajuares que contienen elementos de tradición indígena elaborados con técnicas e iconografía oriental. Uno de los elementos más característico de la orfebrería tartésica es la diadema de extremos triangulares, con una innegable raíz indígena, como se manifiesta en las estelas-guijarro del Bronce y en las estelas diademadas del suroeste peninsular; son producciones exclusivas

del ámbito tartésico ahora realizadas con las nuevas aportaciones técnicas introducidas por los fenicios, destacando los ejemplares procedentes de Aliseda y Cortijo de Ébora, datadas entre finales del siglo VII y mediados del VI, respectivamente, y cuya pervivencia se manifiesta en el ejemplar ibérico de Jávea. También los numerosos pendientes o arracadas fusiformes documentados son exclusivos de la Península, ahora adornados por una cresteria soldada al núcleo que se puede componer de varios motivos de origen oriental: halcones, palmetas, flores de loto, etc. También hay arracadas rematadas en triángulo, como la del conjunto del Cortijo de Ébora, o en forma de racimo, más modernas y atestiguadas en el tesoro de Serradilla, en la provincia de Cáceres. Tampoco existen analogías formales de los brazaletes hallados en los tesoros de El Carambolo o Aliseda, como tampoco se han hallado paralelos del magnífico cinturón laminar de Aliseda, otro de los elementos más representados en las estelas del Bronce del interior del suroeste peninsular; el cinturón de Aliseda se compone de tres bandas: la central, lisa y decorada con cuatro líneas incisas, mientras que las dos de los extremos están formadas por varias placas repujadas con representaciones de grifos, una lucha de un hombre con un león rampante y una serie de palmetas invertidas, escena que se repite en la hebilla. Otras piezas de gran interés como las placas de Pajares, en Villanueva de la Vera, o el conjunto de Cancho Roano, ponen de manifiesto la importancia de la orfebrería en las zonas periféricas de Tarteso, de donde proceden un buen número de las piezas documentadas, lo que ha llevado a varios investigadores a proponer la existencia de varios talleres de orfebres, tanto en las costas meridionales como en el ámbito geográfico del interior, concretamente en Extremadura.



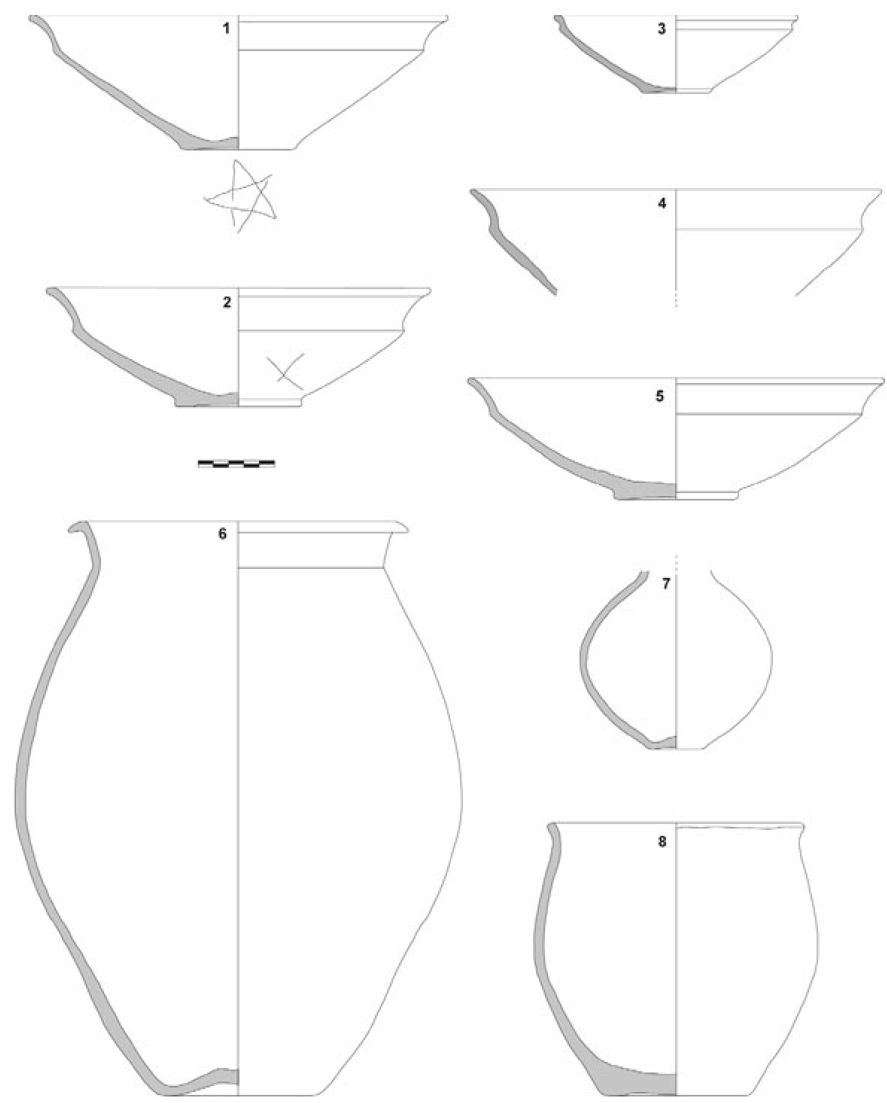


FIG. 80. A) *Conjunto cerámico asociado al hallazgo del tesoro de Talaverilla, Cáceres.* B) *Dibujo de los tipos cerámicos hallados.*

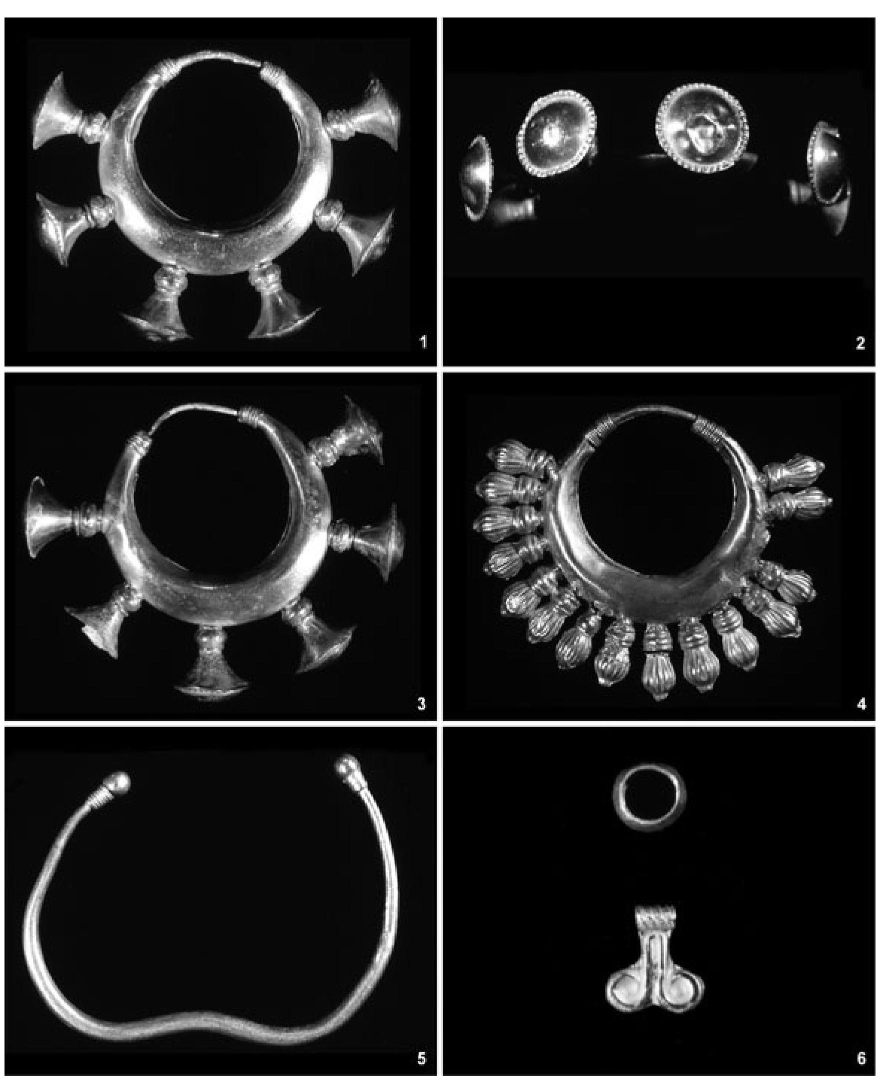


FIG. 81. *Conjunto de arracadas, pulsera y colgante de oro del tesoro de Talaverilla.*



FIG. 82. A) *Escarabeo de esteatita blanca con engarce de plata del tesoro de Talaverilla.* B) *Sello basculante con una leona tumbada que formaba parte del tesoro de Talaverilla.*

LA RELIGIÓN A TRAVÉS DE LA IMAGEN

En los diferentes apartados que se han venido desarrollando en estas páginas se han podido seguir algunos aspectos de la religiosidad tartésica, destacando especialmente el dedicado a la arquitectura de carácter cultual. Sin embargo, muy poco

podemos decir de los hábitos y creencias religiosas de las poblaciones indígenas antes de la llegada de los fenicios, pues carecemos de cualquier indicio que nos permita esbozar ni tan siquiera un leve ensayo sobre este aspecto. Por lo tanto, cuando hablamos de religión tartésica debemos ceñirnos al sincretismo que se produjo entre las creencias orientales introducidas por los colonizadores orientales y las que existirían en el sur peninsular, si bien tampoco sabemos si existió una manifestación religiosa homogénea entre las comunidades indígenas. Parece obvio que asumir una nueva religión, con sus ritos, símbolos y creencias, necesita de un amplio margen de tiempo para que pueda ser asimilada por las poblaciones que la reciben, pues implica un cambio en la estructura sociopolítica de esa sociedad. Pero también es cierto que si un sistema religioso no se basa en una sólida estructura social, su desarrollo estará condicionado por el impulso que reciba de cada comunidad y por su capacidad de integrarlas; por ello quizá caló con mayor facilidad entre las comunidades indígenas la nueva religión introducida por los fenicios, que avalaba una sólida estructura política que garantizaba su desarrollo comercial. Parece que a partir del siglo VII, tres generaciones después de la llegada de los primeros colonos orientales, la religión oriental se generalizó entre la población del ámbito geográfico y cultural tartésico, perpetuando su culto en las áreas periféricas hasta finales del siglo V a.C. como se ha podido documentar en santuarios como Cástulo, Neves o Cancho Roano.

Son numerosos los elementos que nos remiten a la religión tartésica, pero ninguno de ellos explica por sí mismo su propio significado. Los trabajos que sobre el aspecto religioso de Tarteso se han realizado, entre los que destacan especialmente los elaborados por J. Alvar y M.ª C. Marín Ceballos, muestran una deuda ineludible con la religión fenicia, haciéndose especial hincapié en la aculturación para justificar el desarrollo de la

religiosidad tartésica. La primera referencia que tenemos de la presencia de la religión fenicia en la Península la conocemos a través de Estrabón, cuando relata la construcción del templo de Melkart en Cádiz, el Heracles griego que tanto éxito tuvo en el culto de las comunidades del sur peninsular hasta época romana. La equiparación del dios cananeo Reshef con Melkart/Heracles es la primera prueba del éxito de la iconografía religiosa oriental en la Península, pues, y sin eludir que algunos investigadores ponen en duda esta relación, se han hallado varias estatuillas de bronce asociadas a esta divinidad de inspiración egipcia no sólo en el núcleo tartésico, sino también en su periferia, lo que da cuenta del éxito de su significado, que algunos han identificado también con el *Smiting God*, o dios golpeador del área sirio-palestina. En los últimos años ha tomado un gran impulso la idea de que la religión tartésica fuera de carácter anicónico, máxime después de la tesis doctoral recientemente publicada de I. Seco, una circunstancia que podría casar muy bien con la parquedad de los fenicios a la hora de aludir a sus dioses, sustituidos en numerosas ocasiones por betilos, principalmente para representar a la diosa Astarté; la reciente interpretación de algunos elementos procedentes de El Carambolo, como betilos, ha dado pie a M. Belén y J. L. Escacena a decir que «todo parece indicar que el escrupuloso respeto a no adorar a una imagen antropomorfa de la divinidad podría corresponder a la manifestación religiosa directa de comunidades fenicias occidentales bien arraigadas en sus propios comportamientos religiosos». Como también recuerdan estos autores, la práctica anicónica de la religión oriental propició la fabricación de exvotos, donde la divinidad adquiría forma humana, lo que justificaría quizá tanto las estatuas de los Reshef aludidos como la estatuilla de Astarté encontrada en El Carambolo. El hallazgo en el foso de Cancho Roano de dos piedras trabajadas ajenas a la geología de zona y con una alta

densidad parece confirmar esta práctica hasta los momentos más avanzados de la cultura tartésica que quizá también explicarían el éxito de los exvotos de bronce y barro en los santuarios ibéricos.

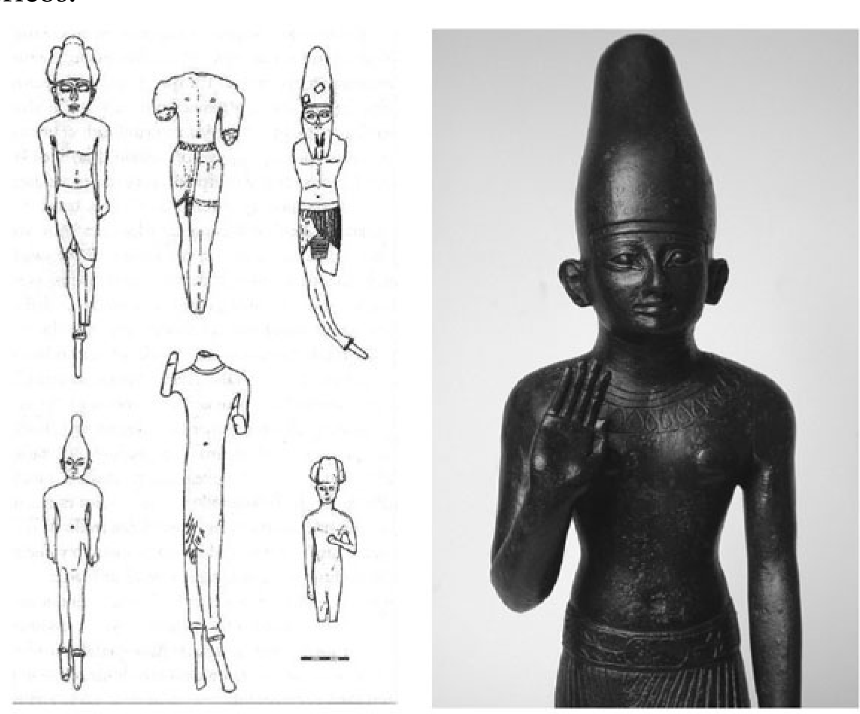


FIG. 83. A) *Dibujo de varias estatuillas de bronce que representan a divinidades masculinas o Reshef procedentes del entorno de Sancti Petri. Cádiz.* B) *Reshef procedente de Extremadura de la Hispanic Society of America*.

La presencia de las diosa Astarté también se ha querido ver en numerosas representaciones y objetos documentados en algunos santuarios y tumbas tartésicas. Uno de los objetos más conocidos es el que J. Maluquer denominó como «bronce Carriazo», una placa de bronce procedente del entorno de Sevilla en cuyo centro aparece representada la diosa Hathor sosteniendo dos flores estilizadas y rematada por dos ánades que se ha asimilado a la diosa Astarté; otras estatuillas asociadas a Astarté y portando el peinado hathórico se han hallado en Cástulo, en Cádiz e incluso en el Berrueco, ya en la provincia de

Salamanca. También las rosetas se han puesto en relación con la iconografía de la diosa, así como los ciclos de vida y muerte que representan los motivos florales que decoran los *pithoi* de Carmona.



FIG. 84. *Escultura de bronce del denominado Guerrero de Medina de las Torres, hallado en la provincia de Badajoz e identificado como una divinidad guerrera de origen oriental. British Museum.*



FIG. 85. *Escultura en bronce de Astarté procedente, hipotéticamente, de El Carambolo. En la peana muestra una inscripción de carácter votivo en caracteres fenicios. Museo Arqueológico de Sevilla*.

Pero quizá ha sido la identificación de Baal en los santuarios tartésicos lo que tenido una mayor proyección en los últimos años, sobre todo a partir de la asociación con la deidad de los cada vez más numerosos altares en forma de piel de toro extendida documentados tanto en Tarteso como en su periferia y, posteriormente, en otros edificios singulares del mundo ibérico. El primer altar con esta peculiar forma fue hallado en el santuario «B» de Cancho Roano, si bien pronto aparecieron los de Coria del Río y el Carambolo; además, pronto otros objetos fueron motivo de atención por el impulso que sufrió el análisis de estas peculiares formas, es el caso de los *larnakes* de Neves, en Portugal. El del Carambolo es el que ofrece las mayores dimensiones, hasta cuatro metros de largo, y se fecha en el siglo

VII, en sintonía con el de Coria del Río, cuando ya hay una interacción efectiva entre las comunidades indígenas y fenicias. Como ocurre con otras manifestaciones religiosas, también estas formas de piel de toro extendida asimiladas a la representación de Baal trascienden el ámbito geográfico y cronológico de Tarteso para hacer acto de presencia en la cultura ibérica; es el caso del emblema hallado en un singular espacio del poblado del Oral, en Alicante, o los más recientemente documentados en el poblado ibérico de Els Villars, en la comarca leridana de Les Garrigues; también en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de la Mesa, junto al río Tajo, se halló un altar muy similar al de Cancho Roano centrando el espacio de una estancia de especial significado arquitectónico, aunque las excavaciones aún están en curso y es difícil estimar el espacio donde se inserta. Esta forma de piel de toro extendida está presente también en el mundo funerario ibérico, destacando la base donde se asienta el monumento de Pozo Moro o el sellado de la tumba 31 de Los Villares, ambos en la provincia de Albacete y datados en el siglo VI a.C. La imagen del toro estará además presente en numerosos objetos como cajas, vasos, tapas de *thymateria*, cinturones, *pithoi*, esculturas o exvotos, lo que da una idea de la importancia del toro en la religión tartésica y su trascendencia en las fases históricas posteriores.

Uno de los caminos que se han propuesto para acercarnos a la religión tartésica es a través de las imágenes, principalmente las que muestra la joyería, por la significativa frecuencia de algunos de sus símbolos. Este reflejo de los dioses a través de las joyas, que también puede seguirse a través de otras manifestaciones artesanales, cobra mayor relevancia si cabe porque esos símbolos aparecen en los soportes de oro de los más variados formatos. Es muy significativa la coincidencia existente entre las representaciones de los productos directamente importados y los que fueron elaborados por los talleres peninsulares, es lo que

hemos denominado «concepto de sustitución», que básicamente consiste en sustituir el volumen de las piezas del Bronce Final por el esquematismo narrativo; así, podemos observar cómo, a pesar de la introducción de nuevos elementos formales e iconográficos de origen oriental, aparecen otros genuinos del mundo indígena que están totalmente ausentes del ámbito mediterráneo; estos elementos no sólo se repiten de forma recurrente, sino que pervivirán hasta el final de la Edad del Hierro. Las diademas, los cinturones articulados, las arracadas de apéndices triangulares o las placas trapezoidales son un claro ejemplo de ello. Destaca el tema de las arracadas de «trompetillas», en estado natural en el conjunto de Talavera la Vieja, coronadas por flores de loto en las de Aliseda o por figuras femeninas en la de Sines, lo que demuestra la aceptación de esos temas foráneos que, no obstante, no sabemos si en algunos casos sólo fueron asimilados como puros elementos de adorno. El objetivo más difícil de conseguir es buscar el reflejo de la divinidad a través de la iconografía de las joyas tartésicas o de estilo orientalizante, donde parece que los motivos de origen oriental también fueron sustituidos por la idiosincrasia religiosa de las comunidades indígenas. El ejemplo más evidente de ello lo encontramos en uno de los motivos más representados de la joyería protohistórica mediterránea, el creciente envolviendo el disco solar, motivo que encontramos, por ejemplo, en los medallones de oro de Trayamar y Medellín. Sin embargo, en el ámbito tartésico, ese creciente va asociado a una protuberancia en forma de «U» que algunos interpretan como un defecto a la hora de representar el motivo por parte de los orfebres tartésicos, afirmación que carece de lógica toda vez que están realizando otros motivos de mayor complejidad sin ningún tipo de problema técnico; más bien parece que el disco con creciente

solar oriental fue transformado por la orfebrería tartésica por un motivo vegetal que probablemente está aludiendo a plantas o frutos de carácter psicotrópico.

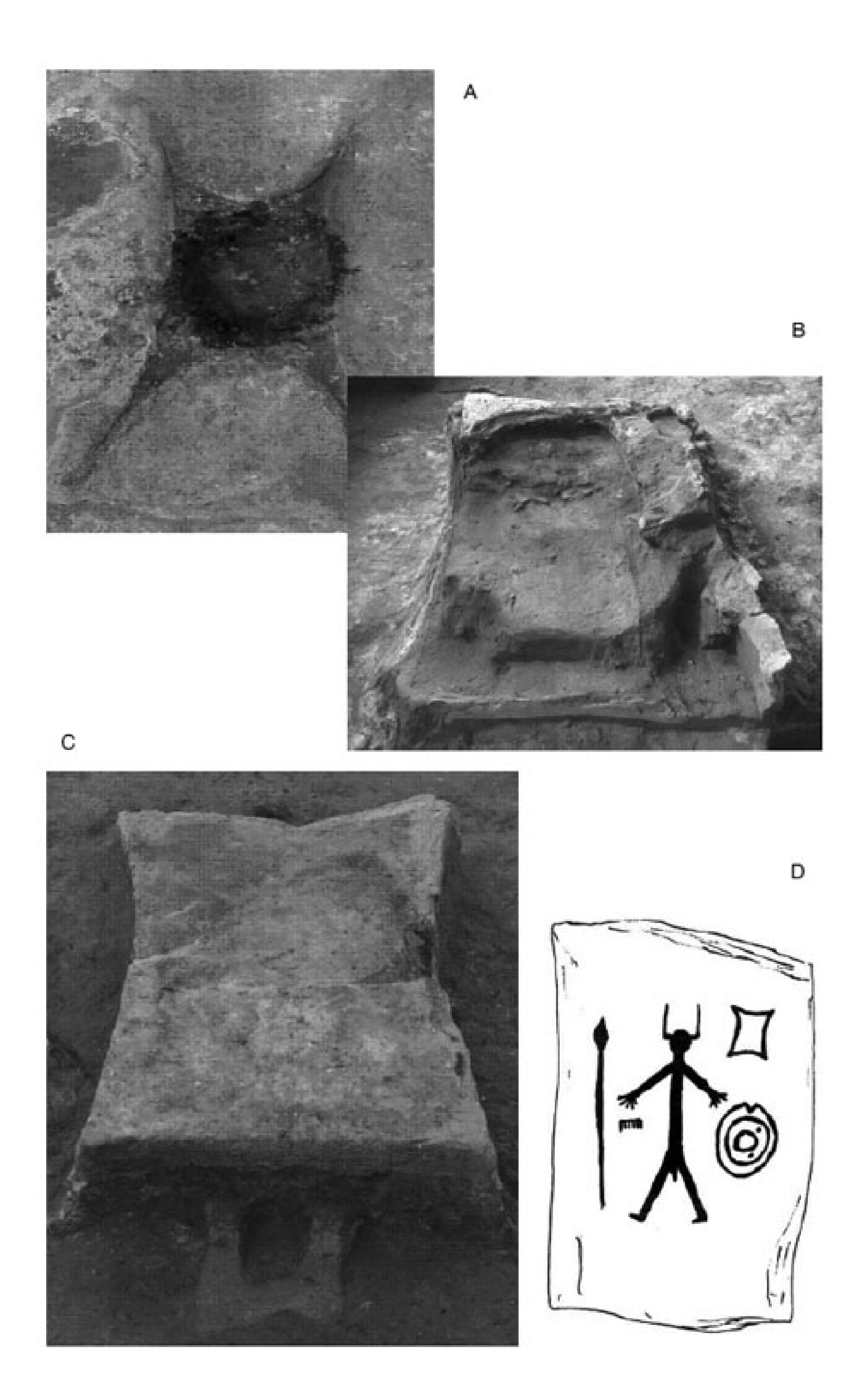

A
B
C
D

FIG. 86. *Altares en forma de piel de toro extendida;* A) *Santuario C del Carambolo III;* B) *Santuario III de Caura;* C) *Santuario B de Cancho Roano.* D) *Estela de guerrero de Cerro Muriano I donde se aprecia la representación de un objeto en forma de piel de toro extendida en la parte superior del soporte. (Según Murillo, Morena y Ruiz Lara, 2005.)*



FIG. 87. *A la izquierda, colgante con creciente procedente de Cádiz; a la derecha, la reinterpretación del creciente en el ámbito indígena, colgante de Aliseda.*

En esta misma línea argumental, el grifo, uno de los elementos más frecuentes en las representaciones artesanales tartésicas, pudo haberse asimilado fácilmente como representación de algún otro animal fantástico propio del panteón indígena. Pero el significante religioso tartésico no se manifiesta en un elemento aislado, por lo que sólo disponiendo de un conjunto completo podríamos descifrar su auténtico significado, algo que lamentablemente aún no se ha conseguido. Sin embargo, hay elementos de gran originalidad que fueron profusamente representados en la orfebrería, caso del mencionado creciente con la protuberancia en «U», las cabezas humanas de las joyas más modernas de la periferia tartésica, el carnicero feroz o la piel de toro extendida que parece representarse en las joyas de Pajares y del Cortijo de Ébora, amén de la más explícita plasmada en los pectorales del tesoro de El Carambolo. Son realizaciones tartésicas producidas dentro de lo que hemos denominado Unidad de Producción de Estilo Suroccidental para distinguirlas de las elaboradas en los talleres coloniales de los siglos VIII y VII a.C.

En cuanto a las divinidades tartésicas, sólo tenemos indicios, si bien cada día parecen más sólidos, de un culto a los dioses Baal/Melkart/ Heracles y Astarté, aunque no sabemos con qué grado de asimilación entre las poblaciones tartésicas tras la interacción y el consecuente sincretismo religioso entre ambas comunidades. El hecho de que se acepten buena parte de los objetos litúrgicos orientales, como los *thymateria*, los frascos para contener perfumes, las estatuillas de bronce egiptizantes, etc., no puede hacernos olvidar que otros elementos son prácticamente exclusivos del ceremonial tartésico, como el tan extendido conjunto jarro/*braserillo*. Recientemente, M. Belén y M.ª C. García Morillo han presentado un hallazgo procedente de Carmona que consiste en un fragmento de piedra esculpida que podría pertenecer a la primera estatua tartésica del Bajo Guadalquivir; el fragmento presenta motivos vegetales de palmetas y otros geométricos en una banda que decora un vestido de cierto lujo que pone en relación la representación con alguna deidad femenina tartésica; aunque aún es pronto para valorar este único ejemplar, abre la posibilidad de que, avanzado el período tartésico, la pieza se data en torno al siglo VI a.C., se comenzaran a realizar representaciones de deidades que calaron con mayor intensidad en época ibérica.

VIII. Crisis de Tarteso y auge de su periferia

A partir de mediados del siglo vi, la investigación da por cerrado el denominado Período Orientalizante y, por lo tanto, la cultura tartésica, abriéndose una etapa que en el Bajo Guadalquivir está ya dominada por lo turdetano, y en la periferia, por lo que se ha venido en llamar «postorientalizante», un término que, como ya se apuntó en otro apartado, no sirve para explicar el fenómeno ocurrido en las zonas geográficas limítrofes con el núcleo tartésico que, precisamente, alcanzan en esta época su máximo esplendor cultural sin apenas variar las manifestaciones propias de la cultura tartésica. Así, se da la extraña circunstancia de que una necrópolis como Medellín, de la que nadie pone en duda su adscripción orientalizante, contiene una significativa cantidad de enterramientos que se fechan a partir de mediados del siglo vi, pero donde apenas se perciben cambios en el ritual y sólo se detectan algunos cambios lógicos en el elenco de los materiales utilizados; lo mismo ocurre con el yacimiento de Cancho Roano, pues el santuario más antiguo puede clasificarse como orientalizante, mientras que los dos más modernos ya pertenecerían a un período posterior; es decir, es muy difícil entender una necrópolis o un santuario donde los enterramientos y los cultos pertenecen a dos fases culturales distintas. Es obvio que en nada decae ese estilo orientalizante, al contrario, se potencia en estas zonas del interior, y al igual que no podemos hablar de sus gentes como tartésicos y posttartésicos, tampoco podemos utilizar el prefijo «post» para un período que aún sigue plenamente vigente en el interior de Tarteso.

El final de Tarteso se ha establecido en torno al 535, coincidiendo con la batalla de Alalia, momento en que las fuentes dejan de hablar de Tarteso hasta el desembarco de Amílcar Barca en 273, cuando se interrumpe el comercio griego

que venía protagonizando las relaciones con el suroeste peninsular desde el siglo VI a.C. Precisamente A. Schulten defendió la teoría según la cual Tarteso habría sido destruida por Cartago entre el 520 y el 509 a.C. como consecuencia de esa batalla, librada entre cartagineses y etruscos contra los griegos por el control comercial del Mediterráneo, una vez que Tiro había dejado de ejercer su control tras su caída en el 580 por la presión de los asirios; por lo tanto, la batalla por controlar la plata de Tarteso sería la causa última de la conquista del sur peninsular por parte de Cartago, tesis ésta a la que se adhirieron varios investigadores. Pero también había hipótesis que buscaban otras causas para justificar el denominado ocaso de Tarteso, como la esgrimida por un buen número de investigadores que quisieron ver en las invasiones célticas de la Meseta la causa principal de la crisis tartésica. Tal vez el razonamiento más elaborado es el que ofrece J. Maluquer en su libro sobre Tarteso, si bien basa su argumentación en la estructura política de un reino dependiente de la explotación metalúrgica, por lo que la pérdida de control del producto y, sobre todo, de su comercialización, aceleraría la decadencia de ese sistema político. Según este autor, pues, la decadencia de Tarteso se debió a causas internas. Por otra parte, M.ª E. Aubet inscribe la decadencia cultural tartésica dentro de un contexto histórico más ambicioso al llamar la atención sobre el progresivo abandono que sufren las colonias fenicias de la costa levantina a partir del siglo VI, en relación directa con la caída de Tiro, que coincide con la nueva estrategia comercial de Grecia y la reacción de Cartago ante la amenaza que supondría el control del Estrecho por parte de los griegos, quienes accederían directamente a los focos metalúrgicos; el frustrado intento de los focenses por hacerse con el control del comercio del suroeste propiciaría el auge de las colonias de la costa del Mediterráneo

occidental, donde Masalia y Emporion se alzarían como garantes de un nueva estrategia comercial hacia otros puntos donde conseguir los recursos mineros necesarios.

Sin obviar ninguna de estas posibles causas para entender el declive que sufre Tarteso a partir de mediados del siglo VI, algunos han hecho hincapié en una posible crisis paralela en el sector agropecuario, lo que podría justificar a su vez la colonización de las tierras del interior, lo que se configuraría la periferia tartésica, precisamente, a partir de esa fecha. Aún queda bastante camino por recorrer para dilucidar las causas exactas de una decadencia económica y cultural tan drástica; sin embargo, y aunque es cierto que algunos enclaves desaparecen o pierden importancia a partir de mediados del siglo VI, otros continúan vigentes e incluso aumentan su importancia gracias a un cambio estratégico en la explotación de los recursos económicos; tal vez el caso más significativo sea el de Tejada la Vieja, que mantiene su pujanza más allá de las fechas propuestas para la decadencia de toda esta zona.

La configuración de la periferia está muy marcada por manifestaciones del Bronce Final que en ocasiones son exclusivas de estas zonas del interior, caso de los tesoros áureos, las cerámicas bruñidas por el exterior o las estelas básicas; sin embargo, ya hemos apuntado cómo han podido ser estas gentes de la periferia las que facilitaron la mano de obra necesaria para impulsar la economía de Tarteso, lo que explicaría la eclosión de población en el núcleo tartésico a partir del siglo IX a.C. Tarteso es un fenómeno exclusivo de su núcleo geográfico hasta el siglo VII, momento en el que se detecta una tímida presencia en las tierras del interior, con las que nunca debió perder contacto por razones económicas y culturales, pero será sobre todo a partir de la crisis de mediados del siglo VI cuando se manifiesta la cultura tartésica en la periferia geográfica en todo su esplendor.

Hace unos años se halló en el sur de la provincia de Madrid, concretamente en Puente Largo del Jarama, un edificio de características mediterráneas que llevó a algunos autores a proponer la existencia de pequeños emporios fenicios en el curso del Tajo aprovechando las pujantes fundaciones de su desembocadura, lo que a su vez justificaría la existencia de los yacimientos orientalizantes que jalonan el curso del río, entre los que destacarían los de Arroyo Manzanas, El Carpio, Las Fraguas, Talavera la Vieja o el Cerro de la Mesa, yacimientos que sin embargo se concentran en un tramo relativamente concentrado del Tajo, mientras que prácticamente no hay indicios de otros yacimientos hasta su desembocadura en Portugal. Por lo tanto, aunque algunos investigadores hayan abogado por una penetración de los fenicios hacia el interior, parece obvio que, por razones estratégicas y arqueológicas, esta circunstancia nunca llegó a producirse. Sitios pertenecientes al valle del Guadiana, y por lo tanto geográficamente más cercanos al núcleo tartésico como Medellín, el Palomar de Oliva de Mérida o Cancho Roano, han sido los lugares escogidos para defender esa hipótesis, pero precisamente es en estos lugares donde podemos hallar los argumentos más sólidos para descartar tal suposición. También existe últimamente una enconada discusión sobre la filiación de lugares tan emblemáticos de la costa portuguesa como Alcácer do Sal, Abul o Santa Olalla, considerados tradicionalmente como asentamientos fenicios y que algunos prefieren definir como tartésicos, algo que parece más lógico a tenor de las fechas que se manejan para estos enclaves. Muchas veces olvidamos que, desde que dio comienzo la colonización hasta que encontramos los primeros elementos de filiación oriental en el interior, ha pasado más de un siglo, cuatro generaciones que ya han configurado un elemento cultural que denominamos Tarteso, por lo que los rituales funerarios, las construcciones arquitectónicas y otros elementos

materiales que se han hallado en el interior, no son sino el resultado de una intensa relación del núcleo con su periferia en un momento de expansión que algunos venimos interpretando como la consecuencia de una colonización tartésica del interior, donde se percibe claramente cómo las tierras de pasto densamente pobladas en la fase anterior ceden su impulso económico a otras de clara vocación agrícola y geoestratégica, donde mejor se refleja el legado de la cultura tartésica.

Las tierras del interior, pues, parecen fundamentar su economía en la explotación pecuaria hasta al menos el siglo VII, lo que sin duda le confiere una especial personalidad en su estructura social; no obstante, no hay que olvidar el interés que debió suscitar el oro aluvial de los afluentes del Tajo, probablemente la justificación de sitios tan señeros como Aliseda, Villanueva de la Vera, la Casa del Carpio, el Cerro de la Mesa o Talavera la Vieja; pero al margen del oro del Tajo, no existe potencial minero en el interior susceptible de ser explotado en esta época, y mucho menos indicios arqueológicos de esa posible explotación. Se ha argumentado a favor de la existencia de una ruta del estaño hacia el norte que daría sentido a algunos de estos establecimientos del interior, sin embargo, en el caso de haber existido esa ruta, ésta se habría desarrollado por el Atlántico, dando sentido a las fundaciones portuguesas antes aludidas. La famosa Vía de la Plata, utilizada con cierta elasticidad por numerosos investigadores para justificar las relaciones norte-sur, no existía como tal, y un simple vistazo a los hallazgos protohistóricos procedentes de Extremadura debería ser suficiente para persuadirnos de tan extendido error; la Vía de la Plata sólo funcionó en época romana tras la fundación de Emerita Augusta, pues con anterioridad el eje principal pasaba por Medellín, verdadero lugar central de la periferia en comunicación a través del Guadiana con los

principales yacimientos de Ciudad Real y Portugal, amén de controlar un importante vado que lo pone en directa relación con las ricas tierras del valle del Tajo.

En definitiva, el sistema sociocultural y comercial del interior no varió sustancialmente hasta finales del siglo VII, aunque se habían asentado las bases para emprender una colonización de las tierras del interior gracias al establecimiento de lugares como Medellín o las desembocaduras del Tajo y el Mondego, porque buena parte del territorio del interior siguió sin modificar sus bases económicas, similares a las que existieron durante el Bronce Final, hasta mediados del siglo VI a.C., coincidiendo con la crisis del núcleo tartésico. La activación del interior debió producirse como consecuencia de la necesidad de Tarteso de colocar sus cada vez mayores excedentes, es decir, ampliar la zona de demanda a cambio de materias primas. Por lo tanto, en las tierras del interior no existe el más mínimo indicio que permita hablar de la presencia de los fenicios, mientras que sí es obvia una colonización de la tierra a partir de finales del siglo VII a.C. por parte de comunidades tartésicas, que serán las que introducirán los gustos y costumbres orientalizantes entre las poblaciones indígenas, prolongando en el tiempo su cultura más allá incluso de lo que se ha podido documentar en el propio núcleo tartésico.

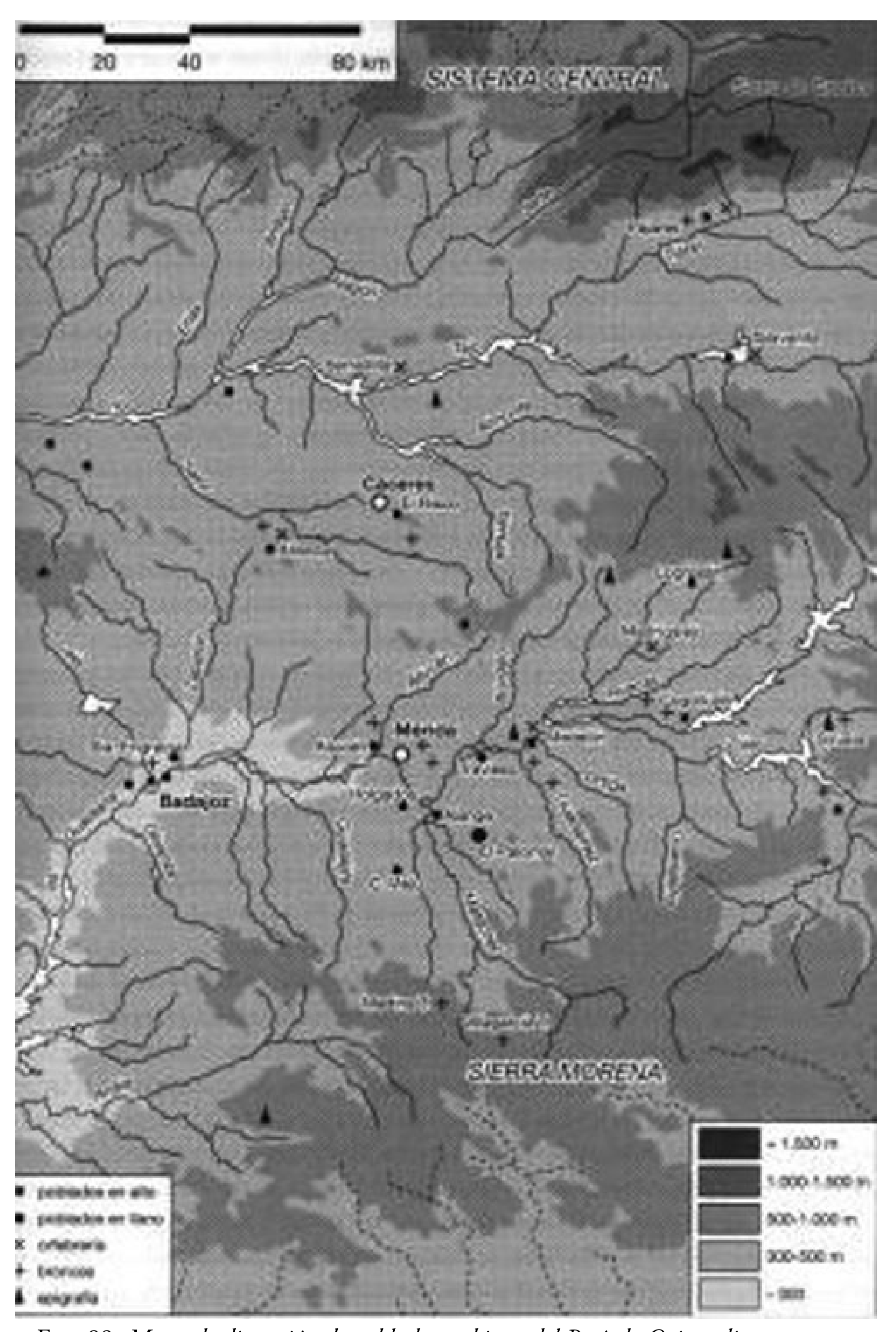


FIG. 89. *Mapa de dispersión de poblados y objetos del Período Orientalizante en Extremadura. (Según Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001.)*

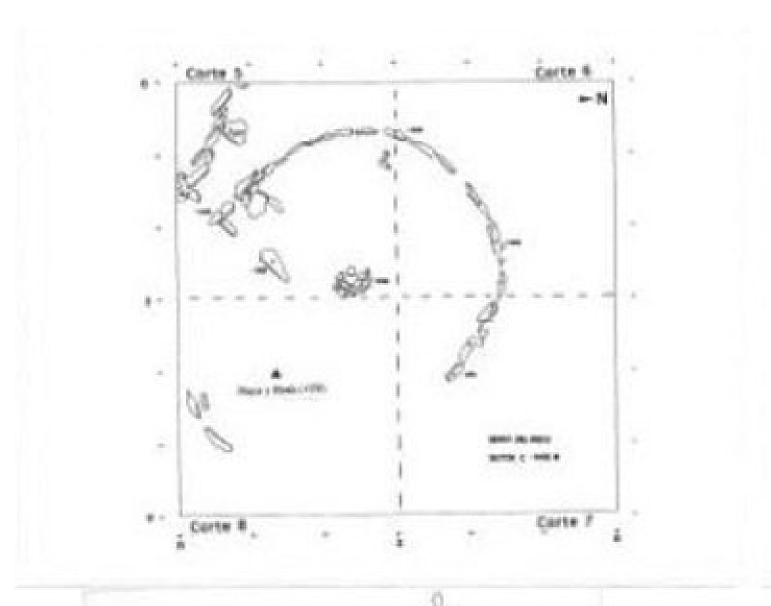
El modelo que se han manejado para explicar el sistema de poblamiento de la periferia se ha inspirado en el del núcleo tartésico, toda vez que el Guadiana ya se consideraba como su periferia cultural desde los primeros momentos de la colonización, lo que no deja de ser un craso error, pues como ya se ha apuntado, estas zonas del interior no se integran en el sistema cultural tartésico hasta la cristalización de éste en las tierras del Bajo Guadalquivir, hacia finales del siglo VII a.C. Así, se han propuesto lugares en alto que controlarían los vados del Guadiana donde se asentarían las primeras poblaciones tartésicas en el interior, aunque las excavaciones practicadas en esos lugares susceptibles de acoger esos poblados no han aportado ninguna prueba de la configuración de ese modelo, sino escasos elementos de cierta enjundia arqueológica en sitios como la Bienvenida, Alarcos, la Alcazaba de Badajoz o Medellín, que parecen más bien abogar por la existencia de edificios o espacios de carácter político o religioso, a tenor de los objetos de culto y de prestigio recuperados, mientras que no se han podido documentar restos arquitectónicos que permitan justificar un entramado urbano, murallas o cualquier otro signo que apunte hacia la existencia de verdaderos poblados.

Sólo a partir del siglo VII a.C. podemos percibir las primeras influencias de la colonización oriental en las tierras del interior a través de las estelas y algunas manifestaciones materiales muy puntuales. Estas influencias llegarían en primer lugar a la cuenca media del Guadiana por el pasillo natural que une este río con el Guadalquivir a través de la provincia de Córdoba, erigiéndose Medellín como un verdadero lugar central de este extenso territorio, desde donde se activarían los yacimientos de la Meseta sur y la Baja Extremadura. Otro foco de gran importancia es el que se conforma en el entorno de las desembocaduras de los ríos Tajo, Sado y Mondego, aunque hasta el momento no parece que su irradiación hacia el interior

sea muy importante, o al menos eso se deduce de los grandes vacíos que se constatan curso arriba de esos ríos. Por último, un foco que cada día va cobrando mayor importancia a tenor de los hallazgos arqueológicos que se están produciendo, es el del valle medio del Tajo, en la zona de contacto entre las actuales provincias de Cáceres y Toledo, donde cada día se detectan mayores semejanzas culturales con Tarteso.

En esta área del Tajo parece que existió una continuidad en el poblamiento desde el Bronce Final hasta el final del Orientalizante, pero si en la zona más oriental se detectan asentamientos enraizados en las tradiciones de Cogotas I, en la zona extremeña es evidente la influencia del Bronce Final Atlántico. Las primeras manifestaciones tartésicas en el valle del Tajo no se producen hasta finales del siglo VII o principios del VI a.C., y es muy significativo que esas manifestaciones se ciñan al ámbito funerario. Una de las tumbas que más repercusión ha tenido en la bibliografía es la de la Casa del Carpio, en Belvís de la Jara, donde se localizaron dos inhumaciones, de una mujer y un niño, en una fosa rectangular de tres niveles donde también se habían depositado los ajuares y las ofrendas; entre los materiales destacan las seis urnas globulares realizadas a mano con restos de pintura roja y negra, una clepsidra, hasta quince cuencos de paredes finas pintados en rojo y ocre, también realizados a mano, y una interesante placa de cerámica en forma de piel de toro extendida; debajo de las inhumaciones apareció una gran vasija cerámica también realizada a mano, cuyo interior guardaba un vaso que contenía un ajuar que consistía en cuencos pintados, una jarrita decorada con botones de bronce, una ampolla de tipo fenicio, un vaso de plata, restos muy deteriorados de un posible braserillo, así como restos de un broche de cinturón, brazaletes y anillos de bronce, y fragmentos de dos cuchillos de hierro. Un material que muestra la temprana asimilación de elementos de ajuar y tecnológicos del área

tartésica, como los cuchillos de hierro, junto a manifestaciones más antiguas como el dominio de las cerámicas a mano. La tumba se ha interpretado como el enterramiento de un mujer tartésica casada con algún jefe indígena de la zona, argumento que se ha utilizado para interpretar la propia Aliseda y otro enterramiento femenino, en este caso de cremación, hallado en la localidad cacereña de Santa Cruz de la Sierra, donde se hallaron tres urnas a torno *à chardon*, una figura en forma de pájaro y un plato; pero como indica J. Pereira, estos enterramientos parecen obedecer a un proceso de cambio cultural de las poblaciones indígenas que incluye la llegada a esta zona del Tajo de comunidades procedentes de la zona meridional, tal vez directamente del Guadalquivir, como parecen ir certificando otros hallazgos antiguos como el de las Fraguas, donde se localizó un jarro piriforme de boca trilobulada, un *thymaterium* y un posible recipiente ritual, todos de bronce.


Corte 5
Corte 6
N
Corte 8
Corte 7

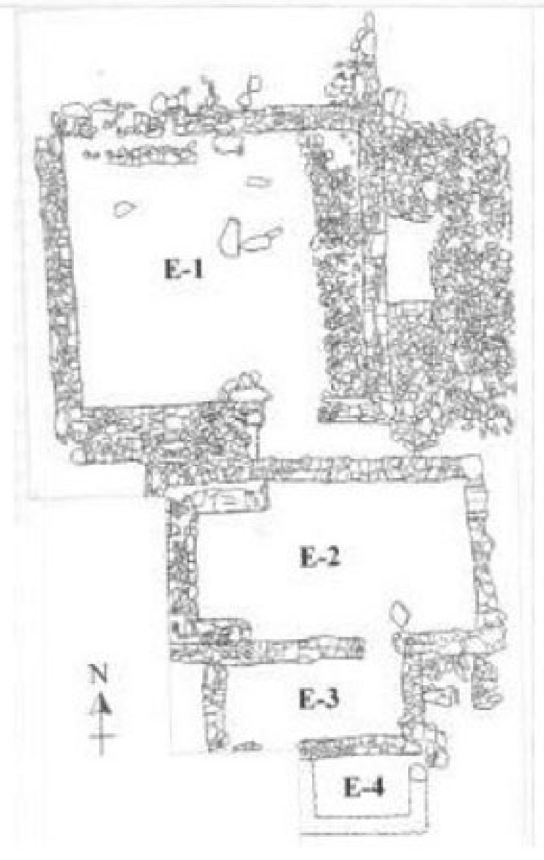

E-1
E-2
E-3
E-4
N

FIG. 90. A) *Planta del poblado del Risco. Sierra de Fuentes. Cáceres. (Según Enríquez, Rodríguez Díaz y Pavón, 2001.)* B) *Planta del edificio de Torrejón de Abajo, junto al poblado del Risco. (Según Álvarez Rojas y García-Hoz, 1995.)*

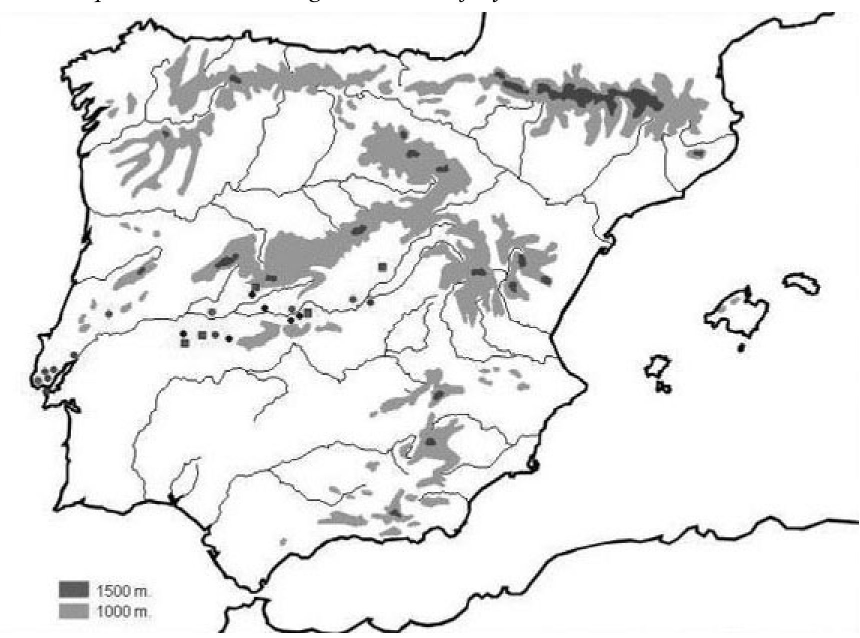
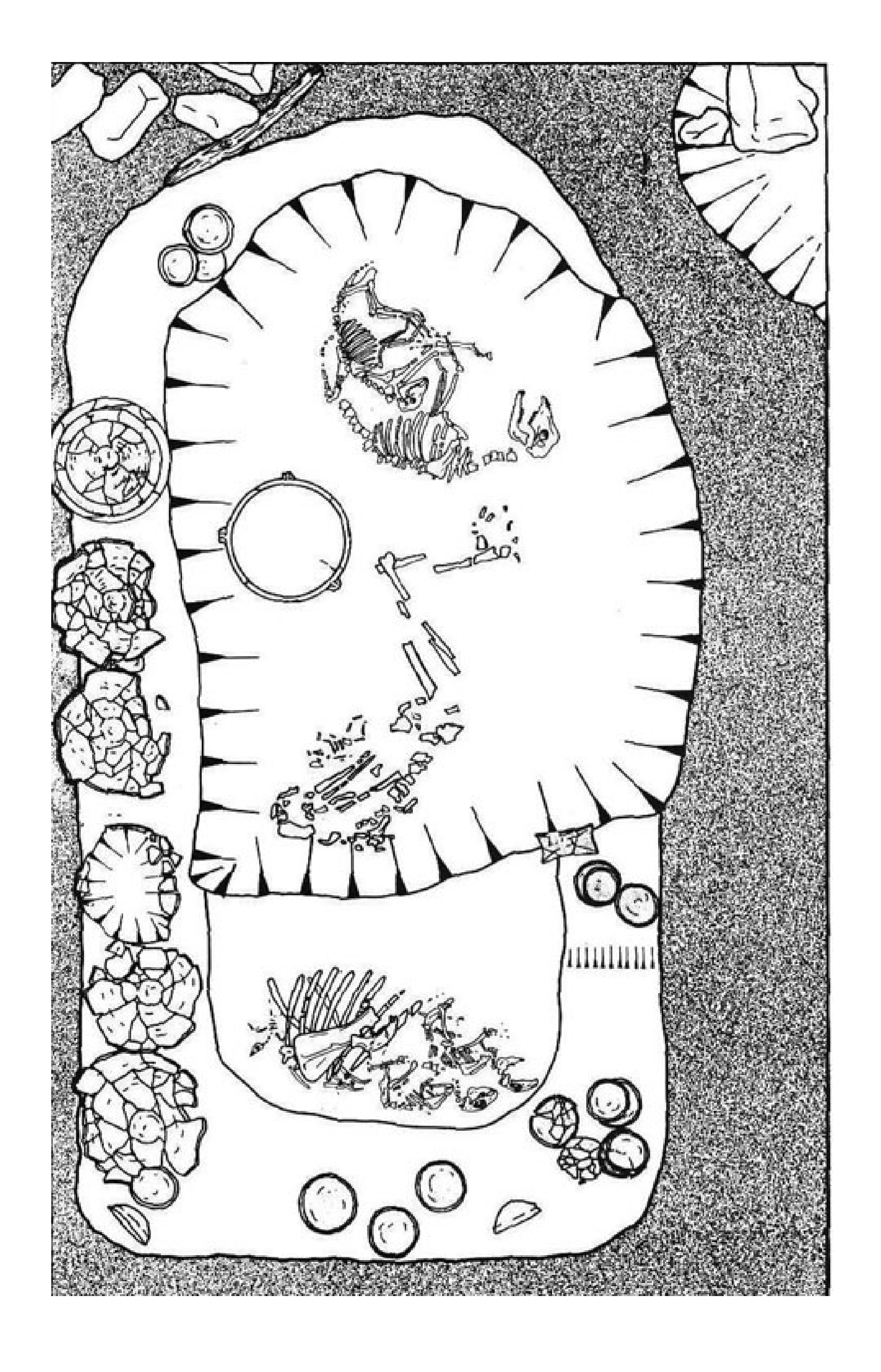


FIG. 91. *Mapa de hallazgos orientalizantes en la cuenca del Tajo*.



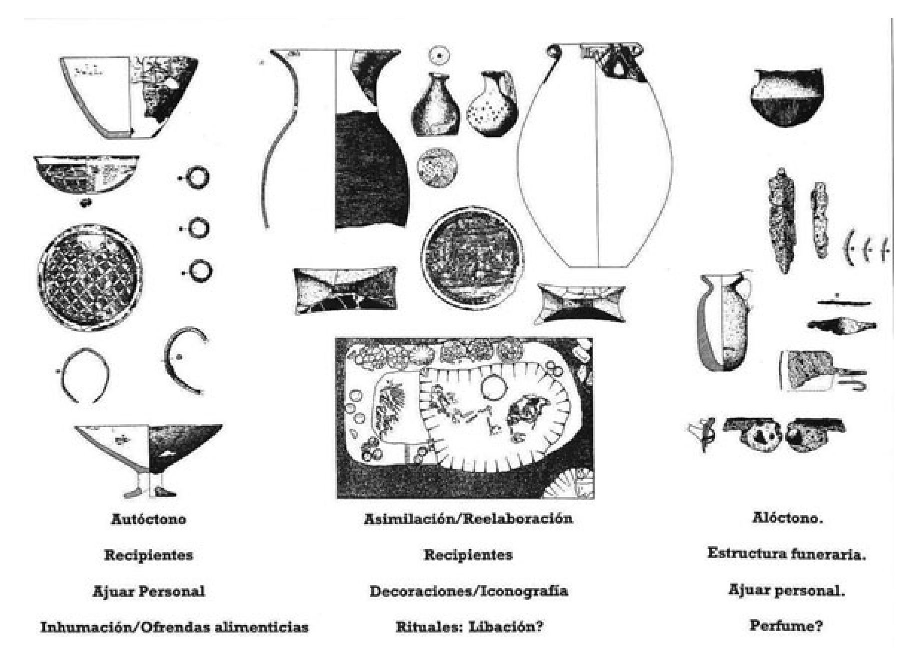


FIG. 88. A) *Planta del enterramiento de la Casa del Carpio en Belvís de la Jara, Toledo.* B) *Ámbito cultural del enterramiento de la Casa del Carpio. (Según Pereira, 2005.)*

A partir del siglo VI a.C. es cuando podemos hallar las manifestaciones más características del Orientalizante en el valle del Tajo, con lugares tan significativos como Aliseda, Talavera la Vieja, Torrejón de Abajo o el hallazgo más reciente del Cerro de la Mesa, en proceso de excavación, pero del que ya conocemos la existencia de un espacio de culto donde se halló un altar en forma de piel de toro extendida muy similar al hallado en Cancho Roano, acompañado de materiales muy significativos del Orientalizante como los vasos *à chardon*, y otros elementos comunes en las áreas del Guadalquivir. Pero este período no es en absoluto uniforme en el valle del Tajo, pues gracias las excavaciones que se han llevado a cabo en poblados como el Risco de Sierra de Fuentes, cerca del cual se halló el edificio del Torrejón de Abajo, o el de Aliseda, se percibe una continuidad en la estrategia de los asentamientos que ya se documentaba en el Bronce Final, lo que incluso se manifiesta en las construcciones detectadas y en la mayor parte del material

exhumado, donde tan sólo se percibe un aumento de las cerámicas grises y una presencia de bronces de inspiración tartésica, pero poco más cambia en su estructura interna. Esta circunstancia sólo puede interpretarse por la existencia de poblaciones indígenas que mantienen el sistema de poblamiento de la fase anterior, lugares en alto y de difícil acceso, que conviven con nuevas comunidades procedentes del sur asentadas en suaves elevaciones junto a los escasos vados del río Tajo, siendo los mencionados Cerro de la Mesa y Talavera la Vieja los yacimientos más señeros de los que se esperan resultados más explícitos en los próximos años. Pero debemos valorar esta fase tartésica del Tajo en su justa medida, pues la existencia de los yacimientos mencionados no puede ocultar que la mayor parte de los poblados de esta época están anclados en una estructura socioeconómica deudora del Bronce Final, y el hallazgo en alguno de estos sitios de un bronce o un fragmento cerámico de origen meridional no puede conducirnos a tildar el lugar como tartésico, cuando en realidad se trata de asentamientos indígenas que reciben puntuales objetos de prestigio como consecuencia del movimiento comercial y de gentes que ya se detecta por la zona.

Las relaciones de los indígenas con las comunidades tartésicas meridionales, probablemente del valle del Guadiana, se incrementan sensiblemente a partir de la segunda mitad del siglo VI y especialmente en el siglo V a.C. Un yacimiento paradigmático en este sentido es Pajares, en Villanueva de la Vera, al norte de la provincia de Cáceres, alejado por lo tanto del curso del Tajo, aunque junto a uno de sus principales afluentes, el río Tietar. Pajares sería un yacimiento más de la cultura de Cogotas II si no fuera por el hallazgo de las dos placas de oro de iconografía oriental, por los fragmentos de copas griegas tipo Cástulo o las numerosas cuentas de collar de pasta vítrea halladas en su entorno. Sin embargo, el pequeño poblado

parcialmente excavado responde a la estructura que se documenta en sitios cercanos como El Raso de Candeleda u otros yacimientos vetones del sur de las provincias de Ávila y Salamanca; también las necrópolis documentadas, así como sus ajuares y ofrendas, nos transmiten un ritual bien conocido en otros cementerios de las áreas meridionales de la Meseta Norte. Junto a Pajares, en el mismo término municipal de Villanueva de la Vera, se halló uno de los jarros tartésicos piriformes procedente de un túmulo que, según todos los indicios, parece que se correspondía con un enterramiento de tipo tartésico. Sin embargo, en los ricos ajuares de la necrópolis de Pajares se utilizan urnas y recipientes rituales realizados con bronce batido al más genuino estilo del Bronce Atlántico, pero por otra parte, en sus modestos poblados se han detectado ocultaciones, en uno de las cuales se documentaron hasta cinco *braserillos*, algunos de manos, del más genuino estilo tartésico. Tradición e innovación son las palabras que pueden resumir mejor este original y rico yacimiento que sólo puede ser considerado como «orientalizante» por la presencia de algunos materiales típicos del ámbito tartésico, pero que en su esencia mantiene la estructura de la cultura meseteña en la que sin duda se inserta.



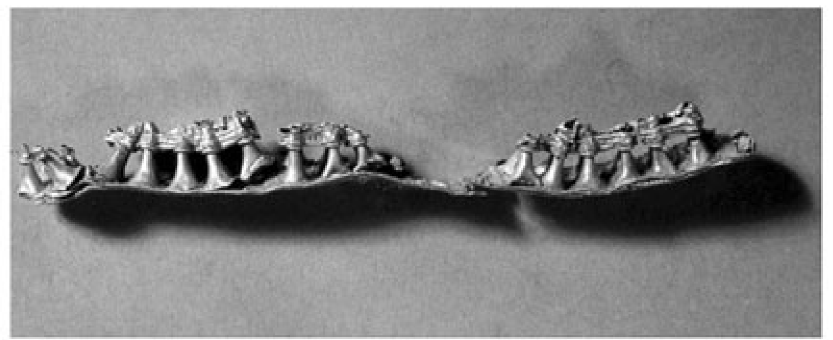






FIG. 92. *a, b, c y d. Placas de oro y detalles de sus respectivos remates procedentes del poblado de Pajares, Villanueva de la Vera, Cáceres.*

En el valle del Guadiana, sin embargo, sí podemos hablar de una colonización de la tierra por parte de comunidades tartésicas que, a partir de mediados del siglo VII, se asientan junto a las fértiles tierras del Guadiana y que un siglo después han ocupado ya buena parte de la Baja Extremadura y la zona más occidental de la Meseta sur: es cuando podemos hablar sin complejos de la periferia tartésica. El hallazgo y la parcial publicación de los resultados del poblado del Palomar de Oliva de Mérida ha dado las pautas de un poblamiento que hasta hace poco se centraba en los lugares altos siguiendo la estela de otros emplazamientos del valle del Guadalquivir, apoyándose en la herencia de los asentamientos del Bronce Final, lo que en ningún caso ha podido verificarse; muy al contrario, los restos del período tartésico hallados en el valle del Guadiana se asientan sobre terrenos vírgenes donde se ensaya una nueva táctica de poblamiento que conlleva al mismo tiempo una nueva estrategia socioeconómica en función del nuevo territorio ocupado. El creciente interés por la explotación de los recursos agrícolas en la zona del Guadiana forzó un cambio en el sistema de asentamiento que se concreta en la construcción de poblados en llano, hasta el momento carentes de defensas, con una estructura urbana y una aplicación de las técnicas arquitectónicas que se inscriben plenamente dentro de los modelos conocidos en Tarteso. Aunque en ningún momento se dejaron de explotar los recursos ganaderos, ahora se pueblan amplias zonas de gran productividad agrícola donde en la fase anterior apenas había rastro de un asentamiento estable. Este cambio en la estrategia económica va unido a la introducción de nuevas técnicas constructivas y artesanales, a ritos funerarios inéditos hasta ese

momento o a la presencia de significativos materiales de clara adscripción meridional, lo que supone, en definitiva, la entrada en la órbita cultural de Tarteso.

El poblado del Palomar se ha revelado hasta ahora como el único asentamiento del Guadiana estructurado en el llano que ha ayudado a reinterpretar otros hallazgos aislados, así como a plantear nuevas estrategias a la hora de buscar nuevos asentamientos de esta época en la periferia tartésica. El poblado consta de una serie de estructuras cuadrangulares que ocupan una extensión de al menos cuatro hectáreas, conformando una trama urbana que carece de murallas; además de las estructuras domésticas, destacan por su importancia un magnífico edificio identificado como almacén, de casi 30 metros de longitud, y otro de planta cuadrangular que parece que estuvo destinado al culto. Viviendas con hornos comunales, calles empedradas, espacios abiertos, almacenes y lugares públicos destinados al culto conforman este excepcional poblado del que desgraciadamente tan sólo conocemos una pequeña porción de su superficie total. El lugar que ocupa no deja dudas sobre su función económica, centrada en la explotación agropecuaria y en la comercialización de sus excedentes, aunque el hallazgo de cubetas y escorias aboga por una dedicación a la metalurgia que aún está por valorar correctamente. El poblado pudo comenzar a funcionar a finales del siglo VII, si bien la mayor parte de los materiales recuperados se fechan sin problemas en todo el transcurso del siglo VI, al menos eso puede deducirse de las cerámicas recuperadas, muy similares a las que se documentan en Medellín, su yacimiento contemporáneo más cercano.



FIG. 93. *Vista general de la excavación del poblado del Palomar, Oliva de Mérida, Badajoz. (Foto J. Ortega.)*

Cabe preguntarse el por qué del abandono de estos yacimientos justo en el momento en que este territorio consigue su mayor esplendor cultural con la presencia de Cancho Roano y de los edificios que se inspiran en su arquitectura; tal vez no se trate de un cambio cultural como algunos han propuesto, pues todos los parámetros que sirven para medirlo no varían sustancialmente, sino quizá de una variación en la relación de fuerzas entre los indígenas y los colonizadores tartésicos que obliga a un nuevo reparto de la tierra y de sus recursos. La inexistencia de un período de inestabilidad política es patente por la práctica ausencia de armas en los yacimientos del siglo v, cuando aparecen pequeños poblados ubicados en el entorno inmediato de los edificios monumentales tipo Cancho Roano, de los que se han detectado al menos una decena de ellos tanto junto al curso del valle medio del Guadiana como en las ricas zonas agrícolas del sur, en un espacio de contacto entre este valle y el del Guadalquivir. Pero esta fase tardía del Orientalizante coincide con las profundas transformaciones que se detectan en el Guadalquivir, lo que a la postre va a suponer un cambio en la estrategia comercial de la periferia, ahora volcada en sus

relaciones con el área ibérica, lo que incidirá, a su vez, en el surgimiento de yacimientos de gran importancia como la Bienvenida, Alarcos y otros que jalonan en Guadiana en la Meseta sur. La potenciación de ese eje Este/Oeste a través del Guadiana también tendrá su reflejo en el tramo más occidental del valle medio del Guadiana, donde cobran importancia yacimientos como la Alcazaba de Badajoz, y un amplio territorio de Alemtejo, donde se están conociendo poblados de gran interés, entre los que destaca el recientemente estudiado de Azougada, cuyos materiales en nada se distinguen de los exhumados en Cancho Roano, por poner el ejemplo mejor conocido.

El centro más importante del Guadiana es Medellín, aunque lo conocemos gracias a su necrópolis, excavada por Almagro-Gorbea en varias fases, la primera entre los años 1969 y 1970, cuyos resultados se incluyeron en su monumental obra *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, de 1977, un trabajo todavía ineludible a la hora de acercarnos al estudio de la periferia tartésica, a pesar de los numerosos hallazgos y los grandes avances acontecidos en los últimos años. Durante los años 80 se llevaron a cabo campañas puntuales cuyos resultados han sido publicados en 2007, mientras que el estudio de los materiales verá la luz durante este mismo año. El resultado de los trabajos ha sido la localización de un buen número de estructuras funerarias que se corresponden con urnas de cremación que aparecieron o bien depositadas en hoyos, y que parecen ser las más antiguas del cementerio, o bien enterradas dentro de los *busta* o fosas de cremación, de cronología más reciente. Estos últimos enterramientos suelen estar además tapados o rodeados por encanchados circulares o cuadrangulares de aspecto tumular; por último, se han localizado algunas estructuras de planta ovalada o irregular que no contienen urnas, lo que se ha interpretado como *silicernia*, espacios

dedicados al ritual y al sacrificio en honor al difunto. En cuanto a los materiales, destaca especialmente la *kylix* o copa ática de figuras rojas, obra del ceramista Eucheiros, aunque fue hallada en un pozo fuera de su contexto arqueológico. Un buen número de urnas pertenecen al tipo «Cruz del Negro», algunas asociadas a platos de barniz rojo, aunque destacan especialmente las urnas y platos de cerámica gris, como también destaca el gran número de cerámicas a torno de la necrópolis. Entre los ajuares no se aprecia una diferenciación social muy marcada, pero sí llama la atención el gran número de tumbas que dejan transmitir un estatus social bastante homogéneo; tal vez no se hayan localizado las tumbas principescas, pues también resulta curiosa la ausencia de algunos objetos comunes en las necrópolis tartésicas como los jarros, braserillos, *thymateria*, espejos, etc. No obstante, se han documentado paletas, placas y peines de marfil de buena calidad, algunos objetos de oro y elementos de adorno personal. La necrópolis se ha fechado entre mediados del siglo VII y finales del V a.C. por la presencia de algunos fragmentos de copas griegas tipo Cástulo; su antigüedad se basa en la presencia de un plato de barniz rojo con una arandela y en los fragmentos de cerámicas a mano pintadas del denominado tipo Medellín; sin embargo, un comienzo de la necrópolis a finales de esa centuria parece más acorde con la inmensa mayoría de los materiales exhumados, aunque su momento de máxima ocupación se desarrolla en el transcurso del siglo VI a.C.

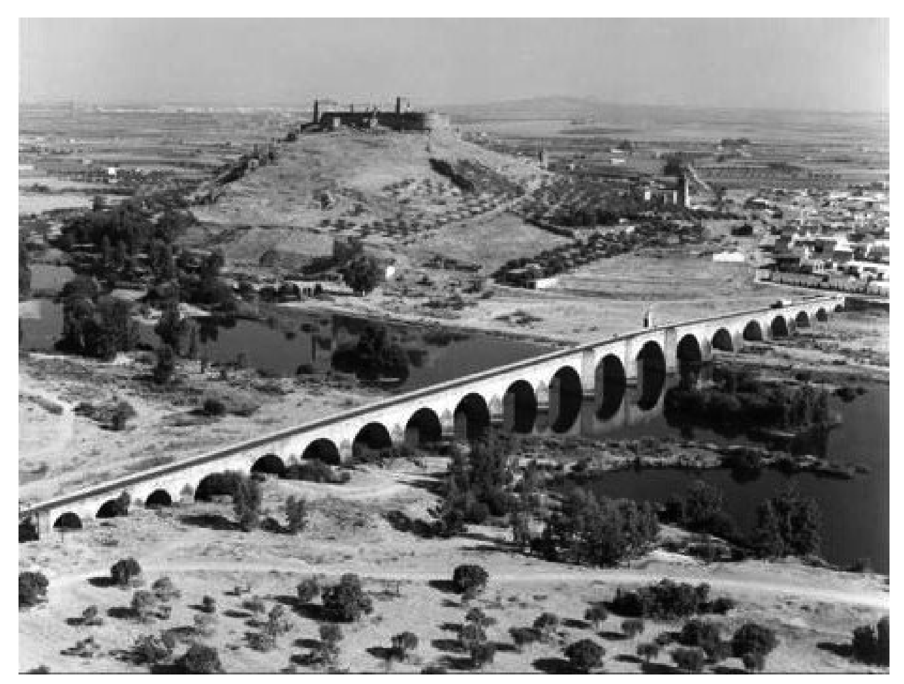
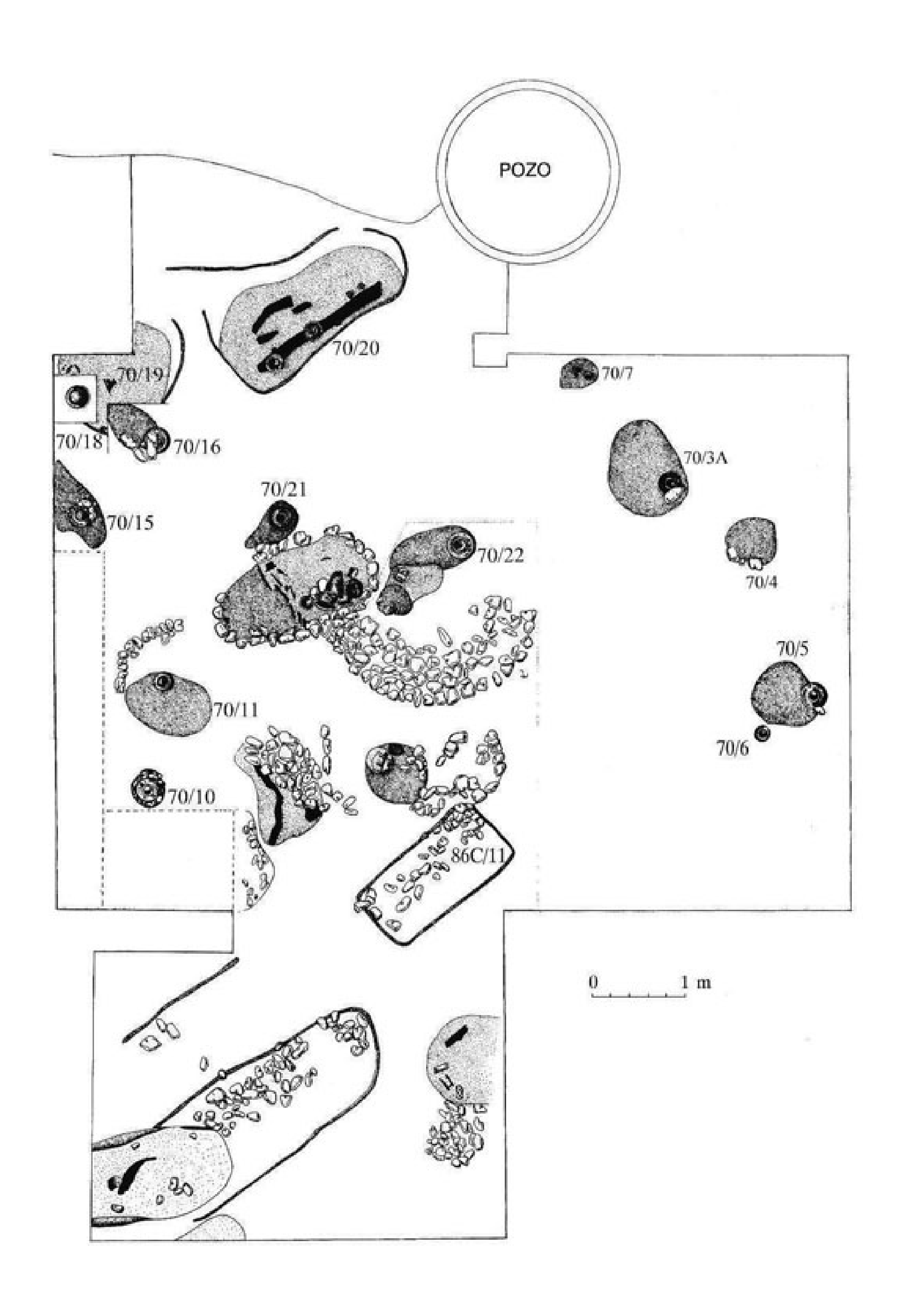
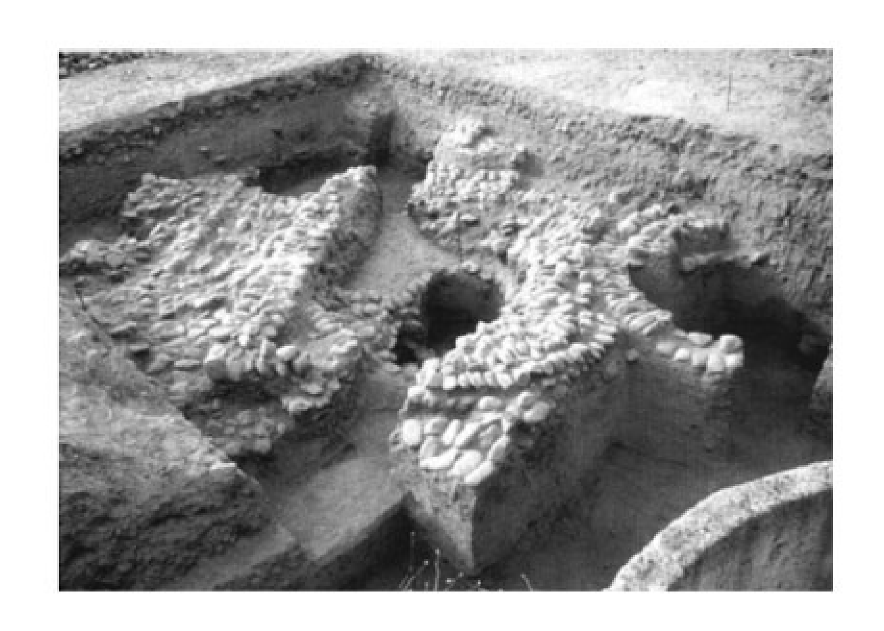


FIG. 94. *El castillo de Medellín junto al río Guadiana, donde se ubica la necrópolis y el poblado orientalizante*.

La estructura del poblamiento de Medellín siempre ha girado en torno al cerro donde se levanta el castillo, en cuya ladera se localizan los restos de un teatro romano. El yacimiento arranca en el denominado Orientalizante Antiguo, si bien son los únicos restos que hipotéticamente ubicarían el yacimiento en una fase tan temprana. Pero la importancia del cerro del Castillo de Medellín no puede ligarse al asentamiento de la población de la época, pues los hallazgos procedentes de las catas practicadas en el interior del castillo se relacionan más bien con algún edificio de carácter político o de culto, o al menos eso se deduce de la singularidad de los objetos exhumados, entre los que destaca un peine de marfil tipo Serreta, un vaso de perfumes ibérico o restos de oro, lo que unido a la inexistencia de una muralla, anula la posibilidad que ha apuntado su excavador de que se trate de un *oppidum*. Por el contrario, tanto en la ladera del cerro del castillo como en uno de los solares del casco urbano de

Medellín, en Portacelli, se hallaron una buena cantidad de cerámicas de gran calidad que abren la posibilidad a que el asentamiento tartésico de Medellín se organice, como en el Palomar de Oliva de Mérida, en el llano, una estrategia que debió ser la habitual durante todo el orientalizante en esta zona periférica de Tarteso.


POZO
70/20
70/19
70/7
70/18
70/16
70/3A
70/21
70/15
70/22
70/4
70/5
70/11
70/6
70/10
86C/11
0
1 m

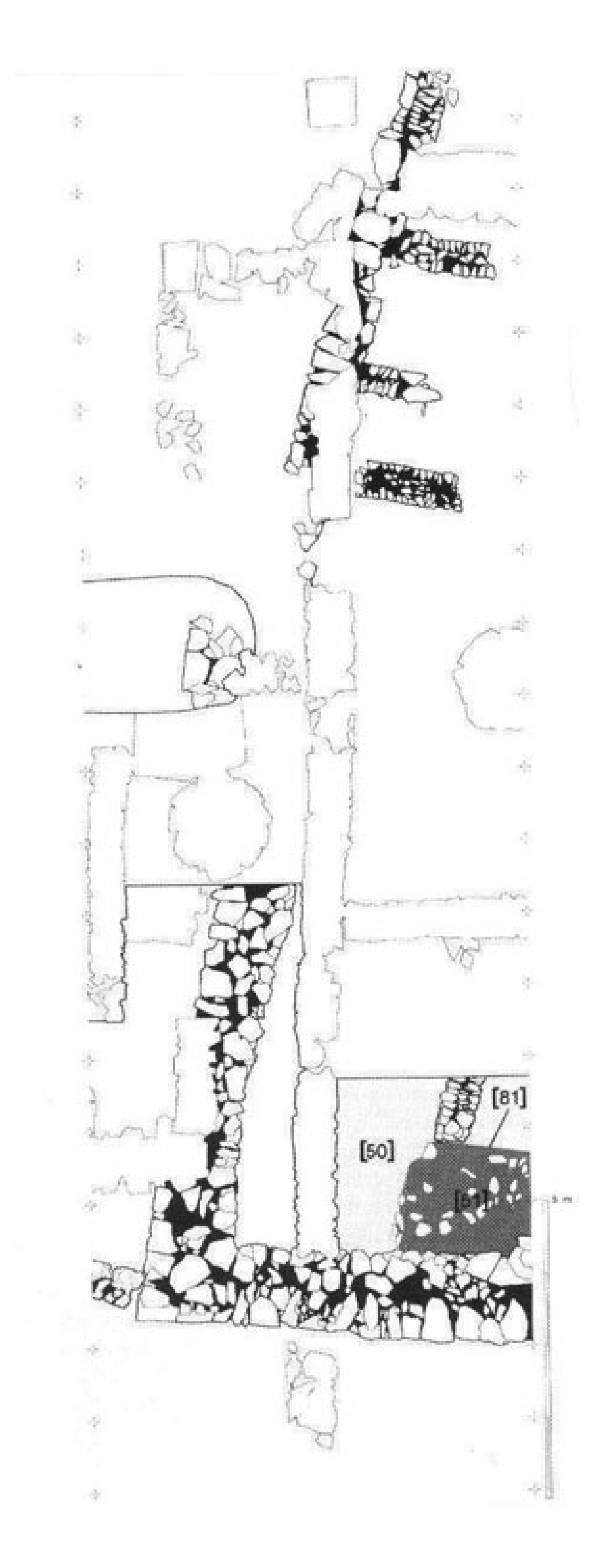


2

1

3

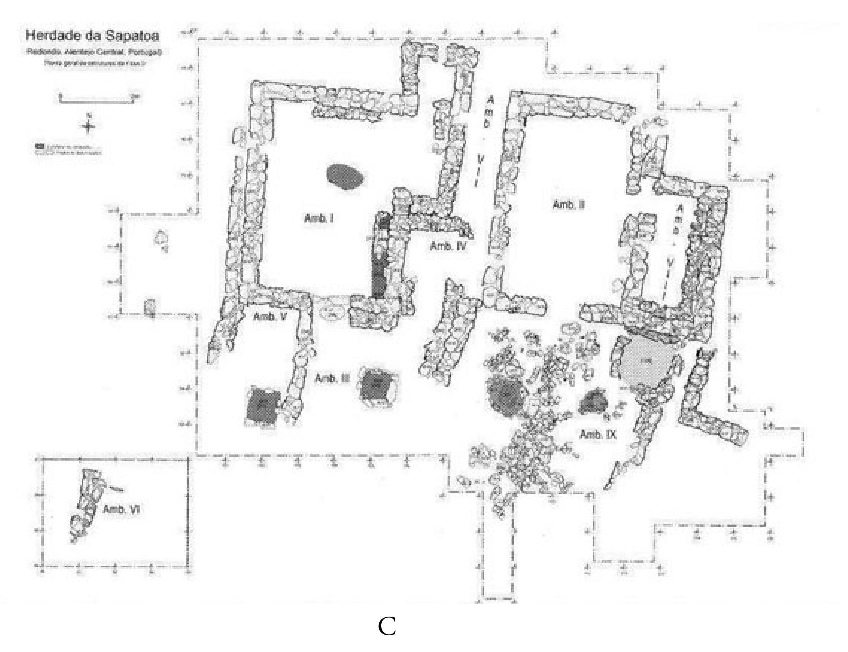
FIG. 95. A) *Nivel inferior de la necrópolis de Medellín.* B) *Encanchados y bustum de la necrópolis de Medellín.* C) *Ajuar de la urna 70/21 y detalle del cuenco «tipo Medellín». (Según Almagro-Gorbea, 2006.)*



[81]
[50]
[51]
5 m


A

6
3
7
2
5
4
1
N
B



C

FIG. 96. A) *Planta del edificio de La Bienvenida. Ciudad Real. (Proyecto Sisapo, 2005).* B) *Planta de la zona de necrópolis de Alarcos, Ciudad Real. (Según Fernández Rodríguez, 2001.)* C) *Heredade da Sapatoa. Redondo, Alemtejo (Portugal). (Según Mataloto, 2005.)*

Son realmente escasos los restos de poblados tartésicos encontrados en la periferia, pero por los hallazgos realizados en la Meseta sur, parece que se detecta un cambio en la estrategia de los asentamientos, pues aquí se localizan sobre antiguos poblados del Bronce Final, aunque desgraciadamente poco sabemos de estos asentamientos por la superposición de estratos de épocas más modernas. Uno de estos yacimientos, el que despierta mayor interés, es el de La Bienvenida, en Almodóvar del Campo, y ello a pesar de que tan sólo se ha podido detectar un pequeño tramo de muro en codo, en cuyo interior se halló un hogar de arcilla sobre un pavimento empedrado; sin embargo, el hallazgo de un fragmento de cerámica protocorintia asociado a ese estrato ha despertado el interés por su estudio, ya que lo sitúa en torno al siglo VII a.C. También Alarcos se asienta sobre los restos de un asentamiento del Bronce Final, aunque conocemos algo mejor su necrópolis, donde se ha podido

individualizar un área donde fueron hallados varios enterramientos en hoyo depositados en urnas de cerámica gris, pintadas, e incluso con botones de cobre incrustados. Por último, de gran interés es el yacimiento de Peñarroya, en Argamasilla de Alba, en la misma cuenca del Guadiana, que parece obedecer más a los asentamientos de la zona extremeña, pues es una fundación *ex novo* del siglo VI a.C.; destaca especialmente una estancia rectangular con zócalo de piedra y alzado de adobes, en el centro de la cual se levantó un hogar de arcilla, mientras en uno de sus muros se adosó un banco corrido.

El interés de estas zonas por parte de las comunidades tartésicas parece que estribaría no tanto en su gran potencial ganadero, pues no debemos olvidar que es una zona rica en pastos donde hay una alta densidad de estelas del suroeste, sino probablemente en los recursos metalíferos del área de La Bienvenida, rica en galenas argentíferas y sobre todo en cinabrio, un producto de enorme importancia para el beneficio del oro en una zona donde tiene una especial presencia y que justificaría la aparición de materiales de la antigüedad de la cerámica protocorintia junto a un elevado elenco de cerámicas a mano. El yacimiento se asienta en una zona de enorme capacidad estratégica, cerca del círculo tartésico de La Serena extremeña a través del Guadiana y en buena comunicación con la Alta Andalucía, por lo que es lógica la presencia de materiales de ambas zonas desde el Bronce Final. Como concluyen M. Zarzalejos y F. J. López en una síntesis sobre el Período Orientalizante en la Meseta sur: «Los procesos orientalizantes que se observan en estas tierras superan ampliamente la barrera de los meros intercambios comerciales, dando pie a defender la existencia de una fase orientalizante en este ámbito geográfico que se inscribe en la periferia de Tartessos».

Como ya se ha hecho alusión, es a partir de mediados del siglo VI a.C., coincidiendo con la crisis del núcleo tartésico, cuando la periferia alcanzó su máximo desarrollo económico y cultural, variando su estrategia comercial ante las profundas transformaciones que afectaban en esos momentos al valle del Guadalquivir y Huelva, por lo que se potencia sensiblemente el eje comercial que protagoniza el Guadiana, lo que justifica la homogenización cultural que se aprecia entre las zonas de la Serena extremeña, el Alentejo portugués o la Meseta sur. Todo este fenómeno, en el que ya no participan yacimientos tan señeros como Medellín, ha estado protagonizado durante los últimos treinta años por un monumento de extraordinarias características ubicado en centro de La Serena, alejado de las principales vías de comunicación, a más de 40 km del Guadiana, y levantado en una tupida dehesa que apenas ha modificado su paisaje desde que fue construido: se trata del complejo arquitectónico de Cancho Roano, yacimiento que comenzó a excavar J. Maluquer en 1978 y que un equipo de la Universidad Autónoma de Madrid y del CSIC finalizó en 2001, generando una vasta bibliografía que ha permitido poner a disposición de la investigación todos los datos disponibles para facilitar su justa valoración cultural. Sin embargo, en los últimos años han sido descubiertos algunos túmulos que parecen encerrar edificios similares, y que se completan con la excavación integral de otro edificio de similares características arquitectónicas a las de Cancho Roano: la Mata de Campanario, levantado en un lugar estratégicamente más idóneo por su cercanía al Guadiana y por levantarse en una elevación desde la que se ejerce un efectivo control del territorio que lo rodea. Estas circunstancias han permitido profundizar en el significado tanto de Cancho Roano como en el fenómeno orientalizante que se desarrolla en el valle del Guadiana, que no deja de ser una de las últimas manifestaciones culturales de Tarteso.

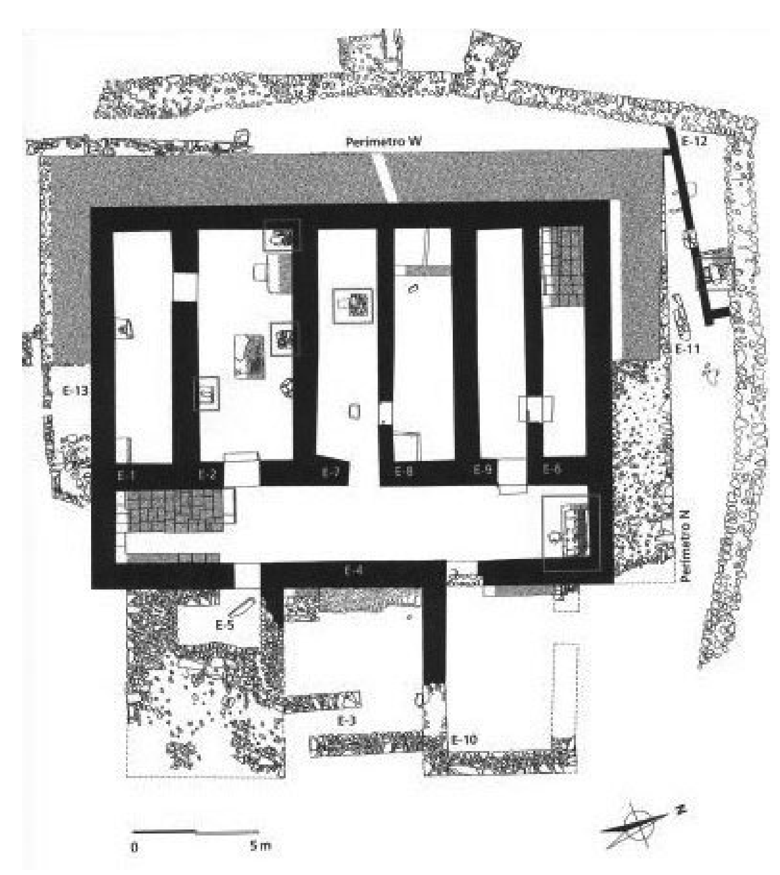


FIG. 97. *Planta del edificio de La Mata de Campanario, Badajoz (según Rodríguez Díaz, 2004).*

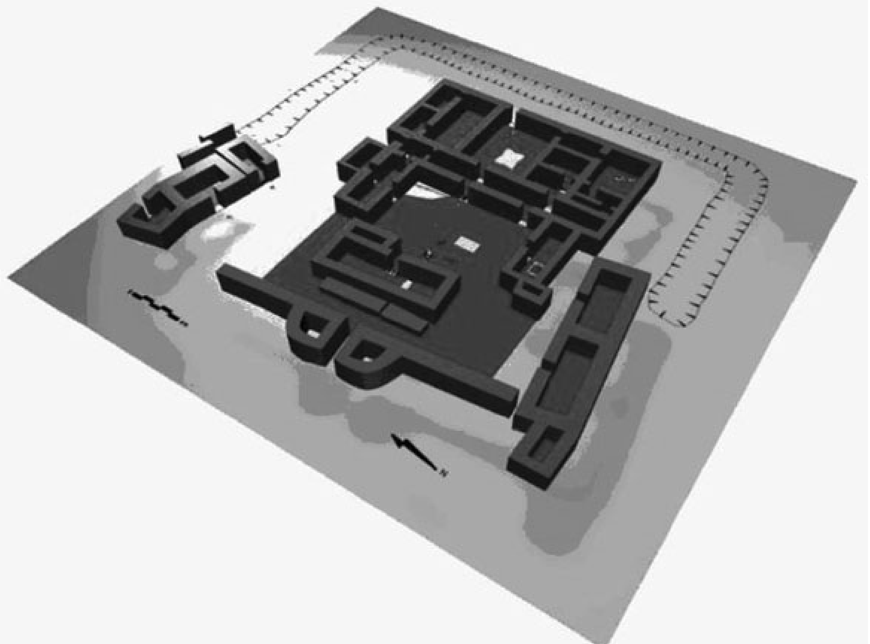


FIG. 98. A) *Vista aérea del santuario «A» de Cancho Roano. Zalamea de la Serena. Badajoz.* B) *Restitución de la planta del santuario «B» de Cancho Roano*.



FIG. 99. *Vista general del espacio principal del santuario «C» de Cancho Roano, con el altar circular y la mesa de ofrendas escalonada.*

Aunque se han defendido diferentes funciones para Cancho Roano, es más que evidente su finalidad eminentemente religiosa, sin que ello signifique que no desarrollara otras funciones inherentes a los complejos de esta categoría bien conocidos en el ámbito del Mediterráneo, sobre todo los relacionados con el comercio y, por ello, su posible dependencia de un poder político que dominara el territorio afectado. El santuario que mejor conocemos y que hoy se conserva se levantó sobre dos edificios que sitúan sus orígenes en los inicios del siglo VI a.C., por lo que el primer santuario convivió en el tiempo con centros como Medellín, El Palomar y buena parte de los yacimientos del valle del Guadalquivir. El punto de unión de los tres últimos edificios es un espacio rectangular con bancos adosados, suelos rojos, vasares y estructuras para depositar ofrendas en cuyo centro se construyeron sendos altares que respetaron escrupulosamente el eje vertical de las respectivas edificaciones; mientras que el primer edificio, Cancho Roano «C», presenta un altar circular rematado con un triángulo similar a uno de los detectados en El Carambolo, el altar de Cancho Roano «B» tiene forma de piel de toro extendida, muy

similar, pues, al también documentado en otras de las capillas de El Carambolo y, sobre todo, al hallado en Coria del Río y en otros yacimientos ya citados anteriormente; por último, un pilar cuadrangular de adobes de más de tres metros de altura conservada, enlucido de blanco y con restos de esgrafiados, se levantó en el centro de la estancia del último santuario o Cancho Roano «A», un elemento que a la vez sirvió de estructura para soportar una segunda planta, de donde procedían los materiales más ricos del monumento, como las copas griegas, las joyas y algunos de los objetos de bronce relacionados con el culto. El complejo tiene más de 500 m de superficie y se levantó sobre profundos fundamentos de piedra y alzados de adobes reforzados por un potente paramento ataludado de piedra; todo el espacio del complejo se organiza en torno a un patio cuadrangular desde el que se accede al santuario, en cuyo centro se practicó un profundo pozo; una escalera de piedra en el lado norte del patio da paso al vestíbulo, donde de construyó una escalera de adobe que comunica con la terraza y la segunda planta del santuario, mientras que un vano permite el acceso a un pasillo que atraviesa todo el interior del edificio sirviendo de distribuidor de los diferentes espacios. La enorme cantidad de materiales que aparecieron en el interior del edificio, lo angosto de algunos de estos habitáculos y el destino cultual de su espacio más amplio, el *sancta santorum* o H-7, hacen prácticamente imposible adjudicar al monumento un carácter residencial. La función cultural del recinto queda especialmente marcado por la construcción de una serie de estancias perimetrales separadas del edificio principal por un *temenos*, también pavimentado de rojo, en las que se hallaron una serie de ofrendas entre las que destacan los conjuntos formados por ánforas conteniendo vino y aceite, una serie de ollas, cuencos y platos de cerámica gris, y pequeños vasos *à chardon* que contenían diversos alimentos; un jarro y un

braserillo de bronce completaban estos conjuntos del sector norte, mientras que en las capillas del oeste se documentaron una serie de materiales relacionados con la industria textil, además de algunos de los elementos más significativos, como la escultura de un caballo de bronce. Por último, todo el complejo arquitectónico está encintado por un foso excavado en la roca del que se exhumaron ingentes cantidades de cerámica pertenecientes a pequeños vasos, platos y ollas realizadas a mano y una gran cantidad de huesos de animales.

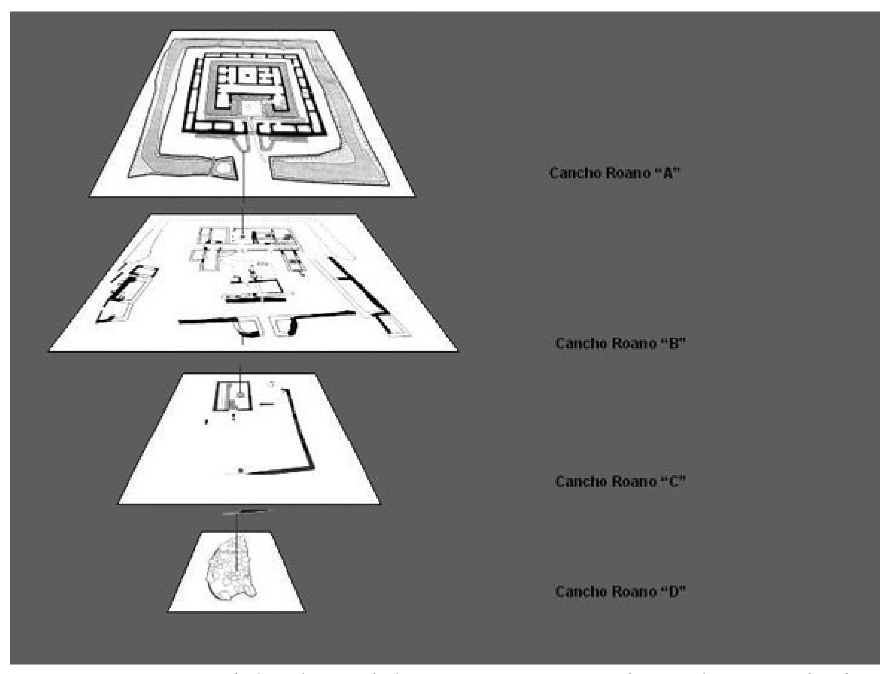
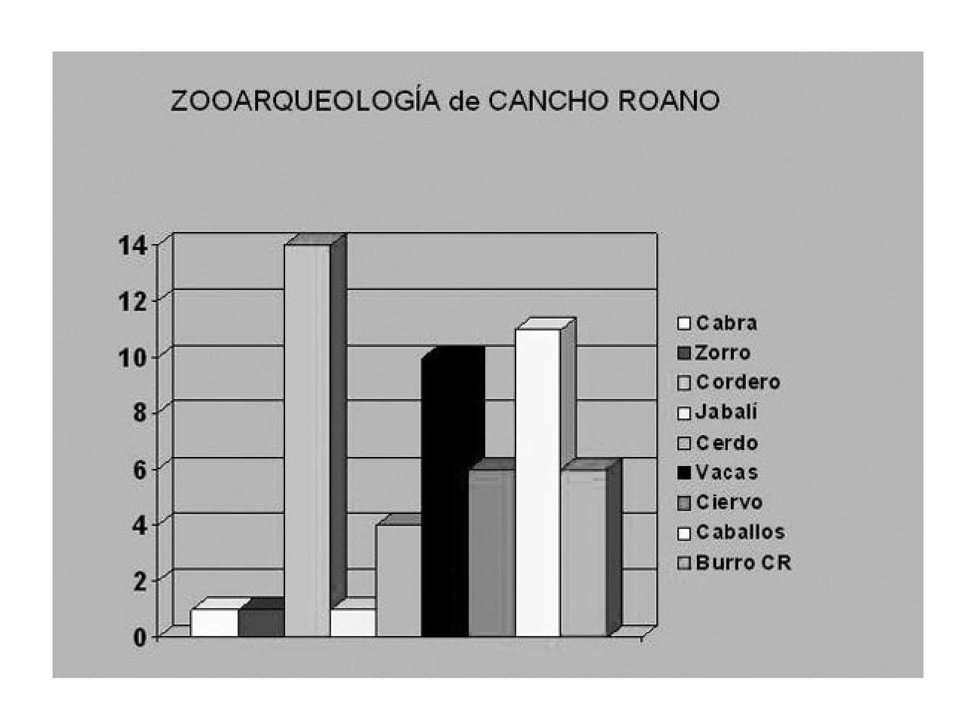


FIG. 100. *Superposición de las plantas de los sucesivos santuarios de Cancho Roano donde se aprecia el eje marcado por sendos altares y la cabaña indígena.*


ZOOARQUEOLOGÍA de CANCHO ROANO
14
12
10
8
6
4
2
0
Cabra
Zorro
Cordero
Jabalí
Cerdo
Vacas
Ciervo
Caballos
Burro CR

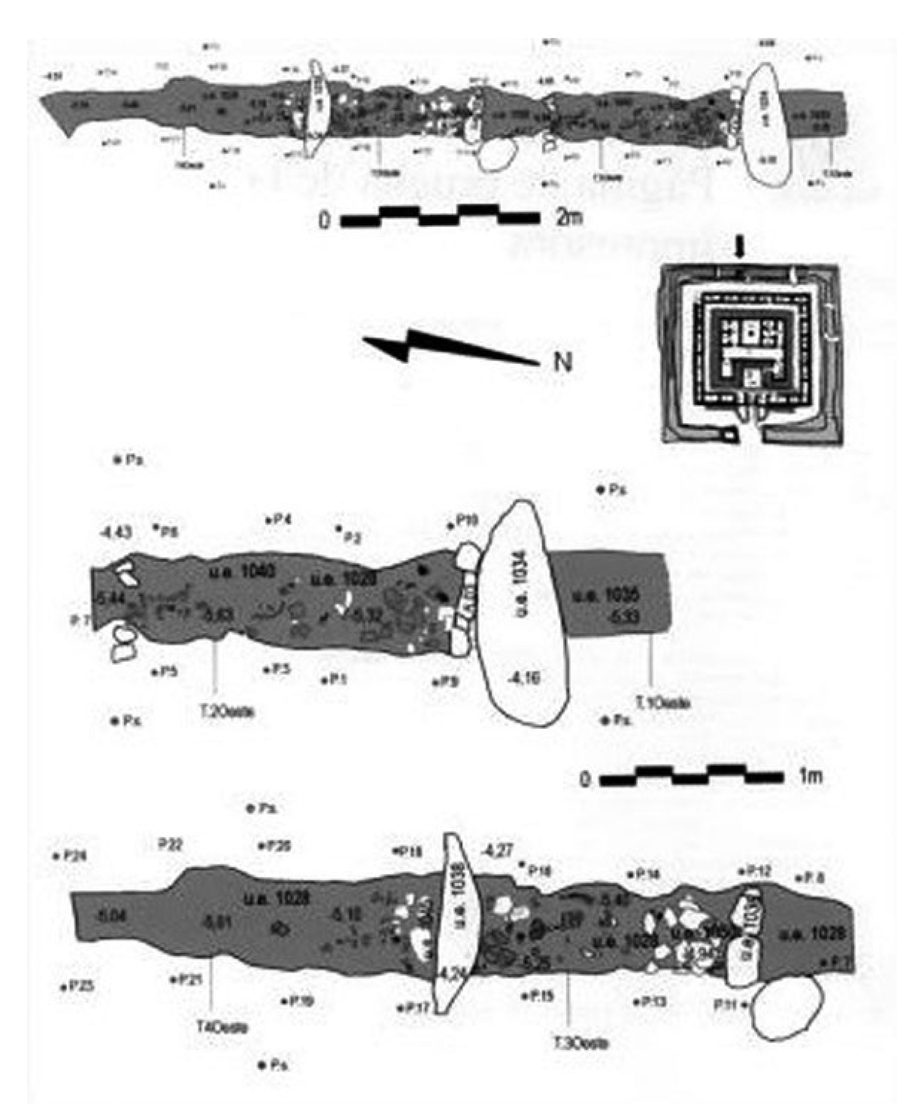


FIG. 101. A) *Diagrama de los animales sacrificados hallados en el interior del foso del santuario Cancho Roano.* B) *Planta de los tramos Sur, Norte y Oeste del santuario de Cancho Roano donde se hallaron los animales sacrificados y los vasos de cerámica común depositados en el fondo.*

De especial interés son los últimos momentos de vida del santuario, pues una vez agrupados todos los materiales en el interior, se procedió a destruirlo mediante un incendio sistemático, previo cegado de la puerta de acceso y los vanos que se abrían al exterior. Al mismo tiempo, en el entorno del

santuario, junto al foso, se llevó a cabo un banquete comunal en el que se sacrificaron más de medio centenar de animales, especialmente ovejas, cabras, ciervos, vacas, cerdos y, lo que resulta más sorprendente, caballos y burros, cuyos huesos fueron hallados en el interior del foso junto a la ingente cantidad de cerámica usada en esa auténtica hecatombe final. Este hecho es uno más de los que remarcan el carácter sacro de este hermético complejo arquitectónico, que se complementa con otros de gran significado; el más importante es quizá el agua, un elemento esencial para entender la existencia del enclave, con un arroyo de aguas permanentes y, sobre todo, por la existencia de una vena que atraviesa el yacimiento y que alimenta de agua a los dos pozos y al propio foso. Un dato del mayor interés es la presencia de una cabaña con el suelo pavimentado de guijarros hallada bajo los tres santuarios en la que se encontraron algunos fragmentos de cerámica a mano indígena que se fechan a finales del siglo VII a.C. La presencia de la cabaña de planta ovalada es esencial para entender el grado de interacción conseguido en estas áreas periféricas, pues se reutiliza lo que seguramente fue un lugar de culto indígena para construir un santuario con planta oriental para perpetuar el culto e introducir no sólo las nuevas técnicas constructivas, sino los nuevos rituales tartésicos; también en este sentido cobra importancia la estela de guerrero utilizada como umbral en la entrada principal del santuario. En este sentido, las recientes excavaciones de El Carambolo y la exhumación de su planta ha puesto en evidencia la herencia tartésica de Cancho Roano, inspirado sin duda en los santuarios del sur del valle del Guadalquivir.

En 2004, el Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura publicó los resultados de las excavaciones llevadas a cabo en la Mata de Campanario, un edificio de similares características constructivas a las del último santuario de Cancho Roano, aunque su calidad y complejidad arquitectónica sean de

una mayor sencillez, principalmente por la ausencia de un espacio de culto y por disponer de una planta que se asemeja más a los edificios de carácter eminentemente comercial, con naves largas y paralelas. La presencia de un buen número de ánforas, molinos o el lagar ya mencionado remarcan esa funcionalidad comercial del edificio. La Mata está, además, directamente relacionada con otros centros de la vega del Guadiana, muy cerca de Medellín, del poblado inédito de la Barca de Villanueva de la Serena y rodeada de pequeños asentamientos satélites que la hacen participar en un entramado socioeconómico aún por valorar, aunque cada día parece ir dibujándose mejor. Según sus excavadores, tanto la Mata como los otros edificios que supuestamente se hayan enterrados bajo los túmulos localizados en el valle del Guadiana responderían a un ambiente social relativamente homogéneo que estaría protagonizado por jefaturas de carácter casi urbano. El problema es que no se ha encontrado ni un solo poblado del siglo v a.C., sino que sólo conocemos estos magníficos edificios y un buen número de pequeños asentamientos producto de las intensas prospecciones llevadas a cabo en todo este extenso territorio.

No sabemos qué pudo ocurrir en torno al final del siglo v, pero lo cierto es que esa fecha coincide con la desaparición, normalmente tras un incendio, de yacimientos tan significativos como Cancho Roano, La Mata y el resto de edificios y pequeños poblados que se articulan en el entorno del Guadiana y la Baja Extremadura, lo que con acierto A. Rodríguez denominó como la crisis del 400. A partir de este momento se construyen los *oppida* en lugares de fácil defensa, se abandonan los lugares más propicios para la explotación agrícola, hay un cambio radical en la estrategia del poblamiento, se percibe un considerable aumento de las armas, se cortan los circuitos comerciales que unen estas zonas con el resto meridional de la Península y, en

definitiva, se entra en una fase de la que apenas conocemos algunos yacimientos ocupados por los pueblos históricos como lusitanos, vetones u oretanos.

Pero no deberíamos entender la periferia de Tarteso como un territorio uniforme, como tampoco lo hemos hecho con el propio núcleo, sino que se observan varias unidades independientes que algunos han asociado a diferentes entidades étnicas; y es lógica esta diversidad, toda vez que la interacción de los fenicios con las comunidades indígenas tuvo un resultado diferente en función del grado de desarrollo tecnológico y cultural de esos grupos; con el tiempo, y gracias a los contactos comerciales entre las diferentes comunidades, es cuando se lograría configurar una cierta unidad cultural que, no obstante y hasta el final del período, gozará de sus propias peculiaridades.

* * *

En los últimos años, y aún hoy en día, se están haciendo verdaderos esfuerzos para estudiar Tarteso desde otras perspectivas basadas fundamentalmente en el estudio del territorio, un camino de largo recorrido que sin embargo ya está dando sus frutos. La proliferación de excavaciones arqueológicas de urgencia en las ciudades sensibles de guardar estructuras de esta época, la incorporación de las analíticas a las excavaciones en esos trabajos y la continua revisión crítica dentro del marco de la historiografía, favorecerán sin duda el conocimiento que hoy tenemos de Tarteso. Queda mucho camino por recorrer, de hecho, los grandes congresos que se han organizado en los últimos cinco años sobre Tarteso o el Período Orientalizante no han hecho sino abrir nuevas vías en la investigación que aún están por valorar y desarrollar; los ejemplos son numerosos: hipótesis que se creían apuntaladas han caído estrepitosamente ante la evidencia de los nuevos datos arqueológicos, y silencios arqueológicos que amparaban algunas teorías se han revelado de tal forma que obligan a ampliar el campo de la investigación.

Por todo ello, en absoluto es un tema agotado, más bien al contrario, nos hallamos en disposición de manejar nuevos datos que favorezcan el trabajo a los nuevos investigadores que se acerquen a esta todavía poco conocida etapa de nuestra Historia.

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Ha transcurrido casi una década desde que recibí el encargo de elaborar un capítulo sobre Tarteso para Ariel Arqueología, un espacio de tiempo que puede parecer breve para aportar novedades arqueológicas y, sobre todo, para modificar conceptos allí expuestos sobre la cultura tartésica. Sin embargo, las intensas campañas de excavación llevadas a cabo en algunos yacimientos de esa época, así como las numerosas reuniones y ediciones celebradas al amparo de la boyante situación económica que atravesaba por entonces nuestro país, han servido para destapar numerosos restos y alumbrar nuevas hipótesis que han enriquecido nuestra percepción de Tarteso.

Prueba de esa actividad son los numerosos estudios dedicados al tema que han visto la luz de estos últimos años y cuyos trabajos más señeros se reflejan en la bibliografía adjunta. Pero sobre todo han proliferado las reuniones científicas, algunas estrechamente ligadas al tema de la colonización, como la editada en 2008 dedicada exclusivamente al controvertido fenómeno de la «precolonización»; la publicada en Chicago en 2009 titulada «Colonial Encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous relations»; o la editada en 2011 en Oxford «Fenicios en Tartesos: Nuevas perspectivas». También destaca una edición de especial interés, consecuencia de un congreso internacional celebrado Huelva y publicada en 2013 con el título «Tarteso. El emporio del metal», donde se dan cita el grueso de los especialistas en el tema con la intención de aclarar conceptos sobre la cultura tartésica. Por último, en 2014, vio la luz una nueva monografía: «Tarteso. Viaje a los confines del Mundo Antiguo», un encargo que asumí con la intención de llevar a un público más amplio el conocimiento de la cultura tartésica; así como un reciente libro en colaboración

editado en Oxford donde se profundiza en aspectos concretos de la cultura tartésica con la intención de darla a conocer al mundo académico del extranjero.

En cuanto a las publicaciones relacionadas con yacimientos de especial relevancia para entender la cultura tartésica, hay que destacar las monografías de la Necrópolis de Medellín; y más recientemente, en 2014, la de la necrópolis de la Angorrilla, que se ha manifestado como una de los cementerios tartésicos mejor documentados hasta la actualidad. Por último, y como consecuencia del 50 aniversario de las excavaciones del Carambolo celebrado en Sevilla en 2008, se editó un monográfico en 2010 con las últimas novedades sobre este magnífico yacimiento.

En estos últimos años ha cobrado un gran impulso los temas relacionados con la identidad y la etnicidad de colonizadores e indígenas, plasmados en una magnífica edición de la Universidad de Málaga de 2009; en paralelo, y en esta misma línea se desarrollan otros trabajos donde se hace una nueva propuesta sobre la etnicidad de Tarteso, en la que ya se incluyen algunas comunidades fenicias; o donde se acomete el tema desde una novedosa propuesta metodológica. Por último, destacar la publicación en 2013 de las actas de una reunión celebrada en la Pompeu Fabra sobre la interacción social y el comercio en el contexto de la colonización mediterránea.

También hay temas que no han dejado de tratarse con cierta profusión a pesar de la extensa bibliografía que ya han generado, un síntoma claro de que se trata de cuestiones que aun siguen abiertas; y me refiero concretamente a las estelas de guerrero, que en estos últimos años nos han proporcionado varios trabajos, algunos de cierto calado, centrados ahora más en cuestiones iconográficas ante la persistente ausencia de datos arqueológicos claros; así, caben señalar dos nuevas monografías,

una como consecuencia de una tesis doctoral publicada en 2010 y desgajada después en varios artículos, y un nuevo monográfico sobre estelas de 2012 donde se hace una propuesta interpretativa según la cual los guerreros representarían divinidades tartésicas; por último, y asociando la iconografía de las estelas con el paisaje que las circunda, miembros del Instituto de Arqueología publicamos un ensayo en 2012 dentro de un volumen donde se recogían otros trabajos que abordaban las relaciones peninsulares con la Europa atlántica, que por otra parte cada día son más evidentes. Tal vez lo más novedoso en cuanto a las estelas haya sido el hallazgo de un buen número de ejemplares distribuidos por el centro de Portugal y el noroeste de la península ibérica que nos permite refrendar, por un lado, la hipótesis del origen de estos monumentos de composición básica (escudo, espada y lanza) en el área atlántica, y por el otro, su distribución espacial más allá del suroeste peninsular, lo que nos ha llevado a denominarlas como estelas del oeste. Estos últimos trabajos se han recogido en una monografía de 2011 consecuencia de una reunión celebrada en la localidad portuguesa de Sabugal, donde se abrodó el tema de las estelas desde nuevas prospectivas metodológicas; en este sentido, es también enriquecedora una propuesta de trabajo donde se apunta la necesidad de desarrollar una nueva metodología a través del estudio territorial para ir acercándonos así al conocimiento de su verdadera funcionalidad.

Pero si en la década anterior la excavación integral del santuario del Carambolo y el hallazgo y estudio de los materiales arqueológicos del solar Méndez Núñez/Las Monjas de Huelva sirvieron de revulsivo para reinterpretar la primera fase de la colonización fenicia en el sur peninsular, en esta última década las novedades y el protagonismo se lo han llevado los trabajos desarrollados en la Bahía de Cádiz, principalmente las excavaciones realizadas en el Teatro Cómico de Cádiz, cuyos

primeros estudios realizados por un nutrido grupo de arqueólogos acaba de ver la luz en un monográfico editado por la Rivista di Studi Fenici. Gracias a estas excavaciones hoy conocemos importantes restos que coincidirían con su fundación histórica, pues si hasta ahora no había datos que garantizasen la presencia oriental en Cádiz con anterioridad al siglo VIII, las excavaciones del Teatro Cómico permiten retrasar esa fecha al siglo IX, momento al que pertenecen las casas y calles documentadas en esas intervenciones. En realidad, estos hallazgos no alteran la idea de que *Gadir* deba ser entendida como un amplio territorio que estaría restringido a la actual isla, sino que ocuparía un amplio territorio en el entorno de las aguas bañadas por el río Guadalete, donde el yacimiento de Doña Blanca sigue siendo su mejor expresión para estudiar la colonización fenicia y la configuración de una sociedad tartésica. También en el monográfico antes citado se publica un artículo sobre los importantes restos aparecidos en el castillo de Chiclana, que a pesar de generar cierta confusión en cuanto a su cronología, sí certifican la importancia de la Bahía de Cádiz en esta fase histórica.

No menos interés han despertado dos yacimientos autóctonos ubicados fuera del núcleo de Tarteso, donde sin embargo se ha podido estudiar el primer impacto de la colonización fenicia en las comunidades indígenas de la periferia geográfica de Tarteso. El primero de ellos, Ratinhos, se localiza en la localidad portuguesa de Moura, junto a la margen izquierda del Guadiana. Es un poblado de cabañas ovaladas del Bronce Final donde hacia finales del siglo VIII a.n.e. se levantó un edificio de planta cuadrangular realizado con técnicas constructivas mediterráneas que sirven para avalar la temprana influencia de los fenicios en el interior de la península ibérica. El otro yacimiento, Alcorrín, se localizó en un promontorio cerca de la costa mediterránea en el término malagueño de Munilva,

destacando por la muralla y el foso que lo rodea; su fundación parece coincidir con la llegada de los fenicios a la costa mediterránea peninsular; de los dos edificios que se conocen de planta rectangular, uno de ellos presenta conchas marinas adheridas al suelo del porche, al estilo de lo que ya conocemos en otros yacimientos como el Carambolo o Castro Marín.

Otra de las zonas donde se ha registrado en la última década una inusitada actividad arqueológica ha sido en el valle medio del Guadiana, donde a las memorias de Medellín ya aludidas, hay que añadir los trabajos de la Universidad de Extremadura en esta zona, sintetizadas en un volumen de 2009; así mismo se han llevado a cabo varios proyectos de investigación donde la prospección y la excavación arqueológica han tenido un especial protagonismo, lo que nos ha permitido conocer mejor el patrón de asentamiento en esta zona en época tartésica. Tras todos estos trabajos se consolida la idea de que es a partir del siglo VI, coincidiendo con la denominada crisis de Tarteso, cuando se detecta en las tierras del interior, y en concreto en el valle del Guadiana, un cambio de estrategia por el que se abandonan las tierras de pasto por estas zonas de economía fundamentalmente agrícola. Pero el marco hasta ahora expuesto ha cambiado sensiblemente; hasta ahora Medellín era el referente del poblamiento tartésico en el Guadiana a pesar de la ausencia de datos arqueológicos en el cerro del Castillo donde se supone que debería estar ubicada la ciudad amurallada, identificada además con la *Conisturgis* de las fuentes romanas; sin embargo, en los últimos años se ha excavado, estudiado y publicado un nuevo asentamiento, el Tamborrío, a tan solo 12 km de Medellín, y ubicado además en un lugar de inmejorable control estratégico, donde se ha documentado una muralla del siglo VII a.n.e. que encierra un asentamiento de aproximadamente 5 ha. Su interés radica también en su primer momento de abandono, coincidente con el desmantelamiento e incendio de edificios tan

significativos como Cancho Roano o La Mata, y seguramente con otros aun por estudiar que jalonan buena parte del Guadiana medio.

Pero Medellín también se ha erigido en el protagonista de la colonización tartésica del Guadiana a partir del siglo VII a.n.e., un modelo según el cual gentes procedentes del núcleo de Tarteso, y más en concreto de Carmona, se habrían encargado de controlar todo el valle medio del Guadiana y, ya desde Medellín, de la costa atlántica portuguesa. En este sentido, cabe destacar la polémica surgida en estos años entre los defensores de esta teoría y los que defienden la colonización directa de la costa atlántica por parte de los fenicios. Pero la ausencia de restos constructivos de esa época en Medellín, a pesar de las intensas campañas de prospección y excavación llevadas a cabo en los últimos años, impiden corroborar una hipótesis que tiene su base principal en la famosa necrópolis hallada en su término municipal, junto al río, y que bien podría ser un cementerio destinado a enterrar a personajes destacados dada la homogeneidad de sus tumbas. Por lo tanto, al día de hoy solo contamos con el yacimiento de Tamborrío como ejemplo fehaciente de un asentamiento en alto en época tartésica, también ubicado muy cerca de la necrópolis de Medellín y con unas potentes murallas, la más antigua fechada a finales del siglo VII a.n.e.

Para finalizar este rápido repaso sobre las novedades arqueológicas que han permitido profundizar en el conocimiento de Tarteso en la última década, debemos destacar las excavaciones que se llevan a cabo en dos los denominados «túmulos tartésicos del Guadiana». Son grandes edificios construidos en adobe que aparecen aislados en el paisaje y que se han conservado gracias a haber sido ocultados intencionadamente bajo tierra tras su destrucción, en torno a finales del siglo V a.n.e. Hoy conocemos una veintena de estos

túmulos, si bien tan solo dos han sido excavados íntegramente: Cancho Roano y La Mata. A ellos se suman, en primer lugar, el Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz), cuyas excavaciones comenzaron en 2008, donde se ha localizado una gran cabaña de tendencia circular fechada a comienzos del siglo IX a.n.e. sobre la que se organizaron dos edificios sucesivos de planta cuadrangular de los inicios de la Edad del Hierro. La particularidad de Cerro Borreguero radica, así, en la antigüedad de su origen, pero también en su pronto abandono, a principios del siglo VI a.n.e., considerándose por ello y por su cercanía geográfica, a tan solo 3 km de distancia, como el antecedente de Cancho Roano, cuyo primer santuario fue construido precisamente en esas fechas, lo que lo convierte en un ejemplo excepcional para conocer el proceso evolutivo de las construcciones del Bronce Final hasta la adopción del patrón cuadrangular desarrollado en Tarteso. Por último, desde 2014 se están desarrollando excavaciones arqueológicas en otro de estos túmulos del Guadiana, las Casas del Turuñuelo, (Guareña, Badajoz), cuyo tamaño y estado de conservación superan con creces al resto de los ejemplos hasta ahora conocidos, por lo que las perspectivas de convertirse en un yacimiento fundamental para entender la funcionalidad de estos edificios son reales, además de ofrecer unos materiales que nos están sirviendo para profundizar en el estilo orientalizante de la última fase de Tarteso.

Estos edificios bajo túmulo del Guadiana responden a una idea constructiva que no parece que fuera ajena al resto del suroeste peninsular, si bien en una época más reciente; en este sentido se han publicado dos trabajos donde se recogen todos estos edificios, incidiendo en la funcionalidad religiosa que sin duda ofrece; el primero publicado bajo el título de «Arquitectura

religiosa en Tartessos» y el segundo, un monográfico de 2013 donde se incide con mayor profundidad en estos edificios de carácter cultual.

Para finalizar, y para aquellos interesados en cuestiones más concretas de la cultura tartésica, señalar los monográficos de 2010 sobre lingüística prerromana, donde se compendia y a la vez profundiza sobre la tan discutida escritura tartésica; un libro también de 2010 sobre la iconografía orientalizante; o el flamante estudio sobre las cerámicas decoradas tipo Carambolo.

En definitiva, en estos años hemos asistido a un sensible aumento de la información arqueológica sobre Tarteso, lo que nos permite afinar algo más en la definición de su desarrollo cultural. Así, se ha planteado una nueva definición para Tarteso: «Una zona geográfica citada por los griegos cuando este territorio ya se había configurado con elementos indígenas y colonizadores, fundamentalmente fenicios; sólo entonces podemos hablar con propiedad de los tartesios, gentes que vivían en ese territorio independientemente de su origen, cultura o estatus social»

Por otro lado, y aunque se confirma que la llegada de los fenicios a las costas meridionales de la península ibérica se remonta a los años finales del siglo x a.n.e., solo las buenas expectativas del comercio que se abrían en la zona animarían a emprender un complejo sistema de colonias un siglo después con el objetivo de agilizar el intercambio y, sobre todo, encauzar las relaciones con las jefaturas indígenas, también beneficiadas por este nuevo sistema. A partir del siglo vii Tarteso es ya una realidad cultural de cierta complejidad en la que fenicios e indígenas comparten intereses y espacios, aunque sin renunciar a sus respectivas identidades, de ahí la confusión que generan las interpretaciones de algunos yacimientos de esta época. Por ello, es lógico que en los últimos años haya entrado en desuso el

término «orientalizante» para caracterizar toda esta época, cuando debería limitarse exclusivamente a las manifestaciones artísticas realizadas en Tarteso.

Con la documentación arqueológica que disponemos actualmente, debemos desechar una vez más la idea de que existiera un rey con la capacidad suficiente para ejercer el poder sobre un territorio tan vasto y variopinto como era Tarteso, y mucho más aun si, como algunos se empeñan en defender, se tratara de todo un imperio, una proposición que a todas luces es desmedida. Un sistema de esta categoría debería apoyarse en un Estado centralizado con mecanismos de coerción que estamos muy lejos de detectar hoy en día a pesar de las numerosas excavaciones realizadas en las últimas décadas en el núcleo de Tarteso y en su periferia geográfica. Parece más congruente pensar que en los momentos iniciales de la colonización el poder político de Tarteso estuviera en manos de las jefaturas indígenas, pero parece lógico que con el transcurrir del tiempo ese poder pudiera haber sido ostentado por algún descendiente de uno de los matrimonios mixtos que debieron ser habituales entre las clases dominantes de origen fenicio y las jefaturas tartésicas. En todo caso, Tarteso podría haber albergado diferentes territorios independientes que estarían conectados entre sí por intereses económicos y cimentados por lazos de parentesco entre sus jerarcas, lo que explicaría, por un lado, la uniformidad de algunas expresiones artísticas en todo el territorio, pero también la originalidad de algunas manifestaciones culturales, como los ritos funerarios.

Por otro lado, se confirma que Tarteso sufrió una grave crisis en el siglo VI por causas que ya han sido explicadas reiteradamente y que frustró su progreso, lo que impidió alcanzar el grado de desarrollo de otras culturas mediterráneas como la etrusca que, justo en esos momentos, comenzaron a expresar su mayor esplendor cultural; por ello, de no haberse

producido ese trance en Tarteso, estaríamos hablando de una cultura más compleja tanto política como culturalmente; en definitiva, no llegó a alcanzar una fase que podríamos denominar como Clásica, que nos habría legado una cultura muy diferente a la que hoy conocemos.

La interpretación del fin de Tarteso sigue siendo muy debatida aun hoy en día en la bibliografía; a la hipótesis de una crisis generada por la inestabilidad entre púnicos y griegos por el control del comercio mediterráneo, donde Tarteso habría salido perjudicada por su alianza con los foceos, se une la meramente económica, justificada por el colapso de un sistema asentado fundamentalmente en la explotación y el comercio de la plata. Pero cada día toma más fuerza la hipótesis de una catástrofe natural, ya apuntada en el trabajo anterior y que hoy se concreta con la publicación de varios trabajos de investigación de base geomorfológica, como el publicado recientemente en *Quaternary Research* por un amplio equipo interdisciplinar; según estos estudios, hacia el siglo VI a.C. se habría producido un episodio natural que habría afectado a la costa suroccidental peninsular, si bien hasta el momento solo se ha detectado en las marismas de Doñana, donde los sondeos practicados han confirmado un suceso de esta categoría a finales del Neolítico que bien podría haberse producido siglos después. El evento habría consistido en un rápido movimiento de subsidencia causado por un intenso episodio sísmico que iría acompañado de un tsunami que podría haber afectado a una parte importante de la costa onubense y a la desembocadura del Guadalquivir, aunque no tanto a la Bahía de Cádiz. Si con el tiempo se verificara este hecho, serviría para justificar la escasa huella arqueológica que encontramos en la zona a partir de la Edad del Bronce, a la vez que se entendería la revitalización de

Gadir en época púnica y, sobre todo, la preponderancia de los territorios del interior, sobre todo los que se desarrollaron en el valle alto del Guadalquivir y el valle medio del Guadiana.

Lo cierto es que a partir del siglo VI a.n.e. el núcleo de Tarteso se sumió en el olvido, mientras que, paralelamente, su cultura se desarrolló en los territorios del interior, donde surge una nueva sociedad con un nuevo patrón de asentamiento que, a pesar de mantener los rasgos culturales fundamentales de Tarteso, manifiesta una evidente originalidad debido a su ancestral tradición atlántica.

Las excavaciones y los estudios sobre Tarteso no cesan a pesar de haber disminuido drásticamente su impulso, pero no sería extraño que dentro de una década podamos disponer de nuevos argumentos para su mejor comprensión.

BIBLIOGRAFÍA

Abad, L. (1979): «Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica» *Archivo Español de Arqueología* 52: 175-193.

Albuquerque, P. (2010): *Tartessos: entre mitos e representaçoes*, Centro de arqueología de la Universidad de Lisboa, Lisboa.

Albuquerque, P. (2013): «Alguns pontos de interrogação sobre identidade(s) e território(s) em Tartessos (I): questões metodológicas», *SPAL* 21: 39-52.

Almagro-Gorbea, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, 14. Madrid.

— (1996): *Ideología y poder en Tartessos y en el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.

— (Dir.) (2006): *La necrópolis de Medellín. I. La Excavación y suis hallazgos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 26. Real Academia de la Historia. Madrid.

— (Dir.) (2007 y 2008). *La Necrópolis de Medellín*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 26, I, II y III. Real Academia de la Historia. Madrid.

— (2008): «Medellín-*Conisturgis*: reinterpretación geográfica del suroeste de Iberia», *Boletín de la Sociedade de Geografía de Lisboa* 126, 1-12, pp. 84-115.

Almagro-Gorbea, M.; Torres, M. (2009): «La colonización de la costa atlántica de Portugal: ¿Fenicios o tartesios?» *Acta Paleohispánica*, IX: 113-142.

Alvar, J. (1982): «Aportaciones al estudio del Tarshis bíblico» *Rivista di Studi Fenici* X,2: 211-230.

— (1993): «El ocaso de Tarteso» J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.) *Los enigmas de Tarteso*. Cátedra. Madrid: 39-68.

— (2002): «Dynamique de la colonisation phénicienne et acculturation religieuse à Tartessos» *Religions méditerranéennes et orientales de l'Antiquité*. Bibliothèque d´Étude 135. El Cairo: 1-20.

Alvar, J.; Campos, J. (eds. 2013): *Tarteso. El emporio del metal*. Ed. Almuzara. Córdoba.

Alvar, J.; Wagner, C. G. (1988): «La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica» *Gerión*, 6: 169-185.

Álvarez Marí-Aguilar, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Monografías 27. Diputación Provincial de Málaga. Málaga.

— (2007): «Arganthonius Gaditanus. La identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua» Klio 89: 477-492.

— (2009): «Identidad y etnia en Tartesos», *Arqueología Espacial* 27, pp. 79-111.

— (ed.) (2011): *Fenicios en Tartesos: Nuevas perspectivas*. British Archaeological Reports International Series 2245. Oxford.

Amores, F. (1995): «La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología» *Tartessos 25 años después*. Jerez de la Frontera: 159-177.

Arteaga, O.; Schulz, H. D.; Roos. A. M. (1995): «El problema del Lacus Ligustinus. Investigaciones Geoarqueológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir». *Tartessos 25 años después*. Jerez de la Frontera: 99-135.

Arruda, A. M. (2000): «Tartessos y el territorio actual de Portugal» Argantonio, Rey de Tartessos. Sevilla: 165-177.

— (2011): «Indígenas, fenicios y tartésicos en el occidente peninsular: mucha gente, poca tierra», en M. Álvarez (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*, British Archaeological Reports International Series 2245, Oxford, pp. 151-160.

Arruda, A, M,, Celestino, S. (2008): «Arquitectura religiosa en Tartessos» Santuarios, oppida y ciudades. *Arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental*. Celestino, S.; Mateos, P.; Pizzo, A.; Tortosa, T. (Eds.) Anejos del Archivo Español de Arqueología. Madrid L.

— (2009): «Arquitectura religiosa en Tartessos» *Santuarios, oppida y ciudades. La Arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental.* Anejos del Archivo Español de Arqueología, XLV; Madrid:2978.

Aubet, M. E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevill*. CSIC. Barcelona.

— (1978): «Algunas cuestiones sobre el Período Orientalizante tartésico» *Pyrenae 13-14*: 81-107.

— (1990): «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción» *La Cultura tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses, 2*. Mérida: 29-44.

— (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente* (Edición ampliad) Ed. Crítica. Barcelona.

Aubet, M. E.; Sureda, P. (2013): *Interacción social y comercio en la antesala del colonialismo*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 21. Barcelona.

Bandera, M. L. De la (2002): «Rituales de origen oriental entre las comunidades tartesias: el sacrificio de animales» *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. E. Ferrer Ed. Spal Monografías II. Sevilla: 141-158.

Bandera, M.L. de la; Ferrer, E. (coords) (2010): *El Carambolo, 50 años de un tesoro*. Sevilla.

Barceló, J.A. (1989): «Las estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica» *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (coord. M. E. Aubet). Sabadell: 189-208.

— (1995): «Sociedad y economía en el Bronce Final tartésico» *Tartessos 25 años después*. Jerez de la Frontera: 561-589.

Belén, M. (1995): «El yacimiento tartésico de Niebla (Huelva)» *Tartessos 25 años después*. Jerez de la Frontera: 359-379.

— (2001): «Arquitectura religiosa orientalizante en el Bajo Guadalquivir» *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. D. Ruiz Mata y S. Celestino eds. CEPO-CSIC: 1-16.

Belén M.; Anglada, R.; Escacena, J. L.; Jiménez, A.; Lineros, R.; Rodríguez, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la CasaPalacio del Marqués de Saltillo*. Colección Arqueología. Junta de Andalucía. Sevilla.

Belén, M.; Escacena, J. L. (1995): «Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir». *Kolaios*, 4: 67-101.

— (1998): «Testimonio religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental» *Spal*, 6: 103-131.

— (2002): «La imagen de la divinidad en el mundo tartésico» *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. E. Ferrer Ed. Spal Monografías II. Sevilla: 159-184.

Belén, M.; García Morillo, M. C. (2005): «Carmona. Una ciudad tartésica con estatuas» *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez eds. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 1199-1213.

Bendala, M. (1977): «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos» *Habis*, 8: 177-205.

— (1979): «Las más antiguas navegaciones griegas a Iberia (s. IX-VIII a.C.)». *Archivo Español de Arqueología*, 52: 33-38.

— (1985): «La civilización tartésica». *Historia General de España y América. Toma I-1.* Ed. Rialp. Madrid: 593-640.

— (2000): Tartesios, *Iberos y Celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania Antigua*. Temas de Hoy. Madrid.

Berrocal, L.; Silva, A. C. (2010): O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Excavaçoes num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007. *O Arqueólogo português*, 6. Lisboa.

Blanco, A. (1956): «Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península». *Archivo Español de Arqueología*, 29: 3-51.

Blanco, A.; Luzón, J. M.; Ruiz; Ruiz Mata, D. (1970): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto. Huelva)*. Anales de la Universidad Hispalense. Sevilla.

Blanco, A.; Rothenberg, B. (1981): *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*. EAH. Ed. Labor. Barcelona.

Blázquez, J. M. (1975): *Tartessos y la colenización fenicia de Occidente*. (2.ª edición).Universidad de Salamanca. Salamanca.

Blázquez, J. M.; Ruiz Mata, D.; Remesal, J.; Ramírez, J. L.; Clauss, K. (1979): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva) Campaña de 1977*. Excavaciones Arqueológicas en España, 102. Madrid.

Bonsor, G. (1899): *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis*. París.

— (1921): «Tartessos» *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 78 (1):515-525; 79 (1): 57-69 y 213-225.

Botto, M. (ed.) (2015): *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas Investigaciones*. Collezioni di Studi Fenici, XLVI. Roma.

Cabrera, P. (1989): «El comercio focense en Huelva: cronología y fisonomía» *Huelva Arqueológica* 10-11: 41-100.

Campos, J. M.; Gómez Toscano, F.; Pérez Macías, J. A. (2006): *Ilipla – Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*. Universidad de Huelva. Huelva.

Caro, A. (1989): *Cerámica gris a torno tartesia*. Cádiz.

Carriazo, J. De M. (1973): *Tartessos y el Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la Protohistoria de la Baja Andalucía.* Madrid.

Carrilero, M. (1993): «Discusión sobre la formación social tartésica» Los enigmasd de Tarteso. J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.) Cátedra. Madrid: 163-185.

Casado, M. J. (2003): «Reflexiones sobre la cerámica tipo Carambolo ¿un axioma de la Arqueología proptohistóricadel suroeste andaluz?» *Spal 12*: 283-298.

Casado, M. J. (2016): *La cerámica con decoración geométrica del Carambolo*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Sevilla.

Celestino, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Ed. Bellaterra. Barcelona.

— (2001a): «Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico» *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. D. Ruiz Mata y S. Celestino eds. CEPO-CSIC: 17-56.

— (2001b): *Cancho Roano*. CSIC. Madrid.

— (2005): «El Período Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior». *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez eds. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 767-785.

— (2014): *Tarteso. Viaje a los confines del mundo antiguo*. Ed. Trébede. Madrid.

Celestino, S.; Blanco, J. L. (2006): *La joyería en los orígenes de Extremadura: el espejo de los dioses*. Ataecina, 1. Asamblea de Extremadura. Badajoz.

Celestino, S.; López-Ruiz, C. (2006): «New light on the warrior stelae from Tartessos (Spain)». *Antiquity*, 80: 89-101.

— (2016): *Tartessos and the Phoenician in Iberia*. Oxford University Press. Oxford.

Celestino, S.; Mayoral, V.; Salgado, J.A. y Cazorla, R. (2012): «Stelae Iconography and Landscape in the south- west of the Iberian Peninsula», en T. Moore y X.L. Armada (eds.): *Atlantic Europe in the First Millennium bc: Crossing the Divide*, oxford University Press, Oxford, pp. 135-152.

Celestino, S.; Rafel, N. y Armada, X.L. (eds. 2008): *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos xii-viii ane). La preco- lonización a debate*, Serie Arqueológica 11, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, CSIC. Madrid.

Corzo, R.(1991): «Piezas etruscas del santuario de la Algaida (Sanlúcar de Barrameda. Cádiz)» *La presencia del maerial etrusco en la Península Ibérica*. J. Remesal y O. Musso eds. Barcelona: 399-411.

Costa, M.E. (2013): «Las estelas del suroeste en el valle del Guadalquivir y sierra Morena: distribución espacial y nuevas perspectivas de investigación» *Trabajos de Prehistoria* 70-1, pp. 76-94.

Cruz Andreotti, G. (1987): «Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten» *Baetica 10*: 227-240.

Chaves, F.; Bandera, M. L. De la (1991): «Aspectos de la urbanística en Andalucía occidental en los siglos VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)» *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, II. Roma: 691-714.

Díaz-Guardamino Uribe, M. (2010): *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. Madrid.

Dietler, M. y López-Ruiz, C. (eds. 2009): *Colonial Encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous relations*. The University of Chicago Press. Chicago.

Domínguez Monedero, A. (1994): «Los griegos de occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. I.- Los contactos en los momentos precoloniales (previos a la fundación de colonias o en ausencia de las mismas)» *Huelva Arqueológica XIII,* 1: 19-48.

— (2008): «Tarteso». Protohistoria y Antigüedad en la Península Ibérica I; ed. Silex. Madrid.

Escacena, J. L. (2000): *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto.* Ed. Síntesis. Madrid.

— (2005): «Darwi y Tartessos» *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez eds. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 189-220.

Escacena, J. L.; Izquierdo, R. (2001): «Oriente en Occidente: arquitectura civil y religiosa en un »barrio fenicio» de la Caura tartésica» *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. D. Ruiz Mata y S. Celestino eds. CEPO-CSIC: 123-157.

Fernández Flores, A.; Rodríguez Azogue, A. (2007): Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos. Ed. Almuzara. Córdoba.

— (2007a): «Vida y muerte en la *Ilipa* tartésica» *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana. (E. Ferrer, A. Fernández, J. L. Escacena; A. Rodríguez (eds.).* Sevilla.

Fernández Jurado, J. (1987): *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*. Huelva Arqueológica IX.

— (1988-1989): *Tartessos y Huelva*. Huelva Arqueológica X-XI. Huelva.

— (1989): «Aspectos de laminería y de la metalurgia en la Protohistoria de Huelva» *Huelva Arqueológica X-XI,* 3: 177-215.

Fernández Jurado, J,; Ruiz Mata, D. (1985): «La metalurgia de la plata en época tartésica en Huelva» *Pyrenae*, 21: 23-44.

— (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*. Huelva Arqueológica VIII. Huelva. (2 vols.).

Fernández Miranda, M. (1986): Huelva, ciudad de los tartesios. *Aula Orientalis*, 4: 227-261.

— (1991): «Tartessos: indígenas, fenicios y griegos en Huelva» *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, II. Roma: 87-96.

Fernández, A.; Rodríguez; A.; Casado, M.; Prados, E. (eds.) (2014): *La necrópolis de época tartésica de la Angorrilla. Alcalá del Río. Sevilla*. Universidad de Sevilla. Sevilla.

Galán, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final de la Península Ibérica*. Complutum Extre, 3. Madrid.

García Bellido, A. (1960): «Inventario de los jarros púnico-tartessicos». *Archivo Español de Arqueología*, 33: 44-63.

García Moreno, L. A. (1989): «Turdetanos, túrdulos y tartessios. Una hipótesis» *Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al Profesor Santiago Moreno Díaz.* Anejos de Gerión, II: 289-294.

García Sanjuán, L.; Wheatley, D. W.; Fábrega, P.; Hernández, M. J.; Polvorinos, A. (2006): «Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, Tecnología y Contexto» *Trabajos de Prehistoria 63*-2: 135-152

Garrido, J. P.; Orta, E. (1989): *La necrópolis y el hábitat orientalizante de Huelva*. Huelva.

Gavala, J. (1959): *La Geología de la costa y bahía de Cádiz y el poema «Ora Marítima» de Avieno*. Instituto Geológico y Minero. Madrid.

Gener, J.M.; Navarro, M.A.; Pajuelo, J.M.; Torres, M.; López, E. (2014): «Arquitectura y urbanismo de la *Gadir* fenicia: el yacimiento del "Teatro Cómico" de Cádiz». *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas Investigaciones*. (M. Botto, ed.) Collezione di Studi Fenici, 46: 14-50.

González, R.; Barrionuevo, F.; Aguilar, L. (1995): «Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir». *Tartessos 25 años después*. Jerez de la Frontera: 215-237.

González de Canales, F.; Serrano, L.; Llompart, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid.

Gracia, F. (2003): *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*. Ariel Prehistoria. Barcelona.

Gomes, F. B. (2013): *Aspectos do sagrado na colonizaçao fenícia*. Centro de Arqueología de la Universidad de Lisboa. Lisboa.

Harrison, R. J. (2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*. Western Academic & Specialist Press. Bristol.

Hoz, J. De (1989): «Las fuentes escritas sobre Tartessos» *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (coord. M. E. Aubet). Sabadell: 523-587.

— (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad. I. Preliminares y mundo meridional prerromano*, CSIC. Madrid.

Hunt, M. A. (1995): «El foco metalúrgico de Aznalcollar. Sevilla. Técnicas analíticas aplicadas a la arqueometalurgia del suroeste de la Península Ibérica» *Tartessos 25 años después*. Jerez de la Frontera: 447-473.

— (2005): «Plata de Tartessos: producción y dispersión» *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez (eds.) Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 1241-1247.

Jiménez Ávila, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 16. Real Academia de la Historia. Madrid,

Koch, M. (1984): Tarsis e Hispania. Estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid.

Khüne, R. W. (2004): «A location for Atlantis?» *Antiquity 78*.

Kristiansen, K. (1994): «The emergence of European World Systemin the Bronze Age: divergence, convergence and social evolution during the first and second Millenia BC in Europe» *Europe in the first Millenium BC. K. Kristiansen; K. Jensen eds*. Sheffield:1-30.

Kristiansen, K.; Larsson, T. B. (2005): *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Ed. Bellaterra. Barcelona.

Le Meaux, H. (2010): *L'iconographie orientalisante de la péninsule Ibérique. Questions de styles et d'échanges (VIIIie-VIIe siècles av. J-C.)*, Bibliothéque de la Casa de Velázquez 47. Madrid.

López Amador, J. J.; Bueno, P.; Ruiz Gil, J. A.; Prada, M. (1996): *Tartesios y fenicios en Campillo. El Puerto de Santa María, Cádiz. Una aportación a la cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa*. J. J. López Amador (ed.) Cádiz.

López Castro, J. L. (1993): «Difusionismo y cambio cultural en la Protohistoria española: Tarteso como paradigma» *Los Enigmas de Tarteso. J. Alva y J. M. Blázquez eds*. Ed. Crítica. Madrid: 39-68.

López Ruiz, C. (2005): «Revisión crítica de laaparición de Tartessos en las fuentes clásicas y semíticas» *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez eds. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 347-361.

Luzón, J. M. (1962): «Tartessos y la Ría de Huelva» *Zephyrus XIII*: 97-104.

Maier, J. (1999): *Jorge Bonsor (1855-1930). Un Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia*. Real Academia de la Historia. Madrid.

— (1999a): «La necrópolis tartésica de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla), ayer y hoy» *Madrider Mitteilungen* 40: 97-114.

Maluquer de Motes, J. (1959): «El Tesoro tartésico de El Carambolo» *1 Congreso Nacional de Arqueología*. Lisboa.

— (1960): «Nuevas orientaciones al problema de Tartessos» *Primer Symposium de Prehistoria Peninsular*. Pamplona: 273-301.

— (1969): «Introducción al problema de Tartessos» *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Jerez de la Frontera, Septiembre de 1968. Barcelona: 1-6.

— (1970): *Tartessos: La ciudad sin historia*. Ed. Destino. Barcelona.

— (1981): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. 1978-1981*.Programa de Investigaciones Protohistóricas 4. CSIC. Barcelona.

— (1983): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. 1981-1982* .Programa de Investigaciones Protohistóricas 5. CSIC. Barcelona.

Mangas, J.; Plácido, D. (Eds.) (1994): *Avieno. Ora Marítima descriptio orbis térrea phaenomena*. Testimonia Hispaniae Antiqua, 1. Ediciones Historia 2000. Madrid.

Marín Ceballos, M. C. (1994): «La religión fenicio-púnica en España» *Hipania Antiqua* XVIII: 533-568.

Marzoli, D.; Wagner, C. G.; Suárez, J.; López, F.; León, C.; Thiemeyer, H.; Torres, M. (2010): «Los inicios del urbanismo en las sociedades autóctonas localizadas en el entorno del estrecho de Gibraltar: investigaciones en los Castillejos de Alcorrín y su territorio (Manilva, Málaga)». *Menga* 1: 152-183.

Meaux, H. Le (2005): «Estilos orientalizantes: el caso de los marfiles peninsulares» *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez eds. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 1117-1135.

Mederos, A. (1999): «Ex Oriente Lux. El comercio micénico en el Mediterráneo central y occidental (1625-1100 AC)» *Complutum* 10: 229-266.

Mélida J. R. (1921): *Tesoro de Aliseda. Noticia y descripción de las joyas que lo componen*. Hauser y Menet. Madrid.

Montenegro, A. (1970): «Los pueblos del mar en España y la nueva revisión de la historia de Tartessos» Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología 36: 237-287.

Moore, T. y Armada, X.L. (eds. 2011): *Atlantic Europe in the First Millennium bc: Crossing the Divide*, Oxford University Press. Oxford.

Murillo, J. F. (1989): «Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante» Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM, 16: 149-167.

— (1994): *La cultura tartésica en el Guadalquivir Medio*. Ariadna 14. Córdoba.

Murillo, J. F.; Morena, J. A.; Ruiz Lara, D. (2005): «Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real» *Romula 4*: 7-46.

Nicolini, G. (1990): Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VIIe au IV siècle. Ed. Picard. Condé-sur-Noireau.

Olmos, R. (1991): «A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del siglo XX» R. Olmos y J. Arce (coords.) *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua de España (Siglos XVIII-XX)*. Madrid: 135-144.

Pachón, J. A.; Carrasco, J. (2005): *Las cerámicas polícromas orientalizantes y del Bronce Final. Desde la perspectiva granadina*. Universidad de Granada. Granada.

Pellicer, M. (1996): «Huelva tartesia y fenicia» *Rivista di Studi Fenici* XXIV-2: 119-140.

— (2000): El proceso orientalizante en el occidente ibérico. *Huelva Arqueológica* 16: 119-140.

Pemán, C. (1941): *El paisaje tartésico de Avieno a la luz de las últimas investigaciones*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Perea, A. (1991): Orfebrería Prerromana. Arqueología del Oro. Madrid.

Perea, A.; Armbruster, B. (1998): «Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de El Carambolo, Sevilla» *Trabajos de Prehistoria* 55-1: 121-138.

Pereira, J. (1989): «Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara. Toledo)» *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (coord. M. E. Aubet). Sabadell: 395-409.

Pérez Macías, J. A. (1996): *Metalurgia extractiva prerromana en Huelva*. Huelva.

Rodríguez Díaz, A. (Ed.) (2004): *El edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*. (2 vols.). Universidad de Extremadura. Cáceres.

— (2009): *Campesinos y «señores del campo» Tierra y poder en la Protohistoria extremeña*, editorial Bellaterra. Barcelona.

Rodríguez Díaz, A.; Enríquez, J. J. (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Ed. Bellaterra. Barcelona.

Rodríguez-Ramírez, A.; Pérez-Asensio, J.N.; Santos, A.; Jiménez, E.; Villarías, J.J.; Mayoral, E.; Celestino, S.; Cerrillo, E.; López-Sáez, J.A.; León, A.; Contreras, C. (2015): «Atlantic extreme wave events during the last four millennia in the Guadalquivir estuary, SW Spain» *Quaternary Research*, 83-1: 24-40.

Rovira, S. (1995): «De metalurgia tartésica» *Tartessos 25 años después*. Jerez de la Frontera: 475-506.

Rowlands, M. J.; Larsen, M.; Kristiansen, K. (eds.) (1987): *Centre and Perphery in the ancient world*. Cambridge University Press. Cambridge.

Rufete, P. (2001): *El final de Tartessos y el Período Turdetano en Huelva*. Huelva Arqueológica XVII. Huelva.

Ruiz Mata, D. (1985): «Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final estilo Carambolo o Guadalquivir I». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, 11-12: 225-243.

— (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*. Huelva Arqueológica VIII (2 vols).

— (1999): «La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: contrastación textual y arqueológica» *Complutum* 10: 279-317.

Ruiz Mata, D.; Pérez, C. J. (1989): «El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz)». *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (coord. M. E. Aubet). Sabadell: 287-295.

Ruiz-Gálvez, M. L. (1992): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica» *Spal 1*: 219-251.

— (Ed.) (1995):*Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Complutum Extra, 5. Madrid.

Schulten, A. (2006): *Tartessos*. (Reimpresión). Ed. Renacimiento. Sevilla.

Soussa, E. (2014): *A ocupaçao pré-romana da foz do Estuário do Tejo*. Estudos e Memórias, 7. Universidad de Lisboa. Lisboa.

Täckholm, H. (1969): «El concepto de Tarschisch en el Antiguo Testamento y sus problemas». *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Jerez de la Frontera, Septiembre de 1968. Barcelona: 79-90.

Tarradell, M. (1969): «El problema de Tartessos visto desde el lado meridional del Estrecho de Gibraltar». *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Jerez de la Frontera, Septiembre de 1968. Barcelona: 221-232.

Tejera, A.; Fernández, J. (2012): *Los dioses de los tartesos*, Ed. Bellaterra. Barcelona.

Tejera, A.; Fernández, J.; Rodríguez, M. (2007): «Las estelas tartésicas: ¿losas sepulcrales, marcadores étnicos o representación de divinidades guerreras?» *Spal,* 15.

Torres, M. (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Bibliotheca Archaeologia Hispana 3. Real Academia de la Historia. Madrid.

— (2002): *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologia Hispana 14. Real Academia de la Historia. Madrid.

Vallejo, J. I. (2005): «Las cerámicas grises orientalizantes de la Península Ibérica» *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez eds. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 1149-1172.

Vilaça, R. (2006): «Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do território português: novos contributos e reavaliação dos dados». *Complutum* 17: 81-101.

— (coord.) (2011): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*, Fundação para a Ciência e a Tecnologia, Sabugal.

Wagner, C. G. (1983): «Aproximación al proceso histórico de Tartessos» Archivo Español de Arqueología 56: 3-35.

— (1992): «Tartessos en la Historiografía: una revisión crítica» La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación. Almería: 81-115.

— (1995): «Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria 52-1*: 109-126.

Wagner, C. G.; Alvar, J. (1989): Fenicios en Occidente: La colonización agrícola. *Rivista di Studi Fenici 17-1*: 61-102.

Walid, S. y Pulido J. J. (2013): «El poblado fortificado de la Edad del Hierro del Cerro de Tamborrío (Entrerríos, Villanueva de la Serena, Badajoz)». *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*. Villafranca de los Barros. Badajoz.

Wulff, F. (2009): «Porqué las identidades hoy. Historia Antigua, Arqueología ante un cambio de paradigma» *Identidades, territorios, culturas en la Andalucía prerromana*. Serie Historia y Geografía de la Universidad de Málaga. Málaga: 11-50.

Zarzalejos, M.; López Precioso, F. J. (2000): «Apuntes para una caracterización de los procesos orientalizantes en la Meseta Sur» *El Período Orientalizante*. S. Celestino y J. Jiménez eds. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 809-842.

Obras generales

(1969): *Tartessos y sus problemas*. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de la Frontera, Septiembre 1968. Universidad de Barcelona. Barcelona.

(1982): *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre colonizaciones orientales*. Huelva Arqueológica VI. Huelva.

(1989): *Tartessos y Huelva*. Huelva Arqueológica X-XI. Huelva.

(1989): *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. M. E. Aubet (coord.). Ed. AUSA. Sabadell.

(1990): *La cultura tartésica y Extremadura*. Cuadernos Emeritenses, 2. Mérida.

(1993): Los enigmas de Tarteso. J. Alvar; J. M. Blázquez (Eds.) Ed. Cátedra. Madrid.

(1995): *Tartessos 25 años después 1968-1993.* Jerez de la Frontera.

(2000): *Argantonio Rey de Tartessos*. Sevilla.

(2001): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. D. Ruiz Mata; S. Celestino (Eds.). CEPO-CSIC. Madrid.

(2002): *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. E. Ferrer (Ed.). Spal Monografías II. Sevilla.

(2003): *Cerámicas orientalizantes del Museo de Cabra*. J. Blánquez (Ed.) Ayuntamiento de Cabra. Madrid.

Madrid (2005): *El Período Orientalizante*. S. Celestino; J. Jiménez (Eds.). Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida.

(2007): *El nacimiento de una ciudad: La Carmona Protohistórica.* M. Bendala; M. Belén (Directores). Carmona.

(2008): *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII ANE). La precolonización a debate*. S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.). Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma-CSIC. Serie Arqueológica

11. Roma.

Tarteso
Sebastián Celestino Pérez

Edición ampliada y actualizada del capítulo «Tartessos» perteneciente al libro *De Iberia a Hispania* (Ariel, 2008)

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016
ISBN: 978-84-344-2375-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice